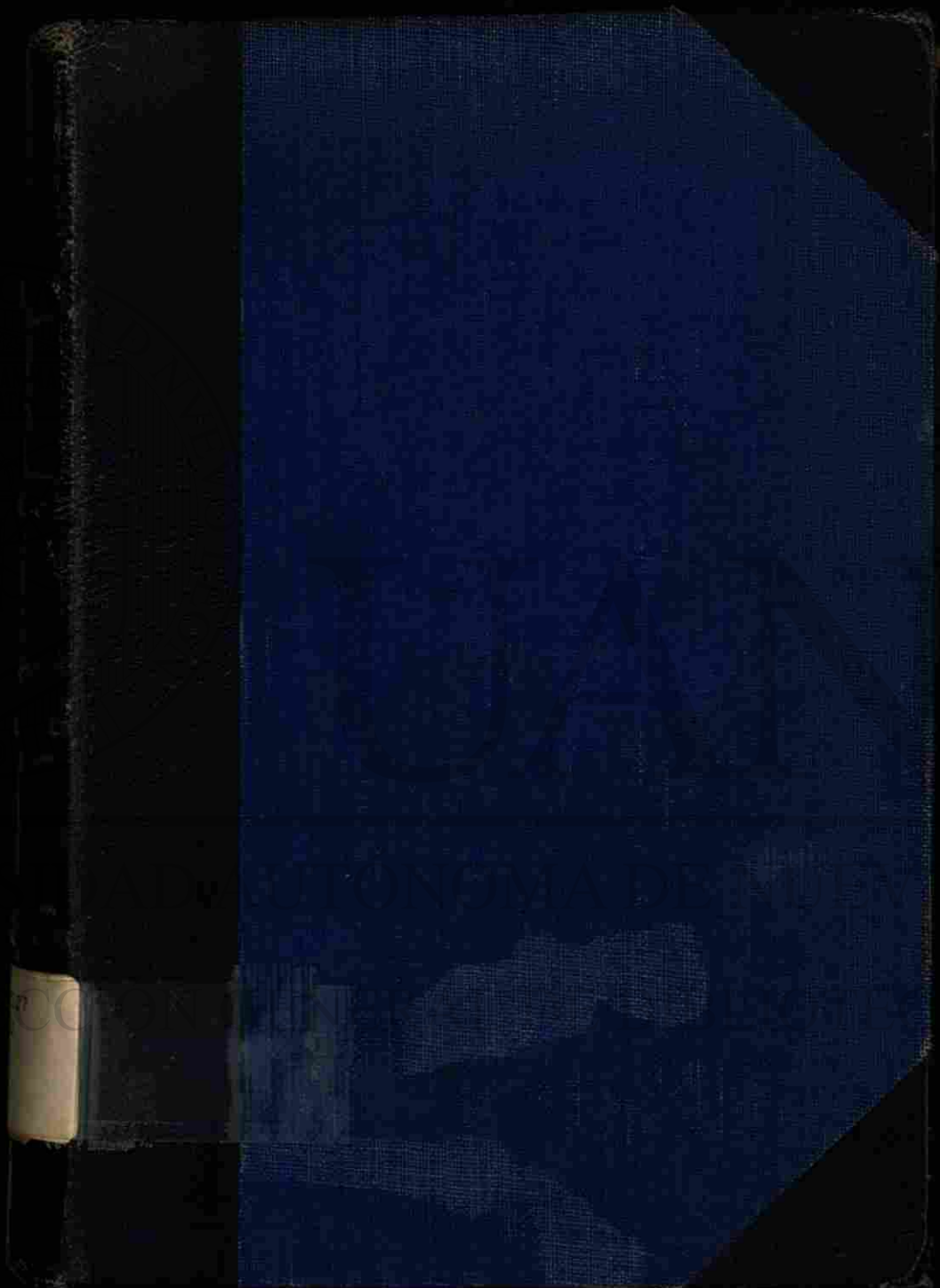




COLOMBIA

CON REDES

R. C.

PQ2227

RAP. P32

56



1020026348

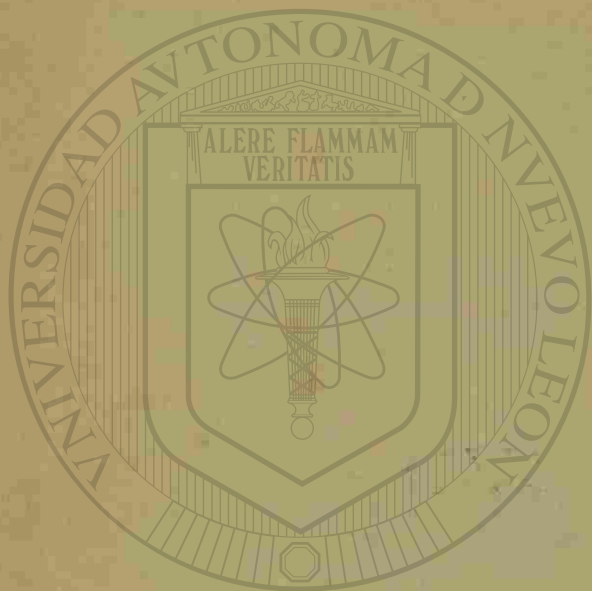


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



LA PESCA CON REDES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

082
Núm. Clas. 7
Núm. Autor D8868
Núm. Adg. 29939
Procedencia 8-
Precio _____
Fecha 1987
Clasificó 807
Catalogó _____



LA PESCA

REDES.

NOVELA HISTÓRICA

Por Alejandro Gamas.

(Esta edición es propiedad del Monitor Republicano.)



IMPRENTA DE VICENTE GARCÍA
á cargo de Luis Vidaurri.

090331

PO 2227
P32
186



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



LA PESCA CON REDES.



I.

CUANDO tenía la dicha de habitar en Nápoles, plaza de la Victoria, fonda de M. Martin Zirr, piso tercero, frente por frente del Chialamone y del castillo del Huevo, todas las mañanas, en cuanto me despertaba, me asomaba á mi ventana, y dirigiendo mis miradas tan lejos como alcanzaba mi vista sobre aquel brillante y limpio espejo del mar Tirreno, me preguntaba á mí mismo, de donde podría venir el triste proverbio *Ver á Nápoles y morir*, precisamente en el país mas alegre, indolente y feliz que hay en el mundo. A fuerza de reflexionar creia sin embargo haber encontrado el origen de aquel extraño y siniestro presagio, debido sin duda, á que no hay una sola época de la historia

napolitana, en que por una ironía cruel de la naturaleza, aquella ciudad, tan feliz en la apariencia, no haya sido asolada por algun terrible azote; en que aquel pueblo tan apacible y tranquilo no haya sido agitado por las conmociones y la guerra civil, y en que aquellas aguas tan transparentes y puras no hayan sido enrojecidas con la sangre. Subamos únicamente algunos años, y veremos á Carracciolo ahorcado del mástil de un navio, enmedio de una escuadra empavesada con los mas brillantes colores. Subamos todavia mas y se nos presentará Masaniello envenenado entre las aclamaciones del pueblo de la rivera, y acribillado de balas al pié del altar. Si continuamos siempre subiendo, la imaginacion retrocederá horrorizada ante las luchas de los Anjou y de los Duras, ante los asesinatos y crímenes de las dos Juanas, constelaciones sombrías, que han dejado en el hermoso cielo de Italia un largo surco de sangrientos recuerdos. Detengámonos aquí y desgurremos una ó dos páginas de esa espantosa historia. Es una narracion que nadie ha hecho, que nosotros sepamos: un drama sencillo y terrible que se desenvuelve en medio de los incidentes mas risueños y pintorescos: es un cuadro lúgubre, con los personajes adustos y mudos, y el fondo gracioso y espléndido.

Era el año de 1414. La noche del 25 de Julio fué una de las mas ardientes del mes, cuyo calor es habitualmente sofocante en Nápoles, y que en aquel infausto año en que se coloca nuestra histo-

ria, escedió todos los grados de temperatura que la humana naturaleza puede soportar. El sol, rodeado de una aureola de vapores, encendido como el hierro que sale de la fragua, se habia sumergido con impaciencia en un mar de plomo derretido. Hubiérase dicho que el astro de dia, cuya aparicion ordinariamente se saludaba con cánticos de alegría, cuya ausencia suele acompañar el poco grato sonido de las campanas, habia procurado sustraerse aquel dia al espectáculo de los padecimientos y maldiciones de los hombres. Pero la noche tan vivamente deseada, no habia traido ningun consuelo á la poblacion abrasada: una brisa imperceptible y ligera que habia vagado errante al declinar la tarde, semejante al aliento de un moribundo, acababa de extinguirse completamente, y la naturaleza yacia anhelante, inmóvil, estenuada, como una vírgen de la antigüedad en poder de un dios desapiadado y vencedor. El golfo tan azulado, tan bullicioso y animado en mejores dias, parecia á uno de aquellos lagos aplomados y malditos, como el Averno, el Fucino y el Aguano que cubren con una inmensa mortaja los volcanes apagados. Ni una vela, ni una luz, ni la cancion de un pescador rezagado, rozaban su impasible superficie: un silencio sepulcral reinaba en la ciudad y en el mar, como si fuese otra Pompeya. El Vesubio producía un ruido sordo en sus inmensas profundidades, pronto á vomitar su abrasadora lava sobre la campiña ya medio seca. En las espacio-

sas llanuras de los Eliseos, los manes de los antiguos parecían regocijarse con aquella atmósfera de humo infernal que bien pronto no podría respirar ningún mortal. La Merjellina se cubría con un velo, el Pansilipo no se atrevía á mirarse en las aguas que le rodean, y la hermosa y voluptuosa sirena, símbolo de poesía y de amor, la madre del Tasso, la nodriza de Virgilio, parecía exhalar el último suspiro, semejante á Proserpina luchando por desasirse de los brazos de Pluton.

A medida que la noche avanzaba se apoderaba de los habitantes de Nápoles un entorpecimiento irresistible. Todos habían cedido á un cansancio que participaba más de letargo que de sueño, se hubiera dicho que las estrellas temían mostrar su faz risueña y serena y que atravesaban débilmente el espeso velo de vapores, como los rayos de una lámpara que se está apagando, por medio de una doble pared de alabastro. Un resplandor incierto y blanquecino alumbraba confusamente los objetos, y el único ruido animado que se oía en aquella calma universal, era el sonido lento y monótono de la campana que marcaba la hora en el reloj del palacio. Sin embargo, á pesar de la postración general, velaba un hombre. El odio y la ambición habían hecho desaparecer para siempre de sus miembros la fatiga, el sueño de sus párpados, y el reposo de su corazón. De pie é inmóvil detrás de la ventana de una casita de Chiatamone fijaba obstinadamente sus ojos sobre un punto del horizonte hacía la par-

te de Caprea. De repente se despejó su frente de veinticinco años, sus cejas negras y fruncidas se dilataron, y una sonrisa de satisfacción se asomó á sus contraídos labios, porque había divisado á lo lejos, sobre el golfo, una lucanita que había brillado un momento en el horizonte, y se había desvanecido con prontitud, como los fuegos fatuos que no dejan rastro alguno de su paso. Indudablemente era una señal convenida, porque en el mismo instante el jóven se estremeció, se apartó rápidamente de la ventana junto á la que estaba en observación, se embozó en una capa negra, colocó en su cintura una cuerda, tomó en la mano una ten y un estoque de tres filos, y avanzó con precavido y lento paso hacía el muelle de Santa Lucía.

El reloj de Pizza-Falcone daba lentamente la última campanada de las doce de la noche. El nocturno faro que el desconocido parecía aguardar con tanta impaciencia, brilló segunda vez á mas corta distancia y desapareció de nuevo. Desgraciadamente nuestro jóven al dirigir sus miradas por la ribera, no descubrió ni un barco ni una lancha amarrada á la orilla. Los pescadores y marineros ahuyentados por el *sirocco*, habían ido á buscar en las grutas ó detrás de los escollos un abrigo y un poco de fresco. Además, aun suponiendo que hubiese encontrado alguno en aquella fatal noche, no habría sido fácil decidir de grado ó por fuerza á aquella persona á que se hiciese á la mar. El pescador napolitano teme al *sirocco* casi tanto, como

los lazzaroni á los esbirros, y con semejante tiempo un descendiente de Masaniello no hubiera tocado á un remo por todo el oro del mundo. Aun cuando se hubiese tratado de arrojar al diablo, nadie se habria llevado la mano á la frente para hacer la señal de la cruz. Absorto en su profunda preocupacion, el jóven no habia reflexionado en un obstáculo, que podia preverse muy bien atendido lo caluroso de la estacion, y la pereza natural de las gentes del pais. ¿Qué debía, pues, hacer? Ponerse á buscar á los ausentes, podia prolongar demasiado la expedicion, y le esponia á ser reconocido. Esperar en el puerto y hacer desde él la señal al barco misterioso que venia á su encuentro, era un partido por que no se atrevia á decidirse, porque la conversacion que iba á entablar no debia tener mas testigos que el cielo y el mar.

Mientras recorria la ribera entregado á la mayor agitacion, al pasar casualmente al lado de un poste, al que por lo comun solia sujetarse algun buque de gran porte desmantelado ó en estado de reparacion, descubrió una barca medio encallada en la arena, y en el fondo de ella un jóven barquero como de diez y ocho á veinte años, que dormia profundamente. Lo que podia ver de sus facciones y figura al través de la fosforescente claridad de aquel aire abrasado, inspiraba interés y simpatía. De su largo gorro encarnado se desprendia una espesa y rizada cabellera negra. De su cuello robusto y bien modelado, pendia un escapulario con la imá-

gen de la vírgen del Carmen. Su vestido se componia de una especie de chaleco de paño encarnado y unos calzones anchos de tela rayada que le llegaban hasta un poco mas abajo de las rodillas: los brazos, pecho y piernas del pescador, estaban enteramente descubiertos. Al ver aquel encuentro inesperado y milagroso, el hombre de la capa negra aunque tuviese grandes deseos de rodearse del silencio y del misterio, lanzó una esclamacion de júbilo. Ya era tiempo: el barco extranjero que conducia hácia él al esperado mensajero, habia llegado á la mitad del golfo, y hecho la tercera señal. El desconocido dobló el paso, se inclinó con presteza hácia el dormido barquero y le sacudió con fuerza agarrándole de un brazo.

—Escelencia, murmuró el pescador maquinalmente, vedme aquí: estoy pronto, señor escelentísimo.

Y despues de dos ó tres ensayos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse sobre sus piés, abrumado de fatiga y de sueño, se tambaleó y volvió á caer en el fondo de la barca.

—Levántate, muchacho, necesito tu barca, dijo el desconocido sosteniéndole por la cintura: no hay que perder tiempo, vamos, echa pronto el remo al agua y marchemos.

—Hablais muy bien, señor, dijo el pescador que comenzaba á despertarse y á fijar sus miradas sobre su interlocutor que no le parecia merecer ya el tratamiento de esclencia; hablais muy bien en cuan-

to á vuestro negocio, pero antes de despertarme tan bruscamente, me parece que hubierais obrado mejor informandoos si me encontraba dispuesto á trabajar en semejante noche, en que aun las almas del purgatorio, que deben estar bien acostumbradas al calor, no se atreverían á dejar sus hogares aunque fuese para ir al paraíso.

—¿Y cómo, bellaco, podía adivinar tus intenciones, sin despertarte? contestó el joven caballero pudiendo apenas reprimirse.

—Entonces valia mas que me dejaseis dormir.

—¡Por vida del demonio! dijo el desconocido dando un fuerte golpe con el pié, ¿no estás ahí, bribon, para servir al público?

—Durante el día, podrá ser, mas por la noche soy libre. Así, pues, si no tienes mas que decirme, concluyó el pescador que se habia despertado completamente y pasado sin mucha ceremonia desde la esclencia hasta el mas sencillo tuteo, puedes irte con mil diablos.

—Vamos, vamos, repuso el desconocido viendo que no era prudente irritar á un hombre de quien tenia tanta necesidad, hazme este pequeño favor y te lo recompensaré como quieras.

—¿Me darias una onza? preguntó el pescador con tono chocarrero.

—Aunque sean dos, con tal de que te despaches.

—Entonces ya es diferente, replicó el barquero, dirigiendo una mirada fija y penetrante sobre el desconocido, y podemos entendernos.

Y añadió en tono muy bajo.—O este hombre es un príncipe disfrazado, ó un presidario que se ha fugado.

—Vamos á ver si acabas, desdichado, dijo el desconocido entrándose de un salto en la barca.

—Aguardad un momento, señor mio: ¿vamos muy lejos? porque en verdad esta noche, aunque con la mejor voluntad del mundo, no puedo mover los brazos.

—Dos millas á lo sumo.

—Dos millas de ida y dos de vuelta.... hacen cuatro: dejadme buscar á un compañero.

—Es inútil, yo mismo te ayudaré, dijo el joven tomando un remo y haciendo con un solo golpe partir la barca tan ligera como una flecha.

—¿Y me dareis, como hemos convenido, dos onzas?

—Hé ahí cuatro, respondió el desconocido arrojándole su bolsa con desprecio, y te prometo tres tantos mas cuando estemos de vuelta: silencio, y buen ánimo.

—Perdonadme, excelentísimo señor, respondió el pescador avergonzado, y llenó de asombro y aun de cierto despecho. Verdaderamente estaba todavía dormido.... no sabia en dónde tenia la cabeza.... lo siento en extremo. Volved á tomar vuestro oro: me he chanceado. Ahora voy á manifestaros que sé servir bien al que me busca, y cumplir con mi deber, (hablando así remaba con todas sus fuerzas). ¿Qué diablos!.... yo no soy

judío y deseo salvar mi alma. Una piastra es bastante.... es quizá demasiado. Es verdad que por la noche no hay tarifa; pero yo no pido muy caro á nadie y si no fuera porque mañana es día de fiesta y se anuncian grandes diversiones públicas, una prosegion, carreras y una hermosa pesca con redes, no os hubiera pedido mas que un carlino por milla, que es el precio ordinario. Pero me hallo sin un cuarto, porque todo lo he dado á mi padre y mi hermano menor.... muchacho holgazan.... de que no os podeis formar una idea.... todo cuanto yo tenía...

Mas el desconocido no escuchaba ya sus palabras. Viéndose á dos ó tres tiros de ballesta del punto á donde queria llegar, sacó su eslabon, dió golpes con él en la piedra, encendió su tea y la agitó por encima de su cabeza. Al punto se vió resplandecer á dos ó trescientos pasos un segundo farol, y una barca impelida por vigorosos remeros, atravesó rápidamente la distancia que separaba á los dos misteriosos personajes de aquella cita nocturna. Entonces pudo percibirse sobre la popa del barco que venia de Caprea, un anciano como de sesenta años, con la barba y cabellos blancos, la espalda encorvada, vestido con una especie de hábito, y cubierto con una caperuza ó capucha larga.

—Apaga tu antorcha, dijo el anciano con voz baja, toda precaucion es poca.

—No me desagradaria examinar tus facciones, respondió el jóven, y ver desde luego con quien tengo que entenderme.

—¿Y para qué si no me conoces? antes de esplícarle te diré mi palabra de orden, y si la tuya no corresponde con la mia, no pasaremos mas adelante y me volveré como he venido.

—Es muy justo, dijo el jóven arrojando su tea al mar, hé aquí no obstante el inconveniente de no conocer las gentes de que uno se sirve, y de escoger los agentes por medio de procurador.

—¡Dios mio!... replicó el anciano con una sonrisa irónica; eso nos sucede con bastante frecuencia, pues ni conocemos á nuestros amigos, ni á los que nos perjudican. Desgraciadamente no siempre hay una palabra que sirva de seña para salir de embarazos.

—Dime, pues, la tuya, astrólogo: *Ant Cesar, ant mi hil.* A ver la tuya.

—*Tres veces maldito, una vez condenado.*

—Está bien, y poniéndose de un salto en la barca del jóven con una fuerza y ligereza que no debia esperarse de un hombre de su edad; el anciano hizo seña á sus dos marineros para que se retirasen inmediatamente y no volviesen hasta que los llamase con un silbido.

Quando la barca que habia conducido al extranjero estuvo fuera del alcance de la voz, el anciano hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero que estaba de mas en la conversacion que iba á seguir.

—Habla con seguridad, dijo á media voz el jóven, respondo de la discrecion de ese hombre.

Si el pobre pescador hubiese podido oír aquellas palabras, ó ver la fatal sonrisa que las acompañaba, hubiera empleado los pocos momentos de vida que le quedaban en encomendar su alma á Dios; pero tenía veinte años, se sentía fuerte con su inocencia, y amaba á la mas hermosa lavandera de Nisida: así es, que en aquel instante terrible en vez de pensar en su alma, pensaba tranquilamente en su bella prometida.

—Habla, repitió el jóven con tono imperioso: ¿qué noticias me traes de nuestro conquistador?

—Monseñor, marmuró el anciano con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de V. E. vino á ponerme á vuestro servicio, no he cesado de observar los astros para....

—Yo te he tomado para que observes las acciones del rey, y no el curso de las estrellas.

—Pero, monseñor, yo me llamo Galvano Pedicini, soy médico y astrólogo.

—Y yo te pago como espía y como envenenador.

—Perdonadme, excelentísimo señor, me haceis merced de la mitad: hasta ahora he consentido en teneros al corriente de los progresos de Ladislao en la guerra de Toscana: en cuanto al otro punto jamas se ha tratado de él ni en vuestras cartas ni en vuestros mensajes.

—Eso se daba, por supuesto; y hé aquí por qué antes de darte mis últimas instrucciones, he querido hablarte por mí mismo, y no fiarme ya de ninguna mediación.

—Me hallo pronto á recibir las órdenes de V. E. pero debo deciros, monseñor, que si los servicios que esperais de mí, son de tal naturaleza que puedan turbar mi conciencia, entonces la probidad me impone....

—¿El pedir un precio duplicado?.... es muy justo. Veamos ahora cómo has desempeñado tu primera comision: ¿Qué os han dicho hasta el presente las constelaciones, mi señor astrólogo?....

—¡Ay!.... Monseñor, continuó el mágico con voz doliente, los astros me han engañado otra vez, ó mas bien, puesto que las constelaciones son infalibles, yo mismo en mi aceleramiento por descubrir el porvenir, he debido cometer algun error en mis cálculos, y os habia predicho que el orgullo y el poderío de Ladislao se estrellarian contra las murallas de Bolonia.

El eclipse total de Marte no admitia dudas en cuanto á eso. Pues bien, á pesar del eclipse, tengo el dolor de anunciaros que el rey....

—Ha tomado no solo á Bolonia sino tambien á Siena....

—¡A Siena tambien!.... exclamó el astrólogo con asombro y terror: ¿quién os lo ha podido decir?

—¿Quién me ha dicho que habia tomado á Bolonia?

—Vos sabiais pues....

—Que los vientos te sirven tan mal como los astros.

—No es posible.

—Si todavía lo dudas, entra mañana en la ciudad, y si un hombre que como tu ha vendido su alma á Satanás, no teme entrar en una iglesia, verás que yo y la princesa regente acompañados de toda la corte, iremos á dar gracias á Nuestra Señora del Carmen, por la doble victoria que ha tenido á bien otorgar á su magestad herética, nuestro augusto amo, tres veces escomulgado.

—Paciencia, murmuró el hechicero, cogido en falta; si me encuentro con vos en descubierto de dos victorias, vos tambien, monseñor, lo estais conmigo en dos meses de paga.

—Sí, pero yo, dijo el jóven, enseñándole una bolsa llena de oro, vengo á reparar mi descuido.

—Y yo tambien espero hacer que se perdone el mio.

—Veamos.

—Aunque monseñor se halla tan bien informado de los progresos del rey Ladislao, quizá no tendrá un conocimiento tan exacto de sus intenciones. No sabe monseñor tal vez que Ladislao, inmediatamente despues de esta campaña, renunciando á sus vastos planes de conquista, piensa volver á Nápoles cuando menos se le espere. ¿No es verdad que monseñor no sabia esto?

—No, pero lo supongo.

—Monseñor no supondrá que en el momento en que regrese el rey, confiará el gobierno á un hombre firme y adicto, y mandará á su augusta herma-

na Juana de Duras, que no se mezcle mas en la política.

—No, pero le temo.

—¿Y monseñor no teme que el rey principie por hacerle ahorcar?

—No, pero en todo caso lo evitaré.

—¿Y cómo, señor escellentísimo?

—Escucha, ¿tus remedios son infalibles?

—Mucho mas que las estrellas.

—¿Tu profesion de astrólogo te permite un libre acceso al lado del rey?

—De dia y de noche.

—¿Qué precio pides por encargarte del rey Ladislao? ¿Me entiendes?

—No pido mas que desempeñar cerca de V. M. cuando haya podido sentarse al lado de Juana en el trono de Nápoles, el mismo empleo de astrólogo que sirvo ahora al lado de Ladislao.

—Sí, añadió el jóven sonriéndose, pero no el de médico.

El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban, y despues de dar un silbido á sus dos marineros se despidió de su interlocutor.

—Adios, Galvano, le dijo éste viéndole alejarse.

—Hasta la vista, Pandolfello, murmuró el mágico con un acento extraño y una sonrisa diabólica.

El jóven se volvió de repente hácia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é iglesias

que se extiende desde Portici al Pausilipo, abrazándolo todo entero con una mirada ambiciosa y codiciosa.

—¡Para mí, Nápoles!.... dijo, ¡para mí la reina!.... ¡para mí el reino!....

Después, acordándose de que no está aun concluido todo, y de que había un hombre demas entre los vivientes, dió un golpecito en la espalda al barquero, que casi había olvidado en el fondo de su barca, y que parecía sumergido en el mas profundo sueño.

—Bastante has dormido, muchacho, gritó el joven favorito con voz siniestra. Toma tu remo y volvámonos á la ribera.

El pescador no había cerrado los ojos ni un solo instante. Por el tono con que su extraordinario pasajero había pronunciado aquellas palabras, comprendió que ya no tenía ninguna esperanza de salvacion. Aun cuando hubiera hecho todo lo posible para que ninguna palabra de aquella terrible conversacion llegase hasta sus oídos, desde el momento en que su fatalidad le había escogido para ser testigo de un secreto de muerte, estaba perdido. Así fué que no se dejó engañar ni un solo instante por la hipócrita dulzura de su compañero. Volvió, pues, á tomar tristemente sus remos, dirigiendo con precaucion sus miradas por todas partes para ver si descubria una barca, una luz ó un eco lejano. Pero nada: todo era silencio y soledad. Espiaba un momento favorable para arrojarle de

improviso sobre aquel hombre, é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarle al mar y salvarse á nado, pero el favorito le estrechaba muy de cerca, y veia brillar en su mano un largo estoque que le hubiera introducido en la garganta al menor movimiento. Cuanto hubiese intentado para defenderse, solo habria servido para acelerar su muerte. El pescador dirigió una súplica mental y suprema, y continuó remando, y al observar que se aproximaban á la playa, sin que se viese en ella alma viviente, presentó su pecho á su compañero de viaje, y con voz reposada le dijo:

—Sé, monseñor, la recompensa que me aguarda por haberos conducido á vuestra cita: solo y sin armas, no puedo resistir ni defenderme. He hecho lo posible para no ver ni oír nada, pero he debido comprender demasiado que se trataba de un secreto terrible. Os juro por la memoria sagrada de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos del paraíso, os juro, señor, que jamas trataré de penetrar los misterios de esta noche, y que de mis labios no se escapará ni una palabra que pueda comprometeros, aun cuando me quebrasen los huesos con una rueda. No temo á la muerte, pero os ruego me perdoneis, no por mí, sino por mi padre de quien soy el único apoyo. Es un veterano mutilado que ha perdido ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no tiene brazos para ganarse el sustento. Gracia por él y por mi joven hermano monseñor, y Dios tendrá misericordia de vos en

este mundo y en el otro: y además latirán tres corazones que rogarán por vos noche y día: escuchad la voz del inocente, y fíaos en la palabra del pobre barquero.

—¿Quién es tu padre? preguntó el favorito acercándose cada vez más al pescador.

—Giordano Lancia. ¿Habeis oído por ventura pronunciar su nombre?

—Lancia, exclamó el joven con acento de rencor y de cólera. Sí, le conozco muy bien: me ha salvado la vida....

—En ese caso soy muerto, contestó el pescador suspirando. Y en efecto, antes que tuviera tiempo de dar un grito, el desconocido le atravesó el corazón con su puñal.

Después dejándole caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla á un sitio solitario y llegó á su casa, para presentarse al día siguiente temprano, como tenía de costumbre, al tiempo de levantarse la regente.

II.

La hora del medio día acababa de dar en el reloj de la iglesia de la *Incoronata*, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente el repique inmenso, universal y atronador de las innumerables campanas que en todos tiempos han herido los oídos de los napolitanos, y especialmente en la épo-

ca bastante remota de la historia que nos ocupa. Después de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que la succedería un día caluroso é intolerable. Sin embargo, en los barrios situados á orillas del mar, el calor era menos sofocante. Una brisa casi insensible y que no tenía bastante fuerza para arrugar la superficie del golfo, parecía suficiente para los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura que pudiéramos llamar propiamente infernal. La más delgada sombra proyectada por la caña de una columna ó por la cornisa de una ventana, un abanico improvisado con algunas ramas de adelfa, la vista de aquellas aguas serenas y limpias que convidaban á los nadadores con todo el atractivo de una joven risueña y coqueta, era más de lo que los napolitanos necesitaban para desafiar la canícula, y pasar la vida con paciencia. Además se habían adoptado todas las precauciones de costumbre en las grandes solemnidades, para preservar á una parte de la ciudad de una lluvia de fuego, que el león celeste deja caer sobre los pueblos abatidos, al sacudir su melena. Todas las calles que se estendían desde el real palacio de Castel-Nuevo hasta la iglesia del Carmen, estaban cubiertas por grandes toldos listados con mil colores: flores y arbustos se hallaban esparecidos por el suelo, sobre el que por una especie de comodidad verdaderamente sibarítica, se había estendido una doble capa de arena fina y húmeda: fuentes construidas á la ligera por medio de

este mundo y en el otro: y además latirán tres corazones que rogarán por vos noche y día: escuchad la voz del inocente, y fíaos en la palabra del pobre barquero.

—¿Quién es tu padre? preguntó el favorito acercándose cada vez más al pescador.

—Giordano Lancia. ¿Habeis oído por ventura pronunciar su nombre?

—Lancia, exclamó el joven con acento de rencor y de cólera. Sí, le conozco muy bien: me ha salvado la vida....

—En ese caso soy muerto, contestó el pescador suspirando. Y en efecto, antes que tuviera tiempo de dar un grito, el desconocido le atravesó el corazón con su puñal.

Después dejándole caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla á un sitio solitario y llegó á su casa, para presentarse al día siguiente temprano, como tenía de costumbre, al tiempo de levantarse la regente.

II.

La hora del medio día acababa de dar en el reloj de la iglesia de la *Incoronata*, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente el repique inmenso, universal y atronador de las innumerables campanas que en todos tiempos han herido los oídos de los napolitanos, y especialmente en la épo-

ca bastante remota de la historia que nos ocupa. Después de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que la succedería un día caluroso é intolerable. Sin embargo, en los barrios situados á orillas del mar, el calor era menos sofocante. Una brisa casi insensible y que no tenía bastante fuerza para arrugar la superficie del golfo, parecía suficiente para los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura que pudiéramos llamar propiamente infernal. La más delgada sombra proyectada por la caña de una columna ó por la cornisa de una ventana, un abanico improvisado con algunas ramas de adelfa, la vista de aquellas aguas serenas y limpias que convidaban á los nadadores con todo el atractivo de una joven risueña y coqueta, era más de lo que los napolitanos necesitaban para desafiar la canícula, y pasar la vida con paciencia. Además se habían adoptado todas las precauciones de costumbre en las grandes solemnidades, para preservar á una parte de la ciudad de una lluvia de fuego, que el león celeste deja caer sobre los pueblos abatidos, al sacudir su melena. Todas las calles que se estendían desde el real palacio de Castel-Nuevo hasta la iglesia del Carmen, estaban cubiertas por grandes toldos listados con mil colores: flores y arbustos se hallaban esparecidos por el suelo, sobre el que por una especie de comodidad verdaderamente sibarítica, se había estendido una doble capa de arena fina y húmeda: fuentes construidas á la ligera por medio de

tres ó cuatro toneles colocados unos sobre otros, arrojaban por las bocas de sus tritones de yeso una plateada cascada que servia para refrescar la atmósfera y regar á los que paseaban. Todos estos aparatos anunciaban evidentemente alguna fiesta extraordinaria, algun regocijo público, ó el cumplimiento de un deber imperioso y solemne, que no se habia creído oportuno diferir para momento mas favorable. En efecto, la regente Juana de Duras, sobrina de la terrible Juana I, de homicida y adúltera memoria, despues de recibir en cuanto se levantó á los grandes funcionarios de la corona, y los principales barones del reino, se trasladó con extraordinaria pompa, y seguida de toda su corte, á la iglesia de Nuestra Señora del Cármen, para dar gracias á la milagrosa imagen que en ella se venera, por la doble victoria que habia conseguido su hermano y señor, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia.

La noticia habia llegado la víspera, é inmediatamente se dió orden de comunicarla al pueblo por medio de una fiesta improvisada, y dar gracias á Dios con una ceremonia piadosa y solemne, lo cual probaba á un mismo tiempo la devocion de Juana, y su inmenso amor fraternal. El acompañamiento habia atravesado una vez los malecones, para ir á la plaza del Mercado, y la multitud, cuya curiosidad estaba muy lejos de quedar satisfecha con aquel primer espectáculo, aguardaba con impaciencia el regreso de la brillante cabalgata. Sin embargo, a-

gunos grupos mas indolentes ó desdeñosos, se separaban de la masa de los espectadores y se entregaban á sus ocupaciones, completamente estraños al bullicio que reinaba en derredor suyo; escepcion tanto mas chocante, cuanto que formaba un singular contraste con la curiosidad general. Era un *aparte* en aquel coro de gritos de todas clases, un horizonte de cuadro en desacuerdo con los primeros planes, contra todas las reglas del arte, y aun diriamos mejor, de la naturaleza. Uno de aquellos grupos le formaba una docena de pescadores á quienes se reconocia fácilmente por su tez tostada por el aire solano, por sus largos gorros encarnados, y la dulce y monótona melodía con que se movian lentamente sacando sus redes del mar. Se mantenian separados en un pequeño rincón de la playa, y para disminuir la fatiga que el calor hacia insoportable, se dividian en dos trozos ó pelotones que se relevaban puntualmente de cuarto en cuarto de hora. Los pescadores que tenian derecho al descanso, iban á sentarse á la sombra debajo del arco de un puente medio hundido, y formaban círculo en derredor de un personaje que animaba en gran manera su recreo. Era un veterano de Avelino, de facciones duras y bronceadas, cabello blanco y enroscado, y pecho ancho y musculoso. Bastaba echar una ligera mirada sobre aquel hombre para convencerse de que habia debido tomar una parte activa y gloriosa en todas las guerras, que medio siglo hacia agitaban

á su desgraciado país, codiciada presa de tantos príncipes y pueblos diversos. El número de las cicatrices que en todas direcciones cruzaban el cuerpo del anciano, era verdaderamente prodigioso. Las había tan profundas, que manifestaban haberse abierto muchas veces, como si el hierro del enemigo, no encontrando ya mas sitio, se hubiera visto obligado á penetrar por la misma herida. Sus brazos y sus piernas, cuyos huesos fracturados se habían colocado bien ó mal, parecían á las ramas nudosas y quebradas de un viejo tronco hendido por el rayo. ¿Por qué lazos misteriosos y desconocidos el alma de un cristiano podía hallarse retenida en aquel conjunto de miembros mutilados, en aquellos restos de armazón humana, en aquella ruina viviente? Era un secreto de la Providencia. Lo que era incontestable, que andaba, hablaba, regañaba, y acusaba á todos con impotente ó irrisoria cólera. Hacia ya algunos días que el rencor y los arrebatos del anciano habían llegado á tal grado de exasperación, que el mayor de sus hijos, el barquero, apenas podía calmarle. ¿Era acaso efecto de un nuevo pesar, cuya causa ignoraba el joven? ¿Era tal vez alguna nueva escapatoria de Peppino, muchacho holgazán é incorregible, verdadero lazzaroni en toda la estensión de la palabra? Nadie sabía lo mas mínimo; mas, sin embargo, la última de sus dos conjeturas era la mas probable, porque siempre que el barquero se alejaba para pescar ó conducir pasajeros, el pa-

dre irritado lanzaba una mirada severa y de desprecio sobre el último y el mas indigno de sus hijos. Sea como fuere, las espresiones de veterano eran tan violentas, que á otro cualquiera que no fuese él, le habrían costado bien caras. Pero la única venganza que solían tomar de sus estériles quejas, era entregarle como un juguete á la burla del populacho, que solía aprovecharse de la ausencia del barquero, ó de la debilidad del lazzaroni, para escitar los denuestos del buen hombre, y escuchar riéndose sus bravatas.

En aquel momento el anciano Giordano Lancia (porque era el mismo) se encontraba sin defensa. Su hijo Lorenzo, que así se llamaba el barquero, estaba ausente desde la víspera, y no había vuelto todavía, lo cual le ocurría muy á menudo, pues el pobre joven tenía que trabajar para tres, y aun así á duras penas podía mantener á su achacoso padre y á su hermano. Inquieto é incomodado mas que de ordinario el viejo Lancia, dirigía desde el mar á la ribera, y desde ésta al mar, el único ojo que le quedaba, pues un fuerte golpe de partesana le había reducido al estado de cíclope. Sentado sobre un banco de encina carcomido y cojo, digno pedestal de semejantes restos, el soldado no hacia caso de las burlas y provocaciones de los que le rodeaban. Absorto completamente en sus ideas, parecía olvidar el lugar en que se hallaba, la causa que á él le había conducido, y las palabras que acababa de cambiar con algunos pescadores que sacaban las re-

des. En fin, después de muchas preguntas que quedaban sin respuesta, y después de algunos minutos de aquella inspección continuada y silenciosa, Lancia dejó escapar un grito de satisfacción, y casi al mismo tiempo un lazzaroni de doce á trece años, cuyas delicadas facciones, agradable sonrisa, y su aire casi femenino, contrastaban completamente con la fisonomía dura del soldado, se puso á su lado de cuatro saltos, y se echó á sus pies como un galgo fatigado de la carrera.

—Y bien ¿qué hay? dijo el viejo con tono serio.

—No le he encontrado; pero su novia, la linda lavandera, me ha dicho que le vió ayer tarde; Lorenzo estaba alegre y bueno como de ordinario, y esperaba trabajar mucho por la mañana por que....

Al decir esto el niño se detuvo tímido y confuso.

—Por qué.... le dijo el padre con una voz fuerte y destemplada.

—Porque me ha prometido un gorro nuevo para hoy, en que todo el mundo se compone para ir á la fiesta.

—Miserable bribon, por tí se mata siempre á tarbajar ese pobre muchacho. Tú conseguirás que sucumba.

—Pero padre mio....

—Cállate, cobarde, haragan, incapaz.

—Pero padre mio, ¿tengo yo la culpa de no poderme ganar la vida? Nadie me quiere ni para remar ni para sacar la red. Los mas vigorosos no encuentran ocupación ni trabajo, y ó se pudren en el suelo, ó se hacen matar en la guerra. Y si yo me separase de vos, ¿quién sostendría vuestros pasos? ¿quién os defendería contra los insolentes que os faltan al respeto?

Una risa estrépitoso y universal fué la acogida que obtuvo la última escusa del niño. Coloréaronse sus mejillas, se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y enseñó los puños á los que se burlaban, los cuales no se dignaron hacer ni un solo gesto para rechazar aquella demostración de furor.

—Echate, miserable, gritó el padre con voz de trueno, échate, mal perro, en dónde estabas antes. ¡Hé aquí el apoyo que tú me das; excelente defensa!

—Pero, padre mio, balbuceó el niño, dejándose caer en el suelo con un movimiento convulsivo.

—¡Silencio!.... ¿quieres que les refiera tu último rasgo de valor!....

—Perdon, padre mio, murmuró el lazzaroni con voz suplicante, y se puso á besarle las rodillas para enternecerle.

—Veámos, veámos, Lancia, gritaron los pescadores acercándose al anciano, dejad en paz al pobre Peppino, y hablemos de nuestro negocio. Lo convenido, convenido.

—Teneis mi palabra, contestó el soldado con

gravedad, y apaciguándose gradualmente: aunque á decir verdad, añadió volviendo la vista en direccion de la iglesia, en la que acababa de entrar la corte, valdria mas reservar el convenio para otro momento. Hoy reza el diablo.

Los pescadores se miraron sonriéndose.

—¡Ah! ¡ah! no reparéis en eso; haced vuestra señal de la cruz, y el diablo no se mezclará en vuestros asuntos.

—Para hacer la señal de la cruz, seria preciso tener brazos, amigos míos, y yo no los tengo. Así, me contentaré con rogar mentalmente al Señor, que envíe, aunque no sea mas que por tres minutos, un buen temblor de tierra, cuando la corte vaya á pasar por debajo de la cúpula del Cármen.

—Eso no es de un buen cristiano, y mucho menos de un buen soldado. Volvamos, si os place, á nuestro convenio; ¿quereis correr sus eventualidades?

—Ya os he dicho que teneis mi palabra.

—Todo el pescado que saquemos en la red que vamos á echar, sean veinte *rotoli*, sean dos libras, es vuestro; teneis el derecho de llevároslo á venderlo, mediante seis carlinos de vuestra moneda. Si no sacamos mas que guijarros, el pecio será el mismo ¿os acomoda?....

—Tocad aquí, gritó vivamente el anciano, estendiendo su brazo mutilado.

—Olvidais que no teneis ya manos, pero esto no importa, porque vuestra palabra es buena, y ade-

mas debeis encontraros con fondos, pues hoy es dia de paga para los veteranos. Así, pues, continuó el pescador, dirigiendo una mirada á sus compañeros, toda la pesca contra seis hermosos carlinos, con el busto de ese buen Cárlos de Anjou, cuya alma tenga Dios en su eterno descanso.

Y recalcó maliciosamente estas dos últimas palabras.

—El alma de Cárlos está en lugar seguro, respondió el viejo con una risa irónica, y espero que toda su raza irá bien pronto á reunirsele.

—¡Oh! ¡Oh! repitieron muchas voces, eso nos parece oscuro.

—Hé aquí lo que son los soldados, dijo el pescador que primero habia tomado la palabra, jamas vais al sermón señor Lancia, ni os habeis encontrado en el Molo un domingo despues de vísperas, cuando el padre Girolamo, por media libra de pescado por cabeza, viene á referirnos cosas tan excelentes de esos buenos amos que Dios nos ha enviado desde el fondo de la Provenza, verdaderos santos de padres en hijos.

—Sí, sí, es verdad, murmuró el soldado con voz apagada; ¡el rey Cárlos era un gran rey! ¡Un rey de la rama menor como ellos dicen! Protegia á los pobres, pero maltraba á sus hijas en secreto: creaba nobles, pero los despojaba de sus privilegios; fundaba conventos, pero aprisionaba á Santo Tomás de Aquino. Si, ha fundado dos magnificas iglesias, la del Cármen, en la misma plaza en que habia hecho decapitar á Conradino, monarca

legítimo; y la de San Lorenzo, donde se reunían en otro tiempo los nobles y el pueblo en el antiguo palacio comunal; si, el padre Girolamo tiene razon; ved ahí dos altares que hacen bendecir la memoria de su santo fundador; ved dos capillas preparadas de antemano con solicitud verdaderamente paternal, para los dos últimos descendientes de ese buen rey, Juana y Ladislao; hoy la hermana ha ido á orar al Cármen; la hija del asesino sobre la tumba de la víctima; mañana tal vez el hermano irá á hacer oracion á San Lorenzo, el hijo del usurpador sobre la tumba de la libertad!....

Cesaron las risas y cuchicheos, y fué estrechándose el círculo en derredor del anciano.

—Sí, continuó, son reyes muy nobles de padres á hijos.... En efecto, Cárlos II, ese maldito cojo.

—Oh! en cuanto á eso tambien cojeais vos, señor Lanceia.

—Yo he cojeado por primera vez al levantarme del campo de batalla, en que habia caido todo ensangrentado. ¡Pero él!.... Dios le marcó desde su nacimiento. Ese maldito cojo oprimió de tal modo al pueblo, que levantándose como un solo hombre, esterminó hasta el último de sus opresores.

—El pueblo tuvo razon, gritó el auditorio.

—¿Y Roberto no ha usurpado á su vez el trono que pertenecia á su hermano primogénito? ¿no atrafo la guerra, la desolacion y la miseria sobre nuestro desgraciado pais? ¿Y Juana, su digna hija, la

digna tia de esa otra que lleva su nombre, y que la ha escedido ya en virtudes, no ha ahogado á su marido? ¿Y cuando el pobre Andrés, viéndola ocupada en tejer un cordon de seda y oro, la preguntó para qué podia servir, no respondió con la mas infernal impudencia: es para ahorcaros, monseñor...?

—¿Qué horror! dijo todo el círculo aterrado.

—Es verdad, prosiguió el anciano, que Cárlos III, su querido hijo adoptivo, padre de los príncipes que nos gobiernan, ahogó despues á Juana, que no le habia hecho mas mal que salvarle la vida siendo niño, y haberle dado un reino, mas ¿qué quereis? el reconocimiento es hereditario en esa familia. Así es que, Cárlos III no tardó mucho en recibir la recompensa de su buena accion. La viuda de Andrés le regaló la corona de Nápoles, y la viuda del hermano de Andrés, la de Hungría. Pero no tuvo tiempo de pagar este segundo beneficio como habia pagado el primero, porque un momento despues de haber brindado á la salud de la reina Isabel y su hija Maria, ambas señoras levantaron á un mismo tiempo su vaso, y á aquella señal, un soldado que se hallaba oculto detras de él, levantó el hacha y le dividió el cráneo. Y luego, como no muriese tan pronto como deseaban sus parientas, se le arrastró á un calabozo y se envenenó su herida. ¿No es verdad, hijos míos, que la genealogía de nuestros buenos príncipes no puede ser mas edificante, y que yo conozco un poco mejor nuestra historia que el padre Girolamo?.... Ya veis

que todo lo que os digo vale lo menos dos libras de pescado por cabeza, pero soy un pobre soldado, y me contento con comprar el que como.

Los pescadores que habian tratado de divertirse, incitando al anciano para que prorumpiese en locas amenazas, permanecian inmóviles y como clavados por el asombro y el terror. Pero el cuarto de hora de reposo habia pasado, y era preciso relevar á los que trabajaban en las redes; levantáronse, pues, preocupados con las graves palabras que acababan de oír, y volvieron á comenzar lentamente su faena, y su monótona canción. Los recién llegados se acomodaron en la arena, y la conversación interrumpida un momento, continuó bajo otro tono.

—Y bien, ilustre Lancia, ¿qué perro os ha mordido? Os oigo gruñir sordamente como el Vesubio, en el instante de una erupción? ¿Corren algun peligro los que os rodean!

—Yo sé de qué proviene ese aumento de amabilidad, dijo un pescador que no habia hablado todavía, enjugándose con el reverso de la mano el sudor, que á grandes gotas corría de su frente.

—¡Verdaderamente! dijo el soldado con tono chocarrero.

—De cinco ó seis días á esta parte, no está conocido. Primero se asemejaba á un perro de presa que notuviese huesos que roer, y ahora parece á un oso que ha estado en ayunas una semana.

—¿Y luego? continuó el viejo mirando fijamente á su interlocutor.

—Luego... si no concluyes de refunfuñar, voy á contar una historia que nadie sabe aquí, viejo narrador, y de que he sido testigo el lunes pasado, al cerrar la noche.

—Habla, y que el infierno te confunda, dijo el viejo temblando de cólera y de temor.

El niño se estremeció, y miró con asombrados ojos al pescador.

—Pues bien, señores, estaba yo el lunes á la caída de la tarde agazapado en un rincón de la calle de Sta. María Neva, en donde me resguardaba de la lluvia que caía en abundancia. Nadie andaba, con aquel malísimo tiempo, excepto el intrépido Lancia que en su calidad de héroe no teme ni al agua, ni al fuego, y ese muchacho que es respecto de su padre, lo que la muleta para el tullido, y el perro para el ciego. Lancia iba por en medio de la calle como un mayordomo de fábrica en una procesion ó como un capitán al frente de su compañía, cuando de repente desembocando en la calle el gran chambelán, le atropelló con su caballo y le echó á rodar por el suelo, sin la menor consideracion á sus gloriosos servicios.

—¡Maldición!... gritó el anciano: todo está dicho, perderé á mi tercer hijo, mi pobre, Lorenzo.

—¡Se vuelve loco!... dijeron los pescadores encogiéndose de hombros mientras que Lancia abrumado por la desesperacion y la vergüenza, re-

petia palabras sin consecuencia, y terribles amenazas.

—No estaba solo.... ¡Fatalidad!.... otro ha sido testigo del insulto.—¡Oh! esta vez no puedo ocultárselo a Lorenzo, mi último, mi único hijo.... ¡Me vengará.... y despues la muerte!.... Es claro, tambien se le matará á él. ¡Mis canas!.... mis heridas!.... ¡mi gloria!.... ¡infame!....

Luego, recobrando de pronto su energía y su razón habituales, y dirigiéndose á los pescadores asombrados de su brusca salida:

—Sí señores, dijo, lo que ese hombre acaba de contaros es cierto. El gran camarlengo me ha arrojado por el lodo y no he querido decir nada á Lorenzo, porque le conozco; es mi digno hijo, es el digno hermano de mis dos primeros hijos muertos á mi lado en el campo de batalla, y hubiera vengado mi honor aun á costa de su vida, mientras este miserable poltron que veis á mis piés....

—¡Detente!.... dijo el pescador mas jóven, el pobre Peppino no es culpable por haber tenido miedo....

—¡Miedo!.... ¡miedo!.... repitió el viejo con una terrible esplosion de cólera; ¡lo oyes, miserable, lo oyes? Se ha insultado á tu padre delante de tí, te llaman cobarde delante de tu padre, y no te meneas de tu sitio!.... Pero tu no eres mi hijo, desdichado!....

La mirada del niño brilló como un relámpago; pero no se movió de donde estaba.

—Sosegaos, calmaos, Lancia, replicaron los pescadores con seriedad y enternecimiento. Hemos hecho muy mal en burlarnos, y vos no habeis hecho bien en incomodaros por niñerías. Es una felicidad que Lorenzo no esté aquí; es un buen muchacho y no debe esponérsele sin motivo. Pensemos en nuestra pesca; ya nos toca el turno de sacar las redes.... ya no tenemos que trabajar mas que un cuarto de hora. Tengamos buena pesca, Lancia, y dejemos al gran camarlengo y al diablo que le protege. Ademas, ya se sabe que los nobles siempre son nobles:

Y los pescadores se fueron al sentar aquel consolador axioma.

—¡El noble!.... respondió el veterano sin notar que el círculo se habia cambiado, y que sus oyentes no eran los mismos, ¡el noble!.... ¡Pero sabeis quién es ese Pandolfello Alop, ese poderoso feudatario que marcha orgulosamente al frente de la aristocracia napolitana, ese caballero brillante que atropella á los transeuntes?

—¿A qué nos viene ahora con ese Pandolfello?... ¡Maese Lancia! ¡Giordano!.... ¡Señor mío!.... Sin duda nos tomáis por otros.

—¿Sabeis quién es ese Pandolfello, el primer chambelan del rey, el baron mas poderoso del reino? Pues yo voy á decíroslo. Es un bastardo que no ha conocido jamas ni á su padre ni á su madre, un mendigo lleno de inmundicia, un vagamundo espulsado de su aldea como un animal asqueroso. ¿Y

sabeis quién recogió á ese bastardo, quién dió la primer limosna á ese mendigo, y quién colocó á ese vagamundo en las caballerizas del rey? Pues yo soy, yo á quien cobardemente ha ultrajado. Era un niño frágil, endeble y enfermizo. Gracias a mí el adolescente raquítico llegó á ser un jóven robusto y de buena figura. Entonces fué cuando la princesa le vió en su humilde traje, y le hizo primero su copero, luego su favorito, y no tardará en hacerle vuestro rey. ¿Sí, señores, un mozo de cuadra?

—Es imposible, dijeron los pescadores.

—Lo que yo os digo es la verdad, y no tendria reparo en decírsela en su cara. Pero yo no tengo ya brazos ni piernas, no podria correr detras de él. arrancarle de la silla, y poner en su frente el tacón de mi zapato, como él habia oprimido mi pecho con los cascos de su caballo. ¡Vergüenza y miseria!...

—Lancia, dijeron los pescadores en voz baja, no hace bien en hablar así del gran chambelán. Hablad de los muertos cuanto querais y nadie se levantará á defenderlos; hablad de la regente y del rey y tal vez os lo perdonarán; pero no digais una palabra de Pándolfello, ó vivid con cuidado, velad sobre vuestros hijos, guardad á Lorenzo!

Sin embargo, la pesca tocaba ya á su término, y las redes pesaban tanto que los que tiraban de la cuerda se vieron obligados á pedir refuerzo de brazos. Todos los pescadores se pusieron á la cade-

na, y olvidaron bien pronto al anciano y sus quejas para comenzar otro diálogo de distinta naturaleza.

—Por la Madona, dijo el hombre que habia propuesto el convenio, ved aquí un buen negocio. Hay quizá doscientas libras de pescado, y acabamos de dejárselo á ese viejo y corajudo demonio, por seis carlinos.

—Tú no has hecho nunca otros, dijo su vecino golpeando la arena con la punta del pié: antes de ayer no quisistes tres ducados por la pesca y no hemos tomado mas que un palo de escoba.

—Y sin embargo, habia consultado á San Pascual, continuó el hombre del contrato hablando consigo mismo: está bueno, en la primera cuestion tendré presente esta jugarreta.

—¿Decid, pues, avelinés, quereis cederme vuestro pescado por una piastra?

—Yo doy dos.

—Yo, tres.

Y los pescadores pujaban á medida que las redes iban acercándose á la orilla. Pero el anciano distraído y como atontado, no daba muestras de comprender las proposiciones que por todas partes se le hacian.

—La dicha le ha vuelto idiota, decian los pescadores.

—Yo lo creo, es enorme.

—Las redes van á romperse.

—Apuesto á que traen un atún.

Y todos aquellos hombres con el rostro encendido, los brazos tendidos, y los ojos brillantes se aproximaban á las redes con inquieta curiosidad, cuando de repente todos prorrumpieron en un grito unánime, y retrocedieron asombrados al ver un cadáver.

— Es un hombre asesinado.

— Un jóven.

— Un pescador.

Estas palabras circulaban entre la multitud asustada y temblorosa, cuando Lancia, saltando de su asiento y dominando el tumulto con voz fuerte y cortada.

— ¿Un cadáver?... dijo, será alguna nueva víctima de nuestros tiranos. Apartaos, señores, es mío, me pertenece, le he pagado y es mi pesca.

Y marchando con paso firme y seguro por entre los pescadores que guardaban el mas profundo silencio, llegó á las redes, se bajó lentamente para mirar el cuerpo desde cerca, y á su vez el infortunado anciano lanzó un grito, penetrante, desesperado, terrible....

— ¡Lorenzo!.... ¡Hijo mío!....

No pudo proferir mas palabra, y rodó por la arena al lado del cadáver de su hijo,

Pero el pequeño lazzaroni que hasta entonces habia permanecido en una actitud impasible escuchando las reprensiones de su padre, y los insultos de los demas, se levantó con la rapidez del relámpago, tomó á su padre en los brazos con una

fuerza de que nadie le creía capaz, le puso suavemente sobre su banco de encina, y sin proferir una palabra, ni echar una mirada sobre el cuerpo de su hermano, desapareció hácia la parte de la iglesia. En el mismo instante, la régia comitiva apareció en el ángulo de la calle, precedida de un gran número de hombres, mugeres y niños, casi todos medios desnudos, y colocados por orden de edad y de harapos. Las siniestras voces que salían del grupo de los pescadores, se perdieron en medio de las frenéticas aclamaciones de aquella masa numerosa y compacta que abría la marcha dando horribles alaridos. Los soldados de la escolta manejaban tan bien de plano sus espadas, y los regatones de sus lanzas, que la multitud se abrió en dos hileras y dejaba pasar la procesion en silencio.

Los caballeros, los barones, el clero y los grandes dignatarios seguidos de escuderos, criados y pajes, rivalizaban en el lujo de sus trajes, la belleza de sus caballos, y el brillo de sus armaduras. Las garzotas de diamantes, los cascos de oro, las corazas de plata, brillaban con los rayos del sol, y deslumbrando al pueblo, le obligaban á bajar la vista.

Juana de Duras, regente del reino, montaba un caballo árabe mas blanco que la nieve, cubierto con una mantilla de seda y oro, bordada de perlas á la usanza oriental. La hermana de Ladislao, cuyo recuerdo ha quedado en la tradición po-

29939

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

pular, como tipo de todas las perfecciones que la naturaleza puede conceder à una muger, se hallaba entonces en el complemento de su magnífica belleza. Aunque ya pasaba de treinta años era imposible mirando su esbelto talle, la pureza de su frente y el aterciopelado brillo de su cabello, atribuirla mas de veinte años. La estremada regularidad de su perfil, y sus negras cejas noblemente arqueadas, daban à su rostro un aire imponente templado por la dulzura de su mirada. Una seducción irresistible, un imperioso encanto parecia que encañenaba à sus plantas las voluntades mas rebeldes, y el orgullo mas indomable. Jamas muger alguna ha inspirado mas respeto y amor: jamas ha poseido ningua reína una gracia mas severa, ni una magestad mas seductora.

A la derecha de Juana, Pandolfello, que despues de su infame asesinato apenas habia tenido tiempo para mudar de vestido y presentarse en palacio, hacia caracolear con noble gallardía un corcel cubrér de un negro de ébano, que por la perfeccion de sus formas, y la agilidad de sus movimientos, no tenia igual en las reales caballerizas.

Pandolfello Alop, apenas tendria veinticinco años pero aunque este espacio de tiempo pueda parecer corto, le habia bastado para elevarse desde la condicion mas vil, hasta una fortuna casi régia. Admirablemente hermoso, pero dotado de una belleza varonil y altiva, dominaba con su erguida cabe-

za aquella reunion de barones y príncipes bastante miserables para envidiarle en el fondo de su corazon, y demasiado cobardes para prosternar ocho siglos de nobleza à los piés de un bastardo. Sus cabellos, en espesos y perfumados bucles, se deslizaban de una gorra de terciopelo adornada con una preciosa presilla de diamantes, y una sola pluma negra. Fijaba su mirada en Juana con aquella espresion irresistible de imperio, que habia obligado à la princesa à entregarle en un solo dia, los favores de la corte y los destinos de un reino. Ajustaba su talle una especie de jubon de gran riqueza, cuyo fondo negro desaparecia bajo el oro y la pedrería, y se veian brillar en su pecho las insignias de la órden de la Nave, condecoracion singular y clásica inventada por el rey Ladislao en honor de los argonautas, y que tal vez haya dado origen à la órden del Toison de oro.

En el momento en que la ilustre pareja pasaba por delante de la playa, en que los pescadores habian espuesto el cadáver de Lorenzo, el anciano, à quien los gritos del pueblo habian sacado de su entorpecimiento, levantó sus mutilados brazos, y lanzó sobre su enemigo una maldiccion fulminante. ¡Ay! no sabia todavia que era el mismo hombre que no contento con haber ultrajado al padre, acababa de asesinar al hijo!... Le maldecia sin embargo, por odio, por instinto y tal vez por presentimiento. Después, viendo que su voz debilitaba por el dolor y perdida entre las aclamaciones generales, no llega-

ba hasta el chambelan, quiso dirigir sus miradas sobre su jóven hijo para reprenderle otra vez su cobardía; pero, como ya hemos dicho, el niño no se encontraba allí para escuchar aquella reconvención. Midiendo con una mirada tan rápida como segura la distancia que le separaba del régio acompañamiento, Peppino habia ido arrastrándose como una culebra andando sobre el vientre, espuesto à ser aplastado por los piés de los caballos, luego levantándose de improviso, como una aparición siniestra entre Juana y su favorito, dió á éste último una puñalada. Pandolfello cayó sin dar un solo grito, tan violento y súbito habia sido el golpe, y la princesa todavia no habia observado nada, cuando ya todo el mundo se abalanzaba sobre el lazaroni.

Lancia, no viendo à su hijo en su sitio acostumbrado, lo adivinó todo. Recobrando de repente su fuerza, su salud y juventud, se adelantó sin guía, sin apoyo, sin dolores, y colocándose delante de Juana:

—¡Perdon!.... gritó sollozando, perdon para mi último hijo.

—Ya no soy un niño, os he vengado, padre mio, respondió Peppino, con voz firme, soy un hombre y sabré morir como tal.

—Perdonadle, señora, repetía el anciano con gritos desgarradores, he perdido dos hijos en la guerra, se me acaba de asesinar el tercero, ¿y qué me quedará si me arrebatáis el último?....

—¡No hay perdon para el asesino! dijo Juana,

con las facciones contraídas por el dolor y la desesperación.

—Tomad mi vida, pero salvad à mi hijo.

—¿Qué quereis que haga con tu vida, miserable viejo? arrancártela sería una recompensa.

—Entonces, señora, pediré justicia al rey.

—Ve arrastrándote hasta él, si puedes; entre tanto tu hijo espiará su crimen en los tormentos.

—¡Ay! señora, si yo no puedo llegar hasta él, quizá Dios le enviará hacia mí.

—Apoderaos del asesino, dijo Juana, y que ese viejo sea arrojado al mar.

—Y yo pido su perdon, dijo levantándose Pandolfello, que habia caído al suelo por el golpe, mas no por hallarse herido. La Providencia ha salvado mi vida, y las reliquias del bienaventurado San Genaro, que llevo siempre sobre mi corazon, han embotado el puñal del asesino.

—El infame lleva una coraza, murmuró Peppino, dirigiendo à su padre una mirada desesperada.

La regente no encontraba espresiones con que manifestar su júbilo, y en su delirio se habria arrojado al cuello de su amante en presencia de todo el pueblo, si el gran proto-notario, que por su dignidad ocupaba el segundo lugar en la comitiva, no la hubiese contenido con una mirada. Después, acercándose à Pandolfello, le dijo al oído:

—Ya sabeis, mi querido señor, que desempeño las funciones de primer magistrado del reino. Mi adhesion os es bien conocida: indique vuestra seño-

ría el género de muerte que ha de sufrir ese miserable. Ahorcado, descuartizado, quemado, destrozado vivo: vuestra voluntad será una ley. Atentar contra la vida de V. E. es conspirar contra la seguridad del Estado; es casi un crimen de lesa-majestad.

—Gracias, mi noble señor, contestó el chambelán en voz baja: agradezco á vuestra excelencia su amistosa oferta y la tendré presente en tiempo y lugar, oportuno. Pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo, y siempre que algun hombre nos estorbe, le haremos pasar por su cómplice. Cuando necesitemos sus declaraciones bastará con algunas vueltas de cuerda: recomendadle á vuestros atormentadores ordinarios; es una preciosa alhaja.

Los dos grandes dignatarios de la corona se separaron con muestras de la mayor intimidad, y Pandolfello se aproximó á Juana para darle gracias con una tierna mirada por el interes que acababa de manifestarle. La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al pueblo, habia acudido á ver una fiesta, y asistia á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; así es que gritaba con toda su fuerza.

—¡Viva San Genaro!... ¡viva el gran chambelán!...

III.

Al siguiente día de su visita al Càrmen, que pudo serle fatal. Pandolfello Alopó respiraba el aire, ya sensiblemente refrigerado, en una de las azoteas del palacio nuevo, medio echado en unos almohadones de terciopelo carmesí, cerrados los párpados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la regente, á quien la hacia mucho mas querido el peligro que acababa de correr.

Serian las nueve ó las diez de la mañana, una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el día anterior, movía y levantaba suavemente los cabellos del jóven. Una ancha y espesa calle de jazmines que formaban bóveda, con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y su favorito de los rayos del sol y de las miradas de los hombres. Los pescadores habian vuelto á entonar sus acostumbradas canciones, y á emprender sus faenas diarias; el anciano, sostenido por una fuerza sobrehumana, se habia llevado el cadáver de su hijo, y colocádole sobre su cama, como si estuviese dormido; habia cerrado despues con llave la puerta de la habitacion, y fué á sentarse en el muelle sin derramar una lágrima ni prorunpir en ninguna queja. Al ver aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan imapasible, se hubiera dicho que estaba loco, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiase en Dios y aguardase.

ría el género de muerte que ha de sufrir ese miserable. Ahorcado, descuartizado, quemado, destrozado vivo: vuestra voluntad será una ley. Atentar contra la vida de V. E. es conspirar contra la seguridad del Estado; es casi un crimen de lesa-majestad.

—Gracias, mi noble señor, contestó el chambelán en voz baja: agradezco á vuestra excelencia su amistosa oferta y la tendré presente en tiempo y lugar, oportuno. Pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo, y siempre que algun hombre nos estorbe, le haremos pasar por su cómplice. Cuando necesitemos sus declaraciones bastará con algunas vueltas de cuerda: recomendadle á vuestros atormentadores ordinarios: es una preciosa alhaja.

Los dos grandes dignatarios de la corona se separaron con muestras de la mayor intimidad, y Pandolfello se aproximó á Juana para darle gracias con una tierna mirada por el interes que acababa de manifestarle. La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al pueblo, habia acudido á ver una fiesta, y asistia á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; así es que gritaba con toda su fuerza.

—¡Viva San Genaro!... ¡viva el gran chambelán!...

III.

Al siguiente día de su visita al Càrmen, que pudo serle fatal. Pandolfello Alopó respiraba el aire, ya sensiblemente refrigerado, en una de las azoteas del palacio nuevo, medio echado en unos almohadones de terciopelo carmesí, cerrados los párpados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la regente, á quien la hacia mucho mas querido el peligro que acababa de correr.

Serian las nueve ó las diez de la mañana, una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el día anterior, movía y levantaba suavemente los cabellos del jóven. Una ancha y espesa calle de jazmines que formaban bóveda, con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y su favorito de los rayos del sol y de las miradas de los hombres. Los pescadores habian vuelto á entonar sus acostumbradas canciones, y á emprender sus faenas diarias; el anciano, sostenido por una fuerza sobrehumana, se habia llevado el cadáver de su hijo, y colocádole sobre su cama, como si estuviese dormido; habia cerrado despues con llave la puerta de la habitacion, y fué á sentarse en el muelle sin derramar una lágrima ni prorunpir en ninguna queja. Al ver aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan imapasible, se hubiera dicho que estaba loco, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiase en Dios y aguardase.

Nada turbaba, pues, el sosiego de Pandolfello y de Juana, y la calma que reinaba en el palacio, era un reflejo de la que disfrutaba el reino. Nápoles gozaba entonces de una paz profunda. Nadie se atrevía ya á atacar á un pueblo, cuyo rey, lejos de esperar la guerra en sus estados, la llevaba á los demas, con tal rapidez, que su brazo, semejante al rayo, hería con frecuencia al enemigo antes de que tuviese tiempo de ponerse en la defensa. La ambición de Ladislao no tenía límites. Su nombre glorioso y temido en lo exterior, cubría con su brillo los ignominiosos misterios de su corte; las hazañas del hermano hacían olvidar los desórdenes de la hermana; el ceno desaparecía debajo de la sangre.

Ladislao había concluido con la rebelion de Hungría, en una edad en que los demas no pueden blandir una lanza; había batido dos veces á Luis de Anjou, otras dos á los florentinos, y tres al Papa, lo que entre paréntesis, le valió tres excomuniones; era dueño de Faenza, Forli, Verona, Sienna y Arezzo, y en la época de esta historia, era tan grande su confianza en sí mismo, y tan desmedido su orgullo, que creyéndose dispensado de guardar ninguna consideracion, había hecho bordar en su manto real estas palabras: *aut Cesar aut nihil*: emperador ó nada. Despues de las ventajas obtenidas en Toscana, sus proyectos de conquista debían naturalmente llegar á ser mas vastos, y aunque anunció varias veces, en medio de sus victorias, que iba á volver á entrar en su reino para gozar algu-

nos instantes de reposo y prepararse para nuevas campañas, era muy raro el que interrumpiese el curso de sus triunfos y dejase el ejército para ver á sus súbditos. Así es, que la verdadera reina era Juana, y el rey de hecho, Pandolfello. ¿Qué tenía ella que temer? ¿Qué mas podía desear? Y sin embargo, véase el terrible encadenamiento del crimen, y la lógica infernal de las pasiones!.... Aquel hombre cuya culpable felicidad quizá no hubiera turbado nadie, impelido por una necesidad fatal acumulaba asesinato sobre asesinato, traicion sobre traicion, y perjurio sobre perjurio. Vivía rodeado de sicarios, de espías y de envenenadores; no hacía mas que tramar conspiraciones, ni pensaba mas que en el asesinato. Aquella muger, amada de su hermano, y adorada por el pueblo, hermosa sobre todas las hermosas, y poderosa sobre los poderosos, pasaba su vida en perpetua zozobra, no cerraba sus ojos mas que para abrirlos sobresaltada, y jamás miraba á su favorito sin temblar por su cabeza.

Como ya hemos dicho, Pandolfello se hallaba sumido en un adormecimiento, medio realidad y medio sueño. Ya no pensaba ni en el homicidio que había cometido, ni en los que había mandado. Los remordimientos no le duraban jamás mas que algunas horas, y habían pasado ya dos noches sobre su doble crimen. El sueño del gran chambelán era todo de oro y marfil; veíase sentado en un trono de terciopelo carmesí, elevado á la derecha del altar mayor de Santa Clara, con el manto real

sobre su espalda, la corona de las lises en la cabeza, teniendo á Juana á su izquierda, y á los siete grandes dignatarios del reino á sus piés, en diferentes gradas; mientras tanto el cortejo fúnebre de Ladislao desfilaba silenciosamente hácia la iglesia de San Juan de Carbonara, en donde se habia elevado ya el catafalco, por la afanosa diligencia y esmero de la regente, bajo la forma de tres estátuas: una sentada, otra echada, y la tercera á caballo. Pandolfello se embriagaba con los aplausos de la multitud, y los místicos perfumes con que cuatro jóvenes turiferarios con sobrepellices blancas le insensaban de continuo, con la cabeza inclinada hácia el suelo. Cuando llegaba á esta parte de su sueño, apareció un navío en el horizonte. Juana se estremeció vivamente, y tocando en la espalda al favorito, le llamó con una emocion que no podia concebir.

—Pandolfello, una vela por la parte de Caprea.

—¿Es ese un motivo para despertarme tan bruscamente, mi hermosa soberana?... dijo el jóven con una dulce indiferencia y sin abrir los ojos.

—¡Tiemblo á pesar mio, si fuese una escuadra enemiga!...

—¡Dios mio!... Juana, dijo el gran chambelan levantando con disgusto la cabeza: ¿qué enemigo se atreverá á atrevesar nuestro golfo, mientras la bandera de Ladislao ondea sobre este palacio; ni qué peligro podeis temer, mi noble soberana, cuando

entre ese peligro y vos, se encuentran los pechos de todos vuestros súbditos?...

—Yo no sé, Pandolfello, pero no puedo desechiar un vago terror. Un siniestro presentimiento, me dice que nuestra suerte se halla ya decidida en este momento. ¿Veis en la direccion de mi mano, dos, tres, cuatro galeras? El viento las impele rápidamente hácia nosotros. Dentro de una hora, quizá, ya no podremos librarnos de la desgracia que nos amenaza.

—En efecto, dijo el jóven apoyándose en la barandilla de la azotea, no podemos tardar en recibir noticias de los viajeros que vienen á visitarnos. Tranquilizaos, señora, probablemente es el mensaje de una nueva victoria. El rey vuestro augusto hermano, y mi amo, nos ha habituado á una serie tal de triunfos, que no nos es permitido dudar de ningun prodigio. Tal vez necesite nuevos refuerzos para estender su dominacion mas allá de la Toscana, y la escuadra que vemos será la destinada á trasportar tropas desde Nápoles á Lioria. Pero, suceda lo que quiera, hermosa princesa mia, no consiento que permanezcáis mas tiempo en dudas. ¡Hola!... añadió dando tres palmadas, y al punto dos pajes que se encontraban en un salon inmediato á la azotea, se adelantaron respetuosamente para recibir las órdenes. Que vayan inmediatamente á averiguar qué noticias nos traen esos navíos que navegan á toda vela por el golfo.

Juana veia acercarse la escuadrilla con una an-

siedad progresiva, á pesar de los esfuerzos que hacia Pandolfello para probarla con las razones mas concluyentes y las mas tiernas expresiones, lo absurdo de sus temores. De repente la mirada de la regente permaneció inmóvil, abrió los párpados extraordinariamente, un frío mortal corrió por todos sus miembros, y exclamó juntando las manos.

—¡Dios justiciero!... ¡el pabellon real en la galera que viene delante de las demas!....

El gran chambelan se puso pálido como un criminal á la vista del cadalso. Su conciencia cargada de crímenes le presentaba aquel regreso como un castigo aterrador. Mas la reflexion le hizo esperar bien pronto que el monarca, absorto como siempre en sus proyectos y placeres, no tendria tiempo ni deseos de escuchar quejas ni castigar delitos. Dominó su turbacion, y ofreciendo la mano á Juana para entrar en el salon, la dijo con aire tranquilo:

—¿Y bien, qué tenemos que temer, señora? Es necesario preparar inmediatamente una fiesta real y espléndida, y como esto entra especialmente en las funciones del gran chambelan, voy ahora mismo á dictar órdenes para que el recibimiento sea digno del vencedor de Italia, y para que el triunfo que vamos á improvisarle supere en magnificencia y brillantez, á cuanto se ha visto hasta el dia en el reino.

Y aplicando respetuosamente sus labios á la mano de la princesa, se alejó, como habia dicho, pa-

ra velar en los preparativos de una de esas gigantescas saturnales, que tenian la doble ventaja de adormecer al rey, y aplacar al pueblo.

Sin embargo, marineros, pescadores, soldados y lazzaroni se reunian tumultuosamente en el puerto para presenciar el desembarco. Entre aquella multitud circulaban los rumores mas contradictorios y confusos. Formábanse en el muelle numerosos y animados grupos. El gran senescal marchaba al galope para colocar sus oficiales y hombres de armas en dos hileras desde el desembarcadero hasta el palacio. Unos miraban este repentino é inesperado regreso como presagio de nuevas luchas y calamidades que iban á caer sobre aquel desgraciado pueblo, apenas repuesto de sus guerras exteriores y de sus civiles discordias: otros por el contrario, veian en él un socorro del cielo, y un castigo providencial que haria espigar sus crímenes al favorito, y pondria un freno á la disolucion de la corte. Todos se maravillaban de que ni Juana, ni Pandolfello, cuya astucia y prevision eran bien conocidas, y que tenian un ejército de agentes y de espías, no hubiesen recibido ningun aviso de aquella llegada tan repentina, y de que el mensajero portador de la noticia de la victoria que se habia celebrado el dia anterior no hubiese anunciado á las personas que tenian mas interes en saberlo, que solo precedia algunas horas á Ladislao. Era indudable que no se aguardaba al rey. La turbacion de los cortesanos, la sorpresa de los empleados de

palacio que llegaban en pequeños grupos y en desorden, y la confusión que reinaba en palacio, en las calles y en el puerto, era una prueba inequívoca de ello.

Mientras que el pueblo acudía en masa al muelle, un solo hombre parecía extraño á tanto tumulto y ruido como había en derredor suyo, y aquel hombre era Lancia. El mutilado soldado, sentado en la arena al sol, con la cabeza inclinada sobre las rodillas, pensaba en sus dos hijos, uno tendido en su cama sin ninguna esperanza de levantarse jamás, y el otro encerrado en los calabozos de Castel Nuovo, para sufrir los espantosos tormentos que se le preparaban, y lo que más despedazaba el corazón del desgraciado anciano, sucumbir probablemente con ellos, deshonorar el nombre de su familia con confesiones arrancadas á la debilidad y al miedo. Cuando daba hondos gemidos, exhalados por su noble dolor, sintió que le daban un golpe en la espalda. Giordano Lancia levantó la cabeza, y vió á su lado un hombre de pie y enmascarado que le miraba á través de los dos agujeros de su capucha con una atención silenciosa y benévola. El anciano sin salir de su meditación, fijó la vista en el desconocido por algunos segundos, como si hubiese querido preguntarle con qué derecho le arrancaba de sus tristes pensamientos, pero olvidando al punto las palabras que quería pronunciar y la causa que las motivaba, volvió otra vez á agobiarse y quedar sumido en sus fúnebres recuerdos.

—¡Lancia!... dijo el desconocido bajando hasta el oído del soldado.

—¿Qué me quieres? contestó el veterano sin variar de posición.

—Despierta, Lancia.

—Si no duermo, lloro.

—No es tiempo de llorar. La hora de la venganza ha sonado.

—¡Venganza! murmuró el anciano sin dejar su sombría actitud: ya no tengo brazos; ya no tengo hijos...

—El último de tus hijos todavía vive.

—¡Ay!... ya lo sé. No han querido concluir prontamente con él, por reservarle una muerte más cruel, una agonía prolongada. Pobre Peppino: ¿tendrás fuerzas para sufrir? ¿tendrás valor para no deshonrarme? ¡Infamies!

—Consuélate, Lancia: tu hijo ha sufrido como un hombre, y su constancia ha cansado el brazo de sus verdugos.

—¿Qué dices? exclamó el anciano poniéndose en pie de un salto. ¿Cómo has podido saberlo con sus terribles pormenores? ¿Cómo has podido penetrar los sangrientos misterios de Castel Nuovo?

—Te digo que esta noche se ha atormentado largo tiempo á tu hijo para que confesase sus cómplices, y comprometer de este modo á muchos inocentes. Te digo que he sido testigo de su suplicio y del valor de tu hijo, á quien no se ha podido arrancar una sola palabra de debilidad ni de súplica.

Te digo que cuando concluyó la tortura, se acercó á mí, y me dijo con voz firme: En nombre de la misericordia divina que desciende sobre todo hombre por muy caído que se encuentre, buscad á mi padre, y si el dolor no le ha muerto, decidle lo que acabais de ver. Yo rogaré por tu alma.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué no me volveis mi hijo? ¿Será preciso dudar de vuestro poder?

—No blasfemes, anciano.

—No: ya no hay Providencia: ya no hay justicia.

—Mira delante de tí.

—¿Qué multitud es esa?

—Es un pueblo que acude ante un rey que viene espresamente á vengarte.

—Llévame hasta él, porque ya no soy mas que una masa inerte é inmóvil: el dolor ha acabado de destruir la poca vida y fuerzas que me habian dejado mis heridas.

—No puedo, Lancia: mi presencia contaminaria el acompañamiento.

—¿Quién eres, pues, gran Dios?

—El verdugo.

Al decir estas palabras, el hombre de la caperuza encarnada desapareció como por encanto, y el infortunado padre, no pudiendo dar un paso á pesar de todos sus esfuerzos, levantó sus mutilados brazos hácia el rey, y en el momento de pasar por delante de él, recogiendo todo la fuerza de aliento y de voz que le quedaba en aquel momento supremo, gritó con voz desgarradora:

—¡A mí, Ladislao, perdon! ¡justicia!

—¿Quién es el hombre que me llama por mi nombre? dijo el monarca dirigiéndose hácia él, y separando con un gesto á los guardias que le rodeaban.

—Señor, continuó el anciano cayendo de rodillas, es un soldado que os pide justicia.

—¿Cómo te llamas?

—Giordano Lancia.

—¡Lancia!... ese es el nombre de un valiente, no es esta la vez primera que llega á mis oídos.

—He servido cincuenta años, señor; he tomado parte en todas las campañas que han hecho ilustre al país en medio siglo, y he sido testigo de todos los crímenes que durante este largo espacio han ensangrentado el reino.

—Escusadnos nuestras victorias, respondió Ladislao con voz severa; las conozco, y además, si llegase á olvidarlas, no faltan aduladores que me las recordarian. ¿Cuáles son los crímenes que has presenciado, di, cuyo castigo no hayas visto al mismo tiempo?...

—¿Puedo hablar libremente, señor?

—Por el Papa, no me hagas esperar, sino quieres arrepentirte de haber comenzado.

—He visto asesinar á Tommaso, conde de Monteseaglioso.

—¿Y luego? dijo el rey con voz sombría.

—A Wenceslao, duque de Amalfi.

—¿Despues?

—A Hugo, conde de Potenza:

—¿Y con posterioridad?

—A Luis, conde de Melito; Enrique conde de Terra Nuova; Gaspar, conde de Matera.

—Basta.... ¿Qué quieres, anciano, con esa larga y terrible lista de víctimas? ¿te han encargado los muertos de reclamar su venganza?

—¿Y qué me importa á mí todos los San Severinos degollados en un foso y arrojados despues á los perros del palacio? ¿qué me hacen á mí todo los nobles, cuya cabeza ha rodado en el cadalso? ¿qué toda la sangre derramada por su orden? gritó el anciano perdiendo completamente la razon. Me han muerto un hijo, me han dado tormento á otro, ¿lo oyes, Ladislao? Y esto por orden de Pandolfello Alopó, y con el consentimiento y permiso de tu hermana. Hé aquí mis quejas: hé aquí los crímenes de que pido justicia.

—Repórtate y ten cuidado.... respondió el rey con aspecto terrible: mientras me has acusado á mí te he dejado hablar: pero acusas á Juana, mi muy querida hermana, acusas á los mayores personajes de la corte: ¡desgraciado de tí, anciano, si no tienes pruebas para sostener tu acusacion!...

—¿Pruebas?... ¿No es notorio á toda la ciudad que no le falta ya á Pandolfello mas que el título de rey para reinar en tu lugar? ¿No me ha derribado por el lodo, ese cobarde bastardo que me debe la vida, y el favor de que goza en palacio? ¿No se ha sacado entre la pesca, aquí en el mismo sitio que pisas el cadáver de mi hijo? ¿Prue-

bas?... haz abrir las puertas de la prision, y si no se han apresurado á asesinarle, cuando se ha avistado tu galera, para deshacerse de un testigo peligroso, verás á mi pobre hijo, á mi última, mi única esperanza, con los piés sujetos por los grillos, los brazos cargados de hierros, y todos sus miembros descoyuntados por la tortura.

—Todo esto constituye presunciones graves, dijo el rey con un aire glacial, pero nada me prueba todavia que Pandolfello Alopó sea culpable del asesinato de tu hijo.

Y despues, volviéndose hácia su comitiva, á quien tanta audacia por parte de un pobre soldado habia dejado inmóvil y muda de estupor.

—Que se apoderen de ese hombre, dijo, y sobre todo, que se le prodiguen los cuidados que reclama su estado. Y ahora, señores, á Castel-Nuovo.

En cuanto llegó á palacio, Ladislao se encerró en su cámara con cinco ó seis barones de los mas fieles que no le habian abandonado na instante en sus largas y arriesgadas expediciones. El gran chambelan, como su empleo le daba derecho, fué el primero que se presentó en las habitaciones del rey y solicitó besarle la mano. Ladislao mandó se le contestase por medio del conde Avelino que no veria á nadie antes que á la regente, y que se avisaria á la princesa cuando estaria el rey en estado de recibirla. Este primer contratiempo, unido á la relacion que acababan de hacerle de la extraña escena del veterano, no era el mas á propó-

sito para calmar la inquietud y aprension de Pandolfello. Mas se tranquilizó, no obstante, pensando que en último resultado, como acababa de tomar todas las precauciones necesarias para hacer desaparecer hasta la huella de sus últimos crímenes, nadie podia convencerle ante el monarca. Tratabase cuando mas de una desgracia momentánea y pasajera, pero Pandolfello contaba demasiados medios de seduccion, y con la ciega pasion que habia inspirado á la hermana, para temer seriamente la severidad del hermano. Confióse, pues, á la suerte, ó como se decia entonces, á su feliz estrella, que hasta allí le habia favorecido; y modificando un poco la respuesta del rey, anunció á la princesa que S. M. se preparaba á recibirla con todas las consideraciones que tan alta señora merecia, y que tenia que contener su estremado cariño fraterno, ante la inflexible etiqueta de la corte. Juana, que como todas las personas dotadas de una imaginacion viva, y de una grande movilidad de ideas, pasaba fácilmente del temor á la esperanza, creyó sinceramente las palabras de su favorito, y quiso adornarse para presentarse á los ojos del rey con todas sus ventajas, y borrar hasta los menores recelos que pudieran haberse suscitado contra ella ó contra su consejero, en el ánimo de su hermano, por aquella irresistible fascinacion que ejercia tanto con los que no la habian visto nunca, como con los que la conocian desde su mas tierna infancia. Cuando llegó la noche, y las habitaciones de Cas-

tel-Nouvo estuvieron espléndidamente iluminadas, el conde de Avelino hizo saber á la princesa y á los siete grandes dignatarios de la corona, que el rey los aguardaba. Entonces se abrieron las dos hojas de la puerta de la cámara de Ladislao, y en el lugar que ocupaba comunmente el lecho real, se vió un estrado entapizado con terciopelo negro, sobre el cual habia de pié dos hombres silenciosos y cubiertos completamente con su armadura, como dos fantasmas vengadoras; Juana retrocedió tres pasos, y lanzó un grito de terror á vista de tan extraño espectáculo. Pálida, temblorosa, y agitada por un temblor convulsivo, se volvió hácia su hermano, y le preguntó, menos con la voz que con el gesto, qué significaban aquellos dos terribles personajes.

—Son los jueces, señora, dijo Ladislao frunciendo las cejas. Sentaos, princesa, aquí, á mi derecha. En cuanto á vosotros, señores, dijo dirigiéndose á los grandes dignatarios, conservad cada uno el lugar señalado á vuestro rango, y prestad atencion á lo que va á pasar. Que traigan al acusador.

Al escuchar aquellas palabras, cuatro escuderos llevaron á la real cámara al anciano Lancia, sentado en un ancho sillón, y habiéndole puesto á la izquierda del estrado, se retiraron.

—Habla, dijo el rey, sin temor y sin consideraciones á nadie.

El anciano fijó sobre Pandolfello una mirada terrible, y pronunció lentamente estas palabras, que

penetraron cada una en el corazón de Juana, como una puñalada.

—Acuso al conde Pandolfello Alogo, gran chambelán del palacio, de haberme indignamente maltratado, pisotéandome con su caballo. Le acuso de haber asesinado á mi hijo Lorenzo y de haberle arrojado al mar: le acuso de haber mandado dar tormento á mi hijo Peppino para obligarle á que denunciase inocentes, de que quería deshacerse.

—¿Qué teneis que responder, Pandolfello? dijo el rey volviéndose hácia el gran chambelán.

—Ese hombre está loco, respondió el jóven con una sonrisa de desprecio.

—¿Negais, no es cierto?...

—Me asombro, señor, de que pueda creerse capaz de semejantes infamias.

—Que se presenten los testigos, dijo Ladislao, sin que su voz manifestase la menor emoción.

Entonces pasó en lo interior de Castel-Nuovo un drama espantoso y terrible. Peppino, mas bien arrastrado que conducido por los soldados, entró en la habitación, pudiendo sostenerse apenas sobre sus rodillas. El pobre niño, destrozado por el tormento, dejaba ver en todo su cuerpo las señales de sus padecimientos; pero en su rostro pálido y resignado se advertía un valor heroico y una noble firmeza. En cuanto llegó á presencia del rey dirigió á su padre una mirada indefinible de amor, de compasión y de ternura. Despues quiso hablar, pero la lengua se le pegó al paladar, perdieron el

color sus labios, y una violenta convulsion agitó todos sus miembros. Alargó la mano á su padre en señal de despedida, y cayó muerto á los piés de Ladislao.

—Bueno va, dijo para sí Pandolfello, el gran proto-notario no me ha engañado.

—¡Hijo mio!.... dijo el anciano, ¡pobre hijo mio, le han envenenado!

Y Lancia volvió á caer en su sillón sin movimiento y sin voz.

—¿Qué teneis que decir, Pandolfello? preguntó el rey con la misma impasibilidad.

—Monseñor, soy inocente; ninguna parte he tenido en la muerte de ese niño. El terror le ha privado de la vida. Además, trató de asesinarme á vista de toda la ciudad, y yo le he perdonado.

—Solo al rey pertenece el derecho de indultar, señor mio, contestó Ladislao con voz terrible.

—Perdon, señor, la turbación me estravia: he querido decir que intercedí en favor del culpable con vuestra augusta hermana, que en vuestra ausencia ejercía los derechos de la soberanía.

—¿Es verdad, Juana?

—Es muy cierto, hermano mio; Pandolfello es un vasallo digno y leal, y nada prueba que haya cometido los crímenes de que le acusan sus enemigos.

—Nada lo prueba en efecto, continuó Ladislao con lentitud; mas como hay presunciones bastante

graves contra el acusado, se va inmediatamente á aplicarle el tormento.

—¡A mí, señor! gritó el gran chambelan con indignacion. Soy conde y baron, desempeño el primer empleo en la corte, y solo debo ser juzgado por los nobles mis iguales.

—Mientes, respondió Ladislao, cuya cólera estalló al ver la indomable audacia del homicida; mientes delante de tu soberano y de tus jueces; tú no eres mas que un miserable bastardo, un mozo de cuadra, que no ha temido abusar de las mercedes que se le han dispensado, para cometer las acciones mas infames y los crímenes mas odiosos. Ahora mismo veremos si tienes igual desfachatez. Que entren los criados del verdugo.

Apenas pronunció aquellas palabras el monarca, entraron en la cámara dos hombres de fisonomía siniestra, con los brazos desnudos, y armados con todos los instrumentos de la tortura. Pandolfello palideció ligeramente. Juana juntó sus manos suplicantes, y exclamó con un movimiento de terror inesplicable:

—Eso es espantoso, monseñor, perdonadle, tened compasion da una pobre muger. No podria jamas soportar un espectáculo tan horrible.

—Habeis sido hasta aquí el rey de Nápoles, hermanita mia, dijo Ladislao esforzando su voz en esta palabra cruel, y un rey debe saber administrar justicia sin parcialidad y sin debilidad.

En un instante quedó colocada en el techo una

polea, las muñecas del favorito fueron sujetadas por detras de sus espaldas con nudos apretados, y lanzó un grito doloroso. Por medio de una cuerda se le suspendió á seis piés del suelo; sin embargo, sufrió aquella primera prueba ordinaria con valor, y respondió con voz firme:

—Soy inocente.

Bajáronle de allí, y luego, á una nueva seña de Ladislao, los dos ayudantes del verdugo levantaron al infeliz hasta el techo, y soltándole de repente le dejaron caer á plomo desde la altura de tres piés. Aquella dolorosa operacion se repitió por tres veces, y en todas ellas Pandolfello contestó con voz ahogada:

—Soy inocente.

Entonces se le tendió sobre un caballete, y los atormentadores ataron á sus piés y manos cuatro enormes pesas de hierro. Crugieron los huesos del paciente, dislocáronse sus articulaciones y brotaba la sangre con abundancia.

—¡Perdon! gritó el atormentado; perdon, monseñor: soy inocente.

Suspendiéronse los tormentos: el acusado no habia confesado.

—¿Es culpable? preguntó el rey á los dos jueces cubiertos con su armadura de piés á cabeza.

—No; respondieron con voz cavernosa.

Pandolfello respiró. Un rayo de esperanza brilló en la frente de Juana; creyó que su amante se habia salvado.

—Y bien, dijo el monarca, ¿no hay nadie que quiera deponer contra el acusado?

—Nadie; respondieron los concurrentes.

—Entonces yo seré quien desempeñe ese oficio.

Estas palabras del rey fueron recibidas con un silencio mezclado de asombro y de terror. Aquel extraordinario proceso comenzaba á tomar las proporciones de una revelación fantástica y sobrenatural.

—Respóndeme, Pandolfello Alop, ¿en dónde estuviste la noche del 26 de Julio?

—En una casita de Chiatamone.

—Mientes; estabas en una barca y en alta mar.

Pandolfello miró al rey como asustado: Ladislao continuó friamente su interrogatorio.

—¿A quién encontraste en tu paseo nocturno?

—A nadie, contestó el jóven cada vez mas desconcertado.

—Mientes; encontraste á un anciano que te salió al encuentro en otra barca conducida por dos remeros, y aquel anciano se llamaba Galvano Pedicini.

—Todo lo sabe, pensó Pandolfello aterrado.

—¿Qué dijiste á Galvano Pedicini?

—Nada, monseñor.... cosas indiferentes....

—Mientes; le pagaste para que me asesinase.

Un grito de horror se oyó en la régia cámara.

—Jamas, señor, balbuceó el acusado temblándole todos los miembros: Galvano ha mentado, me ha calumniado.

—¿Traidor y cobarde? gritó Ladislao con voz de trueno: hé ahí tu bolsa, y se la arrojó á la cara: hé ahí los dos hombres que estaban en la barca del anciano con quien hablaste, y señaló á los dos hombres cubiertos con su armadura.... Galvano era yo.

Pandolfello cayó en tierra boca abajo, anonadado por aquellas terribles palabras.

—¿Es culpable? preguntó nuevamente el rey.

—Sí; respondieron los concurrentes con voz unánime. Juana habia perdido el sentido.

Entonces el rey se levantó, y pronunció la siguiente sentencia que condenaba á Pandolfello.

—Yo, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia, declaro á Pandolfello Alop, reo de lesa-magestad; mando que se le ponga en la frente un cartel infame; que se le coloque atado en una carreta, y se le pasee por todos los barrios de Nápoles; que los verdugos le arranquen las carnes con tenazas encendidas; que se le arrastre por encima de navajas y que se le arroje en una hoguera de leña verde, para que se queme lentamente hasta que muera.

Aquella horrorosa sentencia se ejecutó literalmente. Despues del suplicio, el pueblo se abalanzó á la hoguera, y se apoderó de los huesos de Pandolfello, para hacer silbato y puños para látigos.

Un hombre habia asistido á aquella espantosa escena, elevado penosamente sobre el parapeto de

un puente, y sostenido por un grupo de pescadores. Fija la vista, la boca entreabierta y el pecho palpitante, no perdió ninguno de los pormenores de tan horrible ejecución. Aquel individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el desgraciado anciano, cuya razón había recibido tan rudos ataques, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atención en él, y se arrojó de un salto al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

—Amigos míos, venid á pescarme á mí también.



GALERIA LITERARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, N.L.

un puente, y sostenido por un grupo de pescadores. Fija la vista, la boca entreabierta y el pecho palpitante, no perdió ninguno de los pormenores de tan horrible ejecución. Aquel individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el desgraciado anciano, cuya razón había recibido tan rudos ataques, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atención en él, y se arrojó de un salto al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

—Amigos míos, venid á pescarme á mí también.



GALERIA LITERARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, N.L.

EDICION DEL "SIGLO XIX."

GALERIA LITERARIA

TEMPESTADES DEL ALMA.—HISTORIA DE UN MUERTO.
(E. LLOFRI ~~Y~~ SAERERA) (A. DUMAS)
EL RIO DE SANGRE.—UN BAILE DE MASCARAS.—UN DRAMA NEGRO.
E. HERNANDEZ (A. DUMAS) (R. ORTEGA
Y FERRAS)
EL COCHERO DE CABRIOLE.
(A. DUMAS)

LA MARIPOSA (POEMA) ANTOHURTADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1874.

90332

IMPRESA DE I. CUMPLIDO, CALLE DE LOS REBELDES NUM. 2.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE B

TEMPESTADES DEL ALMA

LEYENDA DE COSTUMBRES

POR DON ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA

CAPITULO PRIMERO

LAS PRIMERAS NUBES

A los que nunca habeis visto el mar y las noches apacibles en que la luna refleja sus trémulos rayos sobre las inquietas olas; á los que no habeis podido admirar el espectáculo brillante de un pueblo entregado al júbilo y á la bulluciosa algazara en esas horas en que reina la silenciosa madre del misterio, y no habeis presenciado las alegres danzas iluminadas por infinidad de antorchas; á vosotros los que no habeis respirado el ambiente humedecido de las playas, os parecerán exageradas ciertas descripciones creyéndolas en jendro de alguna imaginacion poética.

Pero si hubiéseis recorrido la costa del Mediterráneo en determinada época del año (y no hace mucho tiempo aún), no hubiera dejado de sorprenderos el cuadro fantástico que á vuestros ojos apareciera envuelto entre cien luces que corrian como fosfóricos destellos. Escuchárais entonces los gritos de un inmenso gentío que divertía sus pesares al murmullo de las olas, y el alegre sonido de las guitarras y los cantares españoles llevaría á vuestro espíritu un sentimiento que no podríais explicar.

Dejo, por lo tanto, ese género de descripciones que á unos parecerían exageradas y débiles, y sin colorido á otros; dejo á un lado el hablaros de una noche en que el pueblo alicantino se entregaba á la diversion y al júbilo, y en uno de los arrabales se reunían las muchachas de *rumbó* y los mozos mas gallardos; nada diré de la dulzaina (*charamita*), antiguo añañil árabe, ni del tamboril que con sus ecos forman el acompañamiento de aquella confusion de voces y luminarias de colores, de aquel tropel con que se mezcla el misterioso sonido de la campana de la ermita.

Aquella ermita con su farolillo colgado ante la imágen de la Virgen del Socorro, era en las noches tempestuosas una señal en la costa, que indicaba el puerto de salvacion del infeliz mariuero.

La religion y la poesía, la idea de Dios y el sentimiento de amor al hombre, siempre caminan juntos en el mundo.

Tampoco deseo entreteneros, haciéndoos ver el numeroso gentío de todas las clases sociales que poblaba el arrabal, ni cómo se hallaban confundidos el laborioso artesano y el acaudalado comerciante, el sencillo pescador y el título mas encepetado.

Todo esto es imposible que yo os lo presente en sumas

poética realidad, porque es imposible que pueda la palabra escrita figurar el cohete que sube á confundirse con las estrellas, como pasajero emisario de las alegrías de la tierra, el estampido de las salvas, y sobre todo, el azul de los cielos en aquella hermosa noche, pura como el aliento de un ángel, serena y apacible como el fondo de una conciencia tranquila.

Figuraos, pues, que habeis leído una descripcion animada que os ha conducido á la falda del enorme castillo, eterno centinela de la ciudad de Alicante, que parece velar como sombrío fantasma recordando épocas terribles y azarosas á aquella ciudad, sentada cerca de las olas, como misteriosa ondina envuelta en el manto azul de los mares.

Tal fué el punto que sirvió de teatro á las escenas de la presente narracion, que yo trasmito al papel como dulce expansion de mi alma, como prueba de mi amor al pueblo en que ha nacido, en donde sintió mi frente el primer beso de mi madre; que no hay recuerdo mas tranquilo, ni mas dulce para el corazon que el de la tierra en que nacimos.

Pláceme en tanto grado recordar á aquellas mujeres, cuando salen de sus miserables casucas, apenas aparece el sol por el horizonte, en el punto en donde parece que se unen el mar y el cielo con el misterioso lazo de un velo de vago azul, y verlas tender una mirada por el mar que viene á dejar sus olas á corta distancia, casi á sus piés. Y despues al distinguir un punto blanquecino en aquella línea de union, como cándida paloma, nuncio de alegría, oírlas cómo exclaman: ya vé el meullant (ya viene mi land.)

Ellas conocen el land pescador en que va su marido ó su amante, aunque solo se distinga en lontananza, como conoce el labrador la hora por las estrellas, y el navegante por la brújula el punto en que se halla.

Viven aquellos seres con una existencia llena de placeres purísimos de la naturaleza, y al terminarla exhalan un suspiro para despedirse de la casa en que nacieron, suspiro que pasa tan desapercibido para el mundo, como lo fué el primero con que saludaron á la tierra que recibe sus cuerpos sin las pompas del magnato ni la ostentacion del lujo, pero sí humedecidos por algunas lágrimas.

Antes de presentar en escena los personajes de esta leyenda, perdonadme las anteriores líneas descriptivas del lugar en donde acaecieron, pues parece que habia algo en aquella atmósfera, en aquella alegría que encerraba el germen del dolor para amargos días de prueba.

Volvamos á la fiesta celebrada en el arrabal Roig de Alicante.

Si hubiérais estado allí aquella noche, os hubiera aturdido el confuso desorden que tenia mucho de sublime, aquel ir y venir, aquellas palabras sueltas, tantas luces de colores, tanta vida y tal animacion: hubiérais escuchado el eterno cántico del Mediterráneo, que parecia aumentar el placer y el bullicio, aunque habia alguna semejanza en sus ecos con un triste quejido.

Pero no os hubiérais apercibido de un coloquio misterioso entre dos personas de distinta clase y condicion, en una de las casas del arrabal.

Dejemos, pues, que ria y se divierta aquel tropel, aquel conjunto de juventud, alegría y embriaguez, y veamos quiénes eran aquellos dos seres que parecian ajenos á cuanto á su alrededor pasaba.

La casa en que se habia entablado el coloquio era, como todas las demas, de mal aspecto, y se hallaba frente al mar.

Los moradores de aquellos albergues reducidos, tenian la

costumbre en esas noches de fiesta, de colocar sillas en la puerta para las personas de alguna distincion, propietarios de la casa ó amigos.

En la noche á que nos referimos, llegaron á la casita de Pascual el Calafate, el propietario de la misma, su esposa y una hija, cuya belleza y cuya cándida expresion no se pueden concebir sin verlas.

Para como el ambiente que allí se respiraba, parecia que sus ojos estaban destinados á mirar al cielo, cuyo color reflejaban; los labios, casi siempre contraidos por una ligera sonrisa, decian al que la contemplara un momento, que solo se abrian para hablar con los ángeles; rubios eran los cabellos de aquella vírgen, peinados con sencillez, y ni el mas leve indicio se veia de ello en ese alifio con que se adornan muchas de las que hoy se llaman *pollitas*, consumiendo un tiempo precioso en el tocador, que empleado en los quehaceres domésticos ó en la verdadera educacion, haria mejores esposas, mejores madres.

La jóven á quien la narracion da su lugar preferente, conseguiria con su belleza un título para el renombre del que lograrse haceros concebir su verdadero tipo con una pintura maestra.

A vuestra inteligencia remito la idea de la pureza y de la bondad reveladas en aquel semblante, y á vuestro corazon el sentimiento que pudiera despertar lo angelical y sublime de aquella criatura.

Llamábase Clementina.

Figuraos en el padre un comerciante honradote, franco y bonachon, con un par de patillas rubias, una frente mas espaciosa por la calva, y una sonrisa leal siempre anunciando la buena fé de aquella alma de Dios, como le decian sus

amigos y sus parientes; un traje rancio con respecto á la moda, y tendreis una idea aproximada de su aspecto.

Su esposa era digna madre de Clementina, segun los rasgos de perdida belleza que en su rostro quedaban; madre tierna y virtuosa, tenia en su hija un encanto, y la educaba con el buen ejemplo y sábios consejos que nunca eran desoidos.

¡Cuánto se ganaria si hubiese muchas madres que educasen á sus hijos como la de Clementina!

Hallábanse, pues, los tres personajes sentados á la puerta de la casa de Pascual, á quien conoceremos mas tarde, presenciando la danza que pasaba entonces por allí, con gran satisfaccion por parte de los que la admiraban y de los que en ella tomaban parte.

Aun no hemos llegado al coloquio, porque se ha de dar á conocer á otro personaje. Era un jóven de unos diez y siete años el que acababa de llegar á la casa; saludó á los padres de Clementina con el mayor respeto, y no sé por qué bajó los ojos al dirigir á ésta la palabra. La niña, que entonces rayaba en los catorce, sufrió una súbita alteracion en el semblante, y cuentan los que presenciaron la escena que Pascual se mordió el lábio inferior, bajó la cabeza y murmuró algunas palabras.

Aquel jóven era su hijo, que entró en la casa, saludando á su padre con la mas profunda veneracion y con la mayor ternura.

Pascual recibió á su hijo con cierta frialdad.

El padre de Clementina (á quien llamaban don Remúaldo), advirtió á su esposa que á poca distancia se hallaban sus amigos íntimos, y se levantaron los dos con el objeto de ir á saludarlos.

—Quédate un momento con tus amigas, Clementina, dijo á ésta no bien se hubiera levantado la madre.

El jóven recién llegado se sentó al lado de Clementina, que se hallaba entonces en conversacion animada con sus amigas.

Volvió la cabeza y vió á su lado al hijo de Pascual el Calafate.

El efecto que produjo en ella ver tan próximo al jóven, pudo observarse en el color que asomó á sus mejillas, en el suspiro que se escapó de su pecho sin poder reprimirlo.

—Clementina, ¿será siempre una verdad? preguntó él con tímido acento.

—Siempre, Julio, siempre lo será, respondió la jóven con ternura indecible.

Estas fueron las únicas palabras del interesante diálogo, y que no por ser pocas dejaban de tener interes.

En casos como este el lenguaje es de los ojos, y dice mas una mirada que todo un poema de amor y cuantas palabras expresaran los pensamientos.

¡Es tan elocuente la falta de palabras cuando se manifiesta el sentimiento con los ojos, ventanas por donde el alma se asoma!

Solo podrá formarse una idea de lo que sintieron los dos jóvenes, habiendo pasado por las circunstanCIAS que concurrían en ellos.

Con un amor callado desde la nifiez, creciendo juntos y viviendo como dos gotas de rocío sobre una misma flor, ella dotada de una inocencia angelical, sin fuerza para decir te amo, pero sintiendo en el alma ese misterioso impulso que nos arrastra involuntariamente hácia otro sér; él, por su parte, alimentando ilusiones, viviendo para ella con toda la can-

didez de un corazón virgen, y alejado de las violentas pasiones que destruyen la poesía del mundo.

¡Cuán felices se creían!

Todo para ellos tenía los risueños albores de la felicidad.

Pero llegó un día en que comprendieron que sentían una impresión hasta entonces desconocida; que al estrechar sus manos, una indiscreta lágrima se asomaba á sus ojos y un instinto de temor y de respeto por parte de Julio y de pudorosa candidez de Clementina, les anunció la existencia de una pasión; Clementina por las noches rezaba las oraciones que de su madre había aprendido apenas empezó á balbucear las palabras, y en todas estas oraciones pedía al Todopoderoso la felicidad de Julio.

Este, mientras tanto, cabizbajo y taciturno, soñaba un porvenir venturoso, y en ese porvenir vislumbraba á Clementina como el ángel benéfico de su guarda, como la más dulce esperanza de su vida.

Era Julio de aspecto simpático, moreno, ojos grandes, y sobre el labio superior un ligero bozo que daba cierto aire de energía á su expresión, negros cabellos ensortijados y una franqueza en su mirada, y tal animación en su semblante, que inspiraba involuntariamente el deseo de hablarle y de estrechar su mano.

Ya conocidos los dos jóvenes, es de suponer que algunas de las lectoras de esta narración esperarán impacientes la continuación de sus amores y que darían cualquier cosa por saberlo.

Aquellos primeros días eran de auroras serenas, de brisas apacibles, de cielo sin nubes.

¿Vendría la tempestad á cernerse sobre sus cabezas?

¿Surgiría del fondo de aquellos corazones una de esas tempestades que acaban hasta con la vida muchas veces?

Veamos.

Las amigas de Clementina exigían con derecho una conversación amistosa y atenta, y por otra parte, los padres de aquella candorosa niña llegaron á pocos momentos de haberse marchado.

Estuvieron largo rato hablando con Julio sobre sus estudios, porque lo querían como á hijo.

La madre de Julio había sido nodriza de Clementina, y el cólera le había llevado en pos de sí como á una de tantas víctimas de aquel terrible azote.

Veamos cómo terminó la fiesta popular.

Acaso al fin de aquellas horas entre bulliciosa algazara encontremos algo que exprese la amargura en contraste con los tranquilos gozos de la infancia.

Iba ya la luna saliendo del fondo del mar, en cuyas plateadas olas aparecía casi sumergida con ese color de fuego que contrasta con el de las inquietas aguas.

Poco á poco iba creciendo en intensidad su reflejo, y la imaginación de un poeta hubiera creído ver una lluvia de perlas sobre la superficie del mar.

Tal vez un amigo de la mitología hubiera dicho que Diana dejaba su lecho de brillantes y esmeraldas para seguir al rubicundo Apolo.

Bajo cualquier punto de vista que se observe, es un espectáculo inexplicable el que aparece al rasgar la luna el misterioso manto de las tinieblas y bañar con su reflejo la inmensa figura de un castillo á cuyos pies se observa una muche dumbre que canta y grita con sin igual júbilo.

La danza del arrabal iba terminando su vuelta, siendo

admirada la gracia de las muchachas que bailaban y sus vistosos trajes.

En algunos brillaba el oro y la plata, recordando la magnificencia oriental de que es tradicional monumento en las costumbres la *danza* que aun conservan muchos pueblos como el alicantino.

Julio estaba pensativo, fijó sus ojos en la luna y parecía envuelto en una de esas creaciones fantásticas de la mente de un enamorado.

Acababa de ver una muchacha de las que habían *danzado*, y de las mas graciosas por cierto, morena, de ojos negros, con una viveza admirable, labios sonrosados, de los cuales hubiérase dicho al verlos que daban paso á un eterno suspiro del corazón; todos sus rasgos físicos en ella eran proporcionados y respiraban un aroma de gracia y de amoroso atractivo.

Era una de esas bellezas de nuestras costas que reciben en las playas el primer aliento y viven animadas por el sol que se refleja en las aguas y calienta el arenoso suelo.

El traje no podia ser mas sencillo. Saya de percal de color de rosa, jubon de raso azul con encaje, la manga corta, pañuelo de tul blanco bordado con lentejuela dorada, delantal del mismo color y zapato de raso blanco enseñando el diminuto pié.

Las rosas que adornan su cabeza hubiérase dicho que estaban colocadas con un descuido artístico admirable.

Llamabase Rosalía.

Separóse de sus compañeras, que ya como ella se retiraban, y dirigiéndose á Julio le habló al oído algunas palabras que nadie pudo saber, lo miró con fijeza y sonrió graciosamente.

Julio había colocado en el ojal de la negra levita un ramito de siemprevivas y jazmines.

Rosalía dirigió sobre el ramito una de esas miradas investigadoras con que las mujeres pretenden inquirirlo todo; uno de esos relámpagos que el alma fulgura por los ojos.

Se detuvo un instante y exclamando con aire jovial: era para mí, arrancó el ramito de siemprevivas de la levita de Julio, y luego, lijera y juguetona fué á reunirse con sus amigas, que entonaron un coro con el mayor entusiasmo.

Julio pronunció con voz ahogada el nombre de Rosalía y quedó petrificado de pié enfrente de Clementina.

Esta había visto cuanto pasaba, y como herida por un rayo cogió la mano de una de sus amigas y la estrechó fuertemente.

La primera lágrima de los dolores del alma asomó á sus ojos.

Pálida y con los labios trémulos por una convulsion nerviosa, parecía imposible tanto dolor en tan tiernos años.

Después de un esfuerzo exclamó acongojada:

—Vámonos, mamá, vámonos.

—¿Qué tienes, hija de mi alma? preguntó la madre.

Clementina no contestó. Miró al cielo y cerró después los ojos.

Enjugóse las lágrimas y ahogó un suspiro.

Don Romualdo levantóse precipitadamente y preguntó á su hija la causa de aquellas lágrimas.

Clementina enmudeció.

Levantábase en el fondo de aquella alma la primera nube de una de esas borrascas de la vida que arrastran ante sí las ilusiones, los ensueños de oro, las dulces esperanzas...

Las amigas de Clementina la rodearon.

Pascual, el padre de Julio, con cariñosa solicitud, ofreció cuanto tenía, empezó á dar órdenes á los criados y á todo el mundo; pero fué inútil, porque á poco rato se despedían de él y se marchaban en dirección á la puerta de Ferrisa los padres de Clementina y la pobre niña, que sufría horriblemente, acompañada de sus amigas de la infancia.

Julio se encerró en su habitación sin que nada fuese bastante á calmar su pena.

El lejano cantar de los marineros que á bordo de sus embarcaciones velaban, infundía un sentimiento melancólico en el alma; el «alerta» de los centinelas que volaba por el espacio como anuncio misterioso, aumentaba su dolor, y todo cuanto le rodeaba era triste y sombrío.

La luna que iluminaba su habitación, moribunda ya, solo inspiraba pensamientos lúgubres; la algazara de los mozos que se entregaban aquella noche al placer con sus canciones al compás de la guitarra, venía á acrecentar mas su pena.

Julio vivió aquella noche con el mayor de todos los tormentos.

—¡Rosalía!... ¡Rosalía!... exclamó con la mas dolorosa expresión, has sacrificado á un ángel.

Y cayó su cabeza sobre el lecho con el abatimiento mas profundo.

Clementina no pudo pasar la noche sin referir sus penas á una jóven que le servía y en quien depositaba sus secretos, si podia haber alguno en el cándido seno de aquella vírgen.

No bien quedaron solas, se arrojó á su cuello sollozando, y despues de largo silencio exclamó:

—Julio no me ama; me ha engañado. Dios le perdone el daño que me ha hecho... ¡Ah!... ¡Dios le perdone!

Las lágrimas inundaron sus ojos.

La jóven, que se llamaba María, procuró consolarla; pero el dolor no la abandonó en toda la noche, y mil ensueños horribles vinieron á aumentar su desconsuelo.

Era el bautismo de lágrimas para la vida de su amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
P.O. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II.

PRECEDENTES.

Preciso es, para seguir la ilación exacta de los sucesos, que dé á conocer á Pascual el Calafate con todos los detalles de su vida y de su carácter. Son casi todos los personajes de esta leyenda seres á quienes he conocido, y de la mayor parte de los sucesos puedo hablar con certeza porque los he presenciado; por eso no hay exagerados rasgos ni situaciones violentas. Es la verdad de los hechos y están presentados tales como acontecieron, sin que la imaginación les añada un solo rasgo. Los recuerdo como si los estuviera presenciando, y otros los conservo en la memoria, procurando trasladarlos al papel como los trasladaría al lienzo si manejase el pincel en vez de la pluma. Hace de esto mas de diez y siete años y aun existen algunos de los personajes: ellos dirán si hay ó no exactitud, si he desfigurado algun carácter ó he dejado de bosquejar alguno de los tipos especiales de las personas que tomaron parte en los sucesos.

Hablando de Pascual, vais á saber quién era.

Marinero de los mas espertos, habia servido en la tripulacion de un buque mercante que hacia sus viajes á Barcelona, la corbeta *Clementina*, propiedad de don Romualdo de Torres.

En uno de sus desembarques en Barcelona, dícese que Pascual dejó su corazon envuelto en las amorosas redes que le tendió una esbelta catalana. De individuo de la tripulacion pasó á piloto despues de los estudios necesarios, y por último fué nombrado capitán.

Siguieron los viajes y siguieron los amores de Pascual, cuyo término fué de los mas felices.

La bendicion de la Iglesia dió la ventura á aquellos dos corazones amantes.

Andando el tiempo, el cielo les concedió un hijo.

Era Julio.

El padrino de Julió fué el padre de Clementina.

Hé ahí las relaciones que existian entre los dos jóvenes para vivir bajo un mismo techo en la mayor parte de los dias de la infancia, en los albores risueños de la vida; hé ahí por qué se amaban.

Don Romualdo habia ofrecido á Pascual el Calafate (se le llamaba así por el oficio de su padre), costear los estudios de Julio cuando llegase á la edad á propósito.

La esposa de Pascual, que veia crecer á Julio, sentia el deseo de que Dios la concediese una hija; pero como vió sus deseos frustrados, adoptó una huérfana llamada Rosalía, que á medida que fué creciendo, la naturaleza la adornó de todas las gracias que pueden constituir el encanto de una mujer.

Amante de sus padres adoptivos hasta el extremo, vivia

entre las caricias maternales de la honrada esposa de Pascual y de los consejos morales de éste.

Rosalía y Julio corrian por la orilla del mar mirando las olas que espiraban á sus piés y sin poder explicar la impresion que recibian al escuchar el eterno suspiro del Mediterráneo, á quien Dios ha dado por cárcel movediza arena para contener el rabioso empuje con que inundaria la tierra á ser posible.

Pascual y su esposa, desde la casa que jamas abandonaron, los contemplaban con una emocion inexplicable.

Una de aquellas veces en que esto sucedia, era una tarde á la caída del sol; habia llovido, y en los reflejos de la luz de aquel astro boquejábase en las nubes del arco iris, esa prueba patente de que los colores son hijos de la luz.

¡Qué momentos aquellos tan apacibles y serenos para los dos esposos y para los dos inocentes seres que vagaban buscando nacaradas conchas entre las arenas de la playa!

¡Con cuánta frescura respiraban el ambiente y qué dulce éxtasis producía en las almas!

—¡Cuántas veces, decia Pascual, he deseado que apareciese el arco que se presenta á nuestros ojos, y cuántas veces he escuchado la oracion de los hombres de corazon mas duro pidiendo entre el espantoso eco de las tempestades, que la estrella de los mares hiciese brillar esos colores, esperanza del marinero entregado al furor de las olas!

El espectáculo que entonces tenian los dos esposos ante su vista se comprende, pero no puede trasladarse al papel.

La luz incierta del sol casi en su ocaso, vertiendo sonrosado color en todos los objetos. El mar reflejando con varias tintas las nubes que cruzaban el espacio. Allá á lo lejos las embarcaciones del puerto desplegando las velas para enju-

garlas, y el arco iris que aparecía como bañando en el Mediterráneo uno de sus extremos, y apoyando el otro en el cabo de la huerta. He ahí el cuadro.

Margarita, la esposa de Pascual, estaba entregada á la contemplación de la naturaleza; sin cerrar los ojos y estrechando con sus manos las de su esposo, dejaba ver en su sonrisa un placer que extasiaba su espíritu.

—Mira, Pascual, decía ella con emoción, todo cuanto nos rodea es hermoso, consolador, y parece que nos anuncia la felicidad de aquellos dos ángeles de nuestro corazón que terminan el cuadro.

Y señalaba, al decir esto, á Rosalía y á Julio, que corrían alegres jugueteando con las olas, que también pudiera decirse que jugueteaban con ellos.

¡Qué felices iban á ser los dos!

—Buenos y virtuosos vivirán el uno para el otro, y llegará un día en que la bendición de la iglesia estreche más el lazo que los une, y serán lo que nosotros somos. Ellos aprenden unas mismas oraciones, respiran una misma brisa y viven con nuestro ejemplo.

Aquella mujer gozaba con las ilusiones de un porvenir no sembrado por negras desengaños; ni la mas ligera nube empañaba entonces el claro cielo que se abría ante su imaginación de madre.

Pascual la escuchaba atentamente, y sentía latir su corazón y sus manos se estremecían.

Peró la realidad, sin contar con los deseos y los presagios de la madre carifiosa, vino lentamente á destruir cuantas ilusiones se habían concebido en aquella tarde de ensueños y poesía.

El cambio dió lugar á otras ilusiones, á otras esperanzas.

Julio pasaba la mayor parte de los de los días en casa de Clementina cuando los juegos infantiles recreaban su espíritu, y el aura de la inocencia daba á su frente el atractivo de la candidez.

No es del caso repetir que el tiempo fué despertando en ellos el verdadero sentimiento, esa purísima emanación que es vida de nuestra vida, ese no sé qué misterioso, cuyo nombre se ha gastado ya por las distintas aplicaciones que ha obtenido; los materialistas lo han endurecido, y algunos espiritualistas lo han elevado al infinito.

Aquellos dos jóvenes se amaban con un amor de esos de novela.

Su amor era la realización de un pensamiento inocente, el aroma virginal de una flor que los ángeles vivifican con su luz y adornan con sus colores.

Julio empezó los estudios, como antes se ha dicho, y se apartó del peligro que preveía en una pasión que lo impulsaba hácia un sér del cual se imaginaba distante por su posición, que comenzaba ya á comprender y que adivinaba claramente.

Rosalía había alentado en su pecho la pureza de un amor fraternal; pero llegó un día en que la tristeza hizo perder la vivacidad de su carácter.

La muerte de su madre adoptiva llegó á herirla profundamente.

El cólera, que tantos estragos había hecho en Alicante, envolvió á aquella familia en la mas desconsoladora amargura.

Julio y Rosalía lloraron, y sus lágrimas se confundieron vertidas por el mismo dolor. Miradas dolorosas se cruzaban entre los dos, y un silencio interrumpido por los sollozos de Rosalía reinaba en la pobre estancia.

Pascual los contemplaba pensativo y con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Quizá recordaba aquella venturosa tarde en que la madre de Julio señalaba á los dos como emblema de la felicidad.

Entonces los colores del iris brillaban en el cielo; el viento de la tarde como el aliento de la esperanza, refrescaba sus sienes. La mirada de su esposa era un rayo de consuelo y de amor.

Pero en este momento la oscuridad del cielo, las sombras de la noche y los mismos aëres que alegres recorrían la orilla del mar, se hallaban ante su vista desconsolados y tristes.

¡Qué escenas tan distintas y cómo se recuerdan en los instantes en que la desgracia viene á imprimir en nosotros la huella de los dolores!

Pascual y Julio iban todos los días á casa de su protector don Romualdo. Clementina esperaba la hora con impaciencia, y se veía en su semblante súbita transformación cuando entraba su compañero de la infancia, su amante ya.

Así pasaron algunos años.

Clementina adorando á Julio con frenesí.

Rosalía, la pobre Rosalía no sospechaba siquiera que Julio pudiese amar á otra mujer como á ella.

Y vertía lágrimas de placer cuando él la respondía con fraternal cariño; «sí, te quiero, te quiero.»

Un día estaba esperando á Julio con la inquietud de un corazón enamorado, y saliendo y entrando de la puerta de la casa á la habitación de Julio, pensó distraerse escribiendo hasta que él llegase.

Sentóse ante la mesa que su hermano adoptivo tenía para estudiar.

Empezó á leer algunos manuscritos esparcidos sobre ella

sin orden ni concierto, y encontró su nombre escrito en aquellos papeles, pero también leyó otro nombre muy querido para ella.

El nombre de Clementina.

Quedó pensativa breves momentos, cubriendo los negros ojos con la mano en que apoyaba la cabeza.

—¡Ah! sí, dijo pasando un instante, la hija de nuestro protector, mi querida Clementina, mi hermana, como ella quiere que la llamo.

En el alma de Rosalía no habían podido penetrar los celos; ella creía muy justo el afecto de Julio hacia aquella criatura.

¡Pobre Rosalía...! ¡Quién sabe si las ilusiones que vivificaban su espíritu como el céfiro de la mañana y como el murmullo de las olas, duraría mucho tiempo!

¡Quién sabe si ese suspiro que entonces exhalaba tranquila sería arrancado del alma en breve por el dolor y el sufrimiento!

Pascual había creído realizar las esperanzas de su esposa.

—Julio y Rosalía se aman; sus deseos se verán satisfechos, decía enternecido algunas veces, cuando veía la tierna solicitud de la graciosa criatura, aquel afán con que esperaba su llegada y la tristeza que la dominaba en cuanto dejaba de llegar á la hora de costumbre.

Un día en que Julio tardaba mucho, la pobre Rosalía estaba desesperada, y Pascual se encaminó hacia la casa de su protector para hacerle volver con el objeto de manifestarle alguna cosa que hervía ya en su mente. El honrado Pascual sacó una especie de carta cerrada antes de salir de su casa y la besó.

Des lágrimas asomaron á sus ojos.

GALERIA.

Rosalía no pudo contener un suspiro del alma al ver el respeto y la veneración con que acercaba á sus labios aquella carta.

Julio iba ya hacia la casa, cuando encontró á su padre. — Venia buscándote, le dijo éste, porque tengo que hablarte de un asunto muy grave.

Ambos se dirigieron pensativos á la casita del arrabal.

Rosalía los distinguió desde muy lejos, y la animación brilló en sus ojos, y la gracia de su sonrisa volvió á estrechar sus labios.

¡Con cuánto placer estrechó las manos de Julio!

Era la noche de las fiestas cuya descripción da comienzo á estas páginas, la noche de aquellas danzas que se celebraban en el arrabal de marineros y pescadores que entonces parecía casi independiente de la ciudad, aunque hoy se confunde con ella, perdiendo en la pureza de las costumbres y ganando en ilustración y cultura.

Tales son los efectos de esa luz bienhechora que se llama civilización.

Rosalía, como ya se ha dicho, salió aquella noche á bailar, y aún tal vez con harto disgusto por su parte.

Antes de esto ocurrió un detalle que no debe pasar desapercibido para los que siguen el hilo de la narración.

Rosalía se acercó á Clementina antes de tomar parte en la danza, y la besó con el más tierno cariño y estuvieron largo rato entretenidas como pudieran estarlo dos hermanas en sus confidencias.

¡Cuán lejos se hallaban de sospechar siquiera los sentimientos que la desgracia tal vez había hecho germinar en sus corazones candidos é inocentes como los suspiros de la brisa!

Terminó la fiesta, según he dicho, y sufrieron Clementina y Julio cuanto es imposible de expresar con palabras.

Porque no hay voces para el sentimiento que se anuncia tan solo por gemidos angustiados del corazón.

Pero aun faltaba una desgracia; aun la infortunada suerte les deparaba mayores desventuras.

Rosalía, al despedirse aquella noche, como todas, para dirigirse á su habitación; cogió la mano de Julio que se hallaba con la vista fija en el suelo y en el mayor abatimiento.

—¿Qué tienes? le preguntó con ese acento suave de la mujer enamorada.

El silencio de Julio la sorprendió.

El, que nunca se había mostrado tan indiferente al parecer; él, que siempre había pronunciado palabras de consuelo para su espíritu, mudo y silencioso no respondió á su voz.

—¿Es que no me amas?

—Sí, bien lo sabes, como hermana, como amiga de mi alma.

—Como hermana, como amiga de tu alma.....

Apenas pudo Rosalía pronunciar estas palabras que espiraron en su garganta. Bajó los ojos, imprimió un beso en las manos de Julio y una lágrima vino á caer sobre ellas.

Con paso trémulo y sofocando los latidos de su corazón, se dirigió á su aposento, dió una última mirada á Julio, cerró la puerta y se entregó á la expansión de su dolor.

Las flores cayeron de su cabeza marchitas, y arrodillándose ante una imagen del rostro del Redentor colocada en una especie de urna con infinidad de adornos é iluminada por dos luces, exclamó con acento desgarrador:

—¡Santísima faz divina, ten piedad de mí!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFENSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.M.

CAPITULO III.

LA ROMERÍA.

Habia llegado la época del año en que el pueblo alicantino celebra una romería á la Santa Faz, pueblecillo distante media legua de la ciudad, reducido caserío que tomó el nombre de un convento que allí se elevó al divino rostro del Redentor, porque según la tradición, aseguran los viejos haberse aparecido en aquellos lugares una imagen del rostro de Jesucristo impreso con su sangre en el lienzo con que le enjugó la Verónica.

La creencia religiosa está arraigada en el alma de los alicantinos, y á ella acuden en sus calamidades y desventuras.

La romería es en la ciudad de Alicante objeto de diversion y algarazara. Todo el día se ve el camino poblado de un inmenso gentío. La dilatada llanura que se extiende al pié de una eminencia en que se halla colocada la cruz de piedra, está cubierta casi en su totalidad de gentes que cantan y bailan y rien con el mayor entusiasmo. Es un espectáculo

admirable el que se distingue desde aquella altura. Una alfombra verde aterciopelada deleita la vista, infinidad de árboles diseminados aquí y allá, casitas blancas como la nieve aparecen envueltas en el verde ramaje, con cuyo color contrasta el azul de las olas que van á murmurar á la costa, ciñendo con su cinta de espuma la derecha de aquel cuadro encantador.

Figuráos un sol hermoso apareciendo entre el azul eterno de los cielos y el plácido oleaje del Mediterráneo; las montañas con una tinta sonrosada y misteriosa; los campanarios de los distintos pueblecillos que se ven en la llanura, reflejando los rayos primeros de la luz del sol y apareciendo envueltos en una nube de fuego; el aliento suave de la brisa; imagináos todo esto, animado por el bullicio y la alegría del pueblo, y tendreis una idea aproximada de la escena.

Este día es para los ancianos el punto de su peregrinación en la tierra, en que echan una cana al aire. Las muchachas se reúnen y gozan para todo el año; los niños lo desean como un día grande, y para todos existe atractivo á él.

Traslados con las poderosas alas de la imaginación á aquel sitio pintoresco y á aquella fecha, y escuchad el confuso tropel de voces é instrumentos que todo lo llena.

Allá á la sombra de un olivar, se vé un grupo de muchachas que saltan como cabritillos y bailan alegres.

De su centro han salido algunas canciones por el estilo de la siguiente:

Marinerito le quiero,
marinerito ha de ser,
si no es marinerito, madre,
monjita me meteré.

En ese grupo se halla Rosalía sencillamente vestida. Sus ojos se dirigen al cielo y parece que entristece su espíritu la alegría que la rodea. A pocos pasos de donde se halla, está Julio pensativo y esperando al parecer la llegada de alguno. Miraba hácia el camino de Alicante. De cuando en cuando volvía la cabeza para mirar á Rosalía, y quedaba reflexionando sin duda su posición. Por su mente cruzaba tal vez la idea de lo que su padre quería, y un siniestro presentimiento lo hacia fruncir el ceño y palidecer.

—Clementina está ya tranquila, decía él con respecto á lo ocurrido en la noche de las danzas. Se ha convencido de la equivocación de Rosalía.

Julio procuraba disimular á los ojos de Clementina la desgraciada pasión de aquella.

Las dos candorosas criaturas estaban destinadas por la suerte á sacrificarse mutuamente. Amando como ellas amaban á Julio, podría formarse una idea de su intenso dolor.

La fatalidad, si es que pueden así llamarse ciertos acontecimientos inexplicables, las había lanzado á un mismo camino como arranca el huracán de su tallo dos florecillas que unidas crecieron.

Las dos, puras como el suspiro de los ángeles, sentían lo mismo, y en el mismo sér concentraban las emanaciones de su alma.

Y ellas se amaban también. Si Clementina desalleció aquella noche, fué al sospechar la realidad que estaba amenazándola.

Y sospechaba bien; pero Julio pudo desvanecer la sospecha para que no sufriese tanto.

Las lágrimas de Rosalía habían abrasado las manos de

este, y en aquellos momentos recordaba sin duda el efecto que hicieron en su corazón aquellas lágrimas y el misterio que revelaba con ellas. En estos pensamientos vagaba su imaginación lejos de la algarazara que le rodeaba, cuando un carruaje iba en dirección de la Santa Paz. Fijó su atención en él, brillaron sus ojos, caló su sombrerillo de paja después de haber saludado con él á los que iban en el carruaje, y dirigiéndose á su padre, que se hallaba sentado al pie de un frondoso árbol, le pidió permiso para ir á saludar á los recién llegados. Rosalía le siguió con la vista y con el corazón.

—¡Nos dejás! murmuró Pascual; anda con Dios, y mira lo que haces.

Julio meditó un momento; miró á Rosalía, y pronunció un adiós que parecía indiferente, pero que era la revelación de los tormentos de su alma.

Subió en el carruaje de los padres de Clementina, el cual se confundió muy pronto con los infinitos que recorrían el camino.

Don Romualdo preguntó á su hijo con verdadero interés:

—¿Por qué no viene Rosalía?

Y Julio contestó que había quedado acompañando á su padre.

Rosalía no le perdió de vista; se apartó, para verle mejor, del grupo de sus alegres compañeras.

—¡Dios mío! Si ama á Clementina como yo creía ser amada, hazlos mas felices que á esta pobre mujer.

No pudo concluir la frase, y cayó junto á una de sus amigas que procuró tranquilizarla.

Pascual acudió presuroso, y tembló al sospechar la causa de aquel suceso.

—Mañana, decía el infeliz padre, mañana desaparecerán los misterios de esta fatalidad. Tú, pobre esposa mía, ampara á esta huérfana desconsolada desde la mansión de los justos.

Iba terminando el día, y con él la broma y el jaleo de aquellos lugares.

El camino quedó en breve casi desierto, apenas el oscuro velo de la noche envolvió á la tierra entre sus sombras.

La familia de Clementina volvió á su morada, y Julio, al entrar en la suya, encontró la tristeza mas profunda.

Rosalía no estaba allí; preguntó Julio por ella, y Pascual respondió que estaba descansando. Hallábase Pascual sentado junto á una mesa de la entrada, con la cabeza entre las manos y en el silencio mas significativo.

—¿Qué es esto, padre mío? preguntó Julio admirado.

—Ve á tu habitación, consulta los hechos en que toman parte los seres que te rodean, y explícate lo que aquí sucede. Mañana comprenderás tu posición en estas circunstancias.

—¡Yo, padre!... balbuceó Julio con los ojos humedecidos y suspirando amargamente. Lo sé; creo comprender lo que sucede.

De repente los ojos de Pascual y su semblante tomaron una expresión de ternura indefinible, y casi llorando preguntó á su angustiado hijo:

—¿Amabas á tu madre?

Julio se arrojó á sus brazos sin responder una palabra, y le estrechó contra su pecho.

—¿Tendrías valor para cumplir su última voluntad?

—Sí, padre mío, sí, tendré valor, tendré valor.

Besó la mano de su padre, y éste le besó en la frente exclamando:

—Dios bendice á los buenos hijos. El cielo premia á los que han sido buenos con sus padres, concediéndoles hijos que los aman y veneran de todo corazón. Tú eres bendito del Señor, y tu madre te lo premiará desde el cielo.

Después de la escena anterior, Julio se retiró á su habitación y esperó con impaciencia la alborada del siguiente día. Fácil es de comprender de qué modo pasaria la noche entre las terribles dudas que le asaltaban. Acudía al santuario de su conciencia, y no se levantaba en su seno ni una voz que le acusara.

En vano procuraba distraerse revolviendo los libros y papeles. Pronto los dejaba cansado, y con paso desigual cruzaba su habitación en distintas direcciones. Así pasó la noche. Al amanecer abrió los balcones, y la tibia claridad del alba penetró por ellos. La calma y el silencio reinaban en la naturaleza. El mar aparecía inmóvil. Nada para Julio tenia animación. Ni las avecillas cantaban alegremente, ni el aura llevaba dulces encantos á su oído. Negra tristeza envolvía su alma, y era imposible que la tierra y el cielo se presentasen á sus ojos con la poética aureola de la felicidad. Efecto prodigioso del alma sobre la naturaleza.

Cuando la desgracia os haga verter lágrimas de dolor; mirad al cielo y llorará con vosotros; mirad á la tierra y escuchad los acentos que de ella nacen; gemidos tristes acarán los cantares de la avecillas, y el suspiro de las auras será como el vuestro, melancólico y triste.

Abrióse de repente la puerta de la estancia y entró en ella Pascual con un pliego cerrado entre las manos. Julio se sor-

prendió al verle. Sentáronse ambas, y ya los pálidos rayos del sol, esos primeros rayos débiles y misteriosos, reflejábanse en una de las paredes del modesto cuarto de Julio.

—Creo, empezó á decir el honrado patron Pascual, que he cometido una indiscreción al sospechar que tú amabas á Rosalía.

—Yo la amo, padre mio, la amo; interrumpió precipitadamente Julio.

—¿Pero la amas hasta el extremo de hacer su felicidad? ¿No amas á otra mujer?

Julio bajó los ojos y calló.

El esperaba ya semejantes preguntas con harto dolor de su corazón.

—Sé lo que debemos á un protector, cuya bienhechora mano ha hecho nuestra fortuna, y sé que tu porvenir á nadie mas que á él lo debes, continuó Pascual; que si has interesado tu corazón y tu palabra, padecerás en estos instantes horriblemente. Yo no puedo imponerte obligaciones con respecto á este punto, y te quiero, bien sabes lo que te quiero, más que á mi vida..... Pero esa infeliz criatura te adora..... y tu madre.....

Pascual no pudo terminar la frase, porque se ahogaba.

—Mi madre..... Siga usted.

En este instante un rayo de sol reflejaba en el retrato de la madre de Julio colgado de la pared, é iluminaba su frente con una tinta misteriosa dando brillo á aquellos ojos.

Una especie de temor religioso sorprendió el espíritu de Julio, que dirigía en aquel momento una mirada tierna y respetuosa al retrato de la que lo llevó en su seno. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Pascual estaba dominado por el mismo sentimiento. Si esto era una casualidad, hay casualida-

des que imponen y anonadan. El corazón abatido deja fácil paso á las leves impresiones que se avengan con su dolor. Y eso se llamaría por algunos supersticiosa preocupación. Pero la desgracia debilita las fuerzas del hombre, y le hace jugusto de un levisimo soplo de las auras de la noche.

Levantóse Pascual enternecido, entregó silenciosamente á su hijo el pliego que traía, y sin despegar los labios, alejóse de la estancia. Julio quedó extático, contemplando con pasmados ojos el papel que tenía entre sus manos, y despues de algunos instantes, procuró abrirlo. Era letra de su madre. Temblaron sus manos, cerráronse sus ojos, y apareció en ellos una lágrima que fué á bañar el papel. El contenido de la carta era el siguiente:

«Hijo mio: Un ángel que me depará el cielo para consolar mis desgracias; una mujer que hoy merece toda la intensidad del amor que ella te profesa, pide por mi labio un corazón como el tuyo.»

Despues de un momento de silencio continuó:

«El único medio de premiar los sacrificios que ha hecho por tí sin que lo supieras, es el de encontrar en tu alma una pasión que la haga feliz. Creo que veré desde el cielo cumplidos mis deseos. Sí, hijo mio, sí; une tu suerte á la de Rosalía. Haz la felicidad de esa huérfana; vive para su ventura, que en tí consiste. Tú la amas y tu felicidad será la suya el día en que os bendiga mi espíritu desde la otra vida.

«Adios, hijo mio. Estas líneas no las leerás hasta mucho tiempo despues de haber abandonado yo la tierra. No te impongo en ellas obligación: es un deseo.»

—¡Madre de mi corazón! exclamó al terminar la lectura interrumpida por los suspiros de su alma y por la violenta

agitación de su espíritu. ¡Dios mio... Dios mio! ¿Qué exiges á este desgraciado? ¿Qué va á ser de mi triste corazón!...

Cayó desfallecido sobre la silla. Pascual y Rosalía entraron con la mayor zozobra y trataron de animarle.

El padre de Julio procuró ocultar el papel que había caído al suelo y en el cual fijó Rosalía su vista.

Los labios de Julio pronunciaron el nombre de Clementina.

El esfuerzo de la pobre criatura que se hallaba presente, no puede concebirse con facilidad sin sentirlo. La sangre se agolpó por un instante á su frente, palideciendo sus mejillas. Tenía el corazón desgarrado. Ni una lágrima se vió brillar en sus ojos; pero iban cayendo sobre su corazón, en donde comenzaban á sentirse los primeros rúmenes de la tempestad.

Pascual quedó como sin fuerzas para conducir al lecho á su hijo.

¡Pobre padre! tenía ante su vista la perspectiva del sublime sacrificio de una alma pura y angelical como la de Rosalía.

Pasaron muchos días y Clementina esperaba impaciente á Julio.

Don Romualdo había enviado á casa de Pascual para enterarse de si había ocurrido alguna novedad en ella, y supo que Julio se hallaba lijaramente indispueto.

La pobre Clementina preguntaba todos los días por él y encargaba á María que fuera á saber el estado de su salud.

Si hubiera sabido la infeliz que las oscuras nubes de tenebrosa realidad iban ennegreciendo el horizonte de sus ilusiones..... ¡cuán grande hubiera sido su desengaño!

Pasó el tiempo y llegó un día borrascoso de esos en que los levantes reinan impetuosamente en las costas del Mediodía allá por el mes de Setiembre. Los marineros inteligentes aseguraban que se aproximaba la tempestad. Nubarrones de

color ceniciento oscurecían la luz del sol y el mar con tranquilidad aparente reflejaba en su oleaje las pálidas sombras de aquellos que aparecían pesados y lentos vagando por la atmósfera sofocante y caliginosa.

—Tío Quico, decía en su dialecto alicantino uno de los barqueros que se hallaban en el muelle, se me figura que dentro de poco tiempo van á llamar las mujeres á Santa Bárbara bendita y nosotros á San Telmo, para que guarde á nuestros hermanos, los que ahora no tengan mas amparo que cielo y agua.

—En cuanto levante el *lebeche* la cabeza, ya la tenemos, respondió con seguro acento otro barquero viejecito que tenía todas las trazas de haber servido muchos años á bordo de alguna embarcación de gran porte.

—Amarra cables listo y vamos adentro.

—¿Le parece á usted que abandone yo mi puesto hoy, cuando estoy encargado por don Romualdo para esperar á *La Clementina*?

—Tienes razón, Faelico, y ojalá que no haya tenido la tripulación ningún golpe. ¿Y estás seguro de que se aguarde hoy?

—¡Bá!... ¿Pues qué, Pascual *el calafate*, que es el que me lo ha dicho, no tendrá razón para saberlo?

—Hombre, y ahora que lo nombras, tú no sabes nada de lo que se cuenta en el arrabal Roig sobre su retirada de la casita y la carrera de su hijo... y si aquella chica tenía algo con él ó si no tenía. Y si la hija de don Romualdo... y si...

—Tío Quico, tío Quico, ahí hay mucho que rascar, y se ha armado... un temporal mas grande que el castillo. A mí me ha dicho mi mujer en secreto que los padres de la señorita Clementina quieren mucho al chico, y no saben nada de

esos intríngulis, y están esperando la llegada de su sobrino para casarlo con ella; pero...

—¡Qué te decía yo! exclamó el tío Quico al oír el estampido de un trueno ya bastante próximo; ahí tenemos á San Pedro mudándose de casa, y yo me voy á la mía, porque ni la ocasión ni el punto son lo mas á propósito para enredarnos en conversacion.

El tío Quico encasquetóse la gorra de pelo hasta las orejas, encubrió las manos en los bolsillos de su largo chaqueton, y despues de inclinar la cabeza hácia el pecho aumentando la corcova de su espalda, dirigióse á la puerta del muelle, encaminándose á su casa.

Faelico caló hasta las cejas su gorro catalan, colocó sobre sus hombros un jaique, y levantando su capucha, fué á refugiarse á una de las casitas de carabineros.

No tardó mucho tiempo en divisarse á lo lejos entre la espesa neblina que levanta de los mares la lluvia, una embarcación que venia impulsada á embestir junto al Babel.

—*La Clementina!* dijo una voz ronca que salió de uno de los muchos buques atracados al muelle.

El marinero que esperaba corrió hácia la casa de don Romualdo y le participó la noticia. La incertidumbre y el dolor aparecieron en los rostros, porque se aseguraba que habia sufrido averías considerables.

Lo cierto es que estuvo á pique de quedar encallada en las arenas del Babel junto á la playa.

Las pérdidas fueron bastantes. Y se decía que en aquel viaje un golpe de mar habia arrojado al agua á uno de los individuos de la tripulación.

Don Romualdo salió precipitadamente hácia el muelle.

A los pocos instantes estrechaba en sus brazos á su so-

brino Carlos, y enterado de que no había perecido nadie, le acompañó hasta su casa.

La madre de Clementina y esta hallábanse ocupadas en labores domésticas detras de los cristales del balcón. Ignoraban lo ocurrido porque don Romualdo había querido sorprenderlas con la llegada de Carlos. Había éste formado planes en los primeros años de su vida sobre su porvenir, casándose con su prima Clementina.

Los padres aprobaron esta union y la deseaban.

Oyóse ruido en la escalera. Clementina salió á abrir, y quedó suspensa y admirada al ver á su primo; la alegría apareció en su semblante. Estrecháronse las manos. Carlos se dirigió á dar un abrazo á su tía. Después de los primeros instantes en que el recién llegado contó los azares de la vida del mar y en que bendijeron todos á la Providencia que le salvara, Carlos buscó en los ojos de su prima un amor que no existía. Así pasó algun tiempo, entre las pruebas de amor de Carlos, y nada mas que el puro afecto fraternal de Clementina para él.

La madre de Clementina comprendió que en el alma de su hija no existía la pasión que había supuesto hacía su primo, y procuró investigar la verdad para no sacrificarla. Sospechó que era Julio el hombre que había despertado en ella una verdadera pasión, una pasión que no pensaba evitar aunque fuese posible.

Una mañana, hallándose Clementina en su habitación, tenía los ojos fijos en el cielo y en las manos un retrato.

La madre entró, sorprendiendo en aquel éxtasis de amor á la infeliz criatura, y de aquella entrevista resultó el desistimiento por parte de los padres de Clementina sobre el enlace proyectado.

—Ansiaba el momento de revelártelo, madre mía..... Sufría mucho, dijo Clementina.

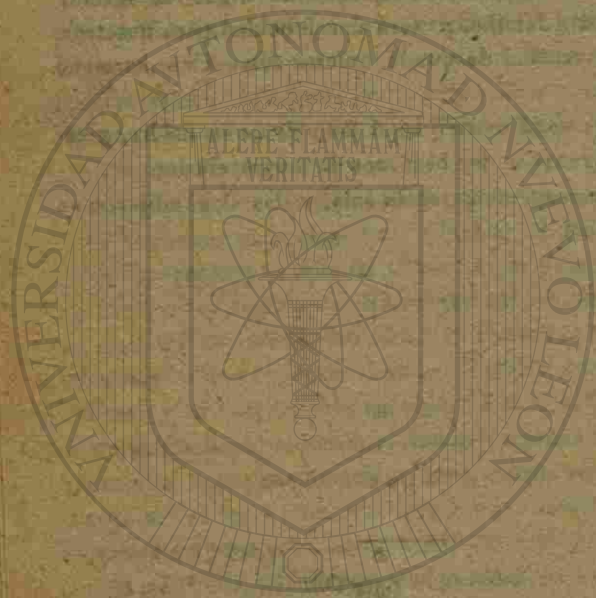
—Hija mía, Julio merece tu amor, es digno de formar parte de nuestra familia, y será una felicidad para nosotros. Carlos se convencerá de que le quieres como á un hermano y sufrirá.

Clementina cayó de rodillas á los pies de su madre, y estrechando sus manos, las besó con la mayor efusión.

Julio estaba esperando en la sala, y las dos mujeres se dirigieron hacia él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO RIVERA"
MEXICO 1625 MONTERREY, N.M.

29939



CAPITULO IV.

COINCIDENCIAS.

Antes de llegar Julio á la casa de Clementina, tuvo un encuentro de esos que se llaman casuales y que otros atribuyen á la fatalidad.

Había acabado de recibir el grado de bachiller en filosofía, y saliendo del instituto atravesó la puerta de Ferrisa, formada por el palacio de los condes de Altamira, que hoy ha desaparecido á impulsos de las reformas con que el hombre se envanece destruyendo y creando.

Al llegar á aquel punto encontró á un amigo de la infancia, mediando entre los dos las frases de esrifió que se pronuncian al abrazar á un amigo ausente.

Sorprendióse Julio cuando oyó á su amigo, despues de referir los azares de la vida del mar, las siguientes palabras: —Pues bien; yo vengo dispuesto á abandonar las brisas, á no escuchar mas el grito de izar banderas y virar en redondo, tengo en tierra un ángel del cielo, y probablemente me uniré para siempre con el ángel.

—Por eso eres dichoso; tus esperanzas no las desvaneca un misterio impenetrable, dijo Julio, quedando con la frente inclinada hácia el suelo.

—Mi tío don Romualdo y su esposa están decididos á que me case con Clementina.

Julio, al oír estas palabras, murmuró con melancólico acento:

—¡Con Clementina!

—Sí, respondió Carlos, pues no era otro el amigo á quien encontró Julio.

Despidiéronse con las mayores muestras de cariño. Julio anduvo algunos pasos con una palidez mortal que revelaba el estado de su corazón.

—Se casará con él, decía para sí, se casará con él... ¡Y haber yo desgarrado el corazón de mi infeliz Rosalía.... Ella no puede consentir... Pero uniéndome á Clementina ¿qué será de la voluntad de mi madre? ¿Qué son sus palabras pronunciadas al morir y que oigo distintamente todavía? ¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Que se case, que sea feliz! Yo procuraré la ventura de la pobre mártir que se sacrifica por mí, y habré alcanzado la bendición del cielo.

Fué á su casa, entró en la habitación, encerróse, y á los pocos instantes salió, dejando absorta y confusa á la pobre Rosalía.

Dirigióse á la casa de Clementina, en donde esperó, como antes le dicho.

Aquel ángel de candor despues de la entrevista con su madre, salió muy tranquila y satisfecha, y buscó una sonrisa en los labios de Julio que respondiese á la felicidad que en los de ella se dejaba ver; quería una mirada que despidiese rayos de ventura y de amor.

Ignoraba la inocente criatura los misterios de la sombría palidez de Julio.

Ella estaba de enhorabuena, porque él debía estarlo también, habiendo obtenido el grado con brillantez, y además, por la escena anterior con su madre.

—Julio, ¿qué tienes? ¿No me ves alegre? exclamó la pobre niña con los ojos humedecidos por las lágrimas del placer.

Aquellas palabras herian el corazón de Julio, que las había oído también á Rosalía.

—Mira, esta mañana me ha dicho mamá que...

No pudo continuar Clementina por un suspiro de placer que se escapó de su pecho y la interrumpió.

—Clementina, exclamó admirado Julio, di.

—Mamá me ha dicho que podemos ser felices; aquellos temores que le asaltaban por las apariencias de una posición social eran infundadas; mamá te quiere como á un hijo, papá no te quiere menos, y ambos han recibido satisfechos la revelación de nuestros amores.

Julio tuvo que fingir que se alegraba, aunque el pesar lo atormentaba, y preguntóle:

—¿Y Carlos?

—Yo no puedo pertenecer á quien no amo como debe amar una esposa.

Julio apartó la vista porque no se encontrasen sus miradas con las de su amante.

—¡Dios mío! exclamó ella al fijar su vista en el semblante de Julio; no me miras..... recibes con inexplicable afección esta noticia.

—Te amo, Clementina, te amo, dijo con acento indefinible Julio, acercando á sus labios las manos de la cándida niña.

Levantóse al punto, dejó en su falda una carta y se alejó precipitadamente.

La infeliz quedó exánime mirando á María y asombrada con lo acontecido. Casi no podía respirar. Sus manos temblaban al tomar aquel papel.

Salió al balcón en el estado de tristeza mas desconsoladora.

—Ni una mirada, María, ni una mirada.

Cubrió el cándido rostro con el pañuelo, volvió á mirar. Julio estaba en la esquina saludando quizás por última vez á Clementina, que dejó caer la cabeza en el seno de María, que se hallaba en extremo conmovida.

—Por Dios, señora, serénese usted, exclamó aquella.

—¡Ay, no digas nada á mamá; pobre mamá mía, si ella lo supiera!

Doña Adriana estaba en una habitación contigua, pero nada oía desde allí.

—¿Qué será, María? ¿Qué será? preguntaba sin cesar Clementina; no tengo fuerzas para leer la carta, no tengo fuerzas, María.....

—Señorita, despues la leeremos, ánimo.

—Tan feliz esta mañana y ahora.....

Cayó sobre un sillón la angelical criatura.

Su primo Carlos entraba en aquel instante en la sala.

CAPITULO V.

LA ABNEGACION DE UN ANGEL.

Rosalba comprendió cuanto pasaba á su alrededor; vió distintamente la causa de todo, buscaba con afán los remedios de hacer venturosos á los que pudieran serlo con su sacrificio.

La desgraciada criatura apeló al mas penoso de los recursos. Llamó á su padre adoptivo una mañana, y con la expresion mas tierna, cogiendo una de las manos de Pascual entre las suyas, le dijo.

—Padre mio, yo he llegado á comprender que soy un obstáculo para la felicidad de dos seres que se aman desde niños con el amor de los ángeles. He adivinado el triste motivo que impide la realizacion de sus ilusiones..... ¡Ay! ¡Y es tan triste verlas desvanecidas! Lo he adivinado porque há tiempo me lo dice mi conciencia. La voluntad, el deseo de la madre..... todo su afán no puede cumplirse, y ella misma si estuviera entre nosotros, se negaría á verlo satisfecho en pago de la ventura de dos familias.

A las preguntas de Pascual acerca de aquellas misteriosas frases, respondió ella con las siguientes desgarradoras palabras que encerraban todo un mundo de amarguras:

—Yo no amo ni puedo amar á Julio mas que como á un hermano.

Pascual quedó combatido por una profunda pena.

Rosalía, poniéndose la mantilla, se encaminó hácia la casa de Clementina. ¡Qué hermosa estaba con el traje negro; porque es tan hermosa la virtud en donde quiera que se halla! Al pasar por delante de la puerta falsa de Santa María, dió limosna á una desgraciada madre que tenia dos niños en brazos. La madre besó las manos de Rosalía y dijo á los niños:

Hijos míos: rezad una oracion por la felicidad de esa alma caritativa y porque Dios le dé su santa gracia.

Los niños rezaron el Ave-María con el acento purísimo de los ángeles, que se confundía con la campana de la iglesia que tocaba á la oracion de la tarde.

Entre tanto, Carlos sentia una de esas pruebas á que está sujeto el corazon humano.

Contempló largo rato á su prima y advirtió en ella las señales del dolor. Hallábase de pié junto á la silla en que estaba Clementina, y el silencio fué por él interrumpido para preguntar la causa. Pocas palabras de esta bastaron para que comprendiese su primo cuanto pasaba.

—Ya sabia yo que no me amaba, exclamó con dolorosa sonrisa.

Clementina le refirió la triste historia de sus amores y dió á leer á Carlos la carta. Al llegar á la firma palideció. Julio, su amigo de la infancia, era el que habia escrito aquellas líneas. Julio, el que tan amado era de su prima y que ahora hablaba de un *obstáculo* invencible que le obligaba á huir

para siempre del lado de la mujer á quien habia jurado amor eterno.

—¿Quieres que le busque, dijo, para que me diga esa causa que viene á hacerte derramar tantas lágrimas?

¡Cuánta nobleza! ¡Cuánta virtud en todos! ¡Qué abnegación!

Habría quien dude de la verdad de estos caracteres; no refiero yo esta historia á quien pueda dudar de la bondad del corazon humano. Para los incrédulos, para los que duden de que el bien existe en la tierra, no se escriben estas líneas.

Rosalía llegó á los pocos instantes; paróse en el dintel y de repente se arrojó en brazos de su amiga.

Las dos lloraron, y tal vez por la misma causa. Carlos dejó solas á las dos, pues comprendia la necesidad que sentian de esparcir sus almas.

Rosalía no se atrevia á preguntar á su amiga por qué lloraba, y ésta permanecía en silencio dirigiéndola miradas cariñosas.

Ella, satisfecha en los brazos de la amante de Julio, sintió una emocion inexplicable al considerar que iba tal vez á devolver la tranquilidad á su espíritu con sus palabras, con su propio dolor. ¡Qué dulce era la expresion de sus negros ojos, y cuán puro el aliento vivificador y suave que de sus lábios exhalaba!

La débil luz de un quinqué reflejaba sus pálidos rayos en los semblantes de aquellas dos mujeres.

El tierno diálogo entablado entre aquellas dos criaturas celestiales, no seria fácil darlo á conocer con toda su bella realidad.

—Pues bien, consuelo mio, dijo Rosalía continuando la explicacion que motivaba aquella visita; mi madre adoptiva

creyó ver realizados sus ensueños de felicidad, porque imaginó que yo amaba á Julio mas que á un hermano y que él correspondia á esta pasión. ¡Cómo se engañaba! Yo te confieso mi amor de hermana hacia él y te juro que él por su parte no ha experimentado otro sentimiento. Sin embargo, la madre, antes de morir, dejó una carta escrita para Julio, y en ella, no lo dudes, le encargaba que hiciese mi felicidad, una felicidad que no podia ser otra, puesto que le amaba tanto, que nuestro enlace. Yo vengo á calmar tu angustia, vengo á decirte que lo que aparecia como obstáculo para vuestra dicha se ha desvanecido ya. Que no amándola yo sino como hermano, no pueda cumplirse el deseo de la pobre que esté en gloria, deseo que se fundaba en su creencia solamente. La infeliz pronunció estas palabras con desconsoladora amargura.

Pretendia ahogar en su alma los suspiros, para que no fuesen á alterar la tranquilidad del corazon enamorado de su amiga.

Esta entrevió la verdad envuelta en aquella misteriosa consagración de todas las ilusiones, en aras de una amistad pura y eterna, y cayó de rodillas á los piés de Rosalía.

Rosalía no dejó que permaneciera ni un momento arrodillada su amiga, y tendiéndola los brazos por el cuello despues de mirarla fijamente, exhaló un suspiro que fué á confundirse con el aliento de ésta.

Los ángeles que velan por las criaturas virtuosas, recojan aquellos suspiros en cambio de los destellos celestiales con que el Señor las ilumina y que aparecen radiantes en sus ojos.

Las dos preferian el infortunio á la felicidad.

No pasaron muchos dias cuando don Romualdo de Torres y su esposa se encaminaban á la caída del sol por la calle Mayor arriba, en direccion al arrabal. La ligereza de su paso hacia sospechar que algun asunto grave y de gran interes los guiaba.

Vémoslo.

Entraron en la casita de Pascual el Calafate.

No faltaron algunas comadres de la vecindad que contaron el hecho á sus maridos no bien llegaron de á bordo.

Pascual se hallaba en cama hacia algunos dias, y el médico ponía en duda su existencia. Rosalía oraba de continuo ante la imagen de la Santísima Faz. El mas leve movimiento del enfermo llamaba su atencion. Julio no se apartaba un momento de la cabecera de la cama.

La escena que presenciaron los padres de Clementina en la alcoba de Pascual era conmovadora.

Rosalía pugnaba por entrar, y don Romualdo y doña Adriana no se lo permitían. Sospechó la infeliz la causa y exclamó:

—Ya he perdido á mi padre. Ya estoy sola en el mundo.

A los cortos instantes oyóse una voz áspera y apagada en la alcoba, que pronunciaba estas palabras:

—«Don Romualdo, á usted encargo esa pobre huérfana... Julio... ya sabes lo que has de hacer... voy á... ver á mi... esposa... ¡Dios mío!»...

Un gemido sordo puso termino á la agonía del infeliz Pascual.

Pasaron algunos dias y la casita permaneció cerrada excitando la curiosidad de los vecinos, que se preguntaban sorprendidos: ¿Y el hijo? ¿Y la chica?

Lo que pude averiguar fué lo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VI.

LOS MISTERIOS DE UNA CUEVA.

La familia de Clementina había salido para Barcelona, llevando á la huérfana bajo su amparo, y el mismo día en que esto sucedió, Julio, con el mayor abatimiento, se despedía de todos y emprendía camino distinto.

Cárlos le estrechaba entre sus brazos en el muelle de Alicante, y ambos miraban hácia el mar, fijando su vista en una hermosa fragata que se mecía lentamente sobre las aguas.

Dicen que la tristeza que revelaban sus miradas era tal, que llamaba la atención de los que observaban cuidadosamente los detalles. En la cubierta de la fragata veíanse dos mujeres con los brazos entrelazados por el cuello y agitando sus pañuelos. Rosalía y Clementina pronunciaban un adiós impereceptible, ahogado, hijo del sentimiento mas profundo.

El sol se escondía tras las montañas; la luz iba siendo mas débil, y el buque iba desapareciendo como la esperanza de los que se despedían aquella tarde.

—El sol volverá á salir mañana, decía Julio profundamente conmovido; pero nuestras ilusiones no volverán..... no volverán!

Julio había dejado á Rosalía toda la herencia que á él le correspondía de sus padres, además de lo que á ella le habían dejado.

Cárlos volvió á la azarosa vida del mar, queriendo que la imponente magestad de las olas borrara los recuerdos de la tempestad que había dejado su angustiado corazón yermo y frío.

¿Qué fué de Rosalía?.... ¿Cuál fué el desenlace de este drama de la vida?

Para saberlo trasladados conmigo á una casa de campo próxima á Barcelona.

Blanca como paloma que descansa al pie de un montecillo, tenía todos los detalles que pudieran darle la poesía y las galas de la naturaleza.

Era un verdadero paraíso aquel paisaje; parecía que las aves se disputaban la armonía de sus trinos al nacer el día, y que el mismo Dios había querido desplegar la idea de la belleza con el contraste del azul de los cielos y de las olas y el verde follaje de la arboleda. ¡Qué aroma tan puro el de las florecillas silvestres y el de las acacias y jazmines del jardín que rodeaba la casa! Parecía que el alma se dilataba al aspirar aquel ambiente embalsamado.

En aquella casa vive una familia riquísima que va, según dicen los labradores que ocupan la parte baja, á mudar de aires.

Eran de distinto sexo aquellos dos personajes.

Tecla es una de esas mujeres de peso que han nacido, como ella decía, para la cocina, de cuyas hornillas era inseparable

apéndice, como tampoco abandonaba la eterna calceta, objeto de su trabajo, para el cual era un inconveniente el gato más socarrón que ha nacido de los descendientes de Misifuf. Sabía cuánto le quería su ama, y hacia su gatuna voluntad el pícaro Morroño.

Tecla se levantaba antes que el sol, y su primer cuidado era saber cómo había pasado la noche la señorita.

La papalina blanca bordada, con anchas blondas, y el pañuelo de estambre con grandes ramos en los picos, constituían las prendas principales del traje de invierno.

Su marido era otra alma bendita. Labrar las tierras, socorrer á los pobres y cuidar á la señorita era la ocupación de los dos. Uno de los días en que Miguel, que este era el nombre del labriego, entraba en casa con el objeto de despachar de un vuelo la comida que le esperaba y la catalana llena de vino que le aguardaba también para entregarle su contenido por el encorvado pico, preguntó á su mujer:

—¿Qué ha dicho el médico?

El silencio de Tecla conmovió á Miguel, cuyo apetito no fué como el de otros días, y no se atrevió á tocar siquiera la botella.

—Hace dos meses, dijo ella, que han venido los señores, á quienes Dios bendiga, á pasar aquí el verano, entre los placeres de la vida del campo, y la señorita había mejorado mucho, como tú sabes; pero ahora, desde hace unos cuantos días..... Creo que ha de haber alguna historia muy triste en aquella alma.

Pasaban los minutos sin que Tecla ni Miguel se atrevieran á sentarse á la mesa. Mirábanse tristemente cuando oían arriba una tos seca y que parecía salir del pecho de un moribundo.

Aquel día no probaron un triste pedazo de pan.

En el balconcillo de la habitación ocupada por los dueños de aquella casa de campo, hallábase un caballero apoyado en los hierros y mirando hacia la vereda que terminaba á la falda de un montecillo inmediato. Parecía que los padecimientos habían borrado las huellas de la satisfacción en aquel semblante. Esperaba á alguno; su edad era ya avanzada. Esperaba con el interés de un padre que aguarda á su hijo y con la inquietud de quien teme que el aire envenene á la persona querida antes de llegar á verla.

¡Volvia Miguel de su trabajo con los mozos de labranza, enjugando el sudor de su frente, y entre éstos, con paso tardado, iba un infeliz anciano que no podía ya con la carga del azadon y de los demas instrumentos. Nadie podía reparar en su fatiga, porque iba él el último.

—¡Miguel, Miguel! decía en alta voz el caballero; ¿vienen ya? ¿Vienen ya?

—Sí, señor, respondió tristemente Miguel; allá junto á la fuentequilla se han sentado, porque este calor no es natural, no señor.

Volvióse en esto Miguel, por si distinguía á las personas de quienes hablaba, y un grito ahogado llamó la atención de todos.

Habia visto al anciano que llevaba la carga próximo á caer, y corrió dejando en el suelo la suya para socorrer al pobre viejo.

Todos rodearon á aquel hombre.

Tecla secaba sus ojos con el delantal.

Aquel viejo era un misterio; no tenía hijos ni nadie que le acompañase; vivía en una cueva del monte, y él solo, absolutamente solo, cuidaba del aseo de su extraña vivienda. Lla-

mábanle el tío Toni (abreviatura valenciana de Antonio). Habíanle ofrecido su habitación Miguel y Tecla; pero rechaizó cuantas veces oyó el ofrecimiento.

Encaminose el tío Toni á su cueva acompañado de Miguel.

Aquella tarde observó el tío Toni una cosa extraña. Encontró arreglados los pocos muebles de su morada, la cena ya preparada y algunas monedas sobre una silla sin respaldo.

Ya la luna pálida y magestuosa asomaba por la cumbre de una montaña á cuyos piés se deslizaban las olas, y la impaciencia del hombre que aguardaba concluyó porque sus ojos se fijasen en tres mujeres que se dirigian á la casa, ninguna de las cuales es desconocida para los lectores de esta narracion.

Clementina era una de ellas; pero ¡cuán distinta! ¡Qué palidez, qué mirada tan opaca, qué aspereza en aquella epidermis! Flor marchitada por el vendaval de una pasión sin esperanza! Las hermosas trenzas de sus rubios cabellos sencillamente peinados, una bata del color de la nieve y aun menos blanca que su cuello, del cual pendía una crucécita de plata sujeta á una cinta negra como los tormentos de un alma sin ilusiones. ¡Qué conjunto tan triste y tan simpático!

La que la acompaña es Rosalía, en cuyo brazo se apoya aquella.

La niña enamorada, la morena de negros ojos, no parece la misma tampoco. ¡Qué cambio tan notable en las dos! De la alegría á la pena, de la vida á la muerte, de la ilusión al desencanto.

La extraordinaria viveza de los primeros años de su vida, se ha trocado en inacción.

El hábito negro de Rosalía formaba tal contraste con los brillantes colores que la estación daba al campo, al cielo, al

ñar y á todo, que los labradores de aquellas cercanías la llamaban Virgen de los Dolores.

Doña Adriana, que era la que acompañaba á las jóvenes, había envejecido mucho. ¿Qué madre no envejece cuando su hija va llegando poco á poco al término de la vida en la flor de sus años, cuando ve el consuelo de su alma desaparecer entre las sombras de la eternidad, sin esperanza de que la luz de sus ojos brille otra vez?

Entonces el cielo dará á la madre la luz de sus estrellas.

Doña Adriana y las jóvenes saludaron á don Romualdo y á Tecla, y se encaminaron hácia su casa.

Con qué inquietud miraban todos á la enferma cuando suspiraba, cuando tosía, cuando se agitaba un poco! Ella procuraba mostrarse fuerte y serena, como los días venturosos en que la felicidad la sonreía. Llegaron á la casa, y la primera pregunta que de costumbre dirigía Clementina á aquella María tan fiel y tan amante de su amor, era:

—¿Nada?

—¡Nada, señorita; como siempre! contestaba María con el mayor abatimiento.

Y Rosalía y la pobre enferma cruzaban una mirada con la expresión indefinible de la virtud y de la resignación de aquellos corazones.

Cuando en la casa reinaba la tranquilidad mas completa, se oía tan solo la mayor parte de las noches la dulce voz de Rosalía que despertaba á su querida enferma para que tomase alguno de los medicamentos, ó con el objeto de disipar la pesadilla que aun entregada al sueño le ocasionaba la fiebre. Al despertar Clementina veía á su lado á la inocente criatura que tanto la idolatraba y á quien ella amaba tambien con frenesí.

—¡Recemos, hermana de mi alma, recemos al Señor, que su infinita bondad con una sola mirada hace reinar la calma en el espacio, en la tierra, en el mar; recemos, para que nos dé la tranquilidad de espíritu que nos falta!

Rosalía, con trémulo acento, contestaba:

—¡Sí, Clementina, sí... Recemos tambien por la salud...

El ángel de los sueños puros é inocentes tendía entonces sus blancas alas sobre aquellas dos candidas criaturas, y con celestial suspiro cerraba sus párpados y calmaba su agitación. Entrelazados mutuamente los brazos por el cuello y murmurando las últimas palabras de una oración, quedaban las dos amigas entregadas al sueño, al sueño que Dios concede á los niños, porque está en ellos la candidez y la pureza del alma.

Pasemos á otro cuadro distinto que se me narró despues del anterior.

Hallábanse reunidos los mozos mas apuestos y las muchachas mas preciosas del contorno, segun costumbre de los días festivos, bajo el umbral de la casa del tío Miguel.

Reinaba el júbilo y la sencilla jovialidad campestre, cuando llegó el viejo labrador, á quien todos saludaron con exclamaciones de alegría, rodeándole, saltando á su lado los chiquillos y besando sus manos las doncellas. Formando de nuevo el círculo debajo del emparrado, con gran contentamiento de Tecla, permanecieron todos allí sentados y hubo baile y jolgorio. Se habló del tiempo, de la cosecha y del tío Toni, del anciano labriego que bajaba del nido en donde la naturaleza le cobijaba.

Salieron todos á recibir al anciano, pues uno de los caracteres distintivos de aquellas gentes, era el respeto á la ancianidad y la veneración hácia las canas.

Apenas llegó el tío Toni, —cuéntenos usted algo, —decían las muchachas y Manolillo, el pastor mas mimado y mas querido por todos los vecinos de aquella casa y por todas las gentes de aquel contorno.

—Pues voy á contaros una historia, dijo el anciano con dulzura.

Cada cual aproximó su silla, y muchos abrieron la boca para oír mejor.

El pastorcillo sentóse en el suelo y al lado de tío Toni.

—Pues señor, os voy á contar un milagro que está pasando en mi casa.

Todos volvieron la cabeza hácia la cueva de la montaña.

—Yo, como todos sabeis, hijos míos, no tengo mas amparo que la divina Providencia, que me va conservando las fuerzas para trabajar; yo mismo me cuido y me compongo en mi habitacion. Pues habeis de saber que todas las noches encuentro en ella dinero, lo veo todo arregladito y limpio como un espejo..... Cada tarde encuentro algo nuevo.

—¿Y no tiene usted miedo? dijo el pastorcillo con curiosidad y asombro.

—Hijo mio, el que tiene la conciencia tranquila y pura como el azul del cielo que ves, no teme nada.

Al llegar á este punto aparecieron Clementina y Rosalía, que tomaron asiento entre todos, despues de ser cariñosamente saludados por la reunion y de recibir infinidad de ramilletes de las muchachas del corro.

El pastor, que en medio de su natural sencillez, era ladino y dispuesto, parecia que recordaba algo, estuvo pensando largo rato, y sonrió picarescamente. De pronto fijó la mirada en la de Rosalía y buscó tambien la de Clementina, por si descubria el misterio.

—¡Algun ángel! decían las madres con ternura acariciando á sus hijos.

Porque las madres enlazan siempre la idea de los ángeles con el amor á sus hijos.

Y es natural que así suceda; que el amor maternal es la virtud, el amor puro, el deseo de felicidad eterna, el aroma celestial que aspira el hijo en su corazon como depósito sagrado.

Manolillo el pastor exclamó saltando alegre y echando al aire el sombrero de paja:

—Ya sé lo que es, ya sé lo que es!

Tecla se levantó para coger á Manolillo y aquietarle un poco.

—Pues yo les diré á ustedes, añadió el pastorcillo; que la otra tarde cuando bajaba yo del monte con mis *brujas*, como llama la señora Tecla á mis ovejas, divisé á lo lejos dos bultos, y como el sol no quiso que yo llegase á saber nada, se me marchó por entre las montañas. Lo único que pude ver fué que una de las que se me figuraban sombras, iba con un vestido blanco y la otra con vestido negro.

Absorto estaba el tío Toni, como todos los concurrentes. Los chicos escondian la cabeza entre las faldas de sus madres, y de cuando en cuando miraban con espanto hácia el monte en donde Manolillo habia visto aquellas sombras y se ocultaban de nuevo aterrados.

—Vamos, criatura habladora, dijo Tecla, que para eso de hablar no le iba en zaga; concluye pronto.

—Pues señor, inmediatamente veo que entran aquellas sombras en la cueva del tío Toni. Yo dije para mí: ¿Manolo, qué hacemos? Y temblaba, temblaba de miedo.... Sí, señores, de miedo. Mas ahí verán ustedes, la saltarina, que es

la preferida de la señora Clementina, y la cariñosa, que se muere por la señorita Rosalía, en cuatro brincos..... ¡zas! se me encabritan por los peñascos, y sin decir adios Nelillo, corren balando y triscando mas locas que no sé qué me diga. ¡Ehl.....! ¡Ehl.....! Venid acá, benditas..... Saco la honda para amedrentar á las pícaras, y pensando no mas en que podia matar á alguna, me hizo llorar, sí señor, me hizo llorar..... porque yo..... donde ustedes las ven, las quiero mas que á todas las cosas juntas.

Las dos ovejas habian ido á colocarse á los piés de Clementina y á los de la hermana de su corazon. Las dos jóvenes se miraban imaginándose lo que iba á suceder; acariciaban á los cándidos animales que á todos llamaban la atencion, porque como decia Manolillo, no les faltaba mas que decir: *te quiero mas que á mi vida.*

—Pero, vamos, ¿y qué? dijo Miguel con cariñoso afecto.

—Que yo, como no soy tonto, pensé y dije..... cuánto va á que son.....

Al llegar aquí el pastor, no pudo continuar, corrió á los piés de las dos amigas, y besando sus manos con frenética adoracion, exclamó aspirando:

—Sí, señores, estos dos ángeles eran, que todas las tardes van á arreglar la habitacion del pobre viejo.

El anciano labrador se levantó llorando como un niño, y ni aun las gracias pudo articular, y con trémulo paso se dirigió hácia donde estaban los dos ángeles de consuelo.

Ellas corrieron á encontrarle, y besando aquellas manos, decian conmovidas:

—Es Dios quien lo hace, es Dios quien.....

¡Qué cuadro tan conmovedor aquel! Era la significacion genuina de la caridad, no de esa mentira que toma ese nom-

bre con hipócrita dulzura, y cuyos actos se pregonan en alta voz por los mismos que la practican.

—¡Qué cielo tan sereno aquel, que ambiente tan puro!.....

Doña Adriana y don Romualdo bajaron de sus habitaciones, porque extrañaban que fuese tan prolongado el silencio en aquel círculo de alegres muchachas, y de jóvenes deseosos de que llegara el domingo para divertirse bailando y cantando unas, jugando á la pelota ó á la barra otros.

Lo primero que echaron de menos don Romualdo y doña Adriana, fué la presencia de su hija y de Rosalía, porque se hallaban confundidas entre aquel grupo que les rodeaba. ¿Qué habrá sucedido? fué lo primero que pensaron temiendo por la salud de Clementina, que parecia próxima á la muerte como la flor arrancada por el vendabal. Cuando se enteraron de lo ocurrido por la buena Tecla, los padres de la cándida criatura creyeron ser los mas venturosos de la tierra, y estrecharon en su corazon á aquellas virtuosas criaturas.

—¡Hijas, hijas de mi alma! exclamó la madre besando á las dos.

El tio Toni iba á caer de rodillas á los piés de don Romualdo, cuando éste le tendió los brazos para que en ellos recibiera el premio de su honradez.

Miguel y Manolillo no podian decir lo que sentian.

Aquella tarde terminó con fiesta y jolgorio. Tecla ensanchó el círculo de los que se hallaban sentados delante de la puerta, y recordando los dias de su juventud, arregló un baile de lo mejor que se habia visto en el contorno hacia muchos años.

En el pequeño y delicioso valle resonaron las tiernas canciones de los aldeanos, y el cielo mas puro y mas sereno pareció tan alegre á Tecla como lo estaba su corazon. Todos

tenían la mirada fija en la pobre Clementina, cuya palidez contrastaba con los sonrosados colores del sol poniente.

Cuando terminó la fiesta, don Romualdo acompañó al tío Toni hasta la cueva, y Clementina y Rosalía no quisieron dejarlos ir solos. Entraron en la cueva, mientras Manolillo conducía sus ovejas al redil y Miguel y Tecla se hacían cruces de todo lo que ocurría.

La noche cerró, y los huéspedes de la cueva no salieron. Tecla esperaba con ansiedad, y el bueno de Miguel, con la ligereza que le permitían sus años, se encaramó por aquellos cerros, mientras su mujer rogaba á Dios que no ocurriese ninguna desgracia.

CAPITULO VII.

LA CUEVA.

En el interior de la cueva se observaba el mayor asco en medio de la pobreza. El alma sentía profundo respeto al entrar en aquella rústica morada. Y era que comprendía tal vez que el apego del venerable anciano á aquel albergue, nacía de que la tierra esperaba ya su cuerpo, y el espíritu, alejado del mundo bullicioso, buscaba la vida contemplativa para volver al seno del Eterno.

—Una vez que la casualidad ó mi suerte nos tienen reunidos, voy á contar á ustedes una breve historia que les podrá explicar el por qué deseo yo vivir aquí mucho tiempo, hasta que Dios sea servido que la muerte acabe mis días.

Sentáronse todos. La enferma y su amiga sobre una arca pequeña, don Romualdo en una silla baja sin respaldo, y el tío Toni sobre una cama, que no levantaba un palmo del suelo. Encendió este último una lamparilla que tenía colgada en la pared, y á los reflejos de su luz, triste y pálida, veíase

tenían la mirada fija en la pobre Clementina, cuya palidez contrastaba con los sonrosados colores del sol poniente.

Cuando terminó la fiesta, don Romualdo acompañó al tío Toni hasta la cueva, y Clementina y Rosalía no quisieron dejarlos ir solos. Entraron en la cueva, mientras Manolillo conducía sus ovejas al redil y Miguel y Tecla se hacían cruces de todo lo que ocurría.

La noche cerró, y los huéspedes de la cueva no salieron. Tecla esperaba con ansiedad, y el bueno de Miguel, con la ligereza que le permitían sus años, se encaramó por aquellos cerros, mientras su mujer rogaba á Dios que no ocurriese ninguna desgracia.

CAPITULO VII.

LA CUEVA.

En el interior de la cueva se observaba el mayor asco en medio de la pobreza. El alma sentía profundo respeto al entrar en aquella rústica morada. Y era que comprendía tal vez que el apego del venerable anciano á aquel albergue, nacía de que la tierra esperaba ya su cuerpo, y el espíritu, alejado del mundo bullicioso, buscaba la vida contemplativa para volver al seno del Eterno.

—Una vez que la casualidad ó mi suerte nos tienen reunidos, voy á contar á ustedes una breve historia que les podrá explicar el por qué deseo yo vivir aquí mucho tiempo, hasta que Dios sea servido que la muerte acabe mis días.

Sentáronse todos. La enferma y su amiga sobre una arca pequeña, don Romualdo en una silla baja sin respaldo, y el tío Toni sobre una cama, que no levantaba un palmo del suelo. Encendió este último una lamparilla que tenía colgada en la pared, y á los reflejos de su luz, triste y pálida, veíase

un Crucifijo en la cabecera de su cama, y comenzó á hablar de este modo.

—Yo aquí donde ustedes me ven, he estado en el sitio de Gerona y he defendido la plaza y me he batido como un león contra los franceses, y he llevado en mi pecho cruces y condecoraciones, y he tenido la honra de que me diera su brazo el valiente general Castaños despues de una batalla. Cuando me marché del lado de mi mujer, vamos, no sé cómo Dios me dió fuerzas para tanto. Yo tenía una hija, señor don Romualdo, una hija mas hermosa que las estrellas; tuve que abandonar á las dos y encargué su cuidado á un hermano de mi pobre mujer, que lloraba, lloraba, hijas mías, como yo. La niña era crecidita ya, y al despedirse se agarró á mis rodillas;—padre, padre..... no se vaya usted, que nos moriremos..... ¡Figúrense ustedes cómo estaria yo! Por fin las abracé, y sin decir adios, tomé el camino de Barcelona. Vivian aquí, en este mismo sitio. Yo estaba ya muy lejos, y aun oía sus quejidos y aun las veía llorando delante de esa cruz que ustedes ven. Entonces habia una casita muy hermosa en donde nos hallamos ahora. En Gerona caí, saltando terrados, y fui á parar á una galería. Creyerón que habia muerto; Dios no lo quiso, y mi buena estrella me salvó de las garras del enemigo. Supe allí que mi hija se habia casado despues de morir su pobre madre (que Dios tenga en la gloria), y que de aquel matrimonio hubo una niña á quien pusieron Antonia, consagrándome ese recuerdo.

¡Pobre hija mía!

El tio Toni, al decir esto, suspiraba amargamente, y mas de una vez las lágrimas cayeron sobre sus manos.

—¡Ay, señor don Romualdo, continuó el anciano viendo la

pena de los que le escuchaban; cuando volví, estenuado por la fatiga, cuando volví á la casa de mis padres, en donde oree encontrar algun resto de mi familia, solo hallé estas rocas. Yo llamaba á mi mujer, á mi hija, á todos los que fueron mi alegría, y solo respondió el eco de mi voz. Hice una escavacion y encontré el Crucifijo que ustedes ven allí; ¡triste recuerdo de mi familia y que expresa dolores mas agudos que los míos! Trabajé mucho, mucho, y conseguí formar esta cueva. ¡Ah, estos dos ángeles me han socorrido sin que yo lo supiera!..... ¡Benditos sean!..... ¡Benditos sean!.....

Miguel entró en aquel instante muy azorado, creyendo que habia ocurrido alguna desgracia, y se tranquilizó al ver que se habia engañado.

Bajaron de la cueva don Romualdo, las dos angelicales criaturas y Miguel.

El tio Toni los veia alejarse al resplandor de la luna, elevaba la mirada al cielo y bandecia aquellas almas puras y dignas de la felicidad en la tierra.

A lo lejos, el mar hacia oír su fresco murmullo. Clementina y Rosalía fijaron su vista en el inquieto reflejo de la luna en las olas, y recordaron la historia de sus amores.

La vida que Clementina y Rosalía disfrutaban en el campo, era tan conmovedora como el acento del marinero allá en las altas horas de la noche al compas del vaiven de la embarcación. Por la mañana recorrían el jardinillo próximo á la casa, y á su vuelta ya tenia la cuidadosa Tecla preparados dos enormes vasos de fresca leche. Rosalía en los paseos servia de apoyo á su amiga y la miraba con ansiedad, midiendo su respiracion y estudiando sus miradas. La enferma

se cansaba extraordinariamente, lo cual hacia que se sentaran con frecuencia.

Al anoecer de un hermoso día de primavera daban su acostumbrado paseo, y sintiéndose mas débil Clementina que otras veces, paróse junto á la fuentejilla del camino, miró al cielo y despues á Rosalía, y

—¡Aun le veré!..... ¡Sí!..... dijo con acento ahogado.

—¿No lo has de ver?..... ¿Vamos, y por qué no? Mira, consuelo de tu hermana, sentémonos aquí.

Sentáronse, y la enferma dejó caer nuevamente la cabeza sobre el hombro de Rosalía, que temblaba y hacia porque los suspiros no revelasen el estado de su corazón.

—Mira, Rosalía; él, Dios sabe dónde estará; no se acordará de nosotras que tanto lo recordamos.

Y diciéndo esto, cruzó las manos como en ademán de orar.

—Vamos, Clementina, no pongas así las manos si no quieres que me enfade.

Y separó ella misma aquellas manos frias, y las tuvo estrechadas contra su seno.

Estaba la noche cerca, y avanzaba sus sombras con rapidez. Levantáronse para encaminarse poco á poco hacia la casa, y el ruido que producía el galope de un caballo les hizo volver la cabeza; despues miraron con asombro y curiosidad sin detenerse á pronunciar una palabra. Aproximábase cada vez mas el objeto que las sorprendió, y se abrazaron estrechamente como los niños abrazan á sus madres cuando el temor sobrecoje su espíritu en la noche. Apartáronse las dos á un lado del camino. El ginete detuvo su caballo apenas llegó donde las jóvenes se hallaban. Si hubie-

ran podido ver el semblante de aquel hombre, es muy posible que en vez de asustarse sintieran otra impresion:

Fué un momento de duda en los tres.

Perdíase ya la dudosa claridad del crepúsculo, y no era posible distinguir las facciones del ginete.

—¿Podrán ustedes decirme, preguntó éste, si la casa del tío Miguel está muy cerca?

No fué desconocida para Rosalía aquella voz, y procuró recordar, respondiendo entrecortada:

—Esa que vé usted ahí es la casa que usted busca.

—Gracias, respondió el ginete mientras miraba á las dos con afanosa curiosidad.

Las miradas de Clementina y Rosalía se cruzaban, queriendo decir:

—¿Le conoces tú?

—Quisiera que me hicieran ustedes el favor de decir si en esta casa es donde vive don Romualdo de Torres con su familia.

—Clementina, á tu papá busca este caballero.

No bien oyó el nombre de Clementina el recién llegado, con agilidad pasmosa se apeó, y cogiendo con efusion las manos de las dos jóvenes, no pudo reprimir su sorpresa.

—¡Carlos! dijo Clementina, buscando apoyo en su compañera, porque su debilidad era tanta, que aquella impresion la hubiera hecho caer al suelo.

Rosalía dió un grito de los que solo el verdadero cariño arranca del corazón. Pasados aquellos momentos de silencio en que los que se vuelven á encontrar despues de larga ausencia buscan con los ojos la expresion de lo que ha sufrido ó gozado en aquel período de tiempo, Carlos se dirigió á la casita, llevando apoyadas en sus brazos á las dos, y dominado

por la tristeza en cuanto pudo ver de día las sombras de la muerte en el semblante de su prima.

No pudo articular una palabra. Su paso desigual indicaba el estado de su espíritu.

Miguel, viendo que tardaban las señoritas, iba ya á buscarlas, cuando se encontró con gran asombro con aquel joven que las acompañaba.

—¡Es Carlos, mi primo Carlos! exclamó Clementina.

Y Miguel, sin poder respirar libremente por la alegría que le embriagaba, exclamó suspirando:

—¡Ay!..... ¡Pues si don Romualdo no le esperaba á usted hasta el mes que viene! Yo soy Miguel, el tío Miguel, su servidor de usted.....

Y diciendo esto, fué á recibir un abrazo que le ofrecía Carlos de todo corazón.

Cogió el viejo labrador las riendas del caballo, y dirigióse con todos á la casa, en donde fué indescriptible la escena de la entrada de Carlos con las dos candidas doncellas.

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VIII.

ULTIMA ESCENA.

En las habitaciones altas de la casa de campo, halláanse reunidos Miguel, Tecla, el tío Toni, y hasta Manolillo el pastor, que con indecible ansiedad deseaba saber el estado de la enferma, y no hacia mas que entrar y salir á la alcoba, preguntar á Carlos, á don Romualdo, á todo el mundo.

Sobre un velador sencillísimo lucía un quinqué, cuya pantalla de papel azul con grandes figuras pintadas, había llamado la atención del pastor mas de una vez. La luz penetraba con rayos tan débiles hasta la alcoba en que se oía la respiración agitada de un enfermo, que inspiraba profunda melancolía.

Sentáronse todos; Tecla entró en la alcoba, de donde salió moviendo la cabeza en señal de pesar terrible. Preguntáronla todas con interés, y su silencio hizo comprender la gravedad de las circunstancias.

—Abrid las puertas, dijo una voz, á cuyo acento Rosalía que estaba mas cerca de la alcoba que las demas, se levantó diciendo:

—Voy, Clementina, voy, alma mia. Abrió las puertas de la alcoba, y besó la frente pálida de la enferma.

—Quiero veros á todos..... quiero oiros, pronunció con apagado acento Clementina.

Y abrió los ojos azules como ansiando luz, y se incorporaba deseando dar un beso á su pobre madre, que no dejó de mirar un momento siquiera á la alcoba.

—Hoy no he tosido mucho; ¿es verdad, Rosalía? El médico me ha dicho que al verano podremos ir todos á Alicante.

—Sí, ángel del cielo, sí, iremos.....

Rosalía tuvo que salir de allí porque se la partía el corazón.

—Cárlos, Cárlos, cuenta alguna de tus aventuras, decía la infeliz para infundir aliento y animación á los que permanecían silenciosos y acongojados.

El tío Toni, cada vez que oía aquella voz, temblaba y dirigía la vista al cielo.

Manolillo se puso á oír con extraordinaria atención.

—Pues señor, allá voy, dijo Cárlos, frotándose las manos y aparentando una jovialidad que había perdido. En el mismo bergantín en que iba yo cuando hice mi viaje á Orán, venía un pobre hombre honrado y virtuoso. Aquel hombre me pareció al principio un loco.

—¿Y estaba loco? preguntó Manolillo con excesiva ansiedad.

—Ya lo sabrás, respondió Cárlos continuando. Llamábase Joaquín, se había casado con una muchacha muy virtuosa, y era feliz como el más dichoso de los mortales; aquel matrimonio tuvo una hermosa niña, cuyo nombre llevo escrito en mi cartera, porque tengo un encargo muy sagrado en la ocasión presente.

—¿Qué nombre? interrumpió Toni que comenzaba á sentir una impresión extraña.

—No recuerdo ahora..... calle usted, luego veremos. Pues el pobre Joaquín me contó que al volver á su casa después de su ausencia, había sabido la repentina muerte de su esposa.

—¿Y la niña? preguntaron todos, y hasta la enferma desde su cama lo preguntó también.

—¿La niña..... quién sabe! Como la madre no tenía ya familia, y ella pedía tener año y medio lo más.....

Cárlos fué á buscar su cartera, se acercó á la luz del quinqué y leyó un nombre:

—«Antonia.»

Si un rayo hubiera herido al tío Toni y á los que le habían oído referir su desventura, no hubiese producido tanto efecto.

Nadie hablaba ya; todos sentían una impresión indefinible. Don Romualdo se levantó para auxiliar al tío Toni, que no sabía adonde estaba ni lo que pasaba por él.

—¿Pero qué es esto? preguntó Cárlos.

—¿Qué es? Que esa Antonia tiene el mismo nombre que pusieron á mi nietecita, y que yo.....

—Sosiéguese usted, sosiéguese usted; pues qué, ¿había de ser tal la coincidencia que esa Antonia de la historia fuese la de usted?

Calmóse un poco la zozobra del anciano, y volvieron á sentarse todos.

Manolillo, al ver la conmoción del tío Toni, enjugó con la manga de la chaqueta las lágrimas que sin querer le saltaban.

—Pues antes de morir Joaquín me dijo que si Dios hacía

el milagro de que encontrara á su hija, podía reconocerla si conservaba el escapulario que llevaba al cuello, único recuerdo que de su madre tenía.

—¿Y ese recuerdo? preguntó Rosalía sin poder respirar.

—Por una de esas inspiraciones divinas que impulsan muchas veces á las madres, me decía Joaquín conmovido, mi esposa colocó en el escapulario el nombre de la niña escrito en un papel que cosió fuertemente para que nunca se separase.

Rosalía levantóse de improviso, sacó un escapulario que llevaba siempre al cuello desde que fué recogida por los padres de Julio, lo abrió, y después dió el papel que se hallaba cosido á la seda del relicario.

¡Qué momento aquel!

—¡Dios mío!..... ¡Dios mío! exclamó la infeliz cogiendo el papel, desdoblándolo con ansiedad, y leyendo: *Antonia*.

Lo que entonces pasó no hay pluma que lo describa, ni pincel que lo trasmita al lienzo en su verdadero colorido.

El abuelo y la nieta se abrazaron mil veces, como dudando de la felicidad que los reunía. Tecla y Miguel se miraban con extrañeza; Manolillo quería marcharse, porque aquellas cosas le acongojaban demasiado; Carlos, el marino valiente, estrechó entre sus manos las de Rosalía.

De repente sale María de la alcoba azorada y trémula.

—Señor..... señor.

Con el mayor sobresalto miran todos á la alcoba: doña Adriana y don Romualdo corren presurosos.

—¡Ay, no entren ustedes, no entren ustedes! repetía llorando la joven.

Creyeron que Clementina había dejado la tierra por el cielo, cuando se oyó su voz que daba gracias al Señor por la esce-

na que acababa de presenciar, después de lo cual, cayó su cabeza sobre la almohada, exhaló un suspiro, y la pobre María creyó que su señorita había ido á reunirse con los ángeles. Su voz reanimó los corazones de todos.

No se permitía entrar en la alcoba á nadie, pues el médico lo había prohibido, cuando cayera la enferma en uno de aquellos accidentes.

.....
Pasaron algunos días, y una mañana de un día lluvioso de invierno bajaba Manolillo de dos en dos las escaleras de la casa, gritando:

—Señor Miguel, señor Miguel, el caballo del señorito Carlos!

—Pero chico, ¿qué pasa? dijo Tecla asustada.

—Qué..... pero arrégleme usted el caballo que me lo ha dicho el señorito y don Romualdo..... y..... ¡vamos, señor Miguel, hágalo usted por el amor de Dios!

En un santiamén quedó dispuesto y enjaezado el caballo por Miguel, y al ver á aquel chico tan conforme en montar y echar á correr, dijo como reprendiéndole:

—¿Qué haces, muchacho?

—¡Virgen de Monserrat!..... ¿Qué va á hacer ese chico? gritó la buena Tecla.

El pastorcillo cogió una silla, puso en ella el pie, montó con ligereza y se embozó hasta los ojos en la manta del tío Miguel.—Anda á escape, gritó, y sin que pudieran detenerle, el caballo echó á correr á escape tendido, con gran espanto de la pobre Tecla, que veía el peligro á que se exponía aquel muchacho.

Entre tanto en las habitaciones altas pasaba lo siguiente:

Las puertas de la alcoba se abrieron para dar paso al

médico, que guardó un silencio aterrador. Hablé despues dos palabras al oido de Miguel, y sin haberlas oido la madre, le revelaron que no habia esperanza. Que esas plabras así pronunciadas son un presagio triste para las madres.

El objeto del viaje de Manolillo era buscar un sacerdote, que no tardó muchas horas en llegar. El pastorcillo lo habia hecho subir en el caballo mientras él corria delante sirviéndole de guía.

Entró el sacerdote y fué conducido por Manolillo, de modo que no lo vieran los padres de la enferma ni ninguno de los que tanto la querian.

El tio Miguel abrió las puertas de la alcoba y dejó una lámpara encendida sobre la mesa de noche situada junto á la cama.

—Hija mia, hija mia, repitió varias veces con suave acento el jóven sacerdote.

Era el presagio de la muerte la agitacion de la enferma.

Acercó el sacerdote la luz para ver si habia llegado tarde, y..... cayó arrodillado sin poder exhalar un ¡ay! siquiera. ¿Habia muerto Clementina? Procuró recobrarse, imploró perdon al cielo, y Clementina oyó pronunciar su nombre, miró á todas partes, y sus ojos se fijaron en los del sacerdote.

—¡Dios mio!..... Julio..... Julio..... ¡Gracias, Dios mio, gracias! Esto era lo único que faltaba á mi corazon..... Lo he visto..... lo he visto..... Viene enviado por el Señor á perdonarme. Tú eres mi ministro, ruégale, ruégale por mí..... yo no sufro..... veo á los ángeles que me esperan entre nubes de gloria..... y tú recibes mi último suspiro. ¡Gracias, Virgen mia, gracias!

Julio oraba, viendo con qué tranquilidad pasaba el alma de aquella vírgen de este mundo al otro, sin padecimiento.....

—Recibe en tu seno, Señor, á esta cándida vírgen, y que su alma bendita sea desde las alturas la estrella que aparte al pecador de la senda del mal.

Un rayo de la eterna gloria dió animacion á sus ojos, y la virtud y la pureza imprimieron en su semblante las señas del justo.

Julio colocó en sus manos un Crucifijo.

Ella, despues de besar muchas veces la imagen del Redentor, se durmió para siempre.

Cuando Julio salió de la alcoba, ¡qué cuadro se presentó ante su vista!

Don Romualdo y su esposa, fijos los ojos en el suelo, no se atrevian á mirar á la alcoba.

El sacerdote exclamó:

—Ha muerto para la tierra, pero ha nacido para la eternidad de los cielos. Dios la ha recibido ya en la gloria.

Rosalía cayó sin sentido al ver á Julio y saber la noticia de la muerte de su amiga por los lábios de aquel.

Don Romualdo y doña Adriana cayeron de rodillas á los piés de Julio.

Cárlos y Julio se abrazaron, compartiendo la intensidad del dolor.

El desconsuelo y la amargura reinaron en aquella casa con todos sus horrores; pero la resignacion cristiana fué dulce lenitivo para tantas penas.



CAPITULO IX.

EPILOGO.

Trascurrieron ocho años desde las anteriores escenas.

En una preciosa casa de campo, un joven de unos veinte años refería á los labradores que trabajaban en sus tierras escenas semejantes á las que yo os he narrado.

—¿Y usted vió todo eso? le preguntaban.

—Como me llamo Manuel; ¡pues si esta casa me la compró el mismo don Romualdo! Sí señor, es mas bueno que el pan y aun vive en Barcelona, y yo voy los domingos allá. ¡Pobrecito! Está viejo y achacoso, lo mismo que doña Adriana.

—¿Pero y la señorita Rosalía, aquella que se llamaba Antonia y que era tan buena como la difunta?

—Se fué á vivir con su abuelo. ¿Veis aquella casita que está á la falda del monte? Pues allí están los dos, y cuando el pobre anciano muera, dice que irá á un convento.... ¡Ah! Si hubiérais conocido al señorito Carlos, le hubiérais apreciado como yo!..... ¡Se despidió de mí con unos lagrimes!

El padre Julio es un santo; se marchó de misionero en el mismo buque en que iba el señorito Carlos, y dicen los papeles que recibe don Romualdo, que lo idolatran mas que á ninguno de los que han ido allá á predicar la doctrina de Jesucristo.

—Y cómo es, interrumpió uno de los curiosos que oían al narrador, que vino á parar allí el señor Julio en aquellos momentos tristes y con el sagrado carácter de la Iglesia, despues de tantos años y sin haber sabido lo que fué de su persona?

—Vaya, como que se dedicó á la carrera eclesiástica, y no volvió á aparecer mas su nombre en el mundo hasta que la tuvo concluida; yo, que fui el encargado de llamar á un sacerdote, á él fué al primero que encontré; no le conocía, pero tenía tal dulzura en el semblante y era tan digno de ser respetado y querido..... Fué un misterio de la Providencia, que quiso premiar en la tierra la virtud de la señorita Clementina, haciendo que exhalara el último suspiro entre las oraciones del que fué su amante y recibiendo las bendiciones del Señor.

Miguel y Tecla ya no existen. María vive con la señorita Rosalía y con el tío Toni.

Así hablaba Manolillo, que tan bien supo aprender el ejemplo de la verdadera virtud, y así me lo repitió el narrador de la presente leyenda, en la cual he escrito lo que me hizo pensar y sentir la ternura de los cuadros que oía describir sencillamente y en los cuales no aparece ni un solo tipo que no signifique bondad y virtud.

Efectivamente; Carlos y Julio viajaron juntos, el primero como capitán de una fragata, y el segundo como misionero.

¡Cuántas veces recordaron las escenas que en esta leyenda

constantemente, bajo la sombra de los gigantesos árboles americanos, pronunciaron los nombres de Clementina y Rosalía!

Nada eran para ellos los padecimientos de la expedición, ni las terribles pruebas á que se vieron sometidos, ante el recuerdo de lo que habían sufrido sus corazones.

Juntos se hallaron en todos aquellos momentos terribles. Juntos estudiaron la grandeza de Dios en la naturaleza de aquellos bosques seculares, de aquellos ríos caudalosos, de aquellas tempestades que se forman con pasmosa rapidez y que se desatan imponentes. Episodios verdaderamente dramáticos apuntó Carlos en su cartera, que pueden formar un libro, porque en aquellas apartadas tierras, despues de ocho años de permanencia en ellas, encontraron uno de los personajes de los que mas figuran en esta leyenda, con las mas raras circunstancias que pueden haberse registrado jamás en novela alguna.

Carlos escribía todos los días sus pensamientos y la narración de lo que había acontecido.

En la página en que trata del encuentro de esa persona, existía una de las líneas emborronada por las lágrimas.

Carlos no se avergonzaba de llorar, porque él mismo decía que reprimir las lágrimas del corazón era una hipocresía.

Julio llegó á ser un ídolo para una de las tribus de los naturales de aquel país, en donde hasta entonces no se había oído la voz de la religión del Crucificado.

¡Cuánto trabajó para atraer á la congregación de la Iglesia de Cristo á aquellos seres desgraciados!

¡Qué suplicio tan horroroso le prepararon y cuán milagrosamente se salvó, gracias á la intervención de Rosalía, que esta era la que por una de esas coincidencias que no son ex-

trañas en la vida, fué á aquellos bosques despues de un viaje con una familia inglesa, á quien la infeliz hubo de buscar para que la admitiese á su servicio!

Uno de esos hombres cuya vida es una série de crímenes, deseando vengarse de los desdenes de Rosalía, logró reducirla á la miseria mas espantosa para ver si vencía aquella virtud heroica.

Ella, fuerte y decidida á sacrificarlo todo por la virtud, supo que una familia inglesa deseaba una mujer que la sirviera y que la acompañara hasta el Paraguay, y se decidió á emprender el viaje.

La embarcacion se fué á pique, y despues de muchos dias de haber perdido el rumbo, muerto el capitan y el piloto, fué á parar á una costa desconocida con los pocos pasajeros que quedaban, entre los cuales iba Rosalía.

La tribu salvaje del Aguila dió muerte á cuantos encontró por la costa, dejando con vida solamente á la infeliz Rosalía, cuya belleza y cuya virtud fueron escudo contra el instinto sanguinario del jefe de la tribu.

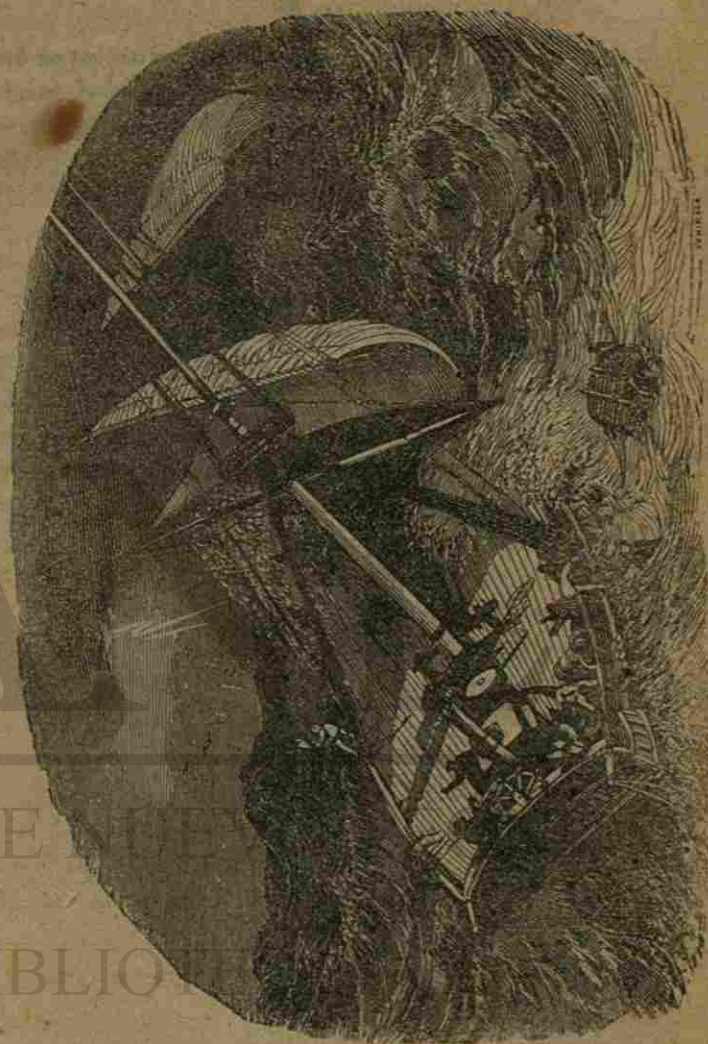
Llegaron á respetarla y adorarla con frenético exceso.

Y ella, aprovechándose del ascendiente que habia logrado entre ellos, consiguió humanizarlos.

Un dia en que Julio y Carlos cayeron prisioneros de la tribu del Aguila, y estaban sentenciados ya á morir asettados, cuál fué su sorpresa al oir dos exclamaciones que imitaban á las de los salvajes, pero cuyo timbre de voz no era desconocido para ellos.

Ya tenian el arco preparado para soltar la mortífera flecha de punta envenenada.

Ya contaban con la muerte segura.



El buque se fué á pique.

Pero de pronto se interpone una mujer, y se presenta como blanco de las flechas.

Un grito aterrador llegó hasta las nubes y resonó en las montañas.

Las flechas caen de las manos de los salvajes, que se arrojan al suelo.

No es posible describir el efecto que aquella escena produjo en el marino y en el sacerdote.

Cuando levantaron la vista, se encontraron con aquella mujer que los miraba atónita.

¡Qué momentos de ansiedad!.....

Era Dios, que no olvidaba á ninguno de aquellos seres, quien los había reunido en aquellos instantes.

Corrieron los dos confusos, aturdidos, á postrarse á los pies de Rosalía, que no podía explicarse la milagrosa coincidencia.

La tribu del Aguila no había pensado oír jamás la voz de un sacerdote, y desde entonces la oyó sumisa y aprendió la doctrina católica.

Las escenas que precedieron y las que siguieron á aquellas, constan en un libro que he escrito con los apuntes tomados de la cartera de Carlos, y que se titula *En los bosques de América*, y prueba, como la presente leyenda, que la virtud en la tierra ha de sufrir días de prueba, días de amargura y peligrosas *Tempestades del alma*. ®

FIN.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
ADO. 1625 MONTERREY, MEXICO

HISTORIA DE UN MUERTO

CONTADA POR EL MISMO.

POR ALEJANDRO DUMAS

Una mañana, apenas el sueño había huido de mis ojos, entró mi criado en mi dormitorio, entregándome una carta que calificó de urgente. En seguida abrió las maderas del balcón, y la hermosa luz de un sol radiante inundó alegremente mi casa.

Me froté los ojos para ver de quién podía ser aquella carta, la examiné y la letra me era completamente desconocida. Después de darla muchas vueltas entre mis manos, rompí el sobre y leí lo siguiente:

«Señor: he leído *Los Tres Mosqueteros*, pues como soy rico, me sobra tiempo para todo.....»

—¡Hé aquí un hombre feliz! murmuré.
Y continué leyendo:

«.....y os confesaré que me ha gustado mucho. Tenia, sin embargo, curiosidad de saber si realmente habeis tomado esa obra de las *Memorias de M. de la Fère*, y con este objeto escribí á uno de mis amigos de Paris, encargándole fuese á la Biblioteca, pidiese esas *Memorias* y me escribiese si, en efecto, os habeis valido de ellas para escribir vuestra obra. Mi amigo, que es un hombre formal, me ha contestado que han sido copiadas por vos palabra por palabra, y que generalmente no haceis otra cosa en vuestras novelas. Os prevengo, pues, caballero, que si eso continúa, todos los suscritores de Carcasona, donde resido, retiraremos nuestros abonos.

«Tengo el honor de saludaros. —***.»

Tiré de la campanilla y acudió mi criado.

—Si vienen hoy mas cartas, le dije, guárdalas donde no las vea y no me las entregues hasta que me encuentre de buen humor.

—¿Los manuscritos tambien, señor?

—¿Y por qué no?

—Es que acaban de traer uno.

—Bueno; no faltaba mas que eso. Ponle en un sitio donde no pueda perderse; pero no me digas qué sitio es ese.

Y lo puso sobre la chimenea, lo que me demostró que decididamente mi criado era un portento de inteligencia.

Eran las diez y media: el dia estaba hermoso, me puse un momento á la ventana, y sentí, como sucedé siempre que el tiempo es apacible, el deseo de tomar el aire y el sol. Vestí me, pues, y salí á la calle.

Quiso la casualidad, porque cuando me paseo lo mismo me

da por una calle que por otra, que pasase cerca de la Biblioteca.

Subí y encontré, como siempre, al encargado, que se acercó á mí sonriendo de una manera amabilísima.

—Dadme, le dije, las *Memorias de M. de la Fère*.

Miróme un momento como se mira á un loco, y luego, con la mayor sangre fria, me contestó:

—Demasiado sabeis que no existen, aunque vos sois quien ha dicho que aquí se encuentran.

Saqué del bolsillo la carta que habia recibido de Carcasona y se la dí al buen hombre, que la leyó atentamente.

—Consolaos, me dijo al concluir; no sois el primero que ha venido á pedir las *Memorias de M. de la Fère*: he visto por lo menos treinta personas que no han venido por otra cosa, y deben guardaros algun rencor por haber sido víctimas de vuestro engaño.

Tenia necesidad de hacer una novela, y hallándome en la Biblioteca, donde, segun dicen las gentes, se las encuentra hechas, pedí el catálogo.

Nada encontré en él.

Por la tarde, cuando volví á casa, encontré sobre mi mesa, en medio de mis papeles, el manuscrito que habia mandado ocultar.

Era ya un dia perdido y me decidí á leerlo.

Acompañábale una carta: era, sin duda, el dia de los anónimos; pero aquella carta era mas extraña que la de Carcasona.

Decia así:

«Señor: cuando leais esas páginas, el que las ha escrito habrá desaparecido para siempre. Solo dejo esas hojas de

papel y os las regalo: haced de ellas el uso que mejor os convenga».....

Cogí el cuaderno, y no sé si sería efecto de la oscuridad que empezaba á extenderse, pero la primera línea que leí me hizo estremecer.

Decía así el cuaderno:

HISTORIA DE UN MUERTO

CONTADA POR EL MISMO.

Al anocheecer de un día de diciembre, tres amigos estábamos reunidos en el estudio de un pintor: hacia un tiempo triste y frío, y la lluvia batía los cristales con un ruido continuado y monótono.

El taller era extenso, y estaba débilmente iluminado por el resplandor del fuego que ardía en la chimenea, en torno de la cual nos habíamos agrupado.

Aunque éramos todos jóvenes y alegres, la conversacion habia tomado, á pesar nuestro y de una manera insensible, el carácter de aquella triste noche, y las palabras gozosas se habian hecho muy raras.

Uno de nosotros agitaba sin cesar la hermosa llama azulada de un ponche, que arrojaba sobre todos los objetos que nos rodeaban una claridad fantástica, y los grandes maniqués, los crucifijos, las bacantes, las *madonas*, parecían moverse y danzar sobre los muros como grandes cadáveres, confundidos en el mismo tono azulado de la llama del rom, que daba á la extensa sala un carácter lúgubre y sepulcral.

Cada vez que la cuchara de plata caía en el bol lleno del licor encendido, los objetos se dibujaban sobre las paredes

con formas extrañas, con tintas indescriptibles, desde los viejos profetas con su barba blanca hasta esas caricaturas de que están llenas las paredes de los talleres, y que parecen un ejército de demonios, como los que se ven en una pesadilla. En fin, la atmósfera brumosa y fina del exterior completaba lo fantástico del cuadro.

Añádase á esto que, cada vez que se levantaba aquella claridad momentánea, aparecíamos con un color gris azulado, los ojos fijos y lucientes como carbunclos, los labios pálidos y las piernas cruzadas; pero lo que parecía mas horrible era un vaciado en yeso moldeado sobre el semblante de uno de nuestros amigos, muerto algun tiempo antes, el cual, colocado cerca de la ventana, recibia de lleno los reflejos del ponche, que le daban una fisonomía extraña y aterradora.

Todo el mundo ha experimentado, como nosotros, la influencia de esas salas vastas y tenebrosas, semejantes á las que ha descrito Hoffmann y pintado Rembrandt; todo el mundo ha experimentado, por lo menos una vez, esos miedos sin causa, especie de fiebres espontáneas que se producen á la vista de objetos á que prestan el rayo tembloroso de la luna ó la dudosa luz de una lámpara formas misteriosas; todo el mundo, en fin, se ha encontrado en una sala extensa y sombría, al lado de algun amigo, escuchando algun cuento inverosímil, dominado por ese terror secreto que se puede hacer cesar de repente encendiendo una luz ó variando de conversacion, lo que no se hace, sin embargo, obedeciendo á la necesidad que nuestro débil corazon tiene de emociones falsas ó verdaderas.

Estábamos, como he dicho, reunidos tres amigos. La conversacion que no toma jamas una línea recta para llegar á su fin, habia seguido todas las faces de nuestros pensamien-

tos, ora ligera como el humo de nuestros cigarros, ora alegre como la llama de la chimenea, ora sombría y triste como la sombra de aquel vaciado de yeso.

Habíamos llegado á guardar silencio, y era evidente que el primero que lo rompiese causaría en los demás un estremecimiento momentáneo, sumergido como se hallaba cada uno en sombrías reflexiones.

—Enrique, dijo de pronto el que agitaba el penche, dirigiéndose al pintor; ¿has leído á Hoffmann?

—Sí por cierto, respondió Enrique.

—¿Y qué piensas de él?

—Que es admirable; tanto mas admirable cuanto que escribe creyendo evidentemente lo que escribe. En cuanto á mí, me ha sucedido que, si he leído sus cuentos por la noche, he ido á acostarme con mucha frecuencia sin cerrar el libro y sin atreverme á mirar atrás.

—¿Es decir que amas lo fantástico?

—Mucho.

—¿Y tú? añadió dirigiéndose á mí.

—También.

—Pues voy á contarte una historia fantástica que me ha sucedido.

—No podía concluir esto de otro modo; cuenta.

—¿Y eres tú uno de los personajes? preguntó Enrique.

—Yo mismo.

—Cuenta, pues; estoy dispuesto á creerlo todo.

—Tanto mas cuanto que os juro por mi honor que soy el héroe de la historia.

—Pues bien, ya te escuchamos.

Dejó caer la cuchara en el bol; la llama se apagó poco á poco, y quedamos en una oscuridad completa, teniendo

solamente las piernas iluminadas por el resplandor de la chimenea.

—Una tarde, dijo empezando la historia, hace poco mas de un año, con un tiempo tan malo como el de hoy, volví á mi casa despues de hacer mi última visita, en lugar de ir á los Italianos como tenia de costumbre. Yo vivia en una de las calles mas desiertas del barrio de San German; estaba cansado, habia cerrado la noche y me acosté. Apagué la lámpara, y durante algunos momentos me distraje contemplando el fuego de la chimenea, que hacia bailar fantásticas sombras sobre la colcha de mi lecho. Luego mis ojos se cerraron y me dormí.

Media hora hacia que estaba entregado al sueño, cuando sentí una mano que me sacudia vigorosamente. Desperté sobresaltado y miré con sorpresa al infortunado que me rebaba el descanso: era mi criado.

—Señor, me dijo, levantaos en seguida; vienen á buscaros para asistir á una señora que está en peligro de muerte.

—¿Y dónde vive esa señora? pregunté.

—Casi en frente de esta casa; ademas, el que ha venido á buscaros os guiará.

Salté del lecho y me vestí de cualquier modo, pensando que la hora y las circunstancias harian excusar mi desaliño; tomé mi estuche y seguí al hombre que me esperaba.

Llovía á torrentes.

Por fortuna no tuve mas que atravesar la calle para encontrarme en la casa donde eran necesarios mis servicios, que era un edificio extenso y aristocrático. Atravesé un ancho zaguán, subí algunas escaleras, pasé un vestíbulo donde se encontraban algunos criados, que me esperaban, llegué al piso principal y bien pronto penetré en la cámara de la enferma.

Era un gran dormitorio decorado con muebles antiguos de madera negra esculpida. Una mujer me introdujo en aquella cámara, donde nadie nos siguió. Había á la derecha un gran lecho de columnas, cubierto con una antigua y rica colcha de seda, y sobre los almohadones ví la mas hermosa cabeza de *Madonna* que jamas pudo soñar Rafael.

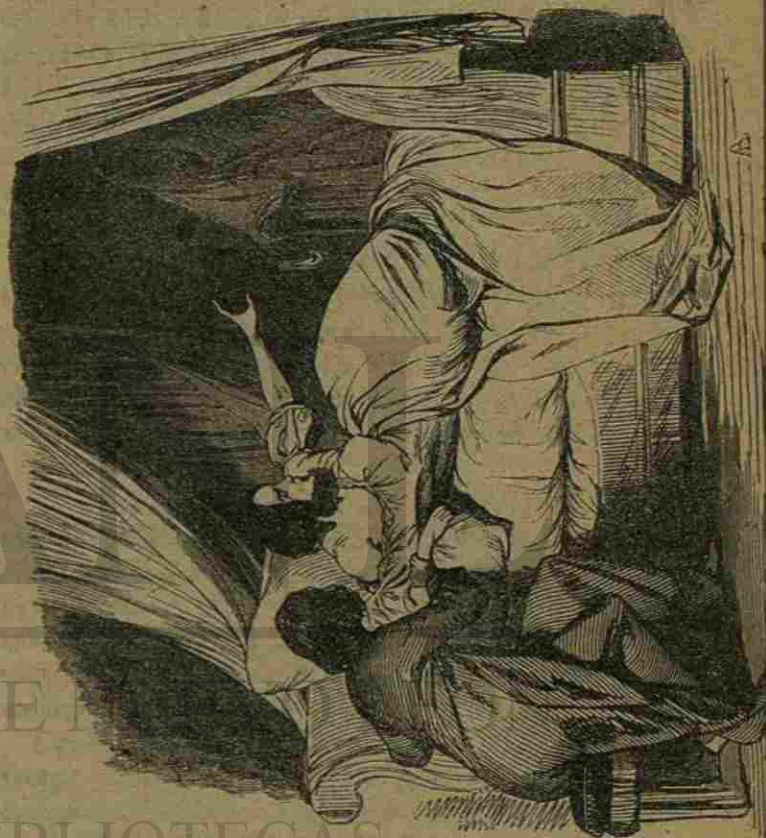
Tenia cabellos dorados como los rayos del sol, que se desbandaban en torno de un rostro angelical. Tenia los ojos medio cerrados, y en su boca entreabierta se veia una doble sarta de perlas. Su cuello era deslumbrante de blancura, y la abertura de su camisa dejaba ver un seno capaz de tentar al mismo San Antonio. Era, en fin, aquella mujer el tipo del ángel cristiano y de la diosa pagana, y todo en ella revelaba la pureza del alma y el fuego de las pasiones. Hubiera podido pasar por la Virgen Santa, á la vez que por una bacante lasciva, volver loco á un sábio y dar la fé á un ateo, y cuando me aproximé á ella y tomé su mano sentí á traves del calor de la fiebre ese perfume misterioso, compuesto de todos los perfumes de las flores, que emana naturalmente de una muger hermosa.

Yo permanecía inmóvil, olvidando el motivo por qué se me había llamado, mirando á aquella criatura como un sér celestial y sin encontrar nada parecido á ella ni en mis recuerdos ni en mis ensueños.

De pronto volvió la cabeza hácia mí, abrió sus grandes ojos azules y me dijo con voz suspirante:

—Sufro mucho.

Sin embargo, su mal era levisimo y solo una sangría bastaba para salvarla. Cogí la lanceta; pero en el momento de ir á tocar aquel brazo tan blanco y tan bello sentí que temblaba mi mano. A pesar de todo, el médico dominó al hom-



bre; abrí la vena, brotó un chorro de sangre, parecida á coral en fusion, y la enferma se desvaneció.

No quise abandonarla y permanecí á su lado. Experimentaba una dicha misteriosa considerando que tenia entre mis manos la vida de aquella mujer; detuve la sangre, abrí poco á poco los ojos, llevé á su pecho la mano que le quedaba libre y se volvió hácia mí, y enviándome una de esas miradas que lo mismo pueden salvar una alma que perderla, dijo suspirando:

—¡Gracias! Ya sufro ménos.

Habia tanta voluptuosidad, tanto amor, tanta pasión en torno de aquella criatura, que permanecía clavado en mi sitio contando los latidos de mi corazón por los latidos del suyo, escuchando su respiración algo calenturienta todavía y diciéndome que si habia en la tierra algo que pudiera llamarse una emanación del cielo, era el amor de aquella mujer.

Se quedó dormida.

Yo estaba casi de rodillas al lado de su cama. Una lámpara de alabastro suspendida del techo, arrojaba una claridad fantástica sobre todos los objetos. Me hallaba solo con ella, pues la mujer que me habia introducido habia salido para anunciar que la señora estaba mejor y no tenia necesidad de nadie. En efecto, la enferma dormia, tranquila y bella como un ángel en su sueño. En cuanto á mí, estaba loco.

Aquella hermosura maravillosa, aquella esplendente juventud, aquel dolor sufrido con tanta paciencia, lo que demostraba en ella una alma de ángel, el perfume especial que de ella emanaba, hasta la atmósfera que reinaba en el dormitorio, templada, aromática, podría decirse excitante, habian concluido por marearme.

Sin embargo, yo no podia estar allí toda la noche. Salí,
GALERIA.

pues, sin hacer ruido para no despertarla, dejé dispuestos algunos cuidados y dije que volvería á la mañana siguiente.

Cuando regresé á mi casa y volví á acostarme, su recuerdo me acompañó toda la noche. Yo comprendía que el amor de aquella mujer debía ser un encanto eterno; una magia inexplicable de pasiones seductoras; que debía ser púdica como una santa y apasionada como una cortesana, y que después de ocultar al mundo todos los tesoros de su belleza, debía entregarse á su amante desnuda y por entero. En fin, su pensamiento me abrasó durante toda la noche, y cuando llegó el día estaba loco de amor.

Pero después de los insensatos pensamientos de una noche de insomnio, vinieron las reflexiones: medité que tal vez un abismo insondable me separaba de aquella mujer; que era demasiado bella para no tener un amante; que éste debía adorarla hasta el punto de que ella no pudiera olvidarle, y en el fondo de mi alma envidié, sin conocerle, á ese hombre á quien Dios había dado bastante felicidad para que pudiera sufrir, sin quejarse, una eternidad de dolores.

Esperaba con impaciencia la hora en que podría presentarme en su casa, y el tiempo que pasaba me parecía un siglo.

Llegó la hora y partí.

Cuando llegué, me introdujeron en un gabinete de un gusto exquisito, de una elegancia admirable, de una riqueza asombrosa. Estaba sola; una gran túnica de terciopelo negro la envolvía por completo no dejando ver, como las vírgenes del Perugino, mas que las manos y la cabeza. Llevaba en cabestrillo el brazo que la había sangrado, y al verme me tendió la otra mano haciéndome sentar á su lado.

—¡Tan pronto levantada, señora, exclamé; es una imprudencia!

—No, ya estoy fuerte, respondió sonriendo; ¡he dormido bien!.....

—Debeis sufrir, sin embargo.....

—Mas del espíritu que del cuerpo, contestó suspirando.

—¿Teneis pesares, señora? exclamé sorprendido.

—¡Oh! ¡Grandes, profundos! Felizmente Dios es médico también y ha encontrado el gran remedio para estos males: el olvido.

—Pero hay dolores que matan, repliqué.

—Y bien, la muerte ó el olvido, ¿no dan lo mismo? ¿No son la misma cosa? La una es la tumba del cuerpo, el otro el sepulcro del corazón; esto es todo.

—Pero yo no comprendo cómo podéis tener penas, dije; estais demasiado alta para que os alcancen, y los dolores deben pasar bajo vuestros pies como las nubes bajo la bóveda del cielo.

—Os engañais, y eso prueba que toda vuestra ciencia se detiene al llegar á un límite: al corazón.

—Y bien, la dije, tratad de olvidar. Dios permite algunas veces que la alegría suceda al dolor, que la sonrisa siga á las lágrimas, y cuando el corazón es demasiado grande para llenarse con sus propios sentimientos, cuando la herida es demasiado profunda para cerrarse sin socorro, es Dios quien pone al paso del alma que quiere salvar, una alma que la comprende. Sucede entonces que el corazón se llena de nuevo, y la herida se cicatriza.

—¿Y cuál sería vuestro dictámen, doctor, me dijo sonriendo, para curar una de esas heridas?

—Mi dictámen variaría según los enfermos: á unos aconsejaría la fé; á otros aconsejaría el amor.

—Es verdad, repuso la fé y el amor son los grandes remedios del alma.

Siguió un silencio bastante largo, durante el cual admiré aquel semblante divino, iluminado por la luz del medio día, y aquellos hermosos cabellos de oro que caían en largos y gruesos rizos sobre sus hombros; aquel cuello de cisne de una blancura deslumbradora, pero con ese blanco ardiente que demuestra que, en vez de sangre, corre fuego por las venas; aquellos ojos grandes, rasgados, azules como la inmensidad de los cielos, profundos como el fondo del mar, melancólicos como el crepúsculo de la tarde, en los que alentaba apenas una mirada dolorosa y tristísima; aquella boca de labios coralinos, plegada por una sonrisa llena de dolor, y me dijo que el amor de aquella mujer debía ser al mismo tiempo una felicidad increíble y un tormento insoportable.

La conversacion habia tomado, desde el principio, un giro triste; pero aquella mujer me parecia mas radiante aún que la primera vez, con su triple corona de belleza, de pasión y de dolor. Dios la habia completado por el martirio, y solo faltaba que el ser á quien diera su alma aceptase la doble misión, doblemente santa, de hacerla olvidar el pasado y hacerla esperar el porvenir.

Yo permanecía ante ella, no tan loco como la noche anterior ante su fiebre, pero mas respetuoso ante su resignación. Si en aquel momento se hubiera entregado á mí, habria caído á sus pies, habria cogido sus manos y habria llorado con ella como con una hermana, respetando al ángel, consolando á la mujer.

Pero, ¿qué era aquel dolor que habia herido su cora-

zon y para el cual no habia otro remedio que el olvido? Lo ignoraba y tenia que adivinarlo, pues si habia entre la enferma y el médico bastante intimidad para que no me ocultase su pesar, no era todavía la necesaria para que me confiase la causa. Sin embargo, yo estaba seguro de que aquel dolor pertenecía al pasado, reflejándose solamente en el presente.

—Doctor, me dijo de repente, ¿podré bailar pronto?

—Sí, señora, le respondí algo sorprendido de aquella transición.

—Es necesario que dé un baile, que mis amigos esperan hace mucho tiempo, continuó; ¿asistireis á él, no es verdad? Debeis formar muy mala opinion de mi dolor, que haciéndome delirar de día no me impide bailar por la noche. Y es que mi sufrimiento es uno de esos que hay que relegar al fondo del corazón, para que el mundo no los conozca; de esos que se ocultan tras una sonrisa para que nadie los adivine: es que quiero guardar para mí sola mis pesares, como otro guardaría sus alegrías. El mundo, que me adula y me envidia, viéndome bella me cree feliz, y no quiero hacerlo salir de su error. Al día siguiente lloraré, pero lloraré sola.

Tendíome la mano con una expresion llena de candor y de tristeza y me dijo:

—¿Hasta pronto, verdad?

Llevé aquella mano á mis labios y partí.

Volví á mi casa completamente loco.

Desde mis balcones veia los suyos: todo el día estuve mirándolos, y todo el día permanecieron sombríos y silenciosos. Lo olvidé todo por aquella mujer: no dormía, no comía, por

la noche tuve fiebre, al amanecer me atacó el delirio, y al día siguiente estaba muerto.



—¡Muerto! gritamos todos.

—¡Muerto! repuso nuestro amigo con un acento de convicción que nos dejó helados; ¡muerto como Fabian, cuyo vacío estais viendo!

—Continúa, dije.

La lluvia continuaba batiendo los cristales: echamos leña en la chimenea, cuya llama se reanimó, bebimos algunos tragos de ponche, y el narrador continuó:

—A partir de aquel momento, no sentí mas que una impresión muy fría: fué, sin duda, cuando me pusieron en la fosa.

Ignoro cuánto tiempo hacia que estaba sepultado, cuando oí confusamente una voz que me llamaba por mi nombre.

Temblaba de frío, sin poderme dominar. Algunos momentos después la voz volvió á llamarme; hice un esfuerzo para hablar, pero mis labios, al moverse, tocaron el sudario que me envolvía desde los pies á la cabeza. Sin embargo, pude articular dulcemente estas palabras:

—¿Quién me llama?

—Yo, respondieron.

—¿Y quién eres tú?

—Yo.

Y la voz se debilitaba como si la arrastrara el viento ó como si no fuese mas que un ruido pasajero de las hojas.

Por tercera vez sonó mi nombre en mis oídos, y en seguida oí un ruido de alas, como si ese nombre, pronunciado de pronto en medio del silencio del cementerio, hubiera hecho volar una tropa de pájaros nocturnos.

Llevé las manos á mi rostro, como si las moviera un resorte misterioso; aparté el lienzo que me cubría, y traté de ver. Parecióme que despertaba de un largo sueño y tenía frío.

Un sentimiento de horror se apoderó de mí al ver el paisaje sombrío que me rodeaba: los árboles desprovistos de hojas, extendían dolorosamente sus brazos como grandes esqueletos. Un rayo de la luna, que llegaba á través de anchos nubarrones, me dejaba ver un horizonte tempestuoso, y todos los rumores vagos de la noche, que presidían mi resurrección, me parecían llenos de misterio y de terror.

Volví la cabeza y busqué al que me había llamado: estaba al lado de mi tumba, espionando todos mis movimientos, con la cabeza apoyada entre las manos y dejando ver una sonrisa extraña y una mirada horrible.

Tuve miedo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
ADQ. 1675 MONTERREY, MEXICO

—¿Quién eres? pregunté reuniendo todas mis fuerzas; ¿por qué me despiertas?

—Para hacerte un favor, me respondió.

—¿Dónde estoy?

—En el cementerio.

—¿Y quién eres?

—Un amigo.

—Déjame en mi sueño.

—Escucha, me dijo; ¿te acuerdas de la tierra?

—No.

—¿No recuerdas nada?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Lo ignoro.

—Pues te lo diré. Has muerto hace dos días, y tu última palabra ha sido el nombre de una mujer, en vez de ser el nombre de Dios. Tu alma, pues, pertenecerá á Satanás si Satanás quisiera tomarla. ¿Me comprendes?

—Sí.

—¿Quieres vivir?

—¿Eres tú Satanás?

—Satanás soy. ¿Quieres vivir?

—Solo?

—No; volverás á verla.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En su casa.

—Acepto, dije intentando levantarme, tus condiciones.

—Ninguna te impongo, respondió Satanás; ¿crees acaso

que de tiempo en tiempo no soy capaz de hacer un beneficio? Esta noche da tu amada un baile y te llevaré á él.

—Partamos entonces.

—Partamos.

Satanás me tendió la mano, y me levanté.

Me sería imposible daros una idea de lo que sentía. Lo único que puedo deciros es que experimentaba un frío horrible, que helaba mis miembros por completo.

—Sígueme, dijo Satanás; ya comprendes que no me es posible hacerte salir por la puerta grande, porque el conserje no te dejaría pasar, querido; aquí se entra, pero no se sale. Sígueme, sin embargo; iremos á tu casa y te vestirás, pues no debes ir al baile en el traje en que te hallas, tanto mas cuanto que no es un baile de máscaras. Envuélvete, no obstante, con cuidado en el sudario, porque la noche está fresca, y podrías resfriarte.

Al decir esto Satanás soltó una carcajada que me hizo estremecer, y continué andando detrás de él.

—Estoy seguro, añadió, que no me amas todavía á pesar del gran favor que te hago; todos los hombres sois iguales: ingratos para vuestros amigos. No creas por eso que blasfemo de la ingratitud; es un pecado inventado por mí y de los que mas ganancias me dan. Quiero solamente verte menos triste, y esta es la sola recomendación que te hago.

Yo le seguía siempre, blanco y frío como una estatua de mármol movida por un resorte; solamente en los momentos de silencio se hubiera oído el ruido de mis dientes bajo el influjo de un frío glacial, y el choque de mis huesos que crujían á cada paso.

—¿Llegaremos pronto? pregunté.

—¡Impacientel exclamó Satanas; ¿es muy bella tu querida?

—Como un ángel.

—¡Bahl Confiesa que eres poco delicado en tus palabras; la comparas á los ángeles ante mí, que lo he sido, y cuando ningun ángel hubiera hecho por tí lo que yo acabo de hacer. Te perdono, sin embargo; algo hay que dispensar á un muerto de dos días. Y además, estoy muy contento esta noche: suceden en el mundo cosas que me llenan de alegría. Creía que los hombres se habían hecho virtuosos, y veo que son siempre los mismos tales como yo los he hecho. Tengo, desde ayer, seiscientos veintidos suicidas, contando solamente los de Europa, entre los cuales hay mas jóvenes que viejos, lo que es una pérdida, porque mueren sin hijos; dos mil doscientos cuarenta y dos asesinatos, tambien de Europa solamente, pues nunca cuento los de las otras partes del mundo; como esos grandes capitalistas que nunca saben de cierto lo que tienen; dos millones seiscientos veintitres mil novecientos setenta y cinco adúlteros de ambos sexos, número no muy elevado si se tienen en cuenta los bailes; mil doscientos jueces venales y prevaricadores, y además, lo que me causa mas placer que nada, veintisiete hermosas jóvenes, de las cuales la mayor no llega á diez y ocho años, que han muerto blasfemando del nombre de Dios. Cuenta, querido, y verás que tengo una entrada de dos millones seiscientos veintiocho mil almas en Europa solamente y eso sin contar los incestos, las violaciones, etc. Así, estableciendo un término medio de tres millones de almas por día, calcula cuánto tiempo será necesario para que el mundo entero sea mio. Voy á verme obligado á comprar á Dios el paraíso para agrandar el infierno.

—Comprendo tu alegría, murmuré apretando el paso.

—¡Ah! ¡Me tienes miedo! exclamó Satanas con aire som-

brío; ¿acaso soy tan repulsivo, tan antipático? Ven, razonemos un poco, te lo ruego. ¿Qué sería el mundo sin mí? Una cosa sin importancia, un mundo con sentimientos nacidos del cielo y sin pasiones engendradas por mí; la humanidad se moriría de fastidio, amigo mio. ¿Quién ha inventado el oro? Yo. ¿Y el juego? Yo. ¿Y el amor? Yo. ¿Y las negociaciones? Siempre yo. ¡El hombre debería estarme agradecido, y sin embargo, me aborrecer! Vuestros poetas, por ejemplo, que tanto hablan de amor puro, no comprenden que, al mostrar el amor que salva, enseñan tambien la pasión que pierde; y es que, gracias á mí, lo que siempre buscáis es, no la mujer pura y casta, como la Virgen, sino la mujer pecadora, como Eva. Y tú mismo, en este instante; tú, que acabas de salir de la tumba; tú, que tienes todavía el frío y la palidez de los cadáveres, no vas á buscar en esa mujer un amor puro, sino una noche de placer. Ya ves que el mal sobrevive á la muerte, y que, si el hombre pudiera escoger, preferiría una eternidad de pasiones á una eternidad de dicha. Prueba de esto es que, por algunos años de pasiones sobre la tierra, pierde la felicidad eterna de los cielos.

—¿Llegaremos pronto? volví á preguntar, pues me parecía que andábamos sin adelantar un paso.

—¡Siempre impacientel replicó Satanas, y sin embargo, trato de abreviar el camino cuanto me es posible. Ya comprendes que no puedo pasar por la puerta, hay en ella una cruz, y la cruz es mi aduana. Tendría que detenerme, que santiguarme, y yo puedo muy bien cometer un crimen, pero no un sacrilegio; además, como ya te he dicho, no te dejarían salir. No es fácil marcharse del cementerio, y sin mí hubieras tenido que esperar la resurrección eterna, que está un poco lejana. Sígueme, pues, y está tranquilo; ya llegare-

mos; te he prometido un baile y lo tendrás; mi palabra está empeñada, y mi firma es muy conocida.

Era tan horrible, tan acerada la ironía de mi siniestro compañero, que cada una de sus palabras me causaba un estremecimiento penoso.

Continuamos andando, y llegamos por fin á un muro, ante el cual habia algunas tumbas formando escalera. Satanás puso el pié sobre la primera, y contra su costumbre, marchó sobre aquellas piedras bendecidas hasta que llegó á lo alto de la muralla.

Yo tenia miedo de seguirle.

Entonces me tendió la mano y dijo:

—Sube, no hay el menor peligro.

Cuando estuve á su lado me preguntó:

—¿Quieres ver lo que en este momento pasa en París?

—No, marchemos, respondí.

—Marchemos, pues que tienes tanta prisa.

Saltamos á tierra desde lo alto del muro.

La luna, bajo la mirada de Satanás, se velaba como una jóven pudorosa ante una mirada atrevida. La noche estaba fría, las puertas cerradas, las ventanas sombrías, las calles silenciosas; todo á nuestro alrededor tenia un aspecto fatal. Parecía que, cuando el sol empezase á alumbrar, nadie abriría las puertas, ninguna cabeza se asomaría á las ventanas, ninguna voz turbaría el silencio; yo creía caminar por una ciudad muerta hacía muchos siglos y renacida de sus cenizas, y hubiera jurado que París se había despoblado para poblar el cementerio. Caminábamos sin oír el mas pequeño rumor, sin encontrar una sombra; el camino fué largo y al fin llegamos á mi casa.

—¿La reconoces? me dijo Satanás.

—Sí, entremos, contesté.

—Espera, es necesario abrir. Tengo una segunda llave de todas las puertas, excepto la del Paraíso.

Entramos; la calma del exterior continuaba en el interior.

Yo no respiraba; en mi casa todo estaba en el mismo orden que yo lo habia dejado, pero con ese tinte sombrío y lúgubre que da la muerte. La sola cosa animada que vi fué mi gran péndulo, al lado del cual habia muerto, y que continuaba midiendo las horas de mi eternidad como habia marcado las de mi vida.

Fuí á la chimenea y encendí una bugia, pues todo lo que me rodeaba se me aparecía á través de una claridad tenue y fantástica, que me daba, por decirlo así, una vista interior. Ví entonces el retrato de mi madre, sonriéndose siempre; abrí los libros que leía poco antes de mi muerte, las obras de mi profesion, y tuve que desengañarme: lo que pasaba por mí no era un sueño, era realidad.

Satanás, en tanto, metido en un rincón, leía atentamente las *Vidas de los Santos*.

En aquel momento pasé ante un grande espejo y me ví en mi extraño traje, cubierto con un sudario, pálido, con los ojos hundidos.

Me llevé la mano al corazón y ví que no latía.

La llevé á la frente, y la frente estaba fría como el mármol, el pulso muerto como el corazón.

Y sin embargo, yo reconocía todo lo que habia dejado en el mundo; mis ojos se fijaban en todo, mi cerebro trabajaba: luego vivía.

Lo que mas me horrorizaba era que no podia apartar mis ojos de aquel espejo que me enviaba mi imagen pálida, sombría, helada, muerta. Cada movimiento de mis labios, refle-

jándose en él, me parecía la espantosa sonrisa de un cadáver. El terror me dominaba y no podía apartarme de aquel sitio ni podía gritar.

El reloj dejó oír ese rumor especial que precede á la hora en los antiguos péndulos; luego dió dos campanadas.

Eran las dos de la mañana.

Algunos momentos despues sonó la hora en una iglesia vecina, luego en otra, luego en otra mas lejana.

Un ángulo del espejo me dejaba ver la imagen de Satanas, que se habia dormido sobre las *Vidas de los Santos*.

Para huir de la influencia del maldito espejo me volví de espaldas; pero habia otro en frente del primero, y en ellos me ví repetido millares de veces con la claridad vaga é incierta que esparcia la débil luz de una bugía en una sala tan extensa.

Mi miedo llegó entonces á su colmo, y lancé un grito.

Satanas se despertó.

—Hé aquí, dijo mostrándome el libro, con lo que se quiere dar la virtud á los hombres. Con tonterías que me han hecho dormir, á mí, que ha mas de seis mil años velo.

Luego dejó el libro y me dijo:

—¿Estas ya listo?

—Pronto lo estaré, repuse.

Y empecé á vestirme; de tiempo en tiempo me tocaba el pecho y la frente, uno y otra estaban como el hielo.

Hazme un favor, me dijo Satanas; toma tu ropa y tu dinero, todo tu dinero; rompe las cerraduras, deja abiertos los cajones, y mañana la justicia encontrará motivo para condenar á algun pobre diablo por robo con fractura; ese será mi pequeño beneficio.

Cuando estuve dispuesto miré á Satanas.

—¿De cierto voy á verla? le dije.

—Antes de cinco minutos.

—¿Y mañana?

—Mañana volverás á tu vida ordinaria; yo no hago las cosas á medias.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones.

—Partamos, pues, dije.

—Partamos.

Salimos de la casa, y poco despues estábamos delante de la casa de mi amada.

Subimos y reconocí el vestíbulo, la escalera, las antecámaras. Los salones estaban llenos de gente; era una fiesta deslumbrante de luces, de flores, de pedrerías y de mujeres.

Se bailaba.

Me incliné hácia Satanas, que no me habia dejado, y le dije:

—¿Dónde está?

—En su tocador.

Esperé á que concluyese la contradanza y atravesé el salon. Los espejos me hicieron ver mi sonrisa helada y cadavérica; pero aquello no era ya la soledad, sino el mundo; no era ya el cementerio, era un baile; no era ya la tumba, sino el amor. Olvidé el sitio de donde venia, para no pensar sino en la mujer que me llamaba.

Llegué á la puerta del tocador, y allí la ví, mas bella que nunca, mas pura que un ángel. Vestia una túnica de una blancura deslumbradora, y tenia los hombros y los brazos desnudos. Estaba rodeada de jóvenes á quienes no escuchaba, y apenas me vió se levantó dirigiéndose á mí con una sonrisa encantadora.

—Ya sabeis que estoy fuerte, me dijo.

La orquesta empezaba á tocar.

—Y para demostrároslo, alladió apoyándose en mi braze, vamos á bailar.

En aquel momento ví á Satanas cerca de mí.

—Has cumplido tu palabra, le dije; ¡gracias! pero necesito poseer á esta mujer esta misma noche.

—La poseerás, respondió; pero límpiame el rostro: tienes un gusano en la mejilla.

Y desapareció, dejándome mas frío que antes. Dominéme, sin embargo, enlacé el tallo de aquella mujer, á quien venia á buscar desde el fondo de la tumba, y me lancé con ella en el torbellino del vals.

Nuestros pechos se tocaban, nuestros alientos se confundían: mis ojos estaban fijos en los suyos, y su mirada radiante de pasión, parecia decirme: «Si tú supieras los tesoros de amor que yo daría al que me amase; si tú supieras cuánta voluptuosidad hay en mis caricias, cuánto fuego hay en mis besos!..... ¡Al que supiese amarme le daría todas las bellezas de mi cuerpo, todos los sentimientos de mi alma!

Cuando terminó el baile, aquella mujer se reclinó en mis brazos, con el pecho oprimido, pálida, anhelante, y la llevé á un tapador, donde nos encontramos solos.

Dejéela caer en un sillón, inclinéme sobre ella y la dije:

—¡Si supierais cuánto os amo!.....

—Lo sé, me respondió; y yo os amo tambien.

Era para volverme loco.

—¡Por una hora de amor con vos, exclamé, daría mi vida; por una noche daría mi alma!

—Escuchad, me dijo abriendo una puertecilla oculta en



Nuestros pechos se tocaban, nuestros alientos se confundían.



la tapicería, dentro de un momento estaremos solos; espérame.

Me empujó dulcemente y me encontré solo en su dormitorio, iluminado por la lámpara de alabastro.

Oí los carruajes que partían uno á uno, y luego, cuando hubo marchado el último, reinó un silencio profundo.

Pasé dos horas entregado á pensamientos tristesísimos, y al fin, cuando me acordé de mi madre, que tal vez, mientras yo me disponía á una noche de amor, se preparaba á una noche de insomnio, velando mi recuerdo, como había velado mi enfermedad, las lágrimas acudieron á mis ojos. Entonces me levanté, y ví en un espejo una sombra blanca detras de mí. Era mi amada.

Por fortuna mi corazón no latía, pues de emoción en emoción, había acabado por estallar.

Cayó en mis brazos y lo olvidé todo. ¡Qué noche!... ¡Fué una noche imposible de contar, con placeres desconocidos, con deleites tales que casi se aproximaban al sufrimiento! ¡Yo no encuentro en mis sueños de amor nada parecido á aquella mujer, ardiente como una cortesana, casta como una virgen, cuyos besos quemaban los labios, cuyas palabras abrazaban el corazón!

La lámpara comenzó á palidecer cuando el día empezaba á apuntar.

—El día llega y es necesario que nos separemos, me dijo entonces; pero esta noche, á primera hora, te espero.

Por última vez sentí sus labios sobre los míos y partí. Pasé el día como un loco. Las horas se me hacían siglos.

Hay algo que se desea más que la primera noche que se pasa con la mujer amada, y es la segunda. Sí, porque el recuerdo del placer pasado, aviva la sed del placer futuro.

Apenas llegó la noche, corrí á su casa.

—¿A dónde vais? me preguntó el portero.

—A casa de Mme. P..... respondí.

—¡Mme. P.....! exclamó mirándome con sorpresa; ¡hace dos meses que ha muerto la señora, y aquí vive solamente su marido!

Lancé un grito y caí de espaldas.

—¿Y después? exclamamos el doctor y yo.

—Después me desperté; porque todo había sido un sueño.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN BAILE DE MASCARAS

POR

ALEJANDRO DUMAS

Aunque había dicho á mi criado que no estaba en casa para nadie, uno de mis mejores amigos quebrantó la consigna. Era M. Antony R.....

Distinguí tras la librea de José el extremo de un redingote negro, y como era probable que el portador de aquel redingote hubiese, á su vez, visto mi bata, no había medio de negarse.

—Que entre, dije respondiendo al anuncio de mi criado.

Y añadí para mi espote:

—Así se le lleve el diablo.

Cuando se está trabajando, solo la mujer á quien se ama puede impunemente venir á importunarnos; y es que su recuerdo está siempre para algo en lo que hacemos.

Apenas llegó la noche, corrí á su casa.

—¿A dónde vais? me preguntó el portero.

—A casa de Mme. P..... respondí.

—¡Mme. P.....! exclamó mirándome con sorpresa; ¡hace dos meses que ha muerto la señora, y aquí vive solamente su marido!

Lancé un grito y caí de espaldas.

—¿Y después? exclamamos el doctor y yo.

—Después me desperté; porque todo había sido un sueño.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN BAILE DE MASCARAS

POR

ALEJANDRO DUMAS

Aunque había dicho á mi criado que no estaba en casa para nadie, uno de mis mejores amigos quebrantó la consigna. Era M. Antony R.....

Distinguí tras la librea de José el extremo de un redingote negro, y como era probable que el portador de aquel redingote hubiese, á su vez, visto mi bata, no había medio de negarse.

—Que entre, dije respondiendo al anuncio de mi criado.

Y añadí para mi espote:

—Así se le lleve el diablo.

Cuando se está trabajando, solo la mujer á quien se ama puede impunemente venir á importunarnos; y es que su recuerdo está siempre para algo en lo que hacemos.

Dí, pues, á mi semblante esa expresion malhumorada del autor que se vé interrumpido en el momento en que mas quisiera que le dejasen en paz, y esperé que apareciese Antony.

Entró en mi gabinete y le ví tan pálido y desencajado que exclamé:

—¿Qué teneis? ¿Qué os sucede?

—Dejadme respirar..... ya os lo contaré todo, respondió: por otra parte, puedo que todo sea un sueño ó que yo esté loco.

Y se dejó caer en un sillón, ocultando la frente entre sus manos.

Le miré con extrañeza: sus cabellos estaban empapados por la lluvia, y sus botas y pantalones llenos de lodo. Fui en seguida á la ventana y ví á la puerta su lacayo y su caruaje. Aquello era incomprensible.

Conoció mi sorpresa, y dijo:

—He estado en el cementerio del padre Lachaise.

—¿En el Padre Lachaise á las diez de la mañana? exclamé.

—No, á las siete. ¡Ah! ¡Maldito baile!.....

Yo no podia adivinar qué podian tener de comun un baile y el cementerio del Padre Lachaise. Tomé, pues, mi partido, y volviendo la espalda á la chimenea, me puse á hacer un cigarro con toda la flemma de un español.

Ofrecíle á Antony, que lo rehusó, y lo encendí poniéndome á fumar.

—Alejandro, me dijo de pronto, escuchadme, os lo ruego.

—Pero si hace un cuarto de hora que estais ahí sin decirme nada.

—¡Oh! ¡Es una aventura muy extraña!

Me incorporé, crucé los brazos como un hombre resigna-

do, y me dispuse á escuchar: empezaba á creer que me las habia con un loco.

—¿Os acordais de un baile de Opera en que estuvimos juntos? me preguntó despues de un momento de silencio.

—¿Del último, en el que apenas habia doscientas personas? exclamé.

—Precisamente. Me separé de vos con intencion de ir á Variedades, de cuyos bailes me habian hablado como de una verdadera curiosidad. Entré en el teatro, completamente lleno, salón, pasillos, gabinetes, ambigú. Dí la vuelta á la sala, veinte máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Eran celebridades artísticas y aristocráticas, disfrazadas de *pierrots*, de postillones, de aldeanos ó de pescadores; jóvenes de corazon y de talento, que parodiaban allí un baile de la Regencia en medio de nuestra época grave y severa. Me coloqué en mi palco, apoyado en el antepecho, y fijé los ojos en aquel océano de seres humanos que se agitaba en el salón. Los dominós de todos colores, los trajes abigarrados, las grotescas caricaturas formaban un cuadro verdaderamente indescrptible. Empezó á tocar la orquesta, y todas aquellas criaturas se agitaron siguiendo los compases de la música, cuya armonía llegaba hasta mí en medio de gritos, silbidos y carcajadas. Asíéronse las unas de las otras por las manos, por los brazos, por el cuello; fórmasen un ancho círculo, comenzando por un movimiento en redondo, y del piso se levanta una nube de finísimo polvo, en medio de la cual aparecen las luces como átomos casi invisibles. Aquello se convirtió muy pronto en un torbellino indescrptible: los bailarines pasaban ante mis ojos como fantasmas, volviendo con creciente viveza á pasar y repasar, á tomar extrañas actitudes, haciendo gestos obscenos, lanzando gri-

tes destemplados, revueltos como locos, gritando como borrachos y mujeres perdidas, con mas delirio que alegría, con mas rabia que placer, semejantes á una cadena de condenados que cumplierse, bajo el látigo de los demonios, una penitencia infernal. Aquello pasaba ante mis ojos, á mis piés; sentia en mi rostro el viento de sus carreras, y cada uno de los que me conocian me arrojaba al pasar una palabra que me hacia enrojecer.

Yo me encontraba en una situación extraña é inconcebible: aquel ruido, aquella confusion, aquel baile, estaban en mi cabeza como en la sala, y no tardé en preguntarme si lo que veia era sueño ó realidad; si no era yo el que estaba loco y ellos los que tenian juicio. Sentia extrañas tentaciones de arrojarme en medio de aquel *pandemonium*, como Fausto en medio del Sábado, y conocia que entonces tambien haria gestos y temaria posturas extrañas, y lanzaria carcajadas de loco, y daria tremendos gritos. Mi cabeza empezó á vacilar y mis ojos á nublarse: de aquella situación á la locura no habia mas que un paso, y salí de la casa perseguido hasta la puerta de la calle por gritos semejantes á los rugidos de amor que salen de las cavernas de las bestias feroces.

Me detuve un momento bajo el pórtico, no queriendo salir á la calle en aquel estado de embriaguez inexplicable, y me apoyé en una columna como un ebrio que empieza á darse cuenta de su situación y que espera inmóvil que las fuerzas ayuden á la voluntad.

En aquel instante un carruaje se detuvo ante la puerta, y de él bajó, ó mas bien se precipitó una mujer, que se metió bajo el pórtico, volviendo la cabeza á todos lados como si á alguien buscara. Vestia un dominó negro, y llevaba el

rostro cubierto con una máscara de terciopelo. Con una precipitación febril, se dirigió á la puerta de la sala.

—¿El billete? la dijeron.

—¿El billete! exclamó. ¡Ah! ¡No tengo!.....

—Tomad uno en el despacho.

La enmascarada volvió al pórtico, sollozando tristemente.

—¡Sin dinerol decís. ¡Ah! ¡Esta sortija!

Y se acercó al despacho.

—¿Un billete por esta sortija! exclamó.

—¡Imposible! respondió la vendedora; yo no recibo mas que moneda.

Y rechazó la sortija, que cayó á tierra y rodó hasta mis piés.

La enmascarada habia quedado sin movimiento, olvidando la alheja, abismada en una meditacion dolorosa.

Recojí la sortija y se la presenté en seguida.

Ví por los agujeros de su careta sus ojos fijos sobre mí; miróme un instante con ansiedad, y luego, asiéndose á mi brazo, exclamó:

—Es necesario que me hagais entrar, caballero; es necesario.....

—Yo salia, señora, respondí.

—Entonces, dadme seis francos sobre esta sortija, y me habreis hecho un favor que os agradeceré toda la vida.

Volví á poner el anillo en su dedo, fui al despacho, tomé dos billetes, y entramos juntos.

Cuando íbamos á penetrar en el salon, sentí que vacilaba. Entonces ella, asiendo su mano izquierda con la derecha, formó una especie de argolla en torno de mi brazo.

—¿Sufrís? le pregunté.

—No, no es nada, respondió; un ligero desvanecimiento: he aquí todo.

Entramos en el salón.

Tres veces dimos la vuelta á su rededor, atravesando á duras penas los grupos de máscaras que encontrábamos al paso, estremeciéndose mi compañera á cada palabra obscena que escuchaba, y avergonzado yo de que me viesan dando el brazo á una mujer que se atrevía á escuchar tales palabras. Llegamos á la extremidad del salón, y la enmascarada se dejó caer en una silla, permaneciendo yo detrás de ella con la mano apoyada en el respaldo.

—¡Oh! ¡Esto debe pareceros magnífico! me dijo indicando el baile; ¡y sin embargo, yo no tenía la menor idea de él! Pero me han escrito que él, él, estaría aquí con una mujer... ¡Y qué mujer será cuando se atreva á venir á semejante sitio!

Hice un gesto que ella comprendió.

—¡Oh! dijo con acento de angustia; yo no soy de esas mujeres: he venido á buscarle, solamente á buscarle, porque soy su esposa. Esas gentes vienen aquí empujadas por el desorden y el placer; á mí me traen los celos, celos terribles. Por buscarle hubiera ido á los lugares mas horribles, hubiera pasado toda la noche en un cementerio, hubiera ido á la plaza de Greve en un día de ejecución..... ¡yo, que no he salido jamás á la calle sino con mi madre ó con mi aya!..... Y sin embargo, estoy aquí, dando el brazo á un hombre que no me conoce y avergonzándome bajo mi máscara de la opinión que debo inspirarle. Si, sé todo esto; pero ¿habeis sentido celos alguna vez?

—Por desgracia, sí, respondí suspirando.

—Entonces lo comprendéis todo, y dispensareis mi conducta, porque ya conocéis esa voz horrible que grita continuamente, como al oído de un condenado: «te engañan;» ya habeis sentido ese brazo poderoso como el de la fatalidad, que arrastra á la deshonra y al crimen; ya sabeis que hay un momento en que el hombre ó la mujer son capaces de todo, con tal de vengarse.

En aquel momento se levantó de pronto, fijando una mirada intensa en dos máscaras que pasaban ante nosotros.

—Sigámoslos, dije arrastrándome sobre sus pasas.

Estaba metido en una intriga de la que no entendía una palabra, y obedeciendo como un niño á la voluntad de la desconocida, seguí con ella á las dos máscaras, de las cuales era una un hombre y la otra una mujer. Hablaban á media voz, y sus palabras apenas llegaban á mis oídos.

—¡Es él! murmuraba mi compañera, ¡es su voz!

El hombre enmascarado dejó oír una alegre carcajada, y mi pobre compañera, estremeciéndose penosamente, añadió:

—¡Es él! ¡Es su risa! ¡Sí! ¡Es él, señor! ¡La carta decía bien! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Salieron las dos máscaras de la sala y nosotros salimos tras ellas; subieron la escalera, dirigiéndose á los gabinetes, y la subimos, siguiéndolas; abrió el hombre una puerta, cerróse tras ellos y desaparecieron á nuestra vista.

La pobre criatura que en mí se apoyaba, era presa de una agitación indecible. Yo no podía ver su rostro, pero, pegada á mí como se hallaba, sentía los latidos de su corazón, el temblor convulsivo de su cuerpo y los frecuentes estremecimientos que corrían por sus miembros. Y habia mucho de extraño en la manera como llegaban á mí aquellos sufrimientos inauditos cuyo espectáculo tenia ante mis ojos, y de los

cuales solo conocia la víctima, ignorando la causa. Aquella pobre mujer me inspiraba una compasion profunda, y aunque no la conocia, no la hubiera abandonado en semejante situacion.

Cuando vió que las dos máscaras habian entrado en el gabinete, quedóse inmóvil por un momento; pero luego se acercó á la puerta y se puso á escuchar. Comprendí que el mas leve movimiento podia revelar su presencia allí, y abriendo la puerta del gabinete contiguo, la arrastré dentro y cerré con llave, diciendo:

—Si queris escuchar, escuchad desde aquí.

Cayó de rodillas, y pegó su rostro al tabique. Yo me senté frente á ella, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la expresion pensativa.

Todo lo que habia podido ver de aquella criatura me habia parecido un verdadero tipo de belleza. La parte de su rostro que no estaba oculta por el antifaz demostraba una delicada frescura y una gran juventud; sus manos no podian ser mas bonitas; de su capucha se escapaba un torrente de rizos negros y sedosos, y su pié de niña, que aparecia bajo su ancha falda, bastaba apenas para sostener su cuerpo, aéreo y ligero como era. ¡Oh! ¡Debia ser una criatura maravillosa! ¡Oh! ¡Qué felicidad mas completa la del hombre que la hubiera tenido en sus brazos, que hubiera visto todas las facultades de su alma empleadas en amarle; que hubiera sentido sobre su corazon esas palpitaciones, esos estremecimientos, esos espasmos neurálgicos que produce el placer de la pasion y que hubiera podido decir: todo eso, todo eso es amor, amor para mí, para mí solo en medio de los hombres! ¡Ah! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre!.....

Hé aquí cuáles eran mis pensamientos, cuando la enmascarada se volvió hácia mí y me dijo con voz entrecortada:

—Caballero; soy hermosa, muy hermosa, os lo juro: soy jóven, apenas tengo diez y nueve años; hasta hoy he sido pura como el ángel de la creacion..... Pues bien, soy vuestra..... haced de mí lo que querais.

Y me echó los brazos al cuello.

En seguida sentí sus lábios sobre los míos, y la impresion de un beso ardiente y desesperado corrió por todo mi cuerpo, haciendo flotar como una nube de llamas ante mis ojos.

Diez minutos despues la tenia entre mis brazos, sin fuerzas, desvanecida, agonizante. Volvió lentamente en sí, y distinguí á traves de su máscara sus ojos esquivos; ví cubierta de una palidez mortal la parte no oculta de su rostro, y oí chocar sus dientes uno contra otro, como con el temblor de la fiebre.

Recordó lo que acababa de pasar y cayó á mis piés.

—¡Si sentís alguna compasion, alguna piedad por mí, exclamó con angustia, no me mireis, no me obligueis á bajar los ojos ante vos; no querais conocerme jamas; dejadme partir y olvidadme, olvidadlo todo!..... ¡Yo me acordaré por los dos!.....

Dicho esto, se levantó, rápida como un pensamiento que huye, y se lanzó á la puerta, la abrió, y volviéndose á mí, exclamó:

—¡En nombre del cielo, caballero, no me sigais!

La puerta, cerrada violentamente, se interpuso entre ella y yo, robándomela como una aparicion. ¡No la he vuelto á ver!

Y desde entónces, durante los diez meses que han pasado,

la he buscado por todas partes, en los teatros, en los paseos, en los espectáculos. Siempre que he visto de lejos una mujer de talle ligero, de pié de niña, de cabellos negros, la he seguido, me he acercado á ella y la he mirado de frente, esperando que su rubor la haría traicion. En ninguna parte he podido encontrarla, jamas he podido verla sino en mis sueños. ¡Ah! Entonces la sentia en mis brazos, sentia sus caricias, sus besos tan ardientes, que parecian tener algo de infernal; luego caia su máscara y veia un rostro extraño, tan pronto brillante como cubierto de nubes; tan pronto lleno de vida, de juventud y de hermosura, como pálido, con las órbitas vacías y el cráneo desnudo. En fin, desde aquella noche no he vivido, abrasado por el amor insensato á una mujer desconocida, esperando siempre y siempre engañado con mis esperanzas, celoso sin derecho, sin saber de quién tener celos y no atreviéndome á contar á nadie semejante locura. Por último, ayer recibí esta carta.

Y mi amigo me dió un papel que habia sacado de su cartera.

Decia así:

«¿Habeis olvidado á una pobre mujer que todo lo recuerda y que muere porque no puede olvidar? Cuando recibais esta carta esa mujer habrá muerto. Id al cementerio del padre Lachaise, decid al conserge que os haga ver, entre las últimas sepulturas, la que lleve sobre su piedra funeraria simplemente el nombre de *María*, y cuando esteis ante ella, arrodillaos y orad.»

—¡Y bien! continuó Antony, ayer recibí esta carta, y esta mañana he ido al padre Lachaise; el conserge me ha indicado la tumba que buscaba, y he permanecido dos horas an-



Jamas he podido verla sino en mis sueños.

te ella, orando y llorando. ¡La habia encontrado; pero muerta, separada de mí por la inmensidad, por la eternidad! ¡El alma, aquella pobre alma atormentada, se habia elevado al cielo, y el cuerpo mas débil que ella, se habia doblegado hasta romperse, bajo las tremendas heridas de los celos, de los infortunios y de los remordimientos! ¡Habia muerto desconocida para mí, despues de haber tomado una parte en mi vida, despues de haberme vuelto loco, encerrando en mi corazon un cadáver inanimado! ¡Ah! ¿Comprendes esto, Alejandro? Está muerta, y la amo como un insensato, y me mataria para encontrarla, si no debiera quedarme desconocida en la eternidad, como lo quedó en el mundo.

Y á estas palabras me arrancó la carta de las manos y rompió á llorar, besándola. Yo le abracé, y no sabiendo qué hacer ni que decir, lloré con él.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL COCHERO DE CABRIOLE

POR

ALEJANDRO DUMAS

No sé si entre las personas que lean estas líneas habrá alguna que haya tenido la curiosidad de reparar la diferencia que existe entre el cochero de cabriolé y el cochero de fiacre.

Este último, grave, inmóvil, frío, soportando las inclemencias de la atmósfera con la impassibilidad de un estóico, sentado sobre su pescante, en medio de la sociedad y sin contacto con ella, permitiéndose por toda distracción un fustazo al compañero que pase, sin cariño alguno á las dos flacas cañas que conduce, sin amenidad para los infortunados que le emplean, no vacila en responder con una sonrisa irónica, resumen de toda su filosofía, cuando le dicen: *cochero, al paso y todo derecho.*

Muy distinto es, por cierto, el cochero de cabriolé. Es necesario tener un génio muy tétrico para no rendirse á sus halagos; á los cuidados que os demuestra; á la paja que pone bajo vuestros piés; á la manta de que se priva, sea que nieve, sea que llueva, para libraros de la lluvia ó del frío; es necesario estar dotado de un mutismo muy obstinado para guardar silencio ante las mil preguntas que hace, ante las exclamaciones que se le escapan, ante las citas históricas con que os acosa. Es que el cochero de cabriolé ha visto el mundo, ha vivido en sociedad: ha llevado un candidato á la Academia á hacer sus treinta y nueve visitas, y el futuro académico le ha hablado de literatura; despues ha llevado á un diputado á la Cámara, y el diputado le ha hablado de política; dos estudiantes han subido despues de éste, hablaron de operaciones anatómicas, y el cochero tomó así mismo algunas nociones de medicina. Ligeró, superficial en todo, pero extraño á pocas cosas en el mundo, es irónico, espiritual, alegre, charlatan, gustándole los espectáculos, y tiene casi siempre un pariente ó un amigo que le hace entrar grátis en el teatro.

El cochero de fiacre es el hombre de los tiempos primitivos: no tiene mas roce con los demas individuos que el estrictamente necesario para el ejercicio de sus funciones; pero en cambio, es un hombre honrado.

El cochero de cabriolé, por el contrario, es el hombre de las viejas sociedades. La civilización ha llegado á él, y él se ha hecho para la civilización. Su moralidad es, poco mas ó menos, la de Bartolo.

En general, los taberneros toman por insignia un cochero de fiacre, con su sombrero encerrado sobre la cabeza, su capa

azul sobre los hombros, la fusta en una mano y una bolsa en la otra, con este lema: *Al fiel cochero.*

Jamas he visto al cochero de cabriolé representado en semejante situación moral.

A pesar de todo, yo tengo una predilección particular por los cocheros de cabriolé. Tal vez será porque muy raras veces les doy en que ganar algun dinero.

Cuando me ocupo de algun drama cuyo desenlace no puedo resolver; cuando vuelvo de algun espectáculo que me ha dado sueño; cuando veo alguna comedia que me fastidia, entonces charlo con ellos, y algunas veces me he divertido tanto, que en diez minutos que duraba la carrera, me he sentido recompensado de las tres ó cuatro horas de martirio que acababan de terminar.

Tengo un rincon de mi escritorio dedicado á estos recuerdos de vuelo bajo, si puedo calificarlos así.

Entre estos recuerdos hay uno que ha dejado en mi ánimo una impresion profunda. Y sin embargo, hace ya mas de un año que Cantillon me refirió lo que voy á relataros.

Cantillon conduce el carruaje número 221. Es hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, moreno, de facciones fuertemente acentuadas, y en la época en que le conocí, es decir, en enero de 1831, su traje se componia de un sombrero de fieltro con un resto de galon, un redingote que revelaba haber pertenecido á una librea, y unas botas de charol viejísimas con las vueltas desgarradas. Catorce meses han pasado desde que le conocí, y á esta fecha todos esos restos de grandeza deben haber desaparecido. Pronto comprenderán mis lectores de dónde viene, ó mas bien, porque desde entonces no le he vuelto á ver ó ignoro, por consecuencia, si ha

variado de traje, de dónde venia aquella notable diferencia entre su vestido y el de sus colegas.

Eran las seis de la mañana del 1º de enero. Habia hecho una lista de los amigos y conocidos á quienes debia felicitar en la entrada del año, y mi criado habia ido á buscarme un coche. José eligió á Cantillon, y Cantillon debió esta preferencia á su resto de galon, á su redingote y á sus botas. Su cabriolé, por otra parte, estaba pintado de un color oscuro, en vez de hallarse, como otros, embadurnado de verde ó amarillo, y tenia un aspecto decente.

Una sonrisa de satisfaccion demostró á José que estaba satisfecho de su inteligencia; despedíme de él para todo el día y me instalé en el carruaje. Cantillon pronunció un sonoro *jarre!* y el caballo partió sin necesidad de que le tocara la fusta, que permaneció en su sitio durante todo el día, mas bien como un ornamento que como un instrumento de correccion.

—¿A dónde vamos, mi amo? preguntóme el cocher.

—Al Arsenal, casa de Carlos Nodier, respondí.

Cantillon respondió con un ademán que parecia decir: «No solamente sé dónde es, sino que conozco ese nombre.» En cuanto á mí, como en la actualidad me hallaba ocupado en escribir *Antony*, que me daba muy malos ratos, viendo que el movimiento del cabriolé era lo mas suave que me podia figurar, me agazapé en un rincón y me puse á pensar el final del tercer acto, que me inquietaba considerablemente.

Yo no conozco un momento de mayor felicidad para un poeta que aquel en que ve llegar su obra á feliz término. Son necesarios, para llegar á este fin, tantos días de trabajo, tantas horas de desaliento, tantos instantes de duda, que cuando el poeta vé, en esa lucha del hombre y del espíritu,

tomar forma á la idea que ha acariciado, tiene un instante de felicidad comparable tan solo, salvo su débil organizacion, á la que debió gozar Dios cuando dijo á la tierra: *Sea*, y la tierra fué. Como Dios, el poeta puede entonces decir en su orgullo: «He creado algo de nada; he arrancado un mundo del caos.»

Es verdad que el mundo del poeta no está poblado mas que por una docena de habitantes; que no tiene en el sistema planetario mas espacio que los treinta y cuatro pies cuadrados de un escenario; y que á menudo nace y muere en la misma noche.

Pero es igual; no por eso es menos cierta mi comparacion: yo quiero mejor la igualdad que eleva que la igualdad que rebaja.

Cuantos tratan de holgazan al escritor, al poeta, y son, por desgracia, muchísimos los que así juzgan, no saben que, si cuesta poco ó ningun trabajo concebir una idea, porque la idea nazca por sí sola, como superior á la materia humana, cuesta, en cambio, grandes fatigas desarrollarla, darla forma, plegarla al gusto del público, que es el señor mas tirano, mas déspota, mas exigente que se conoce.

¡Ah! El poeta en ciertos momentos, lo repito, es algo mas que un hombre, y de él podia decirse que tiene algo de Dios y algo de hechicero. Crea, y aunque algunas veces sus creaciones tienen una vida pobre y efímera, pasajera y desconocida, otras veces tienen, por el contrario, una vida inmortal, eterna como el tiempo, que se prolonga al traves de las generaciones.

Armida, esa magnífica creacion del Tasso, vivirá eternamente, y *Hamlet*, esa sublime creacion de Shakespeare, no morirá nunca. Y cuándo se olvidarán, aunque la existencia

de la humanidad se prolongue hasta lo infinito, las estupendas aventuras del *Ingenioso hidalgo don Quijote*, ni las filosóficas marrullerías de Sancho Panza, esas dos maravillosas creaciones del gran génio español, del ilustre Cervantes, que de una manera tan perfecta supo estereotipar en ellas el espíritu de su época?..... ¡Ah! Si hay en el mundo una gloria legítima, una verdadera gloria, esa es la gloria del poeta. El remueve las sombras de lo pasado, evoca los cadáveres de los héroes y de los mártires, los saca de la tumba, los anima con su soplo vivificador, y gracias á él, el mundo los contempla en la escena, revestidos de su verdadero carácter, llenos de vida y de pasión, ora coronados de gloria, ora cubiertos de lodo.

¡Holgazan el poeta! Buscad, buscad vosotros los que con tanto desden le tratais, un trabajo mas impropio, mas penoso que el suyo: yo os aseguro que no lo encontrareis.

Pues qué, la humanidad no debe algo á los poetas?..... ¿Quién, si esos génios poderosos no existiesen, inmortalizaría las hazañas de los héroes, el valor de los mártires, la gloria de los pueblos? ¿Quién transmitiría de generación en generación las antiguas tradiciones, las antiguas leyendas que embellecen y amenizan la historia de cada nación y que en muchos casos forman su orgullo, como sucede en España, mas orgullosa tal vez de sus tradiciones que de su historia?.... ¡Ah! Sin Homero, las glorias de Grecia no hubieran llegado hasta nosotros; sin Horacio no conoceríamos verdaderamente el mundo romano; sin Dante, las oscuras brumas de la Edad Media nos ocultarían aún el verdadero carácter de aquella época de hierro, y sin Calderon no comprenderíamos tampoco todas las bellezas del renacimiento. No, para enseñar el pasado no basta la historia árida, fría y descarnada; es nece-

sario que ese pasado resucite, en cierto modo, y viva y aliente, y ese milagro solo puedo realizarlo la poesía.

Al pensar todo esto, veía, como á través de una gase, mi mundo ideal tomando su lugar entre los planetas literarios; sus habitantes hablaban á mi gusto, andaban á mi modo, estaba contento de ellos, y casi oía en una esfera cercana un rumor nada equívoco de aplausos que probaba que los que veían el mundo por mí creado le encontraban bello y armónico.

Este semi-sueño del orgullo, á que pudiera llamar el ópio del poeta, no me impedía, sin embargo, ver á mi vecino descontento de mi silencio, inquieto al contemplar mis ojos fijos, sorprendido de mi abstracción y diciendo de cuando en cuando para arrancarme de ella:

— Mi amo, que se cae el carrik.

Mi única contestación era subirle maquinalmente y colocarle sobre mis piernas.

Si se soplaban los dedos, yo metía silenciosamente las manos en mis bolsillos; si silbaba la *Parisiense*, yo me contentaba con llevar maquinalmente el compas con los dedos: le habia dicho al subir al coche que debíamos estar cuatro ó cinco horas juntos, y el pobre cochero estaba verdaderamente atormentado por la idea de que durante todo ese tiempo guardase un silencio tan poco en armonía con su buena voluntad de charlar.

Al fin, sus síntomas de disgusto llegaron á tal punto, que me dió pena; ya abría la boca para dirigirle la palabra, cuando, desgraciadamente para él, la idea que me faltaba para terminar mi tercer acto vino en aquel momento á mi imaginación, y como aun estaba casi echado en mi rincón,

aunque tenia ya la boca abierta para hablar, volví á ocupar tranquilamente mi sitio, murmurando entre dientes:

—¡Es buena idea! ¡Es buena idea!

Cantillon creyó que habia perdido la cabeza y lanzó un suspiro.

En aquel momento detuvo su caballo diciendo:

—Aquí es.

Estábamos á la puerta de la casa de Nodier.

Quisiera haberos un poco de Nodier, porque aunque no es posible conocerle sin amarle, pudiérais muy bien amarle sin conocerle. Otro día lo haré.

Subí á la habitacion del autor de *Tribly*, y no tardé en volver á bajar, instalándome otra vez en el coche y diciendo á Cantillon:

—M. Taylor, calle de Bondy.

Echó á andar el caballo, y entonces Cantillon me preguntó:

—¿No es M. Carlos Nodier un caballero que escribe cuentos y novelas?

—Precisamente; pero ¿cómo sabes tú eso?

—He leído una novela suya, que habla de una joven cuyo amante fué guillotinado.

—¿Teresa Aubert? dije.

—Esa misma. ¡Ah! Si yo conociera á ese caballero le daría un magnífico asunto histórico para una novela.

—¡Ah!

—Tal como lo oís, y si yo manejase la pluma tan bien como el látigo, no se lo daría á otro, sino que yo mismo haría la novela.

—Pues bien, ¿quieres reatar me ese asunto? exclamé.

—¡Bah! ¡A vos no es lo mismo! respondió.

—¿Por qué?

—Parque vos no haceis libros.

—Es verdad, repuse; pero hago dramas y puede que tu historia me sirva para uno.

Cantillon me miró fijamente y dijo:

—¿Sois acaso el autor de *Los dos ahorcados*?

—No, amigo mio.

—¿Y de *La posada de Adrets*?

—Tampoco.

—Entonces, ¿para que teatro escribis?

—Hasta ahora he escrito para el teatro frances y el Odeon.

Cantillon hizo un movimiento de labios que me dió á entender claramente que habia perdido mucho en su ánimo, y despues de reflexionar durante un momento, dijo:

—He estado algunas veces con M. Eugenio en el teatro Frances, y allí he visto á M. Talma en el *Sila*: era todo un retrato del emperador, pero me gusta mas *La Posada de Adrest*.

Yo no sabia qué contestarle.

—¿Haceis tragedias por ventura? preguntó mirándome de reojo.

—No, amigo mio.

—Pues entonces, ¿qué haceis?

—Ya te lo he dicho: dramas.

—¡Ah! ¡Sois romántico! El otro día llevé en mi coche un académico que zurraba á los románticos de lo lindo. Escribiste tragedias, y me recitó un trozo de la última que ha hecho. Yo no sé su nombre; pero es un señor seco, que lleva la cruz de honor y tiene muy encarnada la punta de la nariz. ¿Le conocéis vos?

Hice con la cabeza una señal afirmativa, y dije:

—Pero..... ¿y tu historia? Puede que me sirva para algo, y.....

—Bueno, en ese caso os la contaré; pero os advierto que es una historia bastante triste.

—No importa; cuenta.

—Pues habeis de saber, dijo Cantillon, que no siempre he sido yo cochero de alquiler. Hace dos años estaba al servicio de M. Eugenio... ¿no habeis conocido á M. Eugenio?...

—¿Eugenio de qué?

—No lo sé; ni he conocido á sus padres, ni he sabido nunca su apellido. Era un jóven de vuestra edad, muy buen mozo y con diez mil libras de renta; pero de carácter algo triste. Por lo demas, desde que entré en su casa jamas me dijo una palabra mas alta que otra. Un dia se encerró en su gabinete y me dijo:

—Cantillon, si viene M. Alfredo de Linar, di que no estoy en casa.

M. Alfredo vivia en el mismo hotel que nosotros y se habia pegado á mi amo, que no le podia ver.

No tardó en llegar y preguntó por M. Eugenio.

—No está, respondí.

Pero en aquel momento tocó mi amo, oyóle M. Alfredo y exclamó:

—Tu amo es un indecente; dícelo de mi parte.

Como comprendereis, guardeme bien de decírselo.

Aquella misma noche fuimos á una reunion á la calle de la Paz, y á la media noche salió M. Eugenio de un humor endemoniado: se habia encontrado con su vecino y habian cambiado algunas palabras.

Llegamos al puente de Austerlitz, y al cruzarlo vimos una

mujer que sollozaba de tal modo que no oyó el ruido del carruaje.

—Detente, me dijo mi amo.

Y me detuve, al mismo tiempo que echaba pié á tierra.

La mujer iba delante, mi amo detras; de repente aquella desgraciada sube sobre el pretil y se arroja al agua. Mi amo no vaciló y se arrojó tras ella.

—Si me quedo aquí, pensé, en nada puedo ayudarle; pero si me arrojo al agua, como nado lo mismo que un plomo, tendrá que salvar á dos en vez de uno.

Tomé entonces mi partido; hice parar el caballo, que tenia cuatro años menos sobre el cuerpo y mas celemines de cebada en el vientre, y corrí á la orilla del rio.

Habia allí una barquilla y salté dentro sin vacilar. Busqué mi cuchillo para cortar la cuerda y lo habia olvidado; no sabia que hacer, y en tanto, mi amo nadaba lo mismo que un salmon.

Dí tan fuerte tiron á la cuerda que se rompió y caí de espaldas en el fondo de la barca.

—No es este momento oportuno para contar las estrellas, dije.

Y me levanté de un salto.

Con el golpe la barca se habia separado de la orilla. Busqué los remos y no encontré mas que uno; no sé dónde habia ido á parar el otro. Así y todo, me puse á remar como pude.

Toda mi vida me acordaré de aquel momento, señor. Hubiérase dicho que el rio era de tinta: tan negra se veia el agua. De tiempo en tiempo solamente se veia una ola que mostraba un poco de espuma, y despues aparecia un momen-

to la blanca falda de la joven ó la cabeza de mi amo que se acercaba á ella.

Una sola vez reaparecian los dos al mismo tiempo, y oí á M. Eugenio que decia:

—Bueno, ya la veo.

En dos brazadas llegó al sitio donde flotaba la falda; y de repente ví que no salia del agua mas que sus piernas entrelazadas, desapareciendo en seguida.

Yo estaba á diez pasos de ellos, bajando el rio llevado por la corriente, apretando el remo entre las manos como si se me fuere á escapar, y diciendo:

—¡Dios de Dios! ¡Que yo no sepa nadar!

Un momento despues volvió á aparecer, trayendo á la joven que estaba sin conocimiento, asida por los cabellos. Mi pobre amo empezaba á fatigarse y era ya tiempo de ayudarle. Su pecho aspiraba el aire con dificultad, y aun conservaba la fuerza necesaria para sostenerse sobre el agua, le costaba un trabajo infinito sostener á la joven, cuyo cuerpo inerte pesaba lo mismo que el plomo.

Volvió á todas partes la cabeza para ver de qué lado estaba mas cerca la orilla, y entonces me apercibió.

—Cantillon, dijo con voz ahogada, ¡á mí!

—Yo estaba casi sobre el borde de la barca, tendiéndole el remo, pero faltaban mas de tres piés para que pudiera cogerlo.

—¡A mí repetia; ¡Cantillon!

Una ola le pasó sobre la cabeza; yo estaba con la boca abierta y los ojos fijos en el sitio en que habia desaparecido; volvió al fin á salir á flor de agua, y respiré como si me hubieran quitado de encima un peso enorme; mi remo estaba

siempre tendido, y haciendo grandes esfuerzos pude aproximarme un poco mas.

—¡Valor, mi amo, valor! le grité.

No pudo responderme.

—Dejad á esa mujer, le dije, y salvaos.

—No, no, repuso con angustia.

No sé si iba decir mas, porque el agua le entró en la boca y le cortó la palabra. ¡Ah, señor! No habia en mi cabeza ni un solo cabello del que no cayese una gota de agua. Estaba casi fuera de la barca, alargando el remo; y veia que todo andaba al rededor de mí. El puente, el hotel de Guardias, las Tullerías, todo daba vueltas, y en tanto, yo no miraba mas que aquella cabeza que se hundia poco á poco, aquellos ojos que aparecian á flor de agua y que me miraban con una fijeza aterradora, como pidiéndome socorro; despues no ví mas que sus cabellos, luego los cabellos se hundieron como el cuerpo y el rostro, y solo un brazo apareció sobre la superficie del agua, con los dedos rígidos y crispados.

Hice el último esfuerzo, un esfuerzo casi sobrehumano: tendí el remo y... por fin, pude ponerle la punta en la mano.

Cantillon se enjugó la frente y yo respiré.

Luego continuó:

—Es una gran verdad lo que dicen de que el que se está ahogando se agarra por salvarse á un clavo ardiendo. Mi amo asió el remo con una fuerza tal, que sus dedos quedaron marcados en la madera: le apoyé en la borda de la barca, me cargué con todo mi peso en el otro extremo, hice la balanza, y M. Eugenio reapareció sobre la superficie del agua. Temblaba de una manera tal, que temia romper el remo: estaba casi echado, con la cabeza al nivel de la borda, y poco

á poco fui atrayendo el remo sujetándole al mismo tiempo con mi cuerpo.

M. Eugenio tenía la cabeza caída hácia atrás, como quien está desvanecido: yo tiraba sin cesar del remo, y el cuerpo de mi pobre amo iba aproximándose poco á poco. Al fin, cuando estuvo bastante cerca extendí el brazo, lo cogí por el puño y se lo apreté como en un torniquete. ¡Ya estaba mi negociol! Ocho días después, mi amo tenía aún las marcas azules de mis dedos alrededor del brazo.

No había soltado á la jóven y tuve que subir á los dos, uno despues de otro, depositándolos en el fondo de la barca, donde permanecieron inmóviles como muertos.

Llemé á mi amo é intenté abrirle las manos, que tenía cerradas; fué imposible: estaban mas apretadas que las dos cáscaras de una nuez.

Cogí mi remo, y remando con él quise ganar la orilla.

Cuando tengo dos remos no dejo de ser un regular marinero; pero con solo uno era siempre la misma cancion. Quería dirigirme á un lado é iba hácia el otro: la corriente me arrastraba; tuve que convencerme de que eran vanos mis esfuerzos, y cuando ví que irremisiblemente íbamos á dar al Havre, me dije.

—¡Diablo! Basta de mal camino: pidamos socorro.

Y me puse á gritar como un desesperado.

Oyéronme los pescadores que habitan la pequeña barraca á que se hacen dirigir las noyas que sirven para la pesca de las anguilas, y al instante echaron su barco al agua. En cuatro golpes de remo se reunieron á mí y sujetaron mi batel al suyo. Cinco minutos despues mi amo y la jóven salvada estaban tendidos en la orilla, sobre la arena, como dos ángeles.

Preguntáronme si tambien yo habia caído al agua y respondí que no; pero que era igual, pues si querian darme un vaso de aguardiente, eso volvería el calor á mi corazon. La verdad es que mis piernas temblaban como si fueran hebras de hilo.

Mi amo volvió en sí y se arrojó á mi cuello, llamándome su salvador; luego apereibió á la jóven, que continuaba desmayada, y dijo á los pescadores:

—¡Mil francos para vosotros si se salva la vida de esta jóven! Y tú, Cantillon, ve á buscar el cabriolé.

Sali á escape, dirigiéndome al punto donde habia dejado el coche, y no le encontré: algun ladrón se lo habia llevado; pero al dia siguiente nos lo devolvió la policía.

Volví á decir á mi amo lo que sucedia, y me mandó que buscara un fiacre. No tardé en encontrarle, metimos en él á la jóven, subimos nosotros, y mi amo dijo al cochero:

—Calle del Bac, 31.

Al ponerse el coche en movimiento, la jóven, que habia empezado á recobrar el conocimiento, volvió á desmayarse. Apenas llegamos á casa, mi amo me mandó ir á buscar un médico, y cuando volví con él, encontré á Mlle. María..... ¿os he dicho que se llamaba María?

—No.

—Pues bien, ese era su nombre. La encontré tendida en el lecho de mi amo, y no puedo deciros lo bonita que estaba con su palidez, sus ojos entreabiertos y sus manos cruzadas sobre el pecho; parecia la Virgen, y no tardé en conocer que estaba en cinta.

—¡Ah! Por eso sin duda se habia arrojado al río.

—Decís justamente lo que mi amo dijo al médico cuando le dió la noticia del estado de la jóven. Hicieronla luego

volver en sí, y apenas recobró el conocimiento rompió á llorar con grande amargura.

—Es necesario consolarla, dijo el médico.

En tanto, la jóven, á traves de sus lágrimas, miraba con extrañeza á todas partes.

—¿Dónde estoy? preguntó.

—Tranquilizaos, señora, la respondió mi amo; en mí encontrareis, miéntras esteis en mi casa, el respeto y las atenciones de un hermano, y cuando vuestro estado de salud permita que os trasladeis á vuestra casa, yo me encargaré de conducirlos.

—¡Ah! exclamó de pronto; ya me acuerdo, sí... ¡He querido!... ¿Sois vos, caballero, quien me ha salvado?... ¡Oh! ¡Si supiérais qué funesto servicio me habeis hecho! ¡Si conociérais el porvenir de lágrimas que me espera!

Mi amo la consoló como pudo, y á todas sus palabras contestaba la jóven:

—¡Si Supiérais!...

—Lo sé todo, respondió en voz baja M. Eugenio.

—¿Vos?

—Sí; habeis amado demasiado y habeis sido burlada, abandonada.

—Sí, señor, villanamente burlada, cruelmente abandonada.

—Pues bien, dijo M. Eugenio, confiadme vuestras penas; yo no debo ser para vos un extraño.

—No, no; un hombre que así expone su vida es un hombre generoso. ¡Ah! ¡Vos no habeis abandonado á ninguna pobre mujer, dejando en su corazón una herida incurable! Sí, os lo diré todo; pero, en tanto, permitidme que escriba á mi padre..... ¿Permitireis que venga aquí, no es verdad?

—Sí, si por cierto; escribid y no perdais un momento.



Estaba hermosa con su palidez y sus manos cruzadas sobre el pecho.



Y presentándola papel y una pluma, la joven escribió una carta, y luego preguntó las señas de la casa.

—Calle del Bac, 31, dije.

—¡Calle del Bac, 31! exclamó atónita; ¡ah! la Providencia me ha traído á esta casa!

Dobló luego la carta para su padre, y M. Eugenio, entregándomela, dijo:

—Lleva esta carta al momento: toma un fiacre y está de vuelta dentro de media hora.

Leí el sobre, que decía: «M. Dumont, calle de los Fosos de San Víctor,» y me lancé á la calle en el momento en que pasaba un fiacre. Metíme en él y dije al cochero:

—Precio doble si en media hora vamos á los Fosos de San Víctor y volvemos.

A los diez minutos nos detuvimos ante una casita de pobre apariencia, y llamé repetidas veces. La portera vino á abrir gruñendo, y la pregunté:

—¿M. Dumont?

—¡Ah, Dios mío! exclamó la vieja, ¿le traeis noticias de su hija?

—Sí por cierto.

—En el quinto piso, al final de la escalera.

Subí saltando los escalones de cuatro en cuatro, y llegué delante de una puerta que estaba medio cerrada. Miré y vi un viejo militar que lloraba en silencio besando una carta y cargando al mismo tiempo unas pistolas.

—O mucho me engaño, ó ese es el padre, dije para mí.

Y empujé la puerta exclamando:

—Vengo á traeros una carta de mademoiselle María.

Entonces se volvió, pálido como la muerte, y dijo:

—¿Mi hija?

—Sí; Mlle. María, vuestra hija; ¿no sois M. Dumont, antiguo capitán bajo el imperio?

El militar hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, he aquí la carta de la señorita.

Tomóla vivamente, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¡Está viva! exclamó; ¿y es tu amo quien la ha salvado? Vamos allá, al momento, al momento, y en tanto, toma, amigo mío.

Y al decir esto, sacó de un cajón cuatro ó seis piezas de cinco francos, tal vez todo lo que tenía, y me las puso en la mano: las tomé porque no se ofendiese; y dije guardándolas:

—Muchas gracias, capitán.

—¿Estás pronto?

—Cuando gustéis.

Bajó á saltos las escaleras, y cuando estuvimos en el carruaje le pregunté:

—Sin indiscreción, capitán, ¿qué queríais hacer con aquellas pistolas que estábais cargando?

—Una de ellas era para un miserable á quien Dios podrá perdonar, pero á quien yo no perdonaré; la otra era para mí.

Figuráme que se trataba del seductor de la joven, y repuse:

—Pues entonces vale mas que la cosa haya concluido de otro modo.

—Es que no ha concluido, replicó el capitán; pero, cuéntame, ¿qué ha hecho tu amo para salvar á mi hija?

Referíselo todo, y durante la narración ví que lloraba como un niño.

—¡Hija de mi alma! exclamó cuando concluí; no hay ya peligro alguno, ¿verdad? El médico habrá respondido de ella.

—Sí por cierto; no tengais temor alguno.

Llegamos al fin, y bajamos del coche.

—Ayúdame, amigo mío, me dijo el capitán; las piernas no quieren sostenerme.

¡Pobre hombre! Estaba pálido como un difunto; vacilaba, y tuvo que apoyarse en mí para subir la escalera.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto de mi amo, y oímos una voz de mujer que gritaba:

—¡Mi padre! ¡Mi padre!

—¡Es ella! ¡Es su voz! exclamó el capitán.

Y dominando su debilidad, subió de un brinco la escalera, entró en el cuarto sin tomarse el trabajo de saludar, y se lanzó sobre el lecho de su hija, llorando y diciendo:

—¡María! ¡Hija mía! ¡Mi querida niña!



Era por cierto un buen cuadro el que presentaba la habitación, llorando el padre, llorando la hija, llorando mi amo, llorando yo: en fin, aquello era un desconsuelo, y hasta lloraba una enfermera que mi amo había llamado.

—Es necesario que los dejemos solos, dijo M. Eugenio.

Salimos los tres de la cámara, y mi amo me dijo:

—Cuando M. Alfredo de Linar vuelva del baile, ruégale que suba á verme.

Me puse de centinela en la escalera, y un cuarto de hora despues ví llegar á M. Alfredo: subia cantando, y le dije con toda mi política:

—Señor, mi amo quisiera cambiar dos palabras con vos.

—¿Y no puede esperar á mañana? preguntó con aire de mal humor.

—Sin duda, cuando desea que le veais en seguida.

—Bueno, ¿y dónde está?

—Aquí me tenéis, respondió apareciendo M. Eugenio; ¿quereis hacermos el favor, caballero, de entrar en esta habitación?

Y le señalaba la en que estaba la jóven.

Abrí la puerta, y el capitan se metió en el gabinete contiguo, haciéndome seña de que esperara á que estuviera oculto. Cuando hubo desaparecido, dijo:

—Entrad, señores.

Mi amo hizo pasar á M. Alfredo; se quedó fuera conmigo, cerró la puerta, y poco despues oí una voz suplicante y temblorosa que decia:

—¡Alfredo!

—¡María! ¡Vos aquí!... exclamó sorprendido el seductor.

—¡Ah! ¡Es M. Alfredo el padre de la criatura! dije á mi amo.

—Sí, respondió; pero calla y escuchemos.

Durante algunos momentos no oimos mas que la voz trémula y agonizante de Mlle. María, que parecia suplicar á M. Alfredo; pero al fin oimos tambien la voz de ésta, que decia:

—No, María; un matrimonio entre nosotros es imposible, porque dependo de una familia que no me permitiria casar-

me. Sin embargo, puedo aliviar vuestra desgracia: soy rico, y si el oro.....

A estas palabras siguió un estrépito horrible.

Para no perder tiempo abriendo la puerta del gabinete donde estaba oculto, el capitan la derribó de un puntapié; la señorita lanzó un grito; su padre pronunció un juramento que hizo temblar la casa, y mi amo dijo:

—Entremos.

Ya era tiempo. El capitan Dumont tenia á M. Alfredo bajo sus rodillas, y le retorcia el pescuezo lo mismo que si fuera un pollo.

Mi amo los separó.

M. Alfredo se levantó pálido, con los dientes apretados, y sin dedicar una mirada á la jóven, que se habia desmayado, se acercó á mi amo y le dijo:

—Eugenio, no sabia que vuestro cuarto era una ratonera; de otro modo, hubiera entrado en él con una pistola en cada mano.

—Así espero que nos veamos, respondió tranquilamente M. Eugenio.

Entonces M. Alfredo se volvió al capitan.

—Caballero, le dijo, no olvidareis que tenemos pendiente una cuenta.

—La saldaremos al momento, si gustais, respondió el anciano.

—Sea.

—El dia empieza á romper, continuó el capitan; podeis ir á buscar vuestras armas.

—Yo tengo espadas y pistolas, dijo mi amo.

—¡Entonces dentro de una hora en el bosque de Bolofia, por la puerta Maillot! exclamó Alfredo.

—Dentro de una hora, respondieron á la vez mi amo y el capitán: en tanto, id á buscar vuestros testigos.

M. Alfredo salió.

El capitán se arrojó entonces sobre el cuerpo de su hija, que continuaba desmayada y llenó de besos sus cabellos y su rostro.

Mi amo quiso prestarle algun auxilio.

—No, no, vale mas que lo ignore todo, exclamó el pobre padre. ¡María! ¡Querida niña! ¡Adios!..... Si muero, M. Eugenio, vos me vengareis, ¿no es verdad? Vos protegereis á mi hija ¿no es cierto?



—Lo juro por la salvacion de mi alma, respondió mi amo arrojándose en los brazos del viejo.

—Cantillon, me dijo luego, ve á buscar un fiacre.

—¿Y os acompañaré, señor? pregunté.

—Sí.

El capitán abrazó otra vez á su hija, llamó á la enfermera y la dijo:

—Cuidadla, señora, y si pregunta dónde estoy, decidla que voy á volver muy pronto. Vamos, mi joven amigo, andando.

Cuando volví con el coche me esperaban en el portal: el capitán llevaba un par de pistolas en sus bolsillos, y mi amo dos espadas bajo su capa.

Entraron en el coche, subí al pescante y dije al cochero:

—Al bosque de Boloña.

—M. Eugenio, dijo entonces el capitán, si soy muerto devolvereis esta sortija á mi pobre María; es la sortija de boda de su madre, una digna mujer que debe estar gozando de la dicha eterna, si no hay en los cielos menos injusticia que en la tierra. Despues mandareis que me entierren con mi cruz y mi espada.....

—¿Y por qué esos pensamientos, capitán? exclamó mi amo; son demasiado tristes para un valiente militar.

—Todo ha ido mal para mí desde 1815, respondió M. Dumont; pero me habeis prometido velar por mi niña, y vale mas un protector joven y rico que un padre viejo y pobre.

M. Eugenio no quiso importunarle mas, y el viejo guardó silencio hasta que llegamos al lugar de la cita.

Un cabriolé nos seguia á algunos pasos, y M. Alfredo bajó de él seguido de sus testigos.

Uno de ellos se dirigió á nosotros.

—¿Cuáles son las armas del capitán? preguntó.

—La pistola, respondió este.

—Quédate en el fiacre y guarda las espadas, me dijo mi amo.

Y se internaron en el bosque.

No habían pasado diez minutos cuando oí dos detonaciones, que me hicieron dar un salto; todo había concluido para uno de los adversarios, pues se pasaron otros diez minutos sin que el ruido se renovase.

Metido en el fondo del fiacre, no me atrevía a mirar al exterior; pero pasado algún tiempo, la portezuela se abrió violentamente.

—Cantillon, las espadas, dijo mi amo.

Se las presenté y extendió el brazo para tomarlas; tenía en el dedo la sortija del capitán.

—¿Y..... y..... y el padre de Mlle. María? pregunté balbuceando.

—¡Muerto!

—Estonces, esas espadas.....

—Son para mí.

—¡Para vos! ¡En nombre del cielo, dejadme acompañaros!

—Bueno, ven conmigo.

Salté del fiacre y seguí a mi amo, que se internó en el bosque. El corazón se me había puesto más chico que un guisante, y un temblor frío agitaba todo mi cuerpo.

No habíamos andado cien pasos cuando ví a M. Alfredo de pie y riendo en medio de sus testigos.

—Ten cuidado, bárbaro, dijo de pronto mi amo empujándome violentamente a un lado.

Dí un salto atrás, y entonces ví que en mi turbación iba a pisar el cuerpo del capitán.

M. Eugenio dirigió una mirada al cadáver; luego se acercó al grupo, dejó las espadas en tierra y dijo:

—Ved, señores, si tienen igual longitud.

—Según eso, ¿no quereis dejar este negocio para mañana? preguntó uno de los testigos.

—Imposible.

—No importa, amigos míos, dijo M. Alfredo; el primer combate no me ha fatigado, y solamente quisiera, antes de empezar, beber un vaso de agua. Tengo una sed horrible.

—Cantillon, dijo mi amo, ve a buscar un vaso de agua.

Tenía tantas ganas de obedecer como de que me ahorcasen; pero M. Eugenio me hizo una señal con la cabeza y tomé el camino del *restaurant* que está a la entrada del bosque.

En diez minutos me hallé de vuelta, y presenté el vaso a M. Alfredo, diciendo para mi capote:

—¡Así te sirva de veneno, pillor!

Tomó el vaso sin que temblase su mano; pero cuando me lo develió pude notar que el borde estaba como roído, de tal manera lo había apretado entre sus dientes.

Me volví, arrojando el vaso por cima de mi cabeza, y ví a mi amo que se había preparado durante mi ausencia. Estaba en mangas de camisa y con los brazos desnudos. Me acerqué a él y le dije:

—¿No teneis nada que mandarme, señor?.....

—No, respondió; no tengo padre ni madre; pero si muero, darás este papel a María.

Escribió rápidamente con un lápiz algunas palabras en una hoja de su cartera, que arrancó y me entregó.

Luego arrojó una mirada al cadáver del capitán, y avanzó hasta su adversario, diciendo:

—Vamos, señores.

—Pero no teneis testigos, advirtió M. Alfredo.

—Uno de los vuestros me servirá, respondió mi amo.

—Ernesto, dijo M. Alfredo á uno de sus amigos, pasad al lado de este caballero.

Obedeció el testigo y su compañero tomó las espadas, colocó á los adversarios á cuatro pasos de distancia, puso á cada uno la empuñadura de una espada en la mano, cruzó los hierros y dió un paso atrás, diciendo:

—Empezad, señores.

Cada uno de los adversarios dió un paso adelante y las hojas de las espadas se cruzaron hasta la empuñadura.

—Retroceded, dijo mi amo.

—No es mi costumbre romper la línea, respondió M. Alfredo.

—Como gustéis.

Y M. Eugenio dió un paso atrás, recobrando la guardia. Pasaron diez minutos.

Las espadas voltejaban una en torno de otra, rápidas como unas serpientes; M. Alfredo atacaba; mi amo, siguiendo sus golpes con mirada segura, acudía á las paradas con tanta tranquilidad como en una sala de armas.

Yo estaba ciego de cólera: si el criado de M. Alfredo hubiera estado allí, le habría estrangulado.

El combate continuaba: M. Alfredo reía con cierta amargura; mi amo estaba tranquilo y frío.

—¡Ahl dijo M. Alfredo.

Su espada había tocado á mi amo en un brazo, y la sangre corría.

—No es nada, respondió este; continuemos.

Los testigos se aproximaron, y M. Eugenio les hizo con la mano una señal de que se alejasen: su adversario aprove-

chó este momento y se tiró á fondo; mi amo llegó tarde á una parada en segunda, y la sangre corrió de su cuello.

Me senté en el suelo, porque no podía tenerme en pie.

Sin embargo, M. Eugenio continuaba frío y tranquilo: solamente sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes apretados.

En cambio, su adversario se fatigaba y gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Mi amo dió un paso adelante, y M. Eugenio retrocedió.

—¡Ahl Yo creía que no retrocedíais jamás, dijo M. Eugenio.

M. Alfredo amagó una estocada, y la espada de mi amo llegó á la parada con tal fuerza, que la de su adversario se dobló como una paja. Su pecho se encontró un momento descubierto, y la espada de M. Eugenio se hundió en él, desapareciendo hasta el puño.

M. Alfredo extendió los brazos, soltó la espada, y permaneció de pie sostenido por el hierro que le atravesaba: M. Eugenio retiró la espada, y su adversario cayó á plomo.

—¿Me he conducido como un hombre de honor? preguntó á los testigos.

Hicieron estos una señal afirmativa, y luego se acercaron á socorrer á M. Alfredo.

Mi amo se aproximó á mí.

—Vuelve á Paris, me dijo, busca un notario, y llévale á casa: cuando yo llegue quiero encontrarle allí.

—¿Es para hacer el testamento de M. Alfredo? exclamé; creo que os podeis ahorrar ese trabajo, porque se retuerce como una anguila y arroja sangre por la boca, y ya sabéis que eso es una mala señal.

—No es para eso, me contestó.

—¿Para qué era entonces? exclamé á mi vez interrumpiendo al cochero.

—Para casarse con la señorita María y reconocer á su hijo, respondió Cantillon.

—¿Hizo eso?

—Sí, señor. Despues me dijo: Cantillon, nos vamos á viajar; quisiera que te quedases á mi servicio, pero ya comprendes que no puede ser. Hé aquí mil francos; te regalo el cabriolé y el caballo: dedícate á lo que quieras, y si algun día tienes necesidad de algo acude á mí antes que á nadie.

Como tenia lo principal para establecerme, me metí á cochero.

Hé aquí mi historia, mi amo ¿á dónde quereis que os lleve?

—A mi casa; acabaré mis visitas otro día.

Volví á casa, y escribí la historia de Cantillon tal como me la habia contado.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN DRAMA NEGRO

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS

CAPITULO PRIMERO.

EL CURA, EL AMA Y EL SACRISTAN.

Estaba la noche fria, pero despejado el horizonte, brillando las estrellas y dejando ver la luna su faz nacarada.

Las doce acababan de dar.

Los pacíficos habitantes de la aldea dormian profundamente, y el silencio era absoluto por todas partes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Para qué era entonces? exclamé á mi vez interrumpiendo al cochero.

—Para casarse con la señorita María y reconocer á su hijo, respondió Cantillon.

—¿Hizo eso?

—Sí, señor. Despues me dijo: Cantillon, nos vamos á viajar; quisiera que te quedases á mi servicio, pero ya comprendes que no puede ser. Hé aquí mil francos; te regalo el cabriolé y el caballo: dedícate á lo que quieras, y si algun día tienes necesidad de algo acude á mí antes que á nadie.

Como tenia lo principal para establecerme, me metí á cochero.

Hé aquí mi historia, mi amo ¿á dónde quereis que os lleve?

—A mi casa; acabaré mis visitas otro día.

Volví á casa, y escribí la historia de Cantillon tal como me la habia contado.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN DRAMA NEGRO

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS

CAPITULO PRIMERO.

EL CURA, EL AMA Y EL SACRISTAN.

Estaba la noche fria, pero despejado el horizonte, brillando las estrellas y dejando ver la luna su faz nacarada.

Las doce acababan de dar.

Los pacíficos habitantes de la aldea dormian profundamente, y el silencio era absoluto por todas partes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sobre los humildes edificios de la población destacábase la iglesia con su campanario de puntiaguda techumbre, proyectando una gran sombra que oscurecía casi la mitad de la plaza.

El templo, obra modesta de ladrillo, presentaba en sus paredes mas de una grieta y un desconchado.

Mirando desde la plaza, no se veía mas que una fachada principal con la puerta de hojas de roble, y su único adorno consistía en grandes clavos enmohecidos por el tiempo y la humedad; pero entrando en la estrecha calle que estaba á la izquierda del templo, veíase el extremo posterior de éste y como un pegadizo con que el arquitecto no habia contado, otro cuerpo de edificio de construcción menos sólida, de poca elevación, con una pequeña puerta y algunas ventanas con rejas de hierro, y mas allá, y como si hubiese querido que fuese completa la irregularidad del conjunto, una tapia de piedra y barro medio derruida en algunos sitios y coronada de ramaje espinoso que hacia difícil un escalamiento.

Este pequeño edificio pegado al otro, era la morada del cura y tambien del sacristán, que necesariamente habia de vivir allí por si á media noche acudían por los auxilios espirituales para algun moribundo.

Los que tenían necesidad de hacerlo así, llamaban á la puertecilla de que hemos hablado y cerca de la que tenía el sacristán su dormitorio.

El cura era un buen hombre en toda la extensión de la palabra, pues aunque dejaba mucho que desear en cuanto á su inteligencia y á su carácter, tenía un fondo de honradez que por desgracia no es muy comun.

Era el buen sacerdote apegado á todo lo añejo, y con la

mayor buena fé, defendía calorosamente muchas preocupaciones aceptadas por su candidez.

Vivia como viven muchos, sin conciencia apenas de la misión de la criatura, dejando que el tiempo pasase borrando los recuerdos, aceptando con tranquilidad lo presente y sin preocuparse de lo porvenir.

Habia aprendido de memoria unos cuantos sermones que acomodaba segun el caso requeria, y con esto, con leer casi medianamente el latin, saber el catecismo de memoria y mostrarse muy severo cuando se trataba de ciertos pecados, creia sinceramente que habia hecho todo cuanto en el mundo tenía que hacer.

Un hombre como este ha de ser feliz, y lo era como ninguna criatura.

Levantábase muy temprano, decía misa, almorzaba, visitaba á sus amigos, comía, dormía la siesta, jugaba á los naipes por entretenimiento, y durante la noche se entregaba despues de cenar á un sueño profundo y reparador.

Costaba mucho trabajo hacerle despertar si algun moribundo necesitaba sus auxilios á media noche.

Tenía una criada, ama de gobierno ó como quiera llamarsele, que hacia veinte años lo servia y que por su fealdad no era posible que infundiese cierta clase de sospechas.

Debemos ser justos y declarar que el honrado sacerdote era enemigo de los escándalos.

El ama de gobierno, ó lo que es igual, la señora Juana, tenía cincuenta años; era de formas parecidas á la de una tñaja, gozaba de perfecta salud y se habia acostumbrado á sentir, pensar y hablar como su respetable señor.

La señora Juana consumía la existencia ocupada en los quehaceres domésticos, unas veces guisando, otras remen-

dando la ropa del señor cura, y ocupando algunas horas en dar de comer á las gallinas y el cerdo, que á su antojo vagaban en el corral de cuyas tapias hemos hecho mencion.



Si el señor cura era un buen hombre, la señora Juana era una buena mujer bajo cualquier punto de vista que se la juzgase.

Despues de estos dos personajes tenemos al sacristan, que en nada se parecia al sacerdote ni al ama de gobierno, pues era flaco, de color cetrino, de pequeños, redondos y hundidos ojos, que brillaban en el fondo de sus órbitas como dos luces en el interior de una caverna.

La mirada del sacristan era sombría, inquieta, recelosa, una mirada que debia significar mucho; pero que solo tres personas sabian lo que significaba.

Para los que han leído *La Cruz de la Ermita*, el sacristan no es desconocido; sin embargo, lo daremos á conocer á

su tiempo, y ahora diremos que se llamaba Braulio, que habia sido dueño en su juventud de una regular fortuna, que habia estudiado teología en un seminario; que quiso despues ser abogado, y que no llegó mas que á sacristan, despues de



haber perdido todos sus bienes, sin que sobre este punto conociesen la verdad mas que las tres personas que segun hemos dicho sabian tambien lo que significaba la mirada sombría y casi siniestra del sacristan.

No habia motivo alguno para acusarlo, pues su vida era un modelo de honradez, y aun habia llegado á adquirir cierta celebridad, porque mas de una vez habia demostrado tener mucho mas talento y entender mas de teología que el buen sacerdote.

Un año habia trascurrido desde que Braulio volvió á su aldea en el estado mas lastimoso y tuvo que aceptar la sacristía.

El empleo no era muy lucrativo; pero Braulio acomodaba sus necesidades á sus recursos, cubria sus primeras necesidades y decia que era dichoso.

El cura había llegado á depositar la mas ciega confianza en Braulio, y el ama de gobierno, mas que confianza, allí para sus adentros había hecho objeto de sus esperanzas al combrío sacristán.

Las esperanzas de la sirvienta no reconocían otro fundamento que el haber oído que alguna vez Braulio le decía:

—Señora Juana, mentira parece, pero es muy verdad que conserva usted toda la frescura de la juventud, y como además es usted un tesoro de virtudes, debe considerarse excesivamente dichoso el hombre que consiga hacerse dueño de su corazón y de su mano.

Cuando esto oía la sirvienta, sonreía y miraba al suelo como avergonzada, diciendo con tono de fingida turbación:

—¡Jesús!..... Diga usted unas cosas, señor Braulio, que la hacen á uno estremecer. Ya se conoce que ha estado usted en la corte y allí aprendió esas palabras.

—No soy adulator, replicaba el sacristán, ni mi estado casi religioso, me permite ser galante; pero la verdad puede decirse en voz alta.

El ama de gobierno quedaba confusa y sentía que el corazón le brincaba dentro del pecho.

Suspiraba ruidosamente, iba al aposento de su respetable señor, y se tomaba la libertad de contemplar su figura en el único espejo que en la casa había.

Si estaba algo desordenada su cabellera gris, la arreglaba cuidadosamente, apoyaba las manos en las caderas, movíase de un lado á otro como si perdiese el equilibrio y murmuraba:

—Tengo cincuenta años, es verdad; pero ¿qué importa si apenas represento treinta? Braulio es un buen muchacho y tiene mucho talento. Es algo mas joven que yo; pero el amor iguala las edades. Lo que siento, nadie mejor que yo puede

decirlo, y es la verdad que mi corazón palpita con los grandes impulsos de mi primera juventud.

Hemos dicho antes que la señora Juana hablaba lo mismo que el señor cura, y por consiguiente no debe sorprendernos que su lenguaje tuviese algo de culto, sobre todo en ocasiones en que su espíritu se sublimaba, pues sabemos ya que el sentimiento iguala las inteligencias.

La señora Juana había conseguido hacer algunos ahorros, y esto le parecía y era en efecto un atractivo mas para que Braulio cayese en las redes que le tendía Cupido.

Hablamos seriamente, lector, porque ser rechoncha, colorada y ama de cura, no tiene nada que ver con ciertas fibras del corazón.

El corazón de una mujer como la señora Juana debe ser igual, según la ciencia y según la naturaleza, al de la joven que mas presume de sensible.

No debemos ahora dar á conocer á otros vecinos de la aldea, tipos opuestos del sacristán y la sirvienta y que tienen reservado en esta negra historia un importante papel; pero el lector los conocerá pronto, y los que han leído *La Cruz de la Ermita* deben suponer que nos referimos á la bellísima María y al noble Andrés.

Ya hemos dicho que habían dado las doce, que la atmósfera estaba fría y que brillaba la luna en un horizonte purísimo.

También hemos asegurado que dormían profundamente todos los habitantes de la aldea, y así era la verdad por mas que dos personas estuviesen despiertas y recorriesen algunas calles.

Fué el silencio interrumpido repentinamente por el graznido de las lechuzas que auidaban en la torre del templo.

A los pocos minutos resonaron algunos golpes descargados sobre la puertecilla de la vivienda del cura y el sacristán.

No tenía este el sueño tan pesado como su señor, sino que por el contrario, despertaba muy fácilmente y podía pasarse sin dormir mas de una noche.

Abrió los ojos Braulio y se los restregó mientras decía:

—¿Me habré equivocado?

Bien pronto salió de dudas, porque volvieron á llamar.

El sacristán, mientras saltaba del lecho y encendía la luz, añadió:

—¿Será cosa de que se muera la señora Paneracia? No hay otro enfermo en la aldea, y aunque hoy se había puesto peor, no parecía cosa de mucho cuidado.

Púsose apresuradamente alguna ropa, acabando de cubrir sus huesos con la sotana.

Tomó la palmatoria, salió del aposento, atravesó un pasillo y se acercó á una puerta al mismo tiempo que por la tercera vez volvían á llamar.

—Allá voy, dijo el sacristán en tanto que daba vuelta á la llave.

Y sin cuidarse de averiguar quién era abrió.

Creía encontrarse con una de las personas que conocía, con uno de los honrados vecinos de la aldea, pero se equivocó, pues era una mujer envuelta en un ancho y largo abrigo con capucha que le cubría la cabeza y casi todo el rostro.

El abrigo era negro, y de un color muy oscuro la parte de vestido que se descubría.

Por entre la capucha podían distinguirse dos magníficos ojos de pupila ardiente, de mirada penetrante.

Braulio, en extremo sorprendido, retrocedió un paso y levantó la luz á la altura de su cabeza.

La mujer que se le había presentado, mas que una criatura parecía un fantasma.

Por algunos momentos permaneció inmóvil en el dintel de la puertecilla.

—¿Quién es? preguntó al fin el sacristán.

Ella del negro abrigo, sin articular una sílaba, adelantó, volvióse y cerró la puerta.

Braulio era excesivamente cobarde, y si no lanzó un grito para pedir socorro, fué porque su mismo miedo ahogó la voz en su garganta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO II.

UNA VISITA.

De mortal angustia fueron aquellos momentos para el sacristán.

Empero bien pronto salió de dudas.

La fantástica mujer miró á su alrededor, y convencida de que no habia por allí otra persona que Braulio, dijo:

—Llego oportunamente.

Y dejó caer sobre la espalda la capucha de su negro abrigo. Abriéronse los ojos del sacristán como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Su rostro se desfiguró y se tornó lívido.

Sus miembros temblaron convulsivamente.

—¡Ah! exclamó con voz ahogada.

Y quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

La mujer del negro ropón era una jóven que no tendria mas de veinticinco años, pero en cuyo rostro se veian las

huellas inequívocas que dejan los excesos de una vida borrascosa, las pasiones, la degradación en fin.

Rubios, finísimos y brillantes cabellos coronaban su frente pálida.

Sus ojos eran de un azul purísimo.

Sus delgados labios se entreabrieron para sonreír, dejando ver una dentadura admirablemente blanca.

—¿Aun no me conoces? dijo con acento burlón.

—¡Pepa! murmuró con voz sorda el sacristán.

—Yo te hubiera reconocido entre mil á pesar de tu sotana raída que te hace tan feo, mucho mas feo de lo que siempre has sido..... ¿Qué te sucede?..... Parece que estás aturdido..... ¿No esperabas verme?..... Pues la experiencia debe haberte enseñado que las cosas suceden cuando menos se esperan. Hace un año que nos separamos y no me he olvidado un momento de tí. Te hago la justicia de creer que tú tampoco me has olvidado. Hemos sido buenos amigos y lo seremos mas.

Tan aturdido estaba Braulio que no acertó á pronunciar una palabra.

La joven prosiguió diciendo:

—Mi conciencia es escrupulosa y vengo á pagar la deuda que contigo tengo. Si otra cosa has creído has sido injusto.

—¡Oh!

—Hace frío, aquí estamos mal, y como tenemos que ocuparnos de un asunto de muchísimo interés, debes llevarme á tu aposento.

El sacristán fijó en Pepa una mirada de odio profundo.

Ella soltó una carcajada burlona.

—Tienes mucho entendimiento, dijo, pero hay ocasiones que te vuelves estúpido. Reflexiona y te convencerás de que

no tienes motivo para quejarte de mí, pues de nosotros dos, yo fui la primera ofendida y herida.

—¿Qué quieres? preguntó Braulio al fin.

—Es preciso que hablemos, y así te conviene.

—Vete, Pepa, vete, porque no respondo de lo que haré.

—¿Qué has de hacer mas que escucharme? No tienes valor para entablar conmigo una lucha y debes comprender que todo lo he previsto y todo lo he combinado y no estoy tan sola ni tan indefensa como parece. Además, repito que te conviene escucharme. Nuestras antiguas cuentas quedaron arregladas y ahora podemos principiarlas nuevamente, procediendo todos con mas acierto, porque tenemos las lecciones de la experiencia. Tú estás arruinado y yo tambien, y no me parece que te hayas resignado á pasar la vida siendo un pobre sacristán y viendo que entretanto tu amigo Andrés es el hombre mas feliz del mundo, porque aumenta su fortuna y tiene una mujer que lo adora.

Estas últimas palabras produjeron en el sacristán un efecto inexplicable.

Dos centellas se escaparon de sus pequeños ojos.

—¡Andrés! murmuró con voz sorda. ¡Andrés, mi rival!...

—Y en cuanto á María.....

—No la nombres, no la nombres, interrumpió vivamente el sacristán.

Y fijó en Pepa una mirada penetrante y terrible.

—Pues precisamente para ocuparme de María he venido.

—¡Para ocuparte de María!.....

—Eso es.

—Calla, calla.....

—Mi querido Braulio, perdemos el tiempo lastimosamente.

Era cada momento mas violenta la agitacion del sacristan. Respiraba muy trabajosamente y su rostro continuaba lívido y desfigurado.

Grandes esfuerzos hacia para recobrar la calma; pero no era fácil que en algunos minutos consiguiera dominar su profundo trastorno.

La presencia de la bellissima rubia habia despertado en él recuerdos de una historia demasiado horrible.

Todos los ruines sentimientos del alma de Braulio reveláronse en su rostro.

En aquellos momentos no era un hombre temible, porque estaba trastornado; pero cuando recobraba la tranquilidad seria lo que siempre habia sido, el miserable sin conciencia, sin ningun instinto noble, y doblemente peligroso, porque era demasiado suspicaz y astuto; y porque tenia sobrada habilidad para fingir y engañar al mundo como siempre lo habia engañado.

Desde que oyó pronunciar el nombre de María no vaciló.

Si Pepa se habia burlado de él y lo habia arruinado, podia ser entonces un poderoso auxiliar.

Los miserables como ellos pueden lo mismo ser enemigos encarnizados que aliados los mas leales.

Braulio tenia absoluta necesidad de satisfacer su pasion y su sed de venganza, y por conseguir esto habria sacrificado sin vacilar la vida.

—Ven, dijo.

Y asíó por una mano á Pepa.

Entraron en la habitacion del sacristan, que se componia de dos pequeños departamentos.

Allí se quitó la jóven su abrigo y se sentó.

—Supongo, dijo, que nadie puede escucharnos.

—Descuida.

—Antes de venir á verte he tomado los informes que necesito, y por consiguiente no te deben sorprender mis palabras.

—¿Pero con qué fin has venido?

—Voy á decírtelo con toda claridad, aunque es bastante que sepas que estoy arruinada.

—Me robaste.....

—La culpa fué tuya.

—Me abandonaste precisamente cuando mi corazon.....

—Era siempre de María, y como yo no queria representar un mal papel, adopté una resolucion; pero eso hay que olvidarlo.

—Ahora podrás desquitarte, á menos que te lo estorbe la cobardía que siempre te ha perdido.

—Veremos, veremos.

—He corrido medio mundo con Manolo, y el diablo se llevó el dinero que constituia tu fortuna.

Exhaló Braulio un penoso suspiro.

—No te aflijas, que el dinero anda siempre rodando por el mundo, y con la misma facilidad que se va, vuelve.

—Para el que no tiene conciencia.....

—Que es precisamente lo que te pasa á tí.

—Pepa.....

—El dinero se nos acabó cuando nos encontráramos en Sevilla, y precisamente entonces nos hablaron de un buen negocio que podia realizarse en un cortijo á poca distancia de aquí.

—Todo lo adivino, porque no ignoro que hace tres dias intentaron asesinar y robar á don Pedro de Velasco.

—No te equivocas.

—¡Y vosotros, miserables!.....

—No pudimos dar el golpe con acierto, nos dispersamos y la guardia civil nos persigue. No me he separado de Manolo y nos hemos salvado por casualidad; pero nos estrechan mas cada vez, y acabarán por echarnos el guante si tú no quieres ser nuestro amigo.

—¡Yol!.....

—Eso he dicho, mi querido Braulio.

—¿Acaso has creído?.....

—Ya conoces mi situación, prosiguió diciendo la jóven con mayor tranquilidad, y como yo tambien conozco la tuya no es menester que nos tomemos el trabajo de entrar en mas explicaciones. Tú deseas dos cosas sin las que no puedes vivir, y yo necesito escapar de manos de la justicia y reunir algun dinero. Cuento con Manolo á quien ya conoces; te ofrezco mi ayuda, y espero que tu harás lo mismo con nosotros.

Braulio fijó una mirada escudriñadora en Pepa.

—Por desgracia, añadió, ahora no puedo engañarte, sino que tú eres el que tiene medios de abusar de tu ventajosa situación; pero no abusarás, porque seria lo mismo que renunciar para siempre á tu venganza y á tu amor.

—¡Mi venganza!.....

—Debes estar convencido de que nada conseguirás sin mi ayuda.

—¿Quién sabe?

—Hace un año que te encuentras aquí. ¿Qué has hecho? ¿Qué has adelantado? Nada, absolutamente nada, María y Andrés son dichosos, y con su dicha insultan tu desgracia y te hacen sufrir. No niego que son generosos, y que si en cualquier apuro acudes á ellos, te socorrerán.



Pepa y Manolo.



Un rugido sordo se escapó del pecho de Braulio.

Pepa desplegó una sonrisa irónica.

—Sin embargo, dijo, á nada quiero obligarte, y si el negocio no te conviene, me iré y el diablo me protegerá.

El sacristan se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada.

Con desiguales pasos recorrió el aposento.

Pepa lo siguió con la mirada.

Trascurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos hablase.

Por fin el sacristan se detuvo y dijo:

—Tú necesitas dinero y yo soy pobre.

—Pero tienes medios de ser rico.

—No te comprendo.

—Me explicaré si te decides á aceptar mis proposiciones.

—¿Qué me ofreces?

—María es madre.

—¿Sí?

—Una madre hace lo que no haría jamás la mujer.

—Comprendo.

—Por la vida de su hijo.....

—¡Oh!

—¿No te habia ocurrido esa idea?

—Sí; pero realizarla.....

—Es lo mas fácil del mundo cuando se cuenta con una mujer como yo y con un hombre como Manolo.

—Andrés y María te conocen demasiado bien.

—Lo cual no importa, porque no he de ir á entenderme con ellos.

—Mi situación es muy delicada.

—No se me oculta.

- Entonces.....
- Tú seguirás siendo el honrado sacristán de la aldea, y no te comprometerás en nada directa ni indirectamente; de manera, que si el negocio se desgracia, nadie podrá acusarte.
- Siendo así.....
- ¿Aceptas?
- Pero tú necesitas dinero.
- Y esta misma noche lo tendré, y antes de ocho días, tú empezarás a ver realizada tu venganza.
- Braulio miró á Pepa como si dudase ó desconfiase.
- No puedo engañarte, añadió ella, porque mi persona te servirá de garantía, y al menor motivo de queja, me entregarás á la justicia, que te agradecerá mucho este servicio.
- No lo dudo.
- Reflexionó Braulio.
- Había empezado á desaturdirse, y otra vez contaba ya con su astucia.
- Acepto en principio lo que me propones, dijo; en cuanto á los detalles, muchos de ellos dependen de las circunstancias, pero lo principal es el objeto, el resultado que hemos de conseguir.
- Os apoderareis del hijo de María.
- Y ella entonces cederá, porque una madre no repara en sacrificios.
- Y luego Andrés.....
- Morirá.
- ¡Oh!..... Mi venganza, mi venganza!
- Ahora toma esa luz y acompáñame.
- ¿A dónde quieres ir?
- A la iglesia para rezar, respondió Pepa con sarcástico tono.

- Braulio, á pesar de toda su astucia, no adivinó lo que la jóven se proponía.
- Ella prosiguió diciendo:
- Tú tienes las llaves de la sacristía y de la iglesia; viendo estoy la prueba de que no me equivoco.
- Y al decir esto Pepa, levantóse y cogió un manojo de llaves que había colgado.
- ¿Pero qué quieres hacer ahora en la iglesia?
- Ya te lo he dicho, rezar.
- Pepa.....
- Acabemos.
- Braulio tomó la luz, y obedeció maquinalmente.
- Volvieron al pasillo y lo atravesaron.
- El sacristán abrió una puerta.
- Entraron en la sacristía.
- La jóven se acercó á los armarios y cajones donde se guardaban las ropas y algunas alhajas, y los contempló detenidamente, preguntando á Braulio si tenía las llaves para abrirlos.
- Las guarda el señor cura porque ahí se encoierran objetos de gran valor.
- Entremos en la iglesia.
- Braulio empezaba á comprender y tembló; pero obedeció silenciosamente.
- La jóven reconoció el templo.
- Su mirada lo inspeccionaba todo rápidamente.
- A los pocos minutos desplegó una sonrisa de satisfacción, y dijo:
- Está bien..... Volvamos á tu aposento.
- Hiciéronlo así.
- ¿Quieres explicarte ahora? preguntó el sacristán.
- Lo haré; pero antes es preciso que me contestes unas
- GALERIA.

preguntas, y despues podrás dirigirme cuantas observaciones te parezcan bien.

—Ya escuchó.

—¿Qué sucede cuando á media noche agoniza uno de los vecinos de la poblacion?

—Vienen á buscar los sacramentos.

—¿Y qué hacen?

—Llaman á la puerta donde tú has llamado.....

—Y tú te levantas y abres sin adoptar ninguna precaucion, porque así es costumbre hacerlo.

—Ciertamente.

—Supon que esta noche, en vez de presentarme yo, te se hubiesen presentado cuatro hombres, cayendo sobre tí, sujetándote y tapándote la boca.....

—¡Pepa, Pepa!.....

—Los cuatro hombres, sin que nadie se lo estorbare, habrian podido tomar las llaves, entrar en la sacristía y en la iglesia, romper cerraduras.....

—¡Eso no, eso no! exclamó con espanto el sacristan.

—Cuando amaneciese, repues con calma Pepa, te encontrarían atado y medio ahogado; tú referirías lo que habia sucedido; acudiría la justicia; se tomarían declaraciones, se escribiría mucho y la guardia civil y la policía se pondrían en movimiento.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por la frente del sacristan.

—¡Pobre Braulio! murmuró la jóven.

—Basta, Pepa, basta.....

—Tú nada arriesgarías.

—Os llevaríais las alhajas, os reiríais de mí.....

Ocúltame donde quieras, me tendrás encerrada y en esto consistirá la garantía que responde de mi lealtad.

Todo lo que sorprende aturde; y por segunda vez Braulio se sintió aturdido.

Pepa añadió con su terrible calma:

—Lo que ha de producirnos este negocio no es bastante; pero le exigiremos á María algo mas de lo que tú deseas.

—Imposible, imposible.

—¿Y por qué?

—No lo sé, pero es demasiado.

—Te convenceré de que todo se hace con mucha facilidad.

—No, no.



—¿Quieres renunciar á tu venganza? ¿Quieres ver siempre á María en brazos de Andrés? ¿Prefieres dejarlos en paz para que en tus apuros te den una limosna como á un mendigo?

—¡Oh!.....

Braulio, con los ojos chispeantes y las manos crispadas, acercóse á Pepa, la asió por los brazos, la sacudió rudamente y gritó con voz ronca.

—Calla, calla..... Me haces sufrir horriblemente.

El miserable no mentía, porque era inconcebible su sufrimiento al oír hablar de la dicha de Andrés.

Un vértigo espantoso lo trastornaba.

Era terrible la expresión de su semblante.

En el interior de su pecho resonaba un rugido sordo como el del león en el fondo de una caverna.

Ya no era posible que vacilara.

Habían despertado en su alma todas sus malas pasiones.

El fuego de su odio habíase encendido mas y mas con las palabras de Pepa.

Esta se puso en pié y tomó su abrigo.

—Decide, dijo.

—Espera.....

—Los minutos son preciosos.

—Necesito reflexionar.

—Si eres cobarde.....

—No.

—Pues entonces.....

—Te mataré, Pepa, te mataré si me engañas, no lo dudes.

—Ahora no lo dudo, porque las circunstancias son distintas de las de otro tiempo.

—Estoy decidido.

—Pues serás dueño de la belleza de María, yo tendré dinero y gozaré.

—¡Dueño de María!

—Pronto lo verás.

—Pues principiemos nuestra obra.

—Acompáñame hasta la puerta.

—¿Con la luz?

—No.

Salieron.

Braulio abrió la puertecilla que daba á la calle.

Pepa silbó.

Pocos momentos despues apareció un hombre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

GRITOS Y CONFUSION.

Apenas el alba empezaba á sonreír, cuando el ama de gobierno se vistió, santiguóse, y restregándose los ojos, se acercó al aposento donde el sacerdote dormía, dando á la puerta tres ó cuatro golpes y diciendo:

—Señor, que ya amanece.

El cura decía misa todas las mañanas muy temprano, y la señora Juana era la encargada de despertarlo.

Resonó en el interior del dormitorio un rumor confuso.

Volvió á llamar el ama de gobierno.

—Allá voy, dijo una voz grave.

La señora Juana se fué á la cocina para encender fuego, y entretanto el buen cura sacudió como mejor pudo la pereza, y salió del lecho mientras rezaba.

—La mañana está fría, murmuró.

Y abrió una ventana á través de cuyos vidrios penetraba una débil claridad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MURTERREY, MEXICO

Empezó á vestirse.

Después de algunos minutos miró el reloj que tenía sobre una mesa.

—Es extraño, dijo, que Braulio no haya dado ya el primer toque. ¿Se habrá dormido?..... No lo creo, porque siempre es el primero en levantarse, y todas las mañanas á estas horas ha preparado cuanto se necesita con una exactitud digna de elogio.

Efectivamente, al amanecer los moradores de la aldea despertaban al ruido de la campana, que hacía resonar Braulio tirando de una cuerda que iba á parar á la sacristía.

Acabó el sacerdote de vestirse.

Púsose su sotana y su bonete.

La campana no dejaba oír sus sonidos.

Empezaban á crujir en la población algunas puertas que se abrían y cerraban.

Los cristianos vecinos de la aldea debían sorprenderse de que no se les llamase al templo.

—Pues señor, dijo el cura, algo extraordinario ha sucedido, porque Braulio no falta nunca á su deber. ¿Estará enfermo? Anoche se encontraba en perfecta salud, y se acostó temprano, y nadie ha interrumpido su sueño..... Preciso es averiguar lo que pasa, porque no estoy tranquilo.

Acercóse á la puerta y llamó al ama de gobierno.

Esta se presentó limpiándose las manos en el delantal.

—Diga usted, señora Juana, ¿no le llama á usted la atención que Braulio no haya tocado á misa?

—Sí; pero como tiene mucho que hacer, no habrá concluido.

—A estas horas debe estar ya mano sobre mano.

—Iré á preguntarlo.

—Sí, sí.

Alejóse la señora Juana muy contenta por tener un pretexto para ver al sacristán.

No habían pasado tres minutos cuando resonaron gritos desgarradores, y el ama de gobierno se presentó con el rostro lívido y descompuesto.

El cura, que había empezado á leer en su breviario, lo dejó sobre la mesa, púsose en pié y fijó una mirada de estupor en la sirviente, preguntando con tono que revelaba la intranquilidad:

—¿Qué sucede?

—¡Ayl! exclamaba el ama de gobierno muchas veces.

Y sin poder apenas respirar, iba y venía de un lado á otro, mirando á todas partes con muestras de terror profundo.

—Sí, decía, es él, lo he reconocido..... ¡Dios misericordioso!..... no lo ví, tropecé..... ¡Ah!..... ¿Qué ha sucedido?..... Y se revuelve, y gime..... ¡Socorro, socorro!

—¿Pero qué pasa? volvió á preguntar el sacerdote, palideciendo y temblando.

—¡Socorro, socorro! gritó con mas fuerza que nunca la señora Juana.

—¿Te explicarás?

—¡Virgen de los afligidos!..... parece muerto y no está muerto..... ¡Socorro, socorro!.....

—Pero.....

—El señor Braulio, el pobrecito..... allí..... en el pasillo..... y gime..... ¡Corra usted, señor..... corra usted!

Creyó el sacerdote que repentinamente se había visto Braulio acometido de alguna enfermedad, y no sospechando otra cosa tuvo valor para acudir en su socorro.

La señora Juana lo siguió, exhalando sin cesar desgarradores lamentos.

Llegaron al pasillo.

Allí apenas penetraba una muy débil claridad.

A tres ó cuatro pasos de la puerta y sobre el pavimento veíase un bulto negro, informe, que se agitaba de vez en cuando y dejaba escapar leves gemidos.

—Todo sea por Dios, dijo el cura. Se conoce que le ha dado una convulsión..... ¡Infeliz!..... agua fresca, señora Juana, y vinagre..... abra usted esa puerta, porque estamos á oscuras..... tambien es preciso avisar al médico, porque quiero que á Braulio se le cuide..... ¿Qué espera usted?..... Pronto, porque la curacion de estos males depende muchas veces de la oportunidad.

—Voy por las llaves.

Entró el ama de gobierno en la habitación del sacristán, saliendo bien pronto mientras decía:

—No están las llaves aquí.

Se acercó á la puerta.

—Aquí tampoco.

—Ya habria ido á la iglesia y estarán en la sacristía.

—Pues allá voy.

La señora Juana desapareció.

A los pocos momentos volvieron á resonar sus gritos. Presentóse nuevamente.

Su terror habia llegado al último punto.

—¡Horror, horror! exclamaba. ¡Todo abierto, todo destrozado!..... ¡Socorro, socorro!..... No están las llaves..... Yo me muero, no puedo mas.

Y quedó inmóvil en el rincón mas oscuro.

Acabó de aturdirse el sacerdote.

Ya no entendió lo que pesaba.

Se movió de un lado para otro sin saber adonde dirigirse.

Entretanto los gritos del ama de gobierno habian alarmado á los moradores de las casas inmediatas.

Muchos acudieron, llamando á la puertecilla y preguntando lo que pasaba.

El buen cura, que estaba poseido de terror como si se encontrase entre fantasmas, no se atrevió á tocar á Braulio, ni mucho menos á ir á la sacristía.

Continuaba revolviéndose desesperadamente el antiguo amante y cómplice de Pepa.

La señora Juana exhalaba lamentos sin cesar.

Frio y copioso sudor empapaba el rostro del sacerdote, que al fin se acercó á la puerta, diciendo á los que llamaban:

—Abrid vosotros, que no tenemos la llave.

—¿Y cómo hemos de abrir? le replicaban.

—Romped la cerradura, echad la puerta abajo, y la pared, y toda la casa si es preciso..... Se han cometido grandes crímenes, Braulio se muere, creo que Satanás ha tenido el atrevimiento de introducirse en este sagrado recinto.

Sobre este último punto no se equivocaba el sacerdote, porque personificación de Satanás era Braulio.

Los aldeanos obedecieron.

Resonaron fuertísimos golpes, retumbó y crugió la puertecilla y bien pronto la cerradura saltó hecha pedazos.

La luz se hizo.

Los que entraron pudieron ver á la señora Juana en un rincón, con las manos crispadas, cadavérico el rostro y gimiendo como si agonizara.

El cura temblaba, sus escasos cabellos estaban en desórden,

erizados, y su mirada fijábase con terror profundo en el sacristán.

Este se encontraba en el suelo fuertemente atado, con la boca tapada, amoratado el rostro, los ojos inyectados de sangre y dilatadas las pupilas.

Resonó una exclamación unánime de sorpresa y espanto.

No necesitaban mas explicaciones para comprender lo que habia sucedido.

Ante todo se ocuparon en socorrer al sacristán.

Se habia cometido un crimen, la víctima habia sido Braulio, y el objeto el robo.

Cuando le destaparon la boca aspiró con avidez al aire fresco y puro que penetraba por la puertecilla.

—Me ahogaba, murmuró con voz débil.

Quiso levantarse, pero no pudo.

Exhaló un quejido.

Todos le hicieron preguntas; pero Braulio apenas tenia fuerzas para hablar y tampoco podia responder á todos.

—Lo llevaremos á su cama, dijo el cura, esperaremos á que se sosiegue y luego nos dará explicaciones.

—Y entretanto iremos á la iglesia.

—Es preciso avisar al alcalde y al juez.

—¿Y el médico?

—Aquí me teneis, dijo una voz.

Las noticias cunden en las aldeas con prodigiosa rapidez, y ya no habia nadie que ignorara que habian robado la iglesia, asegurándose que habian asesinado al sacristán.

Iban á llevar á este á su lecho cuando se presentó el alcalde.

En seguida entró el juez, y dijo:

—Quietos.

Guardaron silencio todos y quedaron en actitud respetuosa.

Los vecinos de la aldea seguian acudiendo y agolpándose á la entrada del pasillo.

Afortunadamente llegaron algunos guardias civiles para ponerse á las órdenes del juez.

Este mandó que se hiciese salir á los curiosos.

El representante de la ley examinó ante todo el terreno, midió la distancia que habia desde la puerta al sitio donde se encontraba Braulio, y luego dijo:

—Ahora podeis llevarlo á su cama y que el médico lo examine para que informe de lo que resulte.

Hiciéronlo así.

Entonces el juez se dirigió á la sacristía seguido del sacerdote, el alcalde, el ama de gobierno y uno de los guardias.

Un juez no es nunca tan impresionable como la multitud ni se deja arrebatar fácilmente.

Su mirada lo examinaba todo con escrupulosidad, haciéndose cargo hasta del mas leve detalle.

En la sacristía encontraron una palanqueta.

Estaban rotas las cerraduras de los armarios y cajones, cuyo contenido se encontraba esparcido por el suelo.

Todas las alhajas habian desaparecido.

Fueron á la iglesia.

En el presbiterio encontraron una navaja de grandes dimensiones.

Sobre el altar habia un trozo de alambre hecho dobleces.

El sagrario estaba abierto y vacío.

A una imagen de la Virgen la habian despojado de su corona de plata.

Algunos candeleros y otros objetos habian sido derribados,

lo cual probaba la precipitacion con que los criminales habian procedido.

La puerta de la iglesia se encontraba intacta, y las ventanas lo mismo.

Ni una sola palabra pronunció el juez.

Hizo algunos apuntes que le sirviesen de recuerdo.

El guardia habia examinado tambien con atencion profunda, y de vez en cuando se retorcia el bigote y murmuraba con tono de extrañeza:

—No lo entiendo.

Fueron al aposento de Braulio.

El médico parecia muy pensativo.

El juez le preguntó:

—¿Se encuentra el enfermo en disposicion de declarar?

—Sí, puede declarar y levantarse dentro de quince minutos, que es todo el tiempo que necesita para que desaparezca su excitacion nerviosa, pues á Dios gracias, no hay en su salud verdadera alteracion.

Fijó el juez una mirada penetrante en el médico.

Este se encogió de hombros.

El guardia arrugó el entrecejo.

—Hablares despues, y me presentará usted su informe.

—¿Debo salir?

—No.

—Conviene que en seguida tome el enfermo un antiespasmódico.

—Pueden traerlo.

El médico recetó, y el ama de gobierno salió para ir á la botica.

Braulio temblaba, lo que nada tenia de particular.

Su mirada fijóse alguna vez recelosamente en el hombre de ciencia, pero éste permanecia impassible y frio lo mismo que el juez.

El guardia civil continuaba retorciéndose el bigote.

Hubiérase dicho que se impacientaba.

Si no tenia el talento y la instruccion del médico y del juez, le sobraba experiencia en esta clase de asuntos, y decia para sí:

—No lo entiendo, pero lo entenderé.

Y miraba á su alrededor como si examinase uno por uno los pobres muebles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CAPITULO IV.

DETALLES SOSPECHOSOS.

El juez era uno de esos pocos hombres que dedican su vida á cumplir su deber y que en fuerza de hacer uno y otro dia el sacrificio de su bienestar, concluyen por encontrar un goce en lo que debería ser un sufrimiento.

Cincuenta y cuatro años tenia el representante de la ley, y hacia veinticinco que desempeñaba su honrosa mision en diversos distritos.

Estaba dotado de privilegiada inteligencia, era incansable para el trabajo y su honradez no tenia igual; pero como no contaba con el apoyo de cierta clase de influencias, no habia conseguido hacer fortuna, si bien todos le reconocian las mejores cualidades y lo respetaban.

Durante su larga carrera habia podido aprender mucho, y sabia muy bien que la justiciase equívoca con frecuencia

cuando se trata de penetrar en el misterio de ciertos crímenes, y que á veces el criminal es el que menos lo parece.

Ante todo, tenía el juez mucho cuidado en ocultar sus pensamientos, en disimular sus impresiones, porque sabia que la mas leve indiscreción puede ser un rayo de luz para que el criminal consiga aparecer inocente.



De todos era amigo, pero nadie podia decir que gozaba de la intimidad de aquel hombre severo y reservado.

Con semejante juez no debía estar completamente tranquilo el sacristán, pues los que no se fiasen de las apariencias, debían encontrar algo inexplicable y por consiguiente sospechoso en el crimen que se habia cometido.

Del médico sabemos ya que era un hombre que valia mucho y que no se contentaba con examinar la superficie.

El lector ha visto cómo el médico supo buscar y encontrar

la verdadera causa de la enfermedad terrible que amenazó á María cuando ésta se creyó engañada por Andrés.

El secreto de las intrigas del miserable Braulio era conocido por el médico, porque don Gaspar no habia querido ocultarle nada; pero este secreto habia sido guardado escrupulosamente.

Y para que nada faltase, el sargento de la guardia civil conocia por experiencia todos los resortes de que se sirve el criminal para extraviar á la justicia, y era ademas astuto, suspicaz y desconfiado hasta el punto de que muchas veces desconfiaba de sí mismo.

Estos tres hombres, el cura y la señora Juana quedaron con el sacristán.

El sacerdote y su ama de gobierno debían permanecer silenciosos mientras no se les preguntase.

Después debía ir el escribano para extender en forma legal las declaraciones; pero el representante de la ley quiso aprovechar el tiempo y sobre todo explorar el terreno donde tenia que maniobrar.

Acercóse á la cama y se sentó.

—Me alegro, buen Braulio, dijo, que haya usted librado tan bien, pues segun dice nuestro amigo el doctor, el susto no producirá desagradables consecuencias.

—Sin embargo, respondió el sacristán con lastimero tono, me siento muy mal.

—La conmoción ha sido violenta.

—Tengo frio como si se me hubiesen helado los huesos.

—Eso pasará en breve, pues es nervioso.

—¡Dios mío!.....

—Han ido á buscar el antiespasmódico, y no sé.....

Interrumpióse el juez, y dirigiéndose al médico le preguntó:

—¿No sería conveniente una sangría?

—No es menester y así lo declaro bajo mi responsabilidad. Antes de examinar detenidamente al señor Braulio creí que sería preciso hacer uso de la lanceta; pero afortunadamente me equivoqué.

—Es extraño.

—A mí también me ha sorprendido.

—Entonces podemos ocuparnos del asunto, porque hay que aprovechar el tiempo para buscar á los criminales, dijo el juez mientras fijaba su mirada penetrante en el sacristán.

Este se estremeció; cambió de postura y dijo:

—Dispuesto me teneis.

Luego exhaló un lánguido suspiro.

—Sapamos lo que ha sucedido la noche pasada.

—Yo dormía y desperté á los golpes que daban en la puerta. Me levanté y salí, preguntando quién llamaba, aunque no tengo costumbre de hecerlo así.

—¿Respondieron inmediatamente?

—Sí, respondieron diciendo: «abre, que la señora Pancracia está peor.»

—¿Conoció usted la voz del que hablaba?

—No; pero tampoco pensé en adoptar precaucion alguna; me encontraba todavía medio aturdido por el sueño, y abrí, creyendo de buena fé que la señora Pancracia tenia necesidad de los auxilios de la religion.

—Al referir lo que sucedió despues, no se olvide usted del mas leve detalle.

—Al abrir entraron cuatro hombres, cayendo sobre mí. Quise retroceder y gritar, pero me oprimieron la garganta,

me arrojaron al suelo y me amenazaron con sus puñales. Lo que sentí no puedo explicarlo. Todo fué para mí desde entonces confuso. Me taparan la boca, me ataron y uno de ellos me amenazó con matarme si me movia, quedándose junto á mí mientras que los otros entraban en este aposento.

—De algo se olvida usted.

—De nada, y ademas repito que mi aturdimiento era tal que apenas me daba cuenta de la situacion.

—Prosiga usted.

—Volvieron á salir con las llaves y se fueron hácia la sacristía. Me pareció oir ruido de golpes y de pasos. Permanecí inmóvil, porque mis ligaduras no me permitian otra cosa y porque siempre estaba á mi lado el que me amenazaba. Por fin volvieron con algunos envoltorios. «Ya hemos concluido,» dijo uno de ellos. Y salieron, cerrando por fuera la puerta y echando la llave, que supongo se llevaron con las demas. Mi cuerpo estaba dolorido; mis ideas eran muy confusas; me sentía medio ahogado y quise romper mis ligaduras, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. No sé cuánto tiempo he permanecido así; pero sí aseguro que si hubiérais tardado algunos minutos mas en socorrerme, mi vida habria concluido.

El guardia desplegó una sonrisa maliciosa y fijó la mirada en los objetos que habia sobre la mesa.

—¿Sabe usted qué hora era cuando llamaron? preguntó el juez.

—Lo ignoro.

La explicacion de Braulio pareció muy clara y muy sencilla al sacerdote y también al ama de gobierno; pero no sucedió lo mismo al juez, ni al doctor, ni mucho menos al sargento de la guardia civil.

—¿Y nada han oído ustedes durante la noche? preguntó el representante de la ley al cura y á la señora Juana.

—Tengo el sueño pesado y para despertar me es menester que golpeen en la puerta de mi aposento.

—A mí me sucede lo mismo, dijo la sirvienta, y además duermo al otro extremo de la casa.

—Ahora reconoceremos otra vez el sitio donde se ha cometido el crimen y preguntaremos á los vecinos por si han oído llamar. Así averiguaremos á qué hora se presentaron los ladrones.

Levantóse el juez.

—Si vuestra señoría me lo permite, dijo el sargento, daré algunas órdenes á mis subordinados.

—No hay ningún inconveniente.

Llamó el sargento, diciéndole al guardia que se presentó:

—No se moverá usted de aquí, ni permitirá que se toque á ningún objeto, absolutamente ninguno.

—Está bien.

Esta consigna debía ser cumplida con toda exactitud.

La intranquilidad de Braulio aumentaba por instantes.

—Me quedaré al lado del enfermo, dijo el doctor.

—Como usted quiera.

Salió el juez con el sargento.

Cuando este pudo hablar descuidadamente dijo:

—Todo esto me desagrada.

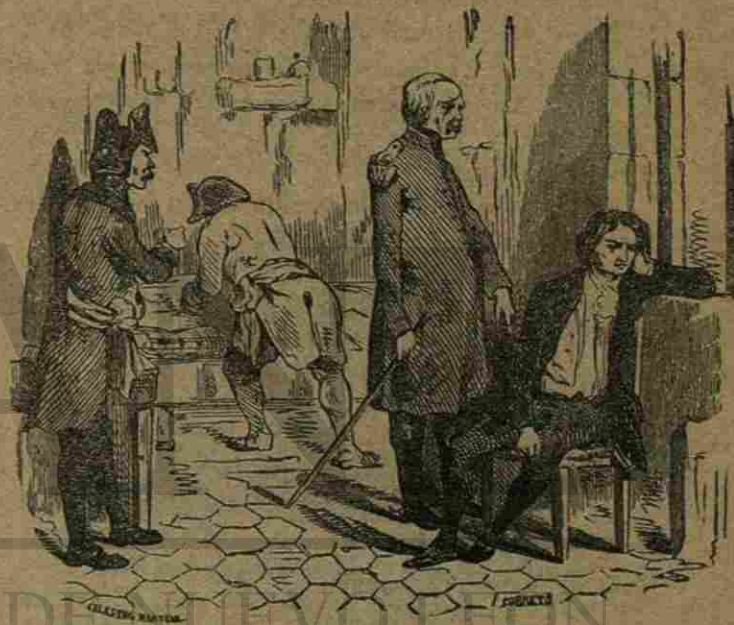
—¿Y por qué? le preguntó el representante de la ley.

—Ahora estamos solos y puedo hablar con descuido.

—He contado con la ayuda de usted.

—Pues bien, señor juez, principiemos por el principio, porque de otra manera no podríamos entendernos.

—Ya escucho.



Esta consigna debía ser cumplida.

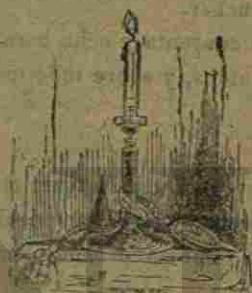


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Llamaron y despertó el sacristan. ¿Qué es lo primero que debió hacer?

—Al levantarse encendería la luz, dijo el severo juez.

—Sobre su mesa está la palmatoria con un cabo de vela, y hay también una caja con fósforos. Después de encendida la luz, se vestiría y con la palmatoria en una mano y en la otra las llaves, saldría para abrir.



—Así debe haber sucedido.

—Preguntó, le respondieron, abrió y cuatro hombres se arrojaron sobre él.

—Eso asegura.

—Debió caer la palmatoria y rodar, apagándose ó no la luz, porque no se detendrían á quitársela cuidadosamente, y si así hubiera sucedido, el sacristan habría podido gritar como dice que quiso hacerlo.

El juez desplegó una leve y maliciosa sonrisa.

—Sargento Fernandez, dijo, será usted alfoz ó yo dejaré de ser quien soy.

—Cumpla mi deber.

—Adelante.

—Debemos suponer que la palmatoria rodó, y por consiguiente la cera derretida se habrá derramado y encontraremos sobre los ladrillos alguna parte de la misma, sin contar con que algunas señales recientes debe haber también en los bordes de la palmatoria.

—Pronto lo veremos.

—Espere usía, porque aun no he concluido.

—Vuelvo á escuchar.

—Aun no hace cuarenta y ocho horas que llovió mucho, y las calles de la aldea, y sobre todo los caminos, están llenos de lodo.

—Es verdad.

—Los cuatro ladrones debían tener el calzado sucio. Aquí sostuvieron una lucha, y aquí han debido quedar señales de sus pies, así como también debemos encontrarlas en la sacristía y en la iglesia.

—Será usted alférez, volvió á decir el juez.

—Si al salir los ladrones no se detuvieron, según asegura el sacristán, ¿cómo se encuentra la palmatoria en ese aposento y sobre la mesa? repuso el astuto sargento. ¿Quién la ha llevado allí?

Otra vez sonrió el juez maliciosamente.

—Hay mas, añadió el sargento.

—Sigo escuchando.

—A un hombre no se le sujeta sin luchar, y sin estropear la ropa, y la sotana de Braulio está limpia y no se ha roto. Si hay vecinos que declaren que á media noche llamaron, el señor doctor dirá cuál debe ser el estado de una persona que ha permanecido mas de seis horas con la boca tapada. También es extraño que á pesar de sus ligaduras no haya pro-



Sigo escuchando.

curado arrastrarse hasta llegar al dormitorio del señor cura para hacerle despertar como mejor le fuera posible.

—Examinemos, dijo el juez, que parecia encantado con la astucia del sargento.

No hablaron mas entonces.

Inclináronse para revisar el suelo.

No encontraron las gotas de cera ni señales de pisadas, sino desde la puerta hasta el sitio donde habia estado tendido el sacristan, es decir, donde se habian reunido los curiosos aldeanos; pero mas allá no habia sino alguna otra mancha de lodo.

En la sacristía y la iglesia sucedia lo mismo.

¿De qué luz se habian servido los ladrones?

¿Cómo habian pisado sin ensuciar el suelo?

Despues de este nuevo exámen salieron de la casa, dirigiéndose á las de enfrente.

Uno de los vecinos, que padecia fuertes dolores de cabeza, habia pasado casi toda la noche sin dormir y declaró que poco despues de las doce habia oido llamar por tres veces, sin que despues percibiése ningun ruido.

No necesitaba mas el sargento para completar sus sospechas y sus deducciones.

Volvieron al aposento de Braulio.

Este habia dejado la cama.

Procedióse entonces á extender la declaracion en presencia del escribano.

El juez pidió mas detalles, preguntando al sacristan:

—¿Qué hizo usted al salir de la cama?

—Vestirme como ahora estoy.

—¡A oscuras! murmuró el juez con extrañeza,

—No, porque ántes encendí la luz.

- Ya veo allí la palmatoria y los fósforos.
- Donde la dejó todas las noches por lo que pueda ocurrir.
- ¿Y de qué luz se sirvieron los ladrones?
- De la misma que yo llevaba.
- ¿Se la quitaron á usted de la mano?
- Esta pregunta hizo comprender á Braulio que habia cometido una torpeza, y queriendo remediarla, dijo:
- Al acometerme los ladrones se me escapó de la mano la palmatoria, cayó al suelo y se apagó.
- Recuerda usted si rodó hacia la puerta de la calle?
- Hacia el otro lado.
- ¿Volvieron á encender la vela los ladrones?
- Sí.
- ¿Cen qué?
- Con un fósforo.

Este nuevo detalle fué de mucha importancia para el sargento, puesto que la cerilla tampoco estaba en el pasillo.

El juez tomó la palmatoria y la examinó detenidamente.

No tenia una sola mancha de cera, ni la mas leve señal de haber caído.

Si el sacristan no hubiese ya estado pálido, se le habria visto palidecer.

Preguntó el juez por mera fórmula si habia reconocido Braulio á los ladrones ó si podria reconocerlos, pidiendo algunas señas sobre sus personas y ropaje.

Para el sargento no habia duda de la criminalidad de Braulio; pero no podia procederse contra él, pues las sospechas se fundaban solamente en deducciones que podian ser erróneas.

Dióse por terminado el interrogatorio, se extendió nota de

los objetos robados y el juez se retiró á su casa en compañía del médico, despues de decirle al sargento:

—Es preciso que sea usted alférez; pero esto no depende de mí.

Diez minutos despues decia el doctor:

—Segun el estado en que he visto al sacristan, no puede haber tenido la boca tapada más de dos horas.

—Los ladrones entraron poco despues de las doce.

El médico se encogió de hombros.

Suponemos que opinaba lo mismo que el sargento; pero quiso mostrarse muy reservado,

En vano el juez le hizo muchas preguntas.

Firmó su declaracion, despidióse y fué á visitar á sus enfermos.

La vivienda del cura estuvo todo el dia llena de gente.

Don Gaspar y Andrés fueron tambien á visitar al sacerdote.

Para todos era muy claro lo que habia sucedido, y todos deploraron la desgracia sin que á nadie le ocurriese poner en duda la honradez de Braulio.

Tuvo éste que repetir mil veces el relato del suceso.

Algunos guardias habian salido á recorrer las cercanías en busca de los ladrones; pero el sargento no hizo en todo el dia mas que pasearse por la plaza, deteniéndose alguna vez para contemplar el templo.

A las cuatro de la tarde salió Braulio para dar un paseo segun acostumbraba.

Pasó junto al sargento y le saludó cortesmente.

Volvió el sacristan á la aldea cuando se ocultaban los últimos rayos del sol.

Parecia muy preocupado.

—¿A dónde ha ido? se preguntó el astuto sargento. A pasear como todos los días; pero..... Seré alférez.

La noticia del sacrilego robo había puesto en conmoción á todos los habitantes de la comarca.

El día pasó sin novedad.

Durante la noche, un negro bulto se deslizó varias veces por los alrededores de la iglesia.

Era el sargento envuelto en su capote.

Al otro día los aldeanos acudieron al templo según costumbre.

Era domingo.

Por la tarde permanecieron en la aldea, porque no tenían que ir á trabajar.

Braulio, que nunca tomaba parte en las diversiones de sus convecinos, fué á pasearse.

Llegó á la cruz de la ermita.

Allí había tres personas, una encantadora jóven de negros y magníficos ojos, sentada junto á un hombre que representaba veinticinco ó veintiseis años.

Eran María y Andrés.

A poca distancia de ellos corría y jugaba alegremente un hermoso niño.

Braulio lanzó una rápida mirada de odio á la tierna criatura.

Luego desplegó una de sus dulces sonrisas, y saludó á los que aún llamaba sus amigos, desapareciendo tras la ermita.

—¡Pobre Braulio! dijo María.

—Graves faltas ha cometido, respondió Andrés; pero las expía sobradamente, porque su situación es bien triste.

—Debe sufrir mucho.



María y Andrés.

—Le hemos ofrecido con delicadeza los medios para que rehaga siquiera en parte su fortuna, y no ha querido aceptar.

—Porque nada ambiciona mas que la paz del alma.

Andrés hizo un gesto de duda.

—¿Crees que no está verdaderamente arrepentido?

—Dios me perdone; pero me parece que Braulio es de esas criaturas cuyo mayor crimen consiste en no arrepentirse del mal que hacen.

—Andrés.....

—Lo he perdonado y estoy dispuesto á hacerle toda clase de beneficios. ¿Puede exigírseme algo mas?

—Que lo ames como á uno de tus amigos, dijo María con angelical dulzura.

—Por lo menos ningun rencor queda en mi alma.

Mientras hablaban así, rivalizando en nobleza de sentimientos, Braulio descendía de la cumbre, entraba por un estrecho sendero y se alejaba rápidamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO V.

DÓNDE SE ENCONTRABA PEPA.

Nadie observaba al criminal hipócrita, y por consiguiente no se cuidaba de fingir.

Su mirada era profundamente sombría.

Su rostro se había contraído violentamente.

De vez en cuando y con reconcentrada voz pronunciaba los nombres de María y de Andrés.

Llegó á un sitio en donde los matorrales lo ocultaban.

Entonces redobló el paso.

Media hora despues se encontraba en un olivar.

Avanzó hasta un pequeño barranco, á cuyo fondo bajó; y allí entre las peñas y zarzales se detuvo.

En aquel sitio se encontraba Pepa envuelta en su negro abrigo.

Habíase sentado sobre una piedra, y parecía bastante fatigada.

—¿Hace mucho que esperas? preguntó el sacristan sentándose tambien.

GALERIA.

—Hace cerca de una hora, y ya empecé á creer que no vendrias.

—Necesito ser muy prudente.

—¿Que novedades hay?

—Ninguna, y me parece que es lo peor que puede suceder.

—¿Te han pedido otra vez declaracion?

—El juez me deja en paz.

—¿Y los otros?

—El médico no me ha dicho una palabra.

—¿Y el sargento?

—Se pasea y parece que no se preocupa de lo que á todos llama tanto la atencion.

—Tal vez tus temores son infundados.

—¡Oh!..... No, Pepa, no son infundados, porque en los semblantes de esos tres hombres he leído lo que piensan.

—Pero si sospechan de tí, ¿por qué te dejan en paz?

—Sin duda esperan para dar con seguridad el golpe, dijo el sacristan estremeciéndose.

—Tu miedo, siempre tu miedo, replicó desdenosamente Pepa.

—Pues mi cobardía me salva, porque me hace prudente. Olvidamos algunos detalles que han sido un rayo de luz para el astuto sargento.

—Te se ha metido en la cabeza que tiene importancia lo de la palmatoria.

—Tuve que decir que se me habia caído de la mano, porque era lo natural, y al caer han debido quedar en el suelo manchas de cera.

—¿Crees que han pensado en todo eso?

—Sí, tengo la seguridad de que esta circunstancia no ha pasado desapercibida.

—A pesar de todo eso, Manolo estará ya en Sevilla, y pronto lo tendremos aquí.

—¡Pronto! murmuró el hipócrita.

Y un destello de alegría feroz se escapó de sus ojos.

Luego apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos, quedando inmóvil.

—Mi plan está bien combinado, dijo Pepa.

—Tú verás satisfecha tu pasion, y yo saldre de apuros para una temporada, porque María, ademas de acceder á tus deseos, dará todo el dinero que se le pida. Poco tiempo tenemos ya que esperar.

—Dices que tu plan está bien combinado, y á mi me parece que no hemos pensado en todo.

—¿Y qué te importa si no eres tú quien há de hacer lo mas peligroso?

—Mucho temo que María deje morir á su hijo antes que ceder.

—¿Hay acaso otro medio mejor?

—Ninguno.

—Pues entonces.....

—Ese sargento me infunde terror. ¿Por qué no se ha movido para buscar á los ladrones? Y en cuanto al médico... Oh!..... Tambien me hace perder la tranquilidad.

—Sospecharán cuanto quieran, pero mientras no prueben nada, podrás reirte de todos ellos.

—En el momento en que desaparezca el niño, se producirá un escándalo.

—Y su padre querrá buscarlo, y su madre tambien, y aprovechando la primera ocasion.....

—Morirá Andrés, así me lo has prometido.

—Y así me conviene, porque tu amigo es muy temible,

mucho mas temible que el sargento. De mi buena fé en este asunto no puedes tener queja, pues ya ves que estoy en completa libertad y que no he querido irme con Manolo.

—Todo eso es verdad; pero tu buena fé no es bastante para que nos salvemos.

Pepa sonrió desdeñosamente y se puso en pié.

—¿Ya te vas?

—Tengo que andar bastante, y tú debes volver pronto á la aldea.

—¿Te quedan provisiones?

—Pocas; pero Manolo me traerá cuanto necesito, y si no mañana puedes tú dejar aquí lo que mejor te parezca.

—Mucho cuidado, Pepa, mucho cuidado, porque la imprudencia mas leve nos perderia.

—No pasa por allí alma viviente.

Ni una palabra mas pronunciaron.

Muy preocupado se dirigió el sacristan hácia la población.

La bellísima rubia, en direccion opuesta, atravesó el barranco.

Veinte minutos despues se alejaba del olivar por un terreno árido y pedregoso.

Despues de media hora se encontró con lo que pudiéramos llamar las ruinas de una casa, porque de ésta no quedaban mas que algunos trozos de pared y algun techo, todo esto medio oculto entre los montones de piedras y ladrillos y los espesos matorrales que por allí crecian.

Aquellas ruinas no pertenecian ya á nadie, pues hacia muchos años que el edificio habia sido abandonado por sus dueños.

Los terrenos que rodeaban la casa eran improductivos, por-

que estaban cubiertos de las piedras y arena que arrastraban las aguas en la estacion de las lluvias.

Bien puede asegurarse que trascurrian muchos meses sin que nadie pasase por allí.

No se veia ni un solo sendero.

Mas allá de la casa levantábase una pequeña colina tambien árida y pedregosa.

Por todas partes el suelo se presentaba muy desigual.

Decíase que por allí abundaban los lobos, y no faltaba quien asegurase que era un punto de reunion de brujas y duendes.

Todas estas circunstancias eran suficiente motivo para que á nadie le ocurriese pasar por allí.

Braulio conocia muy bien el sitio, y lo habia elegido para que se ocultase Pepa.

Dos departamentos quedaban en la casa con techumbre, y podian servir aún para ponerse al abrigo de la intemperie.

Metióse la jóven entre las ruinas, saltando sobre los montones de escombros y encontrándose luego en una de esas habitaciones.

Allí tenia que dormir en el suelo, y sin mas abrigo que su ropa.

Por todo alimento tenia algun pan, queso y un trozo de jamon que habia conservado durante sus correrías por aquella tierra.

Agua la encontraba fácilmente en el fondo de los barrancos.

La vida no era soportable allí por mucho tiempo, pero así por algunos dias.

Pepa habia sufrido con resignacion todas las molestias y

todas las privaciones, porque creía firmemente que había de hacer un gran negocio.

No se le ocultaba que Braulio debía quedar en una situación muy crítica; pero á ella no le importaba lo que pudiera sucederle al sacristán.

El plan ya lo conocemos: debían apoderarse del inocente hijo de María, exigiendo por su rescate una crecida cantidad.

Braulio, por su parte, debía exigir otra cosa.

En cuanto á la muerte de Andrés, se cumpliría lo prometido si este llegaba á ser un estorbo, pero si así no sucedía, ni Pepa ni Manolo echarían sobre sí la responsabilidad de un nuevo crimen para complacer al miserable Braulio.

Dejándose este arrebatar por el vértigo de su pasión, no había podido prever los resultados, ni mucho menos comprendía que su posición era demasiada falsa, pues tenía en contra suya sus antecedentes bien conocidos de sus propias víctimas y también del médico que no podía sostener su reserva sino hasta cierto punto.

Empero los inconvenientes con que Braulio debía luchar no eran ventajas para sus víctimas.

Una vez que los criminales se apoderasen del hijo de Andrés, no sabemos hasta qué punto llevarían su crueldad.

Y entretanto María, como esposa y como madre, colocada en una alternativa la mas horrible, podía sucumbir, y era posible también que Andrés fuese considerado un estorbo y fuese asesinado, si no para complacer al sacristán, como medio de salvación.

Sentóse Pepa entre los escombros, y quedó pensativa.

No debía tardar en tener á su lado á Manolo, que había hecho felizmente el viaje á Sevilla.

Antes de que oscureciese, entró el sacristán en la aldea.

También entonces encontró al sargento.

Saludáronse.

Braulio llegó á su morada.

El ama de gobierno le preguntó con mucho interés si se encontraba mejor.

—Ya estoy completamente bien, dijo el hipócrita.

Y entró en su dormitorio mientras la señora Juana exhalaba un suspiro.

También aquella noche pasó sin novedad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO VI.

EL PRIMER GOLPE.

Otros cuatro días pasaron.

Continuábase hablando del robo sacrílego sin que se hubiese conseguido descubrir á los ladrones.

Algunos murmuraban del poco celo que había mostrado en aquella ocasión la guardia civil, pues era extraño que el sargento se mostrase tan indiferente y apenas diese órdenes para buscar á los criminales.

El anciano don Gaspar, con su buena fé de siempre, había hablado sobre este punto al juez.

El cura había hecho lo mismo; pero el representante de la ley se había concretado siempre á responder:

—No todo se hace tan pronto como uno desea.

La verdad es que era muy poco lo que había que hacer ya, pues se habían tomado muchas declaraciones, se habían enviado avisos á los pueblos cercanos y á la capital y se habían recorrido los alrededores.

Suponíase que los ladrones debían ser los mismos que intentaron robar algunos días antes, según oímos decir á Pepa y á Braulio; pero esto no pasaba de ser una suposición, y sobre todo no había podido descubrirseles.

De todas las murmuraciones tenía noticias el astuto sargento y mas de una vez se había sonreído irónicamente y retorcido el bigote mientras decía:

—Al cabo de mis años y de mi experiencia quieren darme lecciones estas pobres gentes.

Varias conferencias secretas habían tenido el juez y el sargento.

Una mañana se habló de la casa ruinosa, porque uno de los aldeanos dijo que la noche anterior había visto unas luces azuladas entre los escombros, lo cual era una prueba concluyente de que allí moraban seres fantásticos ó se reunían las brujas de la comarca.

Algun curioso quiso ver las luces, pero no lo consiguió, porque ni el mas leve destello volvió á brillar en aquellos sitios.

—Hé aquí un detalle que puede perdernos, dijo Braulio cuando oyó hablar de brujas y de duendes.

Y aquella tarde hizo á la joven rubia las convenientes advertencias para que no volviese á encender fuego durante la noche.

—¿Brujas tenemos? dijo el sargento de la guardia civil.

Y guardó en su memoria cuanto decían los supersticiosos aldeanos.

La tarde del siguiente día y á la hora de costumbre se fueron á pasear Andrés y María con su hijo, dirigiéndose á la cruz de la ermita, porque allí gozaban con sus recuerdos.

Sentados al pie de la cruz hablaban tranquilamente.

Entretanto el niño iba y venía corriendo por entre los matorrales.

Si María y Andrés no hubiesen estado tan distraídos, habrían podido ver que á doscientos pasos de distancia y entre la espesura de unos zarzales, había un hombre cuyo único objeto parecía ser el de observar, pues tenía la mirada fija en los dos jóvenes y en la inocente criatura.

El tiempo pasó sin sentir, como pasaba siempre para Andrés y María cuando estaban juntos.

Alguna vez se olvidaban de su hijo, pero bien pronto pensaban en él, y si no lo veían lo llamaban, haciéndole mil caricias y diciéndole que no se alejase.

Apresurábase el niño á acudir á los llamamientos de sus tiernos padres, sonreía y volvía luego á entregarse á sus diversiones.

Ocultábase el sol.

Ni la mas ligera nube empañaba el horizonte.

De repente se estremeció María, mirando á su alrededor.

—¿Qué te sucede? le preguntó Andrés.

—Nada, respondió ella, que había palidecido.

—Has temblado y tu semblante revela la intranquilidad.

—No puedo explicar lo que he sentido. Me pareció como si un fantasma se nos presentara, y sin saber por qué he recordado lo que ayer hablaban de los duendes y de las brujas.

—Así se explica la causa de tus temores. La gente sencilla y supersticiosa se ha empeñado en creer que hay en estos contornos seres fantásticos, y tan absurdas supersticiones tienen doble valor en los momentos en que á todos nos preocupa el crimen cometido en la iglesia.

—No soy supersticiosa, ya lo sabes.

—Entonces.....

—Me ha ocurrido una idea.
 —Sepamos.
 —¿No es posible que los ladrones se oculten en esa casa abandonada? Nadie ha ido allí á buscarlos, y bien puede suceder que ellos hayan buscado refugio allí.
 —Todo es posible.
 —La guardia civil, siempre tan activa.....
 —¿Tú tambien vas á murmurar? dijo Andrés en tono de broma.
 —No; pero.....
 —Ciertamente es extraña la conducta del juez y de los demas agentes de la autoridad; pero como no puede ponerse en duda el celo ni la probidad de ninguno de ellos, es preciso reconocer que saben mejor que nosotros lo que conviene hacer en este asunto.
 —Ello es que los objetos robados no parecen y que ha faltado muy poco para que el lance cueste la vida al pobre Braulio.
 No teniendo otra cosa de que ocuparse, siguieron hablando del mismo asunto.
 Ocultábanse los últimos rayos del sol, reflejando en las pizarras de la techumbre de la ermita.
 El hombre de quien antes hemos hecho mencion, continuaba oculto entre los matorrales.
 El niño se habia alejado, yendo hácia el otro lado de la ermita.
 Arrastrándose ó poco menos, avanzó hácia el mismo punto el que acechaba.
 A los pocos minutos se le perdió de vista.
 Acabó de ocultarse el sol.
 Extendióse en Occidente la vaporosa faja crepuscular.

Otra vez se estremeció María, y poniéndose en pié dijo:
 —Tengo miedo.
 —¡Miedo!.....
 —Sí.
 —Pero.....
 —Vamos, Andrés, vamos.
 Buscaron con la mirada al niño; pero no lo vieron.
 Lo llamaron.
 El niño no respondió.
 Ya no pudo María contener un grito de terror profundo.
 —¡Dios mío! exclamó.
 —¿Qué temes?
 —Nuestro hijo.....
 —Por aquí andará.
 Para tranquilizar á su esposa corrió Andrés de un lado para otro, en tanto que llamaba á la tierna criatura.
 La voz se perdió en el espacio.
 Repentinamente sintió Andrés que le faltaban las fuerzas hasta el punto de que no pudo moverse y tuvo que apoyarse en la pared de la ermita.
 Le pareció que su sangre se helaba.
 La luz huyó de sus ojos por algunos momentos.
 Experimentaba el mismo terror que María, sin que le hubiera sido posible explicar la causa.
 Habia sucedido muchas veces lo mismo que entonces, y nunca habian temblado porque el niño no respondiese inmediatamente despues que lo llamaban.
 Andrés volvió la cabeza á uno y otro lado.
 Habíanse dilatado sus pupilas y su mirada era vaga.
 Su rostro estaba lívido y desfigurado.
 La desdichada madre exhalaba entretanto desgarradores

lamentos y corría de un lado para otro como si hubiera perdido la razón.

Andrés no la oía.

Aquellos gritos repetíanse en ecos que iban á perderse en la soledad de los vecinos collados.

Nunca como entonces necesitaban la calma para reflexionar, hacerse cargo de la situación y buscar á la tierna criatura, y sin embargo nunca como entonces estaban trastornados y eran incapaces de adoptar ninguna resolución con acierto, ni de hacer lo que mas les interesaba.

El niño no podía estar lejos, y aprovechando los instantes era posible todavía encontrarle; pero los criminales habían contado sin duda con la turbación de los desdichados padres.

Lo que menos sospecharon estos era que les habían robado su hijo.

Creyeron que la tierna criatura había sido víctima de su infantil imprudencia.

En tan horrible situación trascurrieron diez minutos, que no podemos decir si aparecieron breves ó largos á la desesperada María y al trastornado Andrés.

Si este hubiese adivinado la verdad no habría perdido las fuerzas, no se habría detenido; pero esperaba ver á su hijo muerto á consecuencia de una caída y se acusaba por haberle dejado tanta libertad.

El infeliz padre sufría un doble tormento, el de su dolor y el de su conciencia.

Y el resplandor del vespertino crepúsculo se debilitaba.

Y en el Oriente se extendían las densas tinieblas de la noche.

Ya las aves no cruzaban el espacio.

No se percibía el mas leve ruido en los alrededores de la ermita.

En la aldea empezaron á brillar algunas luces.

Las campanas de la iglesia habían resonado y eran muchos los lábios que se movían, pronunciando frases de ardiente fé cristiana.

Cuanto mas tiempo trascurriese mas difícil sería encontrar al niño.

Instintivamente lo comprendió así Andrés.

Sus fuerzas renacieron en un instante.

Sus negros ojos relumbraron como dos luciérnagas.

Con voz reconcentrada murmuró algunas frases de impía desesperación.

A María le sucedió lo contrario.

Sintióse desfallecer.

La infeliz cayó de hinojos al pié de la cruz, extendió los brazos, elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora y exclamó:

—¡Dios mío, Dios misericordioso!

Nuevamente corrió Andrés por todas direcciones, pronunciando sin cesar el nombre de su adorado hijo.

El silencio le respondía, silencio aterrador y pavoroso.

Y como por instantes se desvanecían los resplandores del crepúsculo, era mayor la dificultad para encontrar al niño.

Lo que menos pensó Andrés fué que su hijo se alejaba en aquellos momentos.

Creía firmemente encontrarlo muerto ó sin sentido entre los matorrales.

El resplandor crepuscular desplegó su postrera sonrisa.

El horizonte se ennegreció.

Brillaron las estrellas.

—¡Luz, luz! gritó Andrés.

María hizo un esfuerzo sobrenatural y se levantó.



Por horrible que fuese la realidad era preciso aceptarla. Además, Andrés tenía la obligación de mostrarse mas fuerte para infundir valor y consolar á su esposa.

Por fin comprendió este deber, y acercándose á la adolorida jóven le dijo:

—No hay motivo bastante para perder la esperanza. Su-

pongo que el niño se ha caído y el golpe le ha hecho perder el conocimiento.

—¡Hijo de mis entrañas!

—Lo buscaremos y lo encontraremos.

—Esta oscuridad.....

—Iremos á la aldea, te quedarás al lado de nuestro padre y yo vendré con nuestros criados y con luces.

—Yo tambien.

—Tus fuerzas.....

—Me sobran.

—María.....

—Vamos, vamos.

Y como si la pobre madre quisiera probar que efectivamente eran inagotables sus fuerzas, echó á correr tan velozmente que apenas Andrés podía seguirla.

Antes de llegar á la aldea y cuando el aliento les faltaba, fueron detenidos por un hombre.

Era el padre de María, el anciano don Gaspar, que iba á buscar á sus hijos porque la tardanza de estos lo habia puesto en cuidado.

—¿Qué sucede? preguntó.

—El niño, el niño, respondió María.

—¡El niño!..... pero..... ¡ah!..... no os entiendo.....

—Dejadnos, necesitamos luces, porque se ha perdido, lo llamamos y no responde.....

Don Gaspar exhaló un grito ahogado.

Aunque no le daban explicaciones, comprendió la horrible desgracia.

Tambaleóse como si estuviera ébrio, y se dejó caer pesadamente.

María acudió en su socorro.

Otro sufrimiento, otra lucha.

Andrés rugió desesperadamente y corrió hacia la población.

Antes de llegar á su casa encontró algunos aldeanos á quienes dijo lo que sucedía.

No habían pasado diez minutos cuando la aldea puede decirse que estaba en conmoción.

Brillaron muchas antorchas, y veinte ó treinta hombres corrieron hacia la cumbre donde se levantaba la ermita.

Entre aquella multitud iban el sargento y dos guardias, el juez, el médico y el cura.

Para comprender el efecto que produce un suceso semejante, es menester haber vivido en una población de corto vecindario.

Los que habían quedado en la aldea, ocupábanse de la desgracia, calculando y comentando de mil maneras.

Don Gaspar había podido levantarse, pero no tenía fuerzas para seguir á los que corrían.

El buen anciano lloraba y exhalaba desgarradores lamentos, y cuando algunos quisieron consolarlo, el médico dijo:

—Dejadlo que lllore, que grite y que se mueva, pues solo así respondo de su vida.

Teniendo don Gaspar á su lado al doctor y al sacerdote, atrevióse María á correr con los demás.

En pocos minutos llegaron á la ermita.

Esparcíase la rojiza y vacilante luz de las antorchas, dejando escapar espirales de humo.

Para encontrar mas pronto al niño, esparciéronse en distintas direcciones.

Palmo á palmo examinaban el terreno, y si la inocente

criatura se hubiese encontrado allí, la habrían descubierto bien pronto.

A los guardias civiles se les veía en todos lados.

El rostro del sargento estaba violentamente contraído.

No había pasado un cuarto de hora, cuando se acercó al juez y le dijo:

—Estamos representando un papel bien triste.

—¿Y por qué?

Porque el niño debe encontrarse muy lejos de aquí.

—¡Lejos!.....

—No se ha caído, no ha perdido el conocimiento, se lo han llevado.....

—¡Oh!

—Si usía quiere acompañarme, buscaremos, no como busca esta sencilla gente, sino como debe hacerse.

—Una antorcha, gritó el juez con imperioso tono.

El médico se acercó, en tanto que un médico acudía con luz.

—Qué piensa usted de todo esto, doctor? preguntó el sargento.

—Me parece que nos fatigamos inútilmente.

Mandó el juez que todos se situasen junto á la cruz, y que nadie se moviese hasta nueva orden.

El astuto sargento buscó y encontró huellas de las pisadas del niño.

Las siguió hasta la ermita, luego mas allá y llegó hasta unos matorrales donde las huellas desaparecían.

En cambio allí había otras, pero eran muchas, porque allí habían andado los que buscaban.

—Aquí se ha cometido el crimen, dijo el sargento.

A diez ó doce pasos de distancia encontraron nuevas hue-

llas estampadas por los pies de un hombre, pero algo mas allá no habia señal alguna, porque el terreno era pedregoso.

Andrés y María, á pesar de la órden del juez, corrieron hasta donde este se habia detenido con el guardia.

Ya no era posible ocultar la verdad.

El desgraciado padre habia racobrado todo su valor, toda la energía de su privilegiado espíritu, y escuchó atentamente cuanto el astuto sargento decia.

Convencióse Andrés de que se habian llevado á su hijo.

¿Con qué fin?

No era fácil adivinarlo.

¿Hacia dónde?

Toda suposicion era arriesgada.

Debia creerse que se habian apoderado del niño para exigir un rescate.

Pensaron entonces en el robo de las alhajas del templo.

El sargento, el médico y el juez pensaban en Braulio.

Todos ellos quedaron inmóviles y silenciosos por algunos minutos.

Al fin, Andrés, como si un rayo de luz esclareciese su inteligencia, dióse una palmada en la frente, y exclamó.

—¡Ahl..... ¡Las brujas!.....

Y se lanzó como un loco á traves de los matorrales, desapareciendo entre estos y la oscuridad.

—No se equivoca, dijo el sargento, que no necesitaba mas explicaciones para adivinar el pensamiento de Andrés; pero comete una locura yendo solo y desarmado.....

Interrumpióse, volvióse hácia á los dos guardias y les dijo:

—Seguidme con una luz.

Los tres corrieron en la misma dirección que Andrés.

Quiso seguirlos María, pero no se lo permitieron, y le hi-

cieron comprender que era una imprudencia lo que intentaba.

El cura se encargó de acompañar y consolar á la infeliz jóven y al anciano padre de esta.

El juez, con el médico y algunos aldeanos, tomaron tambien por el mismo sendero que ya sabemos conducia al solitario lugar que servia de refugio á los criminales.

Como si dudasen aún, volvieron á recorrer los alrededores de la ermita.

Tuvieron al fin que darse por vencidos y volvieron tristes y silenciosos á la aldea.

El sacristan supo bien pronto el resultado de las pesquisas y tembló y palideció cuando le dijeron que habian ido en busca de los criminales á la casa de las brujas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

GAPITULO VII.

UNA PUÑALADA.

La chispa engendra la hoguera, y en esto no habían pensado los criminales.

El sencillo aldeano que había visto la luz en la casa ruinosa, no podía sospechar que al ocuparse de las brujas y duendes iba á iluminar la inteligencia de los que buscaban á los criminales.

Pepa había cometido una imprudencia al encender fuego, y los resultados debían ser los peores para ella.

No hay crimen oculto para la justicia cuando se saben aprovechar todas las circunstancias, cuando se da valor á todos los detalles y se discurre con buena lógica.

Al hacer el robo en la iglesia olvidáronse los criminales de las gotas de cera que era forzoso quedasen en el suelo al caer la palmatoria, y esto sirvió de punto de partida para las deducciones y sospechas del astuto sargento.

Tampoco la joven rubia pensó que el fuego que encendía podía ser distinguido desde larga distancia y que debía llamar la atención, tanto mas cuanto que los supersticiosos aldeanos creían que el edificio ruinoso era morada de brujas, duendes y trasgos.

Precisamente de este asunto habíanse ocupado María y Andrés mientras los criminales se apoderaban del niño.

Cuando el desdichado padre pudo dominar el trastorno del primer arrebato de su dolor, pensó en las sospechas de su esposa.

Posible y hasta probable era que entre las ruinas se albergasen los ladrones, y era de presumir que allí hubiesen llevado al niño.

En aquellos instantes de mortal angustia, Andrés era tan astuto como el sargento; pero no podía ser prudente, porque se sentía impulsado por su amor paternal.

Ya lo hemos visto lanzarse locamente en direccion á la casa ruinoso.

No podía ser mas peligroso lo que hacia si allí se encontraban los criminales.

Debian estos vigilar, y si álguien se les acercaba se defenderian ó huirian, segun creyesen mas ó menos fuerte al enemigo.

¿Qué suerte le esperaba al noble Andrés?

Enteramente solo y desarmado seria víctima de su arrojo, sin que los guardias pudieran socorrerlo, porque lo seguian á bastante distancia.

En medio de las tinieblas, rugiendo sordamente y dejando escapar centellas por los ojos, corrió Andrés sin cuidarse de seguir por el tortuoso sendero.

Quería llegar cuanto antes á la casa ruinoso, y para conseguirlo avanzó en línea recta.

Ni los espesos matorrales, ni las desigualdades del terreno eran un inconveniente para él.

Corría sin cesar y salvando cuantos obstáculos se le presentaban.

Sus fuerzas en aquellos momentos eran las de un gigante, porque estaban sostenidas por una violenta excitacion nerviosa.

Empero sus fuerzas de nada le servirían contra un puñal. En ningun peligro pensó.

Parecíale que no tenia mas que llegar y arrancar á su hijo de manos de los raptore.

Y una vez que tuviese entre sus brazos á su hijo, ¿quién seria capaz de arrebatárselo?

Si por algunos minutos habia discurrido Andrés con calma y claridad, otra vez se habia dejado arrebatar por el sentimiento.

No era posible que en tal estado adoptase ninguna precaucion, ni siquiera concebir que pudiera perderse un instante cuando se trataba de recuperar al hijo adorado.

Parecíale un siglo cada minuto que pasaba, y sin embargo no tenia conciencia del tiempo.

Con frecuencia los matorrales espinosos lo herian, y estaban ensangrentadas sus manos y destrozada su ropa; pero él no se apercibia de nada de esto.

Sin que él mismo supiese cómo, llegó al fin muy cerca de las ruinas, que en medio de las tinieblas no presentaban mas que una masa informe y negra.

Creyó Andrés que habia triunfado y lanzó un grito de júbilo inmenso.

GALERIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1825-1874 TERREY, MEXICO

Su voz fué como un aviso salvador para los criminales.
De entre los escombros escapóse otro grito de sorpresa y de terror.

Luego se oyó decir:

—Manolo, si vacilas, todos nos perderemos.

—Miserable! exclamó Andrés.

Y siguió avanzando resueltamente hácia las ruinas.

Empero un hombre le salió al encuentro diciéndole:

—Atrás!

Relumbró la hoja de un puñal ó navaja.

Detúvose Andrés, y replicó:

—Ya no hay salvación para vosotros, á menos que aprovecheis los instantes para huir dejándome á mi hijo.

El que blandía el puñal soltó una carcajada burlona y dijo:

—¿Crees que un hombre me infunde miedo?..... Si quieres vivir, retrocede, y en cuanto á tu hijo, arreglaremos el negocio en mejor ocasion.

No se encontraba Andrés en buena disposicion de ánimo para discutir, ni era tampoco posible que retrocediera porque le amenazaban con la muerte; era padre y el valor le sobraba para arrostrar todos los peligros.

—Basta, gritó.

Y sin darse apenas cuenta de lo que hacia, lanzóse sobre el miserable que intentaba detenerlo.

—Puesto que lo quieres, toma, dijo Manolo.

Como un relámpago brilló la hoja de la navaja ó puñal.

Andrés exhaló un ¡ay! con voz ahogada.

Su cuerpo vaciló un instante y cayó pesadamente, quedando inmóvil.

El crimen estaba consumado.

Manolo dejó escapar una blasfemia, guardó la navaja y desapareció entre los escombros.

Pocos momentos despues se oyó el siguiente diálogo sostenido con viveza:

—Tras el padre vendrá la guardia civil.

—Por eso debemos aprovechar el tiempo.

—¿Y á dónde hemos de ir?

—No lo sé; pero tú conoces bien estos sitios, y por de pronto evitaremos el golpe.

—El chiquillo es un estorbo.

—Cargaremos con él y tendremos paciencia.

—Pues vamos.

Resonó entonces un gemido angustioso.

Los dos criminales salieron de entre las ruinas, llevando al niño, que temblaba convulsivamente sin atreverse á gritar por temor á que lo matasen segun le decian.

La tierna criatura no habia podido hacerse cargo de la situacion.

Confusamente habia oido la voz de su padre; pero no habia comprendido lo demas.

El cuerpo de Andrés yacia á pocos pasos de su pobre hijo.

—¿Estará bien muerto? dijo Pepa.

—Creo que sí, le respondió su cómplice. Ya sabes que tengo la mano segura. El golpe ha ido derecho al corzon y la hoja ha penetrado bien, de manera que si no está muerto, morirá pronto.

—Elo es que no puede estorbarnos ahora.

—Mira, mira.....

—¡Ahl.....

—Luces.....

—Y mucha gente.....

—Corren hacia aquí.....

—Vamos, Manolo.

—Lo que te digo, Pepa, es que este negocio empieza á disgustarme, pues con lo que acaba de suceder es mucho mas difícil hacer lo que tenemos pensado.

—Algo hemos conseguido ya.

—Casi deberíamos contentarnos con lo de la iglesia.

—Es poco.

—Dejemos al chiquillo, y cuando lo encuentren no nos buscarán con tanto empeño.

—Manolo, cuando se principia es preciso concluir.

—¡Rayos!.... las mujeres son siempre la perdición de los hombres.

—¿Tienes miedo?

—¡Miedo!.....

—Entonces.....

—Es que me contento con menos que tú.

—Pues para vivir como un miserable debes ser hombre honrado.

—Hágase tu voluntad.

No hablaron mas.

Manolo cogió brutalmente al niño y corrieron hacia un barranco.

Tiempo era ya, porque los otros se acercaban.

A favor de la oscuridad desaparecieron bien pronto los criminales.

A pesar de esto, debían encontrarlos si algun nuevo incidente no los favorecía.

En otro tiempo aquella comarca habia sido teatro de las hazañas de Manolo, y por consiguiente conocia el terreno á palmos.

Si lo dejaban llegar á la cumbre de que antes hemos hecho mencion, prometfase burlarse de sus perseguidores.

Aun no habia trascurrido un cuarto de hora cuando llegaron el juez y los guardias.

A favor de la antorcha descubrieron el cuerpo de Andrés. No pudieron contener una exclamacion de horror y de sorpresa.

—¡Muerto! murmuró el representante de la ley.

El sargento, que ante todo queria apoderarse de los criminales, cogió la antorcha y se metió entre las ruinas.



—¡Ya es tarde! dijo con desesperación. ¡Han desaparecido!

—Todo lo ha echado á perder la imprudencia de ese infeliz; pero los asesinos no pueden estar lejos.

Efectivamente, cerca estaban; pero ¿cómo adivinar hacia dónde se habían dirigido?

En aquellos instantes no podía el sargento disponer mas que de los dos guardias, y esto era poco para explorar por todos lados el terreno.

Involuntariamente pronunció el nombre del sacristan, y esto nos recuerda la situación crítica del miserable hipócrita.

¿No había adoptado ninguna precaución al saber que el juez y los guardias se dirigían á la casa ruinosa?

Era imposible que Braulio esperase tranquilamente los sucesos.

Si se apoderaban de sus cómplices y estos confesaban la verdad, el sacristan estaba perdido.

Huir era reconocer implícitamente su crimen.

Quedarse era arriesgar demasiado.

No podía Braulio ser un criminal como otro cualquiera, y por consiguiente algo tenía que hacer para evitar el golpe que le amenazaba.

¿Qué determinó?

Lo averiguaremos en tanto que el juez y las guardias socorrian al desdichado Andrés y hacían cuanto es imaginable para encontrar á los asesinos.

CAPITULO VIII

EL CINISMO DE BRAULIO.

Braulio habló con unos y con otros, escuchando con profunda atención las noticias que daban sobre la desaparición del niño y los comentarios que del suceso se hacían.

Las palabras pronunciadas por el sargento habían sido tomadas por muchos al pie de la letra, creyendo firmemente que las brujas habían sido las que se habían apoderado de la tierna criatura.

El sacristan se separó de los aldeanos, empezando á discurrir y á calcular con una frialdad verdaderamente horrible.

Los que habían ido en busca de los criminales no podían volver á la aldea antes de tres horas.

¿No era este tiempo bastante para dar un paso decisivo?

Creyó Braulio que sí, acabando por tranquilizarse.

En el espacio de tres horas había tiempo bastante para que el miserable hipócrita hablase con María.

—¡Ya es tarde! dijo con desesperación. ¡Han desaparecido!

—Todo lo ha echado á perder la imprudencia de ese infeliz; pero los asesinos no pueden estar lejos.

Efectivamente, cerca estaban; pero ¿cómo adivinar hacia dónde se habían dirigido?

En aquellos instantes no podía el sargento disponer mas que de los dos guardias, y esto era poco para explorar por todos lados el terreno.

Involuntariamente pronunció el nombre del sacristan, y esto nos recuerda la situación crítica del miserable hipócrita.

¿No había adoptado ninguna precaución al saber que el juez y los guardias se dirigían á la casa ruinosa?

Era imposible que Braulio esperase tranquilamente los sucesos.

Si se apoderaban de sus cómplices y estos confesaban la verdad, el sacristan estaba perdido.

Huir era reconocer implícitamente su crimen.

Quedarse era arriesgar demasiado.

No podía Braulio ser un criminal como otro cualquiera, y por consiguiente algo tenía que hacer para evitar el golpe que le amenazaba.

¿Qué determinó?

Lo averiguaremos en tanto que el juez y las guardias socorrieran al desdichado Andrés y hacían cuanto es imaginable para encontrar á los asesinos.

CAPITULO VIII

EL CINISMO DE BRAULIO.

Braulio habló con unos y con otros, escuchando con profunda atención las noticias que daban sobre la desaparición del niño y los comentarios que del suceso se hacían.

Las palabras pronunciadas por el sargento habían sido tomadas por muchos al pie de la letra, creyendo firmemente que las brujas habían sido las que se habían apoderado de la tierna criatura.

El sacristan se separó de los aldeanos, empezando á discurrir y á calcular con una frialdad verdaderamente horrible.

Los que habían ido en busca de los criminales no podían volver á la aldea antes de tres horas.

¿No era este tiempo bastante para dar un paso decisivo?

Creyó Braulio que sí, acabando por tranquilizarse.

En el espacio de tres horas había tiempo bastante para que el miserable hipócrita hablase con María.

Esta habia vuelto á su casa en el trisísimo estado que era consiguiente.

Su padre no podia consolarla, porque necesitaba tantos consuelos como ella.

El médico se ocupó ante todo en recetar lo que creyó conveniente para evitar que la conmoción violenta que aquellas dos criaturas habian experimentado no produjese una grave enfermedad.

Después de hacerlo así despidióse el médico para ir hacia la casa de las brujas, porque su impaciencia no le permitia esperar.

El sacristan, que iba y venia por los alrededores de la casa, vió salir al médico y creyó que la ocasion era oportuna para sus planes.

Dando á su rostro la expresion que el caso requeria, entró en la vivienda de don Gaspar, donde aun estaba el cándido sacerdote.

No era Braulio la persona mas apropósito para consolar á sus víctimas, pues estas no habian olvidado lo mucho que el miserable les habia hecho sufrir en otro tiempo; pero fué bien recibido porque creian de buena fé en el arrepentimiento del sacristan.

—Supongo, dijo el cura, que ya sabrás lo que sucede.

Braulio exhaló un suspiro y exclamó:

—¡Estoy horrorizado!

—Y aquí tienes á María que no acaba de entrar en razon y se empeña en que quiere ir á la casa de las brujas, como si con su presencia hubiera de conseguir algo.

—Su impaciencia no me sorprende, replicó Braulio, pues es madre, se trata de la vida de su único hijo y no es posible que espere con calma.

—No, no esperaré, dijo entonces la jóven, y si antes me he dominado ha sido por atender á mi buen padre; pero su estado no ofrece por ahora peligro, no necesita mas que reposo, y con nuestros criados correré hasta encontrar á mi esposo.

—Hija mia, replicó don Gaspar, tú no puedes sufrir tanto, tus fuerzas se agotarán bien pronto.....

—Las fuerzas me sobran.

—Esperemos que no tardarán en volver.

—Pues eso es lo que yo digo, repuso el cura, no tardarán en volver, y traerán al niño, no lo dudeis. Entretanto es preciso esperar y resignarse, porque Dios lo manda así. El tiempo que habeis de emplear en vanas quejas, debe invertirse en suplicar á Dios para que nos socorra.

—Acepto la desgracia y me resigno; pero resignarse no es abandonarse á las circunstancias. No podeis comprenderme, porque lo que una madre sufre, solo otra madre lo concibe. Puedo separarme de mi padre, y por consiguiente no esperaré, á menos que hegaís uso de la violencia para detenerme.

Estas palabras las pronunció María con acento de la mas firme resolucion.

En vano su anciano padre y el cura le suplicaron.

Ella se puso en pié, disponiéndose á salir con alguno de sus criados.

—Puesto que el señor cura se queda, dijo Braulio, te acompañaré, pues me tiene en grandísimo cuidado lo que haya podido suceder á mi amigo.

No era la compañía agradable para la jóven; pero no podia rechazar el ofrecimiento sin llamar la atencion.

—¡Cuánto crimen, cuánto crimen! repetia Braulio sin cesar.

Y suspiraba pensosamente y levantaba al cielo los ojos.

Salieron seguidos de dos criados, que llevaban una luz. Atravesaron la calle principal de la aldea y tomaron por el sendero hacia la ermita.

Los dos sirvientes iban delante.

María lloraba y pronunciaba el nombre de su hijo.

—Manos á la obra, dijo para sí el sacristán.

Y luego añadió en voz alta y en tanto que fijaba en la joven una mirada devoradora:

—María, si quieres que la vida de tu hijo se salve, escúchame con cuanta calma te sea posible y no des un grito, ni pronuncies una palabra que pueda llamar la atención de tus criados.

A pesar de esta terrible advertencia, la infeliz madre se detuvo, dejó escapar una exclamación de asombro y miró al hipócrita con afán indescriptible.

—Vamos, María, vamos.....

—Oh!..... ¿qué significan tus palabras?

—No levantes la voz.....

—Explicáte, miserable..... ¡ah!..... ahora lo comprendo todo.....

—Si en estos momentos me sucediese alguna desgracia, tu hijo moriría, porque están adoptadas todas las precauciones. Aquí me tienes: cuentas con la ayuda de tus dos criados; no tengo armas ni fuerzas para sostener con ellos una lucha; diles que soy el criminal y que se apoderen de mí; pero apenas lo hayan hecho, un puñal se hundirá en el pecho de tu hijo, sin que te quede ni siquiera el consuelo de la venganza, porque no podrás presentar ninguna prueba contra mí.

No es posible comprender el efecto que estas palabras produjeron en María.

La infeliz no acertó á moverse ni á pronunciar una palabra.

Fijábase su mirada con terror profundo en Braulio.

Este contemplaba con júbilo satánico á su víctima.

Habían quedado envueltos en la oscuridad, porque los dos criados seguían adelantando sin apercibirse de lo que tan cerca de ellos sucedía.

Los pequeños ojos del sacristán relumbraban como dos luciérnagas.

María respiraba muy trabajosamente,

Para sostenerse tenía que hacer sobrenaturales esfuerzos.

¿Necesitaba la infeliz mas explicaciones?

Lo que Braulio acababa de decir era suficiente para comprender cuanto había sucedido y para apreciar todo lo horrible de la situación.

El miserable hipócrita era el autor del crimen, y esto no podía ya ponerse en duda, pues él mismo lo confesaba con un cinismo inconcebible.

¿Qué se habría propuesto al apoderarse de la tierna criatura?

Lo decían sus ojos iluminados por el fuego de una repugnante pasión.

Tampoco sobre este punto necesitaba María mas explicaciones.

No dudaba que su hijo sería asesinado, y por de pronto no pensó mas que en salvarlo.

—Ahora no te exijo mas que disimulo, dijo el hipócrita.

—¡Y no puedo acabar con tu misera existencia!.....

—No, María, porque sería pronunciar la sentencia de muerte contra tu inocente hijo..... Mira, tus criados se detienen, y si sospechan.....

—Vamos, dijo con acento breve la desgraciada madre.

Púsose en movimiento como un autómatas que obedece á sus resortes.

—Concluyamos, añadió despues de algunos momentos.

—Para una madre no hay nada imposible.

—Así lo crees porque en tu alma no hay un solo sentimiento noble.

—¿Y qué es lo imposible para una madre?

—El olvido de los deberes que le impone su honor.

—Mas que el honor vale la vida de un hijo.

—Eres un miserable.

—Perdemos el tiempo, María.

—Me has robado mi hijo, me amenazas con matarlo....

¿Que es lo que quieres de mí?

—No debe sorprenderte cuando te exijan una crecida cantidad por el rescate de tu hijo.

—Estoy pronta á satisfacer tu codicia.

—Pero eso no es mas que para cubrir las apariencias, pues lo que verdaderamente me propongo lo sabrás despues.

—¿No has querido ahora mas que decirme que eres el criminal?

—Lo que quiero es que te arregles como mejor puedas para evitar que sigan buscando á mis cómplices en las cercanías de la casa de las brujas, que si se acercan demasiado á ellos, cumplirán las órdenes que tienen y matarán á tu hijo. Ya ves que te doy un consejo por tu propia conveniencia, y otro dia, cuando la seguridad de que tu hijo vive te haya devuelto la calma, entraremos en explicaciones, y este asunto quedará definitivamente arreglado. Lo que has de hacer en estos momentos lo ignoro; pero repito que para una madre no hay nada imposible, y si te empeñas, no encontrarán á mis cómplices.

Semejante exigencia acabó de aturdir á María.

La obligaban á que protegiese á los que se habian apoderado de su hijo.

Esto, por mas que fuera inconcebible, era demasiado cierto.

—¡Dios justiciero! exclamó la infeliz. ¿Cómo permites tanta maldad?

—Ya ves que Dios no te ayuda.

—Esto es demasiado horrible.....

—Ciertamente; pero.....

—Calla, calla.

Si la jóven hubiera podido discurrir entonces con alguna calma, habria comprendido que á los criminales no les convenia agravar su situacion dando muerte al niño.

Al hacerlo así no habia de serles mas fácil salvarse, sino que por el contrario les seria mas difícil.

Empero lo que la infeliz queria ante todo era que su hijo no muriese, ya lo hemos dicho, pues mientras viviese la tierna criatura, podia la madre abrigar esperanzas.

Quiso reflexionar, pero en situacion semejante la reflexion era imposible.

—¿Qué decides? preguntó Braulio despues de algunos minutos.

—No puedo decir lo que haré.

—De tu resolucion depende todo.

—Déjame, porque si estás á mi lado.....

—Vas á quedar complacida, pero sobre el pecho de tu hijo hay un puñal.

—No lo olvido.

—Por de pronto vivirá tu hijo, y esto no es poca fortuna.

—¡Cobardel

—Lo soy, es verdad.

GALERIA.

—Aléjate, ya te lo he dicho, repuso María, porque si permaneces á mi lado.....

—Te dejo reflexionar.

Y al decir esto el hipócrita redobló el paso, dió alcance á los sirvientes y les dijo:

—Cuidad de vuestra señora. No puede andar tan de prisa como yo, y quiero adelantarme para averiguar pronto lo que ha sucedido.

Signió sin detenerse, desapareciendo á los pocos minutos.

Llegaron á la cruz de la ermita.

Desde allí vieron algunas luces que se movían á larga distancia.

CAPITULO IX.

EN LA CRUZ DE LA ERMITA.

María tuvo que detenerse al pié de la cruz de la ermita. Faltábale el aliento, y toda la fuerza de su voluntad no era suficiente para compensar la falta de las fuerzas físicas.

Mucho sufría la infeliz, pero aun debia sufrir mucho mas cuando se desaturdiere.

En el órden moral sucede lo mismo que en el físico. Cuando un golpe es demasiado fuerte, la sensibilidad se embota, y no se experimenta dolor hasta despues de algun tiempo; así mismo sucede cuando es demasiado ruda una conmocion, cuando llega á su último grado la violencia del golpe moral.

Tanto habia sufrido María en pocas horas, que alguna vez dudó si soñaba.

Por su desdicha era demasiado cierto lo que sucedia, por mas que pareciese inverosímil.

Empero cuando la realidad es exageradamente espantosa, no queremos aceptarla, nos empeñamos en dudar, buscamos afanosamente un rayo de esperanza y aun creemos distinguirle por mas que nos encontremos entre densas tinieblas.

Las ilusiones son engendradoras de desengaños, de amarguras, pero también son un consuelo que nos sostiene y nos infunde valor para sostener esas luchas verdaderamente titánicas y superiores á las fuerzas de la criatura.

El estado moral de María no tiene fácil explicación. Figúrase una criatura que repentinamente recibe un golpe en la cabeza y queda aturdida hasta el punto de no poder darse cuenta de lo que le ha sucedido.

Pasóse la joven las manos por la frente, y miró á su alrededor.

No vió mas que la luz rojiza y humeante que llevaba uno de sus criados; luz que reflejaba en las blancas paredes de la ermita y que hacía proyectar á la cruz de piedra una sombra de vagos contornos.

Instintivamente se dejó caer María de hinojos al pié de la cruz, apoyando en la fría piedra su frente abrasada por la fiebre.

No podemos decir si en aquellos momentos escaparon lágrimas de sus ojos.

Exhaló gemidos ahogados, y pocos momentos después quedó inmóvil y silenciosa como una estatua.

Entretanto el cielo, antes trasparente y puro, empezaba á cubrirse de negros nubarrones.

Las estrellas desaparecían.

Por momentos hacíaase mas densa la oscuridad.

Y el tiempo pasaba, y la joven no se movía.

¿Para qué había salido de su casa?

¿Por qué no corría para evitar que fuesen perseguidos los cómplices de Braulio?

Tal vez la desdichada había perdido el conocimiento, pe-

ro también era posible que dudando, vacilando, luchando en su alma contrarios sentimientos, no se atreviese á decidir.

Dejando correr los sucesos, su conciencia quedaría mas tranquila, porque no tendría que acusarse de haber cometido una torpeza.

Al cabo de veinte minutos no brillaba ya una sola estrella.

La atmósfera era pesada.

Amenazaba la tormenta.

Y lentamente, como una procesion de fantasmas, dirigíanse hacia la ermita algunos bultos informes, entre los que se destacaba la luz de una antorcha que mas de una vez pareció próxima á extinguirse.

Nada de esto vió María. Continuaba inmóvil y con la frente apoyada en la cruz.

Los criados no se atrevieron á interrumpirla.

Los negros bultos se acercaban.

Otros veinte minutos trascurrieron, y por fin aparecieron junto á la cruz el juez y los guardias civiles, deteniéndose y colocando sobre la yerba el cuerpo inerte del noble Andrés.

Tenia éste el rostro ensangrentado y desfigurado hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

María se puso en pié como impulsada por un resorte.

Dió algunos pasos.

Fijó la mirada con extravío en su desdichado esposo.

Luego levantó la cabeza, contempló el negro horizonte, y exclamó con voz destemplada:

—¡Justicia, Dios omnipotente, justicia!

Y pronunciando el nombre de Andrés, exhaló un grito desgarrador, abrió los brazos, vaciló un instante y cayó sin sentido.

—Justicia se hará, ó dejaré de ser quien soy, murmuró el sargento.

Abrióse la negra masa de nubes, fulguró la cárdena luz de un relámpago, ennegrecióse el horizonte otra vez, y como si el Omnipotente hubiera querido responder á María resonó el tableteo horrísono del trueno.

El juez permanecía inmóvil, silencioso y sombrío.

Todas las cabezas se inclinaron.

Una violenta ráfaga de viento apagó las antorchas, y las vaporosas nubes, convirtiéndose en agua, enviaron á la tierra torrentes de cristalino líquido.

Aquellós hombres que no conocían el miedo, temblaron.

La situación era horrorosa.

El cuadro no podía ser mas lúgubre, y no podía contemplarlo con indiferencia sino un impío.

Entre unos matorrales cercanos brillaron dos discos que hubieran podido tomarse por los ojos de un gato montés.

Y en aquel mismo sitio, una voz que conocemos murmuró:

—Satanas me protege, y yo seria el hombre mas ingrato del mundo si me quejase de mi fortuna.

Los dos puntos luminosos desaparecieron.

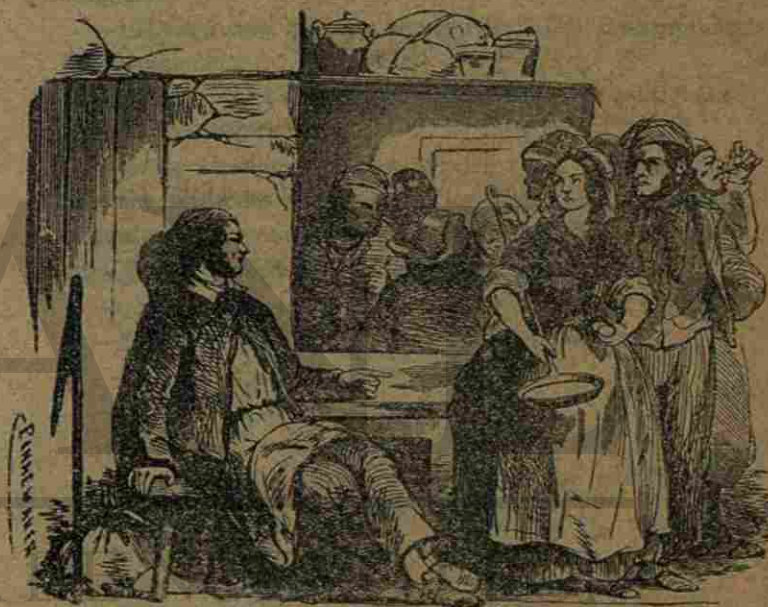
Diez minutos despues entraba Braulio en su vivienda, ocupándose ante todo en cambiar de ropa para que la humedad no le hiciese daño.

Terminada esta operacion, se fué á la cocina, sentándose junto al hogar, suspirando penosamente, inclinando la cabeza sobre el pecho y quedando inmóvil.

—¿Han encontrado al niño? preguntó la ama de gobierno.

—No, respondió el sacristan.

—¡Jesus!..... ¿Es posible que haya criaturas tan criminales?



Terminada esta operacion se fué á la cocina. ®

—La desaparición del niño no es la única desgracia que tenemos que lamentar.

—¿Pues qué mas ha sucedido?

—¡Ay!..... No quiero pensarlo porque los cabellos se me erizan.

—Pues no parece sino que ha caído sobre la aldea una maldición.

—Señora Juana, debemos respetar los fallos inescrutables del Omnipotente.

—Amen, dijo el ama de gobierno mientras se santiguaba.

—Estoy trastornado y.....

—Señor Braulio, repuso la sirvienta con cariñoso tono, debemos sentir las desgracias de los demás, pero no hasta el punto de que nuestra salud se quebrante, pues el señor cura dice que tenemos la obligación de conservar la vida.

—¿Y cómo he de mirar con indiferencia lo que sucede?

—Está usted pálido, tiene usted cara de difunto.....

—Me siento mal.

—Le daré á usted una vinagrada.....

—Lo que quiero es reposo.

—Pero en fin, ¿qué ha sucedido? Porque la verdad, señor Braulio de mi alma, siento una conmoción.....

—Han asesinado á mi amigo Andrés.

El ama de gobierno dejó escapar un grito de horror.

—Y según parece, la pobre María se ha encontrado de buenas á primeras con el cadáver de su esposo.

—¡Santa Rita y San Pedro!..... ¿Y qué mas ha sucedido?

—¿Le parece á usted poco?

—Y tronando, y lloviendo, y usted por esos campos de Dios..... Acérquese usted mas al fuego, señor Braulio.

—Ahora temo que al anciano don Gaspar le cueste la vida, porque á su edad no pueden soportarse tan terribles golpes.

—¿Pero quién se ha llevado al niño?

—Debe suponerse que los mismos que robaron en nuestra iglesia.

—¿Pero quién robó?..... eso es lo que me pregunto á todas horas.

—Señora Juana, dijo con fingida gravedad el hipócrita, la justicia no sabe mas sino que robaron los ladrones.

—¿Y para qué sirve la justicia?

—Ya lo ha visto usted.

—Sí, para incomodar á todo el mundo. El sargento de la guardia civil no hace mas que pasearse por la plaza á todas las horas del día, y así gana el sueldo, y cuando menos se piense lo harán capitan, y Dios sabe si lo veremos hecho un general.

—No murmuremos, señora Juana.

—Es que yo soy boca de verdades y no me muerdo la lengua, y lo que siento lo digo, porque si callo me indigesto y reviento. Para hacer lo que hace ese sargento, cualquiera sirve. ¿Pues qué, se gana el sueldo sin hacer mas que dejarse crecer los bigotes? Si tuviera que pasar la vida de perros que usted pasa, sabrían entonces lo que cuesta ganar el pan.

Así continuaron hablando hasta las once de la noche, hora en que volvió el padre cura, haciendo comentarios y pronunciando muchas frases en latín mientras le preparaban la cena.

Los dejaremos porque es preciso que nos ocupemos otra vez de Pepa, de Manolo y del niño.

CAPITULO X.

LA ATREVIDA RESOLUCION DE PEPA.

Pepa y Manolo con el pobre niño habian vagado de un lado para otro, aprovechando para ocultarse las mismas desigualdades del terreno.

La antorcha que llevaban los guardias habia sido muy útil para los criminales, pues no tenian necesidad de fatigarse y moverse cuando veian que la luz se alejaba de ellos.

Solo así pudieron escapar.

Semejante situacion no era sostenible mas que por algunas horas; pero al día siguiente la guardia civil desplegaria toda su actividad y recorrería la comarca mientras hacian lo mismo los agentes de la autoridad en otras poblaciones, en cuyo caso los criminales debian considerarse perdidos, pues el niño seria bastante para darlos á conocer.

Sabemos ya que los guardias, cansados de ir y venir inútilmente, pusieron en marcha con el juez hacia la cruz de la ermita, llevándose el cuerpo de Andrés.

—Ahora temo que al anciano don Gaspar le cueste la vida, porque á su edad no pueden soportarse tan terribles golpes.

—¿Pero quién se ha llevado al niño?

—Debe suponerse que los mismos que robaron en nuestra iglesia.

—¿Pero quién robó?..... eso es lo que me pregunto á todas horas.

—Señora Juana, dijo con fingida gravedad el hipócrita, la justicia no sabe mas sino que robaron los ladrones.

—¿Y para qué sirve la justicia?

—Ya lo ha visto usted.

—Sí, para incomodar á todo el mundo. El sargento de la guardia civil no hace mas que pasearse por la plaza á todas las horas del día, y así gana el sueldo, y cuando menos se piense lo harán capitan, y Dios sabe si lo veremos hecho un general.

—No murmuraremos, señora Juana.

—Es que yo soy boca de verdades y no me muerdo la lengua, y lo que siento lo digo, porque si callo me indigesto y reviento. Para hacer lo que hace ese sargento, cualquiera sirve. ¿Pues qué, se gana el sueldo sin hacer mas que dejarse crecer los bigotes? Si tuviera que pasar la vida de perros que usted pasa, sabrían entonces lo que cuesta ganar el pan.

Así continuaron hablando hasta las once de la noche, hora en que volvió el padre cura, haciendo comentarios y pronunciando muchas frases en latín mientras le preparaban la cena.

Los dejaremos porque es preciso que nos ocupemos otra vez de Pepa, de Manolo y del niño.

CAPITULO X.

LA ATREVIDA RESOLUCION DE PEPA.

Pepa y Manolo con el pobre niño habian vagado de un lado para otro, aprovechando para ocultarse las mismas desigualdades del terreno.

La antorcha que llevaban los guardias habia sido muy útil para los criminales, pues no tenian necesidad de fatigarse y moverse cuando veian que la luz se alejaba de ellos.

Solo así pudieron escapar.

Semejante situacion no era sostenible mas que por algunas horas; pero al día siguiente la guardia civil desplegaria toda su actividad y recorrería la comarca mientras hacian lo mismo los agentes de la autoridad en otras poblaciones, en cuyo caso los criminales debian considerarse perdidos, pues el niño seria bastante para darlos á conocer.

Sabemos ya que los guardias, cansados de ir y venir inútilmente, pusieron en marcha con el juez hacia la cruz de la ermita, llevándose el cuerpo de Andrés.

Esta determinacion fué conocida de los criminales cuando vieron que la luz se alejaba hácia la aldea.

Podian, por consiguiente, los criminales contar siquiera con algunas horas de reposo que les permitia conferenciar para adoptar una resolucíon.

—Ahora, dijo Pepa, descansenos y hablemos.

—Poco tengo que decir, replicó Manolo.

—Tú conoces el terreno y tu opinion vale mucho.

—Pues bien, me considero perdido.

—¿Y por qué?

—Con el muchacho no podemos presentarnos en ninguna de estas aldeas, y no nos queda mas recurso que tomar el camino de Sevilla, porque allí es donde con mas facilidad podremos ocultarnos.

—Pero desde aquí á Sevilla.....

—Nos echará mano la guardia civil, no lo dudes. Y en vano nos empeñaremos en decir que somos gente honrada y en quererlo justificar, porque esta criatura es una prueba que nos ha de perder.

—¿Qué crees entonces que nos conviene hacer?

—Pepa, cuando un negocio se tuerce, es preciso abandonarlo. Las cosas no han sucedido á medida de nuestro deseo, la situacion es muy mala y debemos contentarnos con lo que hemos podido sacar. Dejemos al niño, y libres de estorbos conseguiremos llegar á Sevilla y una vez allí nada tendremos que temer.

Si obcecado estaba el sacristan, no lo estaba menos Pepa.

Al primero lo tenia trastornado su pasion, y á la segunda la trastornaba tambien la codicia, sin contar con que se habia interesado su amor propio en aquel asunto, lo cual no es ménos cierto porque no tenga fácil explicacion.

Creia firmemente Pepa que podia conseguir una crecida suma en concepto de rescate del niño, y esto la halagaba demasiado y no podia renunciar á ello.

Su amante y cómplice se mostraba mas prudente, sin duda porque comprendia que la situacion se habia agravado mucho desde el momento en que les fué preciso atentar contra la vida de Andrés.

Reflexionó la jóven.

No debian faltarle recursos.

Su amante, que era á la vez señor y esclavo, esperó con impaciencia.

Por fin ella desplegó una sonrisa y dijo tranquilamente:

—Nunca hemos estado tan seguros como ahora.

—En este momento, sí; pero mañana.....

—Mucho mas.

—Cuando uno se empeña en consolarse, lo consigue.

—Nos buscarán por todas partes, ¿no es verdad?

—Claro es que sí.

—¿Y crees que tambien pierdan el tiempo en buscarnos entre esas ruinas?

—No, porque ya saben que no estamos ahí.

—Y sin embargo, Manolo, ahí podemos estar sin mas trabajo que el de ir ahora mismo, y como tampoco han de sospechar que esta noche andamos por la aldea, iré á dar aviso á Braulio, averiguaré si al fin ha muerto Andrés y combinaremos el plan como nos parezca mejor.

—¡Pepa!.....

—¿Te parece todo eso demasiado atrevido?

—Sí.

—Pues sin arriesgar nada, no es posible conseguir nada tampoco.

—Lo que intentas.....

—Tú mismo crees que no han de ir á buscarnos á la casa de las brujas.

—Es verdad; pero.....

—Y como es preciso que estemos en comunicacion con Braulio.....

—Entiendo, entiendo.

—Ahera puedes hacerme las observaciones que te parecen mas oportunas.

Para no devolver la libertad al niño, era indudablemente muy acertado el plan propuesto por Pepa.

¿Quién habia de pensar en ir á la casa de las brujas para buscar á los criminales?

Semejante idea no le hubiera ocurrido ni al astuto sargento.

Entre aquellas ruinas podian los miserables considerarse completamente seguros.

A pesar de la lluvia, que caia á torrentes, apenas volvieron á la aldea nuestros amigos, dispuso el sargento que todos sus subordinados saliesen de la poblacion, dirigiéndose á distintos puntos, y el juez y el alcalde dictaron tambien algunas órdenes para el mas pronto resultado de la empresa.

Entonces no creyó el sargento que tenia necesidad de vigilar á Braulio, puesto que era natural que sus cómplices hicieran lo posible para alejarse.

Cuando resonó el primer trueno ya estaban entre las ruinas Pepa y Manolo con el niño.

Este continuaba temblando y dominado por un pavor que ni siquiera lo dejaba hablar.

En medio de aquella oscuridad profunda continuaron la conversacion.

A las doce cesó la lluvia.

Poco despues empezó á despejarse el horizonte; pero el viento silbaba furiosamente y era intenso el frio.

Pepa estaba dotada de un valor extraordinario, y ademas tenia la costumbre de encontrarse en situaciones muy críticas.

Nada le arredró, y envolviéndose en su abrigo, salió de entre las ruinas y se encaminó hácia la aldea.

No hubiera sido posible distinguirla á pocos pasos de distancia.

Ya habia recorrido muchas veces aquellos senderos y no temia extraviarse.

Media hora despues llegó muy fatigada á la cruz de la ermita.

Allí se sentó para recobrar el aliento, recordando entonces las interesantes escenas que en aquel mismo sitio habian tenido lugar.

Allí se habia presentado Pepa en otra ocasion para desbaratar los planes de Braulio y satisfacer su anhelo de venganza, haciendo á la vez beneficio.

Allí volvia para hacer todo lo contrario.

Si antes habia llegado á la cruz de la ermita, llevando la felicidad á María y Andrés, despues se presentaba para robarles la dicha y destrozarles el corazon.

Las mas extrañas ideas brotaron en la mente de la jóven.

Se preguntó muchas veces por qué no habia sido honrada, y haciendo estas y otras reflexiones dejó que trascurriese muy cerca de media hora.

Al fin se puso en pié, emprendiendo otra vez la marcha hacia la aldea, adonde llegó á las dos menos cuarto.

Por todas partes reinaba el silencio y la soledad.

No transitaba por las calles alma viviente.

Al pasar junto á la casa de sus víctimas detúvose Pepa algunos instantes y miró, viendo que por las rendijas de una de las ventanas se escapaban algunos destellos de luz.

Escuchó sin percibir el mas leve ruido.

—¿Habrá muerto? se preguntó.

Después de algunos momentos dijo:

—Me alegraré que viva, porque no me estorba y porque es un hombre de corazón como hay pocos.

Dicho esto, siguió hasta llegar á la iglesia.

Miró á su alrededor.

Convencida de que nadie la observaba, se acercó á una de las ventanas con reja, porque ya sabía que era la del dormitorio de Braulio, y allí dió algunos golpecitos.

Así evitaba que ninguno se apercibiese de que llamaban á la puerta.

Braulio, que aún no había podido conciliar el sueño, dejó la cama y acudió al fin preguntando:

—¿Quién es?

Pepa puso los labios en la union de las hojas de la ventana y dijo:

—Abre, soy yo, debías esperarme.

Oyóse una exclamación de sorpresa, lo cual probaba que el sacristan no había sospechado que Pepa se atreviese á presentarse aquella noche.

La reconoció por la voz y no hizo mas preguntas.

Pocos momentos después se abrió la puerta sin producir ruido alguno, volviendo á cerrarse cuando entró la joven.

Ella sonreía con aire de triunfo.

El rostro de Braulio estaba contraído.

—¿Has perdido la razón? dijo:

—No, y por eso me tienes aquí, respondió Pepa.

—¿Acaso no sabes que os persiguen sin descanso? replicó el sacristan.

—Ya lo he visto.

—Pues entonces.....

—Aquí no han de venir á buscarnos.

—¡Oh!.....

—Braulio, tenemos mucho que hablar y el tiempo pasa. Entremos en tu habitación, que ahora no hay motivo para que abrigues temor alguno.

—Si alguien observa.....

—Todos descansan, y ya has visto que no he querido llamar á la puerta por si algun vecino está despierto; pero bien ó mal hecho, ya he venido y no he de irme sin haber oído mas que tus exclamaciones.

—Entra, entra.

Pepa explicó brevemente su determinación, preguntando luego cómo se encontraba Andrés.

—Lo ignoro, respondió el sacristan, y esto precisamente es lo que me pone en mayor cuidado, pues no hay nada tan temible como lo misterioso.

—¿Que no lo sabes? replicó la joven con extrañeza.

—No.

—Eso es incomprendible.

—Pronto lo comprenderás.

—Sepamos.

Por mucho valor que tuviesen estas palabras, tenían bien

poco consideradas relativamente, y sin embargo, el rostro de Pepa cambió repentinamente de expresion, revelando una viva contrariedad y aun pudiéramos decir que tambien mucho miedo.

Esto era sorprendente en quien hasta entonces habia dado pruebas de un valor verdaderamente temerario.

¿No deseaba la jóven que se salvase la vida de Andrés?

Nosotros sabemos que sí, y podemos afirmarlo.

El esposo de María habia ejercido sobre la jóven la influencia incontrastable que ejerce toda criatura dotada de un espíritu superior.

Los temores de Pepa, siquiera su disgusto era, por consiguiente, inexplicable.

A veces nuestra inteligencia se oscurece como si la envolviera una densa nube que no podemos disipar con ningun esfuerzo, y cuando menos lo esperamos, sin saber cómo ni por qué, un rayo de viva luz disipa las tinieblas.

Esto precisamente le habia sucedido á la encantadora rubia y habia podido apreciar la situación.

No necesitó reflexionar para convenserse de que hasta entonces se habia valido de medios vulgares y que era forzoso que la intriga se pudiese en claro sin que sus víctimas tuviesen que hacer mas que dejarse llevar de los sucesos.

No quiere esto decir que Pepa estaba arrepentida, ni que quisiese cambiar de conducta, sino que se avergonzó de haber hecho poco, sintióse como humillada por no haber dado pruebas de que valia mucho mas que la generalidad de las mujeres.

Desde aquel momento puede considerarse que Pepa era doblemente temible.

—Habla, dijo despues de algunos momentos al sacristan.

—Voy á decirte lo que he podido hacer, lo que he visto y lo que he sabido.

—Ya te escucho.



—Hablé con María y ya no ignora que yo soy el autor del crimen.

—¿Le has exigido todo lo que deseabas obtener?

—No, porque hubiera sido una torpeza.

—Muy bien.

—Yo no quería mas sino que pusiese algun estorbo para que la justicia no se apoderase de vosotros, asegurándole que de lo contrario su hijo moriria.

—¿Y ella?

—Las fuerzas le faltaban hasta para adoptar una resolucion y la dejé camino de la ermita, dirigiéndome para observar á la casa de las brujas. Junto á la cruz quedó María, porque ya le era imposible moverse, y estando allí llegaron los otros con Andrés gravemente herido ó muerto.

—¿Qué hizo ella?

—Perdió el conocimiento.

—¿Y despues?

—Vine á la aldea y esperé hasta despues de las once, hora en que el padre cura se recogió.

—Prosigue.

—Hé aquí lo que he sabido: María y Andrés fueron conducidos á su casa. Se creyó que don Gaspar iba á volverse loco. El médico acudió, y entretanto el juez dispuso que nadie entrase en donde estaban el herido y su esposa, nadie mas que don Gaspar y el médico y ese sargento que tanto miedo me infunde.

—¿Pero no se encontraba en la casa el cura?

—Tuvo que permanecer junto al hogar, preguntó varias veces si era grave la herida de Andrés ó si habia muerto, y los guardias le contestaron que nada podian decir.

—Es extraño.

—A las once se aburrió el padre cura, se despidió del sargento y se vino. ¿Ha muerto Andrés? Nadie lo sabe. ¿Es grave su herida? ¿Sospechan de mí? ¿Ha hecho María revelaciones? Lo único que puedo decirte, porque todo el mundo

lo sabe, es que la guardia civil se ha puesto en movimiento. ¿Qué debo temer? No lo adivino; pero no puedo estar con calma. Supongo que aún ignoran quién es el verdadero criminal, puesto que nadie me ha molestado; pero esto no es bastante.

—¿Tienes algo mas que decirme?

—Que la situacion se complica, que el asunto presenta muy mal aspecto, y para hablar con franqueza añadiré que has concebido un plan demasiado grande y no cabe en tu pobre cabeza.

—¡Infeliz! murmuró la joven, lanzando una mirada de desden profundo al hipócrita.

—Me has ofrecido lo que no podias cumplir.

—Eres digno de compasion.

—¿Debo abrigar esperanzas? replicó el sacristan.

—El miedo te hace ver visiones.

—Y á tí la vanidad.....

—Aún me sobran recursos, interrumpió Pepa.

—Lo veremos.

—¿Crees que todo está perdido?

—Sí.

—¿Pues qué falta para triunfar?

—Hemos principiado por donde debiéramos concluir, y si ha muerto Andrés, María, en el último grado de la desesperacion, dejará que maten á su hijo antes que ceder, y me acusará, y aunque no presente pruebas.....

—Siempre tu miedo.

—Y si Andrés vive, ¿cuándo he de hacer á María las exigencias cuya realizacion han de constituir mi dicha?..... ¡Oh! exclamó Braulio, lanzando una mirada de odio á su cómplice. Por de pronto tú has ganado, y con dejar al niño

en libertad, nada tendrías que temer. Conocias mis secretos y los has explotado. Para esto sí has tenido mucha habilidad; pero.....

—Acaba.

—Lo que no he dicho puedes adivinarlo fácilmente.

—Has querido herir mi amor propio y lo has conseguido.

—¿Qué me importan tus vanidades? Lo que me importa es la pasión que arde en mi pecho y me devora el alma.

—Una vez mas te probaré lo que valgo.

El sacristan hizo un gesto de duda.

—Y despues de darte esas pruebas, añadió la jóven, cuando tengas que reconocer que todo me lo debes.....

—¿Qué sucederá?

—Que seguiré despreciándote como al último de los miserables.

—Pepa.....

—Basta.

—Ahora es preciso.....

—Ni una palabra mas. Ni que Andrés viva ni que haya muerto, antes de una semana te proporcionaré la ocasión de ver á María, colocándola en la situación mas horrible. Si eres torpe y nada consigues, la culpa no será mia.

Iba á replicar Braulio; pero en aquel momento resonaron fuertes golpes dados en la puerta.

Púsose en pié Pepa.

—¡Estamos perdidos!—exclamó el sacristan.

—¿Y por qué?

—La justicia.....

—Tu cobardía, tu miedo.....

Volvieron á llamar.

—Algun moribundo tiene necesidad del confesor, dijo la jóven.—Quizá tu amigo Andres.....

—Aun así.....

—Responde y abre.

—Pero tú.....

—Aquí pasaré la noche.

—¡Aquí exclamó el sacristan horrorizado.

—Y en tu cama, porque necesito descansar.

No era Pepa mujer que hiciese propósitos en balde.

Habia dicho que allí se quedaria, y era imposible hacerla desistir.

Como si ya fuese cosa convenida, entró en el inmediato aposento y empezó á despojarse de su ropa.

—¿Qué va á suceder?..... ¡Dios mío!..... Esto es horrible..... Si la descubren, si sospechan..... Y vuelven á llamar..... ¡ah!.....

Braulio iba y venia como un tigre enjaulado.

Su rostro se habia tornado en lívido.

—Allá voy, gritó.

Corrió la cortina de la alcoba y miró á todos lados.

Detenerse mas tiempo era dar ocasión á sospechar.

Tomó la palmatoria; salió al pasillo, llegó á la puertecilla y preguntó con voz insegura:

—¿Quién es?

—Abre y despierta al señor cura, le respondieron.

—Ahora no abro con tanta facilidad como antes.

—¿Pero no me conoces?..... Soy Anton, el criado de la señora Pancracia, que se muere y pide confesion.....

—¡La señora Pancracia!.....

—Y si no quieres abrir, iré á dar parte á la autoridad, por-

que no es cosa que la señora Pancracia se condene porque tú tengas miedo.

—Ya te conozco, dijo el sacristán.

Y sin mas vacilaciones, abrió la puerta, dejando el paso libre al que llamaba.

Entró el criado de la moribunda y dijo:

—Tienes el sueño pesado..... Despierta al señor cura..... Aquí aguardaré en tu habitación.

—¿En mi habitación? replicó Braulio estremeciéndose.

—Pues claro es que sí.

—Ven..... así verás que cumplo con exactitud mi deber.

Muy fácil era que Anton, con la ruda franqueza de los aldeanos, hubiérase desde luego introducido en el dormitorio del sacristán, encontrando Dios sabe cómo a la encantadora rubia, y hé ahí cómo una casualidad imprevista hubiera resuelto tal vez la situación, ó por lo menos sido causa de grandes complicaciones.

Empero afortunadamente no sucedió así, pues el aldeano se detuvo, diciendo:

—Todavía no me has preguntado lo que la señora Pancracia necesita.

—Es verdad..... Estoy aturdido por el sueño..... ahora caigo en la cuenta de que su ama no ha confesado, y ante todo será preciso que venga el señor cura.

—Eso es.

—Pues bien, hay que despertarlo.

—Puedes hacerlo, que yo me voy por si en casa me necesitan.

—Como quieras, dijo Braulio, á quien agradaba mucho verse libre de aquel importuno testigo.

—Pues hasta luego.

"ALEJANDRO REYES"

—El aldeano volvió á salir.

—¡Gracias á Dios! exclamó el sacristán. Me ha hecho sufrir horriblemente.

—Hé aquí lo que son las coincidencias, las casualidades..... ¡Oh!..... Así se trastornan los planes mejores combinados.

Mas tranquilo ya, fué hasta el dormitorio del cura.

Este se levantó de muy mala gana, preguntando por qué interrumpían su sueño.

—La señora Pancracia se ha puesto peor, le dijo Braulio, y quiere confesar.

—Todo sea por Dios, murmuró el sacerdote. No me dejan un instante de sosiego. Despues de la noche de agitacion que hemos pasado.....

Interrumpiése, suspiró triatemente, y mientras se vestia dijo:

—¿Y qué habrá sucedido al fin en casa de don Gaspar? Si el pobre Andrés está moribundo..... No, no puede ser, porque habrían pensado en la salvacion de su alma; pero de cualquier manera es extraño lo que sucede, pues lo vigilan como si fuera el verdadero criminal. Ahora comprendo por qué el juez decia la otra noche que en todas estas desgracias habia algo de particular, y lo mismo repetia el sargento, y en cuanto al doctor, con sus miradas y sus sonrisas maliciosas..... En fin, no lo entiendo.

Braulio, que ayudaba á vestir al padre cura, escuchaba y callaba.

Le hacían perder la tranquilidad los comentarios de unos y de otros.

—Tú me acompañarás, dijo el sacerdote cuando se hubo vestido, porque puedo necesitarte, y ademas no debe uno con-

siderarse seguro estos días. La señora Juana vigilará entretanto con orden de no abrir á nadie.

—¿Y qué necesidad hay de quitar el sueño á la señora Juana? replicó el sacristán. Trabaja y necesita descanso.

—Toda precaucion es poca en estos tiempos. ¡Ahl..... Cuando la gente era mas cristiana no sucedia lo mismo. Habia criminales, es verdad, pero... En fin, caminamos á nuestra perdicion.

—Me parece que debemos dejar dormir á la señora Juana.

Tal vez hubiera triunfado esta opinion; pero el ama de gobierno habia despertado, se habia vestido, y se presentó diciendo:

—¿Ha sucedido otra desgracia?

Si el sacristán hubiera podido aniquilar con la mirada á la sirviente lo hubiera hecho; pero tuvo que contentarse con decir ásperamente:

—Ninguna, y puede usted volver á su cama y dormir con descuido.

—He oido llamar y.....

—La señora Paucracia está peor, y vamos á confesarla.

—¡Pobrecita!

—Acuéstese usted, señora Juana, que la noche está fría...

—Pues yo tengo calor, y ya que estoy vestida esperaré, y así me dirán ustedes cómo está la enferma.

—Me parece buena esa determinacion: dijo el cura.

—Y para vigilar mejor, me quedaré en la habitacion del señor Braulio.

—¡En mi habitacion! exclamó el sacristán con acento de terror profundo.

—Eso he dicho, porque allí estaré cerca de la puerta.....

—Imposible, imposible.

—¿Qué le sucede á usted, señor Braulio? Pues no parece sino que yo he dicho alguna heregía..... No me mire usted así, porque.....

—Señora Juana, nada me sucede, absolutamente nada; pero.....

—¿Qué?

—La decencia prohíbe que las mujeres estén en el dormitorio de los hombres.

—Pero como usted va á salir.....

—No importa.

—Yo lo he dicho.....

—Sin malicia, ya lo sé.....

—Verdad es que una mujer soltera.....

—Debe usted permanecer en la cocina, y para evitar que el diablo haga una de las suyas, cerraré mi habitacion y me llevaré la llave.

—¡Jesus, María y José! exclamó el ama de gobierno santiguándose.

—*Vade retro*, murmuró el padre cura.

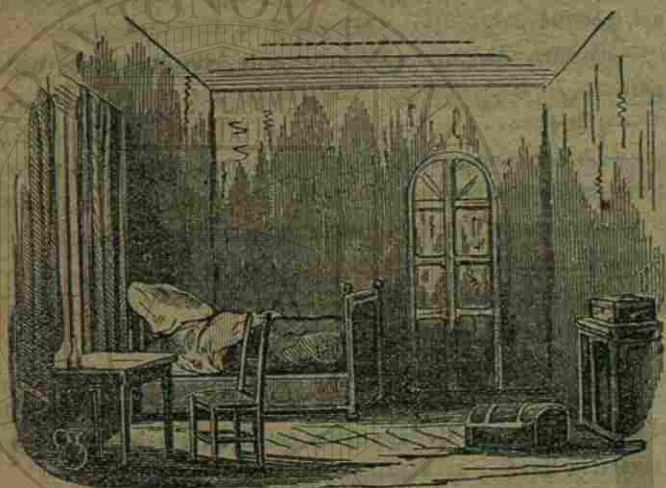
Braulio volvió á su aposento, tomó su sombrero y su capa y salió, cerrando la puerta y guardando la llave porque sabia muy bien de todo lo que es capaz una mujer curiosa.

El sacerdote y el sacristán se encaminaron á la morada de la enferma.

Una hora despues volvieron en compañía de seis ó siete aldeanos, porque tenian que ir á llevar la comunión á la moribunda.

Entretanto la señora Juana, ya que otra cosa no le era

posible hacer, habíase acercado á la puerta de la habitación del sacristan, y mirando por el ojo de la cerradura, dijo sorprendida:



—Se ha olvidado apagar la luz, y este descuido puede dar lugar á una desgracia, pues si se prende fuego.....

Interrumpióse la sirviente, porque de pronto la luz se oscureció como si se apagase; pero un momento despues volvió á brillar.

—¿Qué significa esto? pensó la señora Juana.

Siguió mirando con mayor afán.

Otra vez desapareció repentinamente la luz como si entre esta y la puerta se colocase un cuerpo opaco.

—Pues señor, dijo para sí el ama de gobierno, no me gustan estas sombras chinescas. ¿Qué sucede para que la luz se apague y se encienda como por arte de magia?

Los curiosos no se satisfacen fácilmente, y á la señora Juana le ocurrió mirar por debajo de la puerta.

Así lo hizo, arrodillándose, inclinándose y colocando el rostro sobre el suelo.

—¡Jesus! murmuró. Parece que se mueve algo..... Yo juraría que unos piés andan por ahí; pero no puedo distinguir bien. Sin embargo, esa sombra que va y viene..... Ahora se para. Desaparece..... Esto no me gusta.

Nada mas pudo ver.

Estaba muy preocupada cuando volvieren el cura y el sacristan, y como éste tuvo que entrar en su habitación por las llaves de la iglesia, la sirviente le dijo:

—Vaya usted con cuidado.

—Y por qué?

—No lo sé, pero..... Me parece haber oído por aquí un rumor.

—Aprensiones.

—Vine para convencerme.....

—¿Y qué? preguntó espantado el sacristan.

—Me parece haber visto sombras, fantasmas. ¡Jesus!..... Todo lo que sucede estos dias es extraordinario..... ¿Ha dejado usted luz en su habitación?

—Oreo que sí..... Como el señor cura me esperaba.....

—Puede ser que me equivoque; pero por si acaso le acompañaré á usted, que siquiera he de servir para gritar.

—Señora Juana, otra vez se olvida usted de ciertos miramientos.

—Es que estoy temblando.

—Ve usted visiones.

—Todo es posible.

No se atrevió el ama de gobierno á insistir.

El sacristan entró en su aposento; cerró la puerta y se acercó á la alcoba.

Pepa se habia acostado, y parecia dormir profundamente.

Tomó Braulio las llaves y volvió á salir.

A los pocos minutos ardian los cirios y resonaba la campanilla.

El Omnipotente salia del templo.

Las repetidas vibraciones del címbalo interrumpieron el silencio de la noche.

La señora Juana volvió junto á la puerta de la habitacion del sacristan; pero éste habia tenido cuidado de apagar la luz.

A las dos y media de la madrugada pudo otra vez el sacerdote entregarse al reposo.

¿No intentaria el ama de gobierno continuar satisfaciendo su curiosidad?

Así lo temió Braulio.

Si despertaba Pepa y continuaba la conversacion, la sirviente podia escucharlos.

Pepa no podia salir despues que hubiese amanecido.

Dudando sobre lo que era mas conveniente hacer, trascurrió media hora.

Decidió Braulio ir al dormitorio del ama de gobierno para convencerse de que esta dormia.

No era prudente llevar luz, ni tampoco la necesitaba.

Para no producir ruido alguno, quitóse los zapatos, y en medio de la oscuridad, con los brazos extendidos, palpando la pared y paso entre paso, avanzó el hipócrita hácia el dormitorio de la señora Juana.

De repente sus manos se encontraron con otras, y con otro cuerpo chocó el suyo.

Resonó un grito de pavor.

Braulio no pudo contenerse y dejó escapar una blasfemia.

La señora Juana, porque no era otra la persona que habia gritado, quiso retroceder, ó fingió que retroceder queria.

—Silencio! dijo el sacristan con voz reconcentrada.

—¡Ah! exclamó ella. ¡Eres tú.....

Ya no intentó alejarse, sino que oprimiendo fuertemente las manos del hipócrita dijo:

—¡Ibas á buscarme..... Te ha favorecido una casualidad. Ayl..... Así lo ha dispuesto Satanas para mi perdicion.....

Déjame, Braulio, déjame, añadió con lastimero tono la robusta sirviente, y como si no fuese ella la que sujetase al sacristan. Déjame, que trastornada por la pasion, no tengo fuerzas para resistir..... Cometes un abuso, has contado con mi debilidad.....

—Silencio, silencio! dijo desesperadamente Braulio.

La señora Juana exhaló un suspiro, y como si estuviese muy turbada y no supiese que hacer, movióse de un lado para otro, pero sin soltar las manos del hipócrita que se esforzaba para desasirse.

—Déjame, déjame, decia sin cesar. ¿Qué va á ser de mi pudor?..... ¡Dios mío!..... Braulio, compadéceme..... Se agotan mis fuerzas, no puedo mas..... Déjame.

Motivos le sobaban á Braulio para desesperarse y ahogar á la rancia doncella que en tan grave compromiso lo ponía.

Digno de compasion era en aquellos momentos el hipócrita.

Completamente aturdido y ciego por la ira quiso hacer el último esfuerzo, pero en aquel instante brilló una luz y se oyó una voz grave que exclamaba:

—¡Horror, horror!

El buen cura, que aun no habia podido conciliar el sueño, percibió el ruido de aquella lucha extraña y se habia levantado, acudiendo en ropas menores para averiguar lo que sucedia.

No puede describirse su sorpresa al contemplar el grupo que formaban el sacristan y el ama de gobierno.

Tenia Braulio puesta su sotana, cuyo negro color hacia resaltar doblemente la blancura de la escasísima ropa con que cubria sus formas la sirvienta.

Y ambos tenian las manos fuertemente entrelazadas.

Y el rostro del sacristan estaba lívido y desfigurado, y el de la señora Juana rojo como si fuese á brotar la sangre.

Violenta y desigual era la respiracion de los dos, y claramente revelaban la agitacion mas profunda.

El cuadro no podia ser ni mas original ni mas grotesco.

El padre cura, severamente erguido y con la palmatoria en la mano, habia quedado inmóvil.

La sirvienta exhaló un grito de terror, dejó las manos del sacristan y cruzó las suyas, procurando ocultar en cuanto era posible su casto pecho.

Por algunos minutos quedaron los tres inmóviles y mudos como estatuas.

Por fin el sacerdote rompió el silencio para exclamar:

—¡Esto en mi casa!..... A tanto os atreveis casi en el templo.....

La sirvienta exhaló un gemido.

Braulio, que habia tenido tiempo para pensar en su defensa, replicó:

—Padre mio, juzga usted con ligereza.

—¡Con ligereza!..... ¿Pues qué significa lo que estoy viendo?

—Significa que salí de mi habitacion para ir al corral, porque así me era absolutamente necesario hacerlo.

—Pero la presencia de esta mujer.....

—No sé por qué ni cómo se encontraba aquí, y como no habia luz, tropecé con ella.

—Y yo, se atrevió entonces á decir la señora Juana, tropecé con el señor Braulio, y creyendo que lo guiaban malas intenciones, grité, quise huir.....

—Sí, replicó irónicamente el padre cura, y para correr con mas ligereza, os cogiais de las manos.....

—Es que.....

—¿Y á dónde iba usted, señora Juana?..... No seria al corral, porque deade su habitacion no es este el camino.

—Me pareció que usted llamaba.....

—Y acudia usted sin cuidarse de la ropa, olvidando la decencia..... Basta ya, que vuestras excusas me ofenden. Cada cual á su habitacion, que apenas despunte el dia, determinaré lo mas justo y conveniente. ¡Oh!..... Estoy horrorizado. ¿Quién habia de creerlo de una mujer que ha cumplido cincuenta años y no ha visto mas que ejemplos de virtud? ¿Y quién habia de creerlo de un hombre que ha pasado su vida entre varones de intachable conducta? Pero no, no debe sorprenderme, porque en la vida de Braulio hay misterios que significan mucho, y de usted, señora Juana, cuando se habla de su juventud dicen lo que no quiero recordar. En fin, cuando amanezca determinaré. Alejaos.

Tuvieron que obedecer el hipócrita y la sirviente.

El padre cura volvió á su aposento.

Una hora habia pasado cuando Pepa salió de la casa sin hacer el mas leve ruido.

Desgraciada habia sido la noche para Braulio, pero pudo serlo mucho mas.



CAPITULO XI.

BRAULIO DEJA DE SER SACRISTAN.

Apenas amaneció, resonó la campana de la iglesia. Los fieles acudieron, y el sacerdote celebró la misa.

Hasta entonces no habia dicho una sola palabra de lo sucedido la noche anterior: pero ya habia reflexionado y habia decidido.

Su primer impulso fué despedir á la señora Juana y al sacristan, sin perjuicio de dirigirles exhortaciones para que con el sacramento del matrimonio borrasen la gravísima falta que habian cometido; pero luego pensó que no le convenia privarse de los servicios del ama de gobierno, que era fiel y ademas incansable para el trabajo.

Ante todo le convenia, pues, hacer que se casasen, puesto que era cuestion de conciencia, y así todo quedaria bien arreglado; pero si para el casamiento ponía inconvenientes el sacristan, debia ser despedido, porque fácilmente se le sustituiria.

Tuvieron que obedecer el hipócrita y la sirviente.

El padre cura volvió á su aposento.

Una hora habia pasado cuando Pepa salió de la casa sin hacer el mas leve ruido.

Desgraciada habia sido la noche para Braulio, pero pudo serlo mucho mas.



CAPITULO XI.

BRAULIO DEJA DE SER SACRISTAN.

Apenas amaneció, resonó la campana de la iglesia. Los fieles acudieron, y el sacerdote celebró la misa.

Hasta entonces no habia dicho una sola palabra de lo sucedido la noche anterior: pero ya habia reflexionado y habia decidido.

Su primer impulso fué despedir á la señora Juana y al sacristan, sin perjuicio de dirigirles exhortaciones para que con el sacramento del matrimonio borrasen la gravísima falta que habian cometido; pero luego pensó que no le convenia privarse de los servicios del ama de gobierno, que era fiel y ademas incansable para el trabajo.

Ante todo le convenia, pues, hacer que se casasen, puesto que era cuestion de conciencia, y así todo quedaria bien arreglado; pero si para el casamiento ponía inconvenientes el sacristan, debía ser despedido, porque fácilmente se le sustituiria.

No era posible hacer creer al sacerdote que había sido casual el encuentro de Braulio y de la sirvienta, ni mucho menos que las intenciones de estos eran tan puras como cristianamente debían ser.

Adoptada esta resolución, el buen cura llamó al sacristán y al ama de gobierno, pronunciando un discurso, que terminó con la orden de prepararse para unirse con un lazo indisoluble.

La señora Juana exhaló un lánguido suspiro, y bajó los ojos como avergonzada; pero el hipócrita fijó una mirada de estupor en el sacerdote, y exclamó:

—¡Casarmel.....

—Eso es.

—¡Yo marido de esta mujer!..... Jamas.

Imposible es explicar el efecto que produjeron estas palabras.

El ama de gobierno, herida en su amor propio, levantó la cabeza y fijó una mirada terrible en Braulio.

¿No la había llamado este hermosa una y otra vez? ¿No la había dicho que conservaba la frescura y los atractivos de la juventud?

¿Qué significaba esto?

Para la señora Juana significaba amor, un amor intenso como el que ella sentía ó aseguraba sentir.

Y cuando llegaba el momento de la prueba, Braulio decía que jamas, palabra terrible que sonó en los oídos de la sirvienta como el estallido de una bomba.

Y como si esto fuese poco, el sacristán, con tono de desden profundo, casi de horror, al nombrar á la señora Juana había dicho *esta mujer*.

Sintió el ama de gobierno que toda su sangre fluía á su cabeza y que su bilis se encendía, hirviendo como la lava de un volcan.

Muy difícilmente dominó los ímpetus de su furor, y porque estaba en presencia del sacerdote, contentóse con decir:

—Ahora me desprecia!..... ¿Pues por qué antes ha querido seducirme, halagándome por todos los medios que puede inspirar Lucifer? Tiempo es ya de que se sepa todo, y ahora diré que este hombre me ha galanteado muchas veces, asegurándome que el mas dichoso del mundo sería el que conquistase mi corazon. ¡Y dice que jamas!..... ¿Acaso estoy yo tampoco dispuesta á ser su esposa sin mirar lo que hago? Menester es que se sepa que mas de un hombre ha solicitado mi amor y ha estado resuelto á sacrificarlo todo por mí. De lo que anoche sucedió no quiero hablar, porque sería preciso meterse en cuestiones muy delicadas; pero el tiempo lo pondrá todo en claro y se verá la diferencia que hay entre este desalmado y yo.

—Me parece, dijo el cura, que la señora Juana tiene razon que la sobra, y sobre todo, despues de lo que anoche sucedió, siquiera por conciencia, es preciso que quedeis unidos con lazo del matrimonio.

—Antes me dejaría matar, replicó resueltamente Braulio.

—Pero tú que siempre has sido un buen cristiano.....

—Señor cura, anoche dije la verdad, y ahora la repito. No fui á buscar á esta mujer, ni se comprende que haya un hombre que tan lastimosamente pierda el tiempo. La encontré en el pasillo sin saber cómo, y ella es la que debe decir á dónde iba, pues segun todas las apariencias dirigíase á mi aposento. A todas horas se me pone delante, me habla sin cesar de su corazon sensible, de su ternura sin igual y de su alma de

fuego, y me pregunta desvergonzadamente si los años han hecho muchos estragos en su belleza.

—Miente el bellaco, gritó fuera de sí la sirvienta.

—Señora Juana.....

—Hoy mismo saldré de aquí, me encerraré en un convento, y en la soledad de un claustro.....

—No interrumpió el sacristan, que habia adivinado la resolución del sacerdote, no se irá usted, porque yo seré la víctima.

—Por última vez, dijo el cura. ¿Os casareis?

Suspiró la señora Juana.

—No, respondió el sacristan.

Su acento era el de la mas firme resolución.

Tal vez habia creído que le convenia cambiar de situacion para dedicarse con libertad mas completa á sus intrigas.

Aunque de muy poca importancia, Braulio habia conseguido hacer algunos ahorros, y ademas Pepa tenia entonces dinero procedente del último robo, y por consiguiente habia para cubrir las primeras necesidades siquiera durante los dias que tardara en resolverse la gran cuestion.

No tenia el buen cura que meditar, porque ya lo habia hecho, y dispuso que Braulio saliera inmediatamente, evitando así nuevas ocasiones de escenas pecaminosas.

Ni siquiera se cuidó el sacristan de seguir ofendiéndose ni de pronunciar una palabra, sino que inmediatamente fué á su aposento, cogió su ropa y salió despues de entregar las llaves al sacerdote.

Quiso este hacer el último esfuerzo; pero sus palabras no fueron escuchadas.

Llevando algun dinero no habia de faltarle á Braulio casa

dondo vivir, y la encontró en la misma de una anciana viuda que se comprometió á mantenerlo y asistirlo por una corta cantidad.

Entretanto la señora Juana entregábase á todos los trasportes de la desesperacion, y obligada por el cura á que explicase cómo habia podido encontrarse la noche anterior con Braulio, confesó francamente que todo era efecto de su curiosidad, refiriendo sus observaciones mientras el cura habia ido á confesar á la señora Pancracia.

—Pero forzosamente se ha equivocado usted, decia el sacerdote, porque esas sombras.....

—Las ví, señor cura, las ví.

—Nadie habia en la habitacion del señor Braulio.

—Pues eso mismo pensaba yo; pero juraria que unos piés se movian.

—Es imposible.

—Es muy raro todo lo que sucede hace algunos dias.

—Ciertamente.

—Y la verdad, despues de lo que he visto, no me fio del señor Braulio.

—Cuidado, señora Juana, que los malos pensamientos....

—Hay un refran que dice: piensa mal y acertarás, y si yo lo hubiera tenido presente, no sufriria este desengaño que ha de acabar con mi vida.

Quedó pensativo el sacerdote.

No tenia nada de astuto y no pudo hacer deducciones.

Dos horas despues no habia nadie en la aldea que ignorase cuanto habia sucedido.

Hicieronse muchos comentarios.

Vióse Braulio agobiado á preguntas, pues en la aldea habia tantos curiosos como habitantes.

No quiso él mentir, y á todos les dijo la verdad.

A las once de la mañana hablaba el juez con el cura sobre el mismo suceso y escuchaba benévolutamente todas las observaciones de la señora Juana.

No aventuró el severo juez una sola frase que pudiera dar idea de sus opiniones.

Cuando terminó la conferencia mandó llamar al sargento.

Luego habló con el médico, y por último, fué á la morada de don Gaspar.

¿Y qué habia sido de Andrés?

Aún no lo sabia nadie.

Suponíase que estaba gravemente herido; pero esto no era mas que una suposicion.

El hipócrita, previendo el resultado de sus desdichadas aventuras nocturnas, habíase puesto de acuerdo con Pepa, y aquel mismo dia fué á verla á casa de las brujas.

Allí estaba el desdichado niño.

Su aspecto infundia compasion.

Continuaba poseido de terror y convulso, y de vez en cuando preguntaba tímidamente por sus padres.

Ni siquiera se atrevia á llorar, porque era brutalmente golpeado.

La inocente criatura que habia heredado la sensibilidad de su madre, no podia soportar mucho tiempo aquella situacion.

Un grito de alegría exhaló al ver á Braulio.

Era este una persona conocida y la tierna criatura se consideró dichosa; pero el hipócrita miserable rechazó con dure-

za al niño, advirtiéndole que lo matarian si no se mostraba obediente.

Pasó aquel dia, y al siguiente dijeron los aldeanos:

—No es posible que haya muerto Andrés, porque al suceder así tendrían que enterrarlo.

Empero si era lógico deducir que Andrés vivia, no era posible adivinar si era leve ó grave la herida que habia recibido.

Tanto misterio era sobrado motivo para llamar la atencion.

¿Qué motivos habia para que no se dijese cómo estaba Andrés?

Braulio, que no era un aldeano rudo, comprendió que la justicia abrigaba la esperanza de encontrar á los criminales en la aldea.

Sus temores se aumentaron.

Despues de reflexionar se convenció de que le convenia terminar cuanto antes aquel asunto, y sobre todo buscar un pretexto para alejarse, pues mientras permaneciese allí no podia considerarse seguro.

Otra vez conferenció con Pepa y ésta decidió dos dias despues dar el golpe.

¿En qué consistia el nuevo plan de la bellísima rubia?

No hemos tenido ocasion de conocerlo y nada podemos decir sobre este punto; pero hemos de verlo muy pronto.

Pepa habia prometido á Braulio proporcionarle ocasion para que con toda libertad hiciese sus exigencias.

La promesa era demasiado atrevida.

Cualquiera que fuese el estado de Andrés, su esposa debia vivir muy prevenida y no parecia fácil hacerla caer en un lazo.

—Mañana, dijo Pepa, antes que se ponga el sol todo quedará decidido.

—Vendré oportunamente, respondió Braulio.

Y se volvió á la aldea.

Tampoco aquella noche pudieron los aldeanos satisfacer su curiosidad en cuanto á la salud de Andrés.



CAPITULO XII.

LA JUSTICIA SE MUEVE.

A las diez de la mañana empezó á cundir una noticia de grandísimo interés en aquellos momentos. Decíase que uno de los aldeanos aseguraba haber visto gente sospechosa en un sitio llamado el Carrascal.

Un mendigo había hecho mención de sus observaciones, porque le había llamado la atención que entre aquella gente de mala traza hubiese un niño, cuyo ropaje indicaba pertenecer á una familia de distinción.

Si tanto se había ocupado el pordiosero en semejante asunto, era porque el aldeano lo había socorrido con una parte de su comida y algunas monedas, permitiéndole descansar en su choza.

Entretanto que el mendigo se alimentaba recobraba el aliento, había hablado, porque no tenía otra cosa que hacer, y porque el aldeano, curioso y hablador, le hizo muchas preguntas, obligándole á sostener la conversacion.

Lo primero que todos pensaron era que la gente que habia en el Carrascal no podia ser mas que los criminales que se habian apoderado del hijo de María, y que se ocultaban allí por no atreverse á cruzar los caminos, ni mucho menos volver hácia las ruinas donde antes se habian refugiado.

No bien se habló de este asunto, pusieron en movimiento el juez y el sargento de la guardia civil, concluyendo por hacer al aldeano las preguntas convenientes para poner en claro la verdad.

La voz pública no mentia.

El que habia encontrado al aldeano refirió detalladamente lo que habia sucedido, y al medio dia el juez, el alcalde, la guardia civil y algunos mas salieron de la aldea, dividiéndose en tres grupos para llegar por puntos distintos al sitio donde se suponía que estaban los criminales.

El Carrascal era un terreno muy áspero, muy accidentado y por consiguiente á propósito para burlar la persecucion de la justicia.

Distaba unas dos leguas de la poblacion y estaba hácia el lado oriental de la misma, es decir, en direccion completamente opuesta á la casa de las brujas.

Fácil era, y aun probable, que los raptos se hubiesen corrido hácia aquel lado la noche que los persiguieron.

En el Carrascal contaban con la espesura de los matorrales, con los barrancos y con algunas concavidades en el terreno, que les ofrecian abrigo.

Desde allí podian ir á otras aldeas á procurarse alimento.

Para sus fines era aquel sitio mucho mejor aún que la casa de las brujas.

Las autoridades creyeron haber hecho un descubrimiento de importancia.



El mendigo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FACULTAD DE CIENCIAS
1944-1925 MONTERREY

Como ya hemos dicho, debían penetrar por distintos puntos en el Carrascal, cortando así la retirada á los criminales.

Todos habían recibido del juez las instrucciones convenientes.

Reconvinieron al aldeano porque no había detenido al portador; pero ya no podía remediarse la torpeza.

Como no podemos seguir á los tres grupos, diremos que el mandado por el astuto sargento tuvo la fortuna de encontrar antes que nadie huellas ó indicios de los ladrones.

Las dos de la tarde serían cuando llegaron al Carrascal. Internáronse entre los matorrales, subiendo unas veces, bajando otras y escudriñándolo todo, hasta que encontraron en un sitio húmedo las huellas de pies que pertenecían indudablemente á distintos cuerpos.

No pudo el sargento contener un grito de alegría.

—Por aquí, dijo.

Y siguieron por donde se veían las huellas.

Diez minutos después llegaron á una pequeña esplanada enteramente oculta por el ramaje y las desigualdades del terreno.

Allí encontraron otra señal, pues había un montón de ceniza y algunos tizones, que aun humeaban.

¿Quién había encendido fuego allí?

No habían sido los aldeanos de las cercanías, pues los que habían encontrado aseguraban no haber penetrado en el Carrascal desde muchos días antes.

Como en muchos sitios el terreno era pedregoso, no pudieron seguir las huellas; pero ya no podía dudarse de que allí habían estado algunas personas y debía presumirse que eran los criminales.

Continuaron los guardias civiles examinando el terreno.

Eran las cuatro de la tarde y nada habían conseguido.

Reunieron los tres grupos.

El juez había tenido la fortuna de descubrir algunas huellas en el fondo de un barranco, y el alcalde, que había penetrado en una gruta, encontró una petaca demasiado buena para que pudiese pertenecer á ninguno de los habitantes de la comarca.

¿Habían llegado tarde?

No debía suponerse así.

Decidieron continuar la exploracion y volvieron á separarse los grupos.

Una hora despues se ocultaba el sol.

Era preciso volver á la aldea.

—Aquí han estado, decia el alcalde, no hay duda; pero se han ido.

—Si lo han hecho así, añadió el sargento, caerán bien pronto en manos de la justicia, porque están adoptadas todas las precauciones.

—Ello es que ahora no les encontraremos.

—Mi opinion es la misma de siempre: esos miserables andan vagando sin alejarse mucho de la poblacion, y como se han encontrado bien aquí, aquí volverán, no lo dudeis. Tal vez durante el día se vayan á otro sitio.

—Suponiéndolo así debemos dejar vigilantes toda la noche y al amanecer volveremos para continuar la exploracion.

Este plan pareció á todos muy acertado.

Nosotros sabemos que los criminales no habían estado allí, y para explicar lo que sucedia, diremos que era una farsa preparada hábilmente por Pepa y sus cómplices.

Ellos habían encendido la hoguera, cuyas eran las huellas

y á Manolo pertenecía la petaca dejada en la gruta con mucha habilidad.

Este lujo de detalles compensaba sobradamente los torpes olvidos de la noche en que se cometió el sacrilego robo.

El sargento, á pesar de toda su astucia, había sido engañado.

Braulio había comprendido al fin que la atencion de la justicia estaria fija en él mientras no se fijase en otro objeto.

Mientras buscasen en el Carrascal, no pensarían en acercarse otra vez á la casa de las brujas.

A nadie le ocurrió que todo aquello fuese una comedia.

Habían caído en el lazo tan hábilmente tendido, y por pronto que conociesen la verdad ya se habría consumado el crimen, bien obligando á María se sometiese á todo, bien quitando la vida al inocente niño, pues hay que tener en cuenta que la pobre criatura era odiada profundamente por el hipócrita.

Lo que este sufría cada vez que veía al niño, no puede hacerse comprender.

El niño era el testigo mas elocuente del amor y la felicidad de María y Andrés.

Si la infeliz madre no cedía, Braulio acabaría por satisfacer al menos su odio, matando al niño y haciendo así un tormento de la existencia de los padres.

Cometido este horroroso crimen, Braulio se alejaría para siempre de la aldea, tomando otro nombre y haciendo vida comun con Manolo, Pepa y los amigos de estos.

Y quizás el miserable llevaría mas allá su saña, pues no pudiendo satisfacer su pasion, para quedar tranquilo podia ocurrírsele poner tambien la muerte entre los dos esposos.

Si Pepa había cumplido su palabra, aquella tarde debía quedar decidida la suerte de todos.

Previamente para que sucediese así se habían hecho los preparativos en el Carrascal.

Lejos de la aldea el juez y el sargento, podía Pepa más fácilmente poner en práctica su plan, y Braulio estaría mucho más tranquilo.

¿Quién acudiría en socorro de la pobre madre?

Le quedaba su esposo, pero si este se encontraba herido nada le seria posible hacer.

En cuanto al anciano don Gaspar, debemos decir que se encontraba enfermo á consecuencia de los dias anteriores, y que si su vida no peligraba, tampoco su estado le permitia moverse del lecho.

Puede decirse que María se encontraba aquella tarde enteramente sola para luchar con sus enemigos.

La desdichada podía sacrificar su existencia, pero nada más.

Sacrificar la vida no es salvarse.

Quedaron en el Carrascal algunos vigilantes.

El sargento dijo que iba con sus guardias a dar otra vuelta por los alrededores.

El juez, el alcalde y los demas encamináronse hacia la aldea, á donde no podian llegar sino despues que hubiese cerrado la noche.

[illegible]

CAPITULO XIII

...ANDRÉS TAMBIÉN SE MUOVE

Preciso es ya que aclaremos el misterio en cuanto al estado de Andrés, diciendo que este no había sido ni siquiera herido levemente.

Cuando Manolo asestó el terrible golpe, la punta de la navaja fué á chocar con el reloj de Andrés, y este perdió el conocimiento al recibir el golpe.

No había vuelto en sí sino despues de algunas horas, lo cual explicó el médico perfectamente, añadiendo que el trastorno podia haber sido de mucha gravedad; pero nada de esto se hizo público, porque al juez le pareció conveniente que los criminales ignorasen la verdad.

Todas las sospechas continuaban recayendo sobre Braulio. Con algunas palabras pudo María poner en claro las dudas; pero no lo hizo por el temor de que matasen á su hijo apenas se procediese contra Braulio.

Por el contrario, María empleó toda clase de razonamientos para defender al miserable hipócrita; pero al mismo tiempo le fué preciso cumplir lo que habia dispuesto el juez.

Mucho trabajo le costó al desgraciado Andrés dominarse y permanecer en su casa, pues á toda costa queria ir otra vez en busca de su hijo.

Por acertadas que fuesen las disposiciones del juez y las sospechas del sargento, la verdad era que los dias pasaban y nada se conseguia.

Y cada minuto era un siglo de agonía para los angustiados padres.

María se encontraba en un estado el mas lastimoso.

Unas veces se entregaba á los trasportes de su intenso dolor, otras oraba, mientras que otras se la veia llorar silenciosamente y languidecer como si ya le faltasen las fuerzas para sufrir.



Andrés, con sombría desesperacion, iba y venia en el aposento que ocupaba con su esposa y el anciano don Gaspar.

Lo que pasaba en su alma es imposible comprenderlo sin haberse encontrado en igual situacion, y mucho mas imposible explicarlo.

¿Cuál de los dos desgraciados esposos sufría mas?

No lo sabemos; pero suponemos que lo mismo.

Las manifestaciones del dolor son distintas tambien segun los casos y las circunstancias.

María lloraba y gritaba.

Los ojos de Andrés estaban secos, su mirada era profundamente sombría y guardaba un silencio tenaz.

De repente se detuvo, miró á su esposa y dijo:

No puedo mas.



María lo contempló sin pronunciar una palabra.

El jóven prosiguió diciendo:

—De una criatura puede exigirse todo menos lo absurdo, menos lo que es contrario á la naturaleza.

—¿Qué quieres decir? preguntó María con débil voz.

—Las autoridades tienen cabeza; pero yo no tengo mas que corazon, porque soy padre. Tal vez el sistema que se sigue es el mas acertado; pero es imposible que yo espere el resultado de combinaciones y cálculos que no acierto á comprender.

María exhaló un penoso suspiro.

—¿Cuántos dias han pasado? dijo Andrés despues de algunos momentos. A mí me parece que son muchos siglos. ¿Y se me exige mas?..... Imposible, imposible.

—Andrés.....

—Iré á buscar á nuestro hijo, porque mientras me muevo corriendo tras él, abrigo una esperanza y sufro menos.

—¿Y á dónde has de ir?

—No lo sé.

—Pero.....

—A donde han ido todos.

—Te acompañaré.

—No, María, porque tus fuerzas no alcanzan para tanto. Déjame, que si está nuestro hijo donde se supone, no podrá ocultarse para mí. Mi corazon, mi instinto de padre no pueden engañarme, como no me engañó el primer dia de nuestra desgracia.

—Pero tu vida.....

—¿Y qué me importa la vida si es un tormento insostenible?

—¡Pobre hijo de mis entrañas! Acostumbrado á la ternura y á las caricias de sus padres, no soportará lo que ahora

le hacen sufrir. Se horrorizaba á la sola idea de que lo separasen de nosotros, y ahora.....

Interumpióse la desdichada joven, púsose en pie, estrechó entre sus manos convulsas y ardientes las de su esposo, y con febril arrebato dijo:

—Sí, Andrés mio, corre, busca á nuestro hijo; pero mata al miserable que te se oponga. Aquí te espero dirigiendo al Omnipotente mis súplicas, y si sucumbas, te seguiré, y bien pronto nos uniremos en el sepulcro.

No necesitaba mas Andrés.

Abrazó á su esposa, fué á su aposento, tomó un revólver y salió de la casa.

El dolor los habia trastornado.

No era posible que comprendiese el joven que su presencia de nada serviria; pero habia dicho muy bien, se le exigia lo absurdo, lo que para él era imposible.

Al atravesar rápidamente la aldea lo miraron con asombro muchas personas, y algunas le dirigieron la palabra; pero él á nadie vió ni oyó lo que le decian.

Habia producido casi el mismo efecto que padecer que sale de la sepultura.

—Está bueno y sano, decian.

—Pues por leve que fuera la herida, no era posible que tan pronto se curase.

—Ni siquiera se ha debilitado, pues ya veis que le sobran fuerzas para correr.

—¿Y cómo se explica todo eso?

—Muy fácilmente: Andrés tuvo miedo y se desmayó.

—Pues yo no creí que fuese tan cobarde.

—Estos jóvenes que se han educado en Madrid se asustan por bien poca cosa.

—¿Y á dónde va?

—Parece que se ha vuelto loco.

—Ni siquiera nos ha saludado.

—Los ojos le relumbran.

—Pues algo ha sucedido.

—Bien decía el sargento, que en este negocio andaban las brujas.

—Por eso nadie entiende lo que pasa.

Braulio fué uno de los que vieron al desdichado Andrés.

Fácilmente adivinó el hipócrita la verdad.

—Vive, murmuró; pero no hay mal que por bien no venga.

Y en tanto que Andrés tomaba por un sendero hacia el Carrascal, el miserable hipócrita salía también de la aldea en contraria dirección.

Llegó á la cruz de la ermita.

Allí estaba Pepa.

—¿Qué noticias me trae? preguntó la bellísima rubia.

—Las mejores para nuestro plan, respondió Braulio, en tanto que sus pequeños ojos relumbraban con satánico júbilo.

La fortuna nos favorece.

—Sepamos.

—Andrés no ha muerto.

—Eso no me sorprende.

—Y me parece que Manolo se aturdió al asestarle la puñalada.

—Parece imposible, porque Manolo no es hombre que fácilmente se turba.

—Aún no hace media hora que Andrés ha salido de su casa, corriendo como un loco hacia el Carrascal.

—El diablo nos protege.

—He conseguido saber que don Gaspar está en cama enfermo.

—¿Y María?

—Supongo que se ocupará en llorar y maldecirme.

—Sobrados motivos tiene para hacerlo así.

—Me parece que esta es la ocasión mas oportuna.

—Soy de tu opinion.

—Pues manos á la obra, porque todo se perderá si perdemos un solo dia.

—Se verán satisfechos tus deseos antes de que se ponga el sol.

—¡Oh!.....

—Te entusiasmas demasiado, dijo Pepa con tono burlon.

—Si pudieras comprender.....

—Guarda para otro dia la pintura de tu pasión devoradora.....

—Mi venganza, mi venganza.

—Algo mas.

—Pepa.....

—Déjame, que no vuelve el tiempo que se va.

—Ya sabes que te espero.....

—No lo olvido.

—¿Está preparado Manolo?

—Sí.

—Pues hasta luego.

—Voy á darte una prueba de que valgo mas que tú.

—Así parece.

Separáronse.
 Braulio desapareció entre los accidentes del terreno.
 Pepa siguió hacia la aldea, á donde llegó veinte minutos después.

María estaba sola.

¿Qué sería de la infeliz?

—Pero no la conoces?
 —María la he visto.
 —¿En qué momento?
 —La dije que á las señoras era imposible haberlas visto.
 —¿Cual es la causa, que al fin he tenido que ceder?
 —Reflexiona, María, si es que reflexionar le era posible en su situación.
 —¿Qué podía ser aquella mujer de aspecto extraño y tan diferente de la mía?

CAPITULO XIV.

MARIA CAE EN EL LAZO.

Don Gaspar se había dormido sin apercibirse de la salida de Andrés.

María continuaba en el mismo estado de febril exaltación que ya la hemos visto.

Movíase sin cesar, yendo y viniendo de un lado para otro, y sin darse apenas cuenta de lo hacia.

Su rostro estaba violentamente contraído, desfigurado y cubierto de nerviosa palidez.

Era cada vez mas profundo su trastorno.

En aquellos momentos podía cometer toda clase de locuras.

Un criado se le presentó diciéndole:

—Ha venido una mujer, una señora que se empeña en entrar, asegurando que tiene que tratar con usted de un asunto interesante y además urgente.

—Una señoral replicó sorprendida la jóven.

—Así parece.

—¿Pero no la conoces?

—Nunca la he visto.

—No adivino quién pueda ser.

—La dije que á mis señores era imposible hablarles, pero tanto se empeña, que al fin he tenido que ceder.

Reflexionó María, si es que reflexionar le era posible en su trastorno.

¿Quién podía ser aquella mujer de aspecto distinguido y desconocida en la aldea?

¿Y por qué tanto empeño en entrar precisamente cuando era tan angustiosa la situación?

¿No podía esto tener relacion con el rapto del niño?

Hé ahí lo primero que se le ocurrió á María.

Nada perdía por escuchar á la persona que solicitaba hablarle, y dispuso que la hiciesen entrar en otra habitación, adonde ella fué inmediatamente.

No hay que decir que la señora desconocida era Pepa.

Ocultábase esta con su negro abrigo, no dejando en descubierta mas que una pequeña parte de su rostro.

Al ver á María, dejó caer sobre su espalda la capucha, y dijo:

—¿Me conoce usted?

La esposa de Andrés dejó escapar un grito de sorpresa.

No habia olvidado á la bellissima rubia, ni era posible que la olvidase.

¿Con qué fin se presentaba entonces aquella mujer?

También se habia presentado en la cruz de la ermita y en otra ocasion solemne cuando iba á decidirse la suerte de María y del noble y desgraciado Andrés.

Para satisfacer su venganza habia hecho Pepa un gran beneficio poniendo en claro un misterio horrible, trastornando los planes del miserable hipócrita.

Este era el autor del rapto del niño, lo mismo que habia sido el autor de las otras intrigas que dieron lugar á que fuese acusado Andrés.

Por mala que fuese Pepa, representaba para María el noble papel de ángel salvador, y si los móviles de sus acciones eran ruines, el resultado habia sido el mejor para las víctimas del criminal hipócrita.

Debía suponerse que otra vez Pepa iba á llevar la felicidad á María, y por consiguiente, esta debía escuchar sin desconfianza cuanto aquella le dijese.

Trascurrieron algunos minutos sin que articulasen una sílaba.

Si la esposa de Andrés estaba trastornada por el dolor, quedó doblemente aturdida por la sorpresa.

Pepa miró á su alrededor como si temiese que alguien la escuchase, y acercándose á María, le preguntó con voz agitada:

—¿Puedo hablar con descuido?

—Sí, pero.....

—¡Oh!..... ¿Es verdad que ha salido su esposo de usted?

—Es cierto, respondió maquinalmente María.

Hizo Pepa un gesto de desesperacion, y como si estuviese muy fatigada y apenas pudiese respirar, dejóse caer en una silla.

—¿Que quiere usted? ¿Qué significan sus palabras? ¿Sabe usted lo que sucede?

—Sí, lo sé todo. Su hijo de usted.....

—¡Ah!.....

- Pero su esposo, su esposo.....
- Acabe usted, dijo María con creciente impaciencia.
- Y fijó en la rubia una mirada de angustioso afán.
- Llegaremos tarde, y además las fuerzas de usted no podrán resistir.
- Tarde..... ¿Para qué?
- ¿No ha comprendido usted aún que vengo para salvar á su hijo.
- ¡Mi hijo! exclamó María arrobadamente. ¿Dónde está el hijo de mis entrañas?..... Hable usted pronto..... ¡Mis fuerzas!..... Son las fuerzas de una madre y me sobran para todo..... ¡Oh!..... En otra ocasión me traje usted la felicidad, y ahora.....
- También.
- Desapareció usted sin que pudiera demostrarle mi gratitud.
- Yo había sido criminal, yo había sido cómplice de su ruin enemigo y no hice mas que remediar mi falta.
- Todo eso está bien; pero mi hijo.....
- Es preciso acudir pronto, repuso Pepa, muy pronto, y si su esposo de usted se encontrase aquí.....
- Estoy yo, dijo enérgicamente María.
- ¿Se atrevería usted?
- ¡Que si me atrevo!..... Ya he dicho que soy madre.
- Pepa se puso en pie, acercóse á su víctima, le cogió una mano, se la oprimió fuertemente y con voz reconcentrada le dijo:
- Si tanto valor tiene usted, si se siente usted con fuerzas para todo.....
- Sí.
- Pues sígame usted.

- Vamos, repuso María sin vacilar.
- Correremos, verá usted á su hijo, que no está donde la justicia lo busca, podrá usted abrazarlo.....
- ¿No he dicho que estoy dispuesta?
- Pero nadie puede acompañarnos, porque todo se perdería.
- A nadie necesito.
- Lo salvaremos.
- Ni siquiera pensó la desdichada en pedir explicaciones.
- Le prometían llevarla donde estaba su hijo y no necesitaba mas.
- Si por un minuto podía perderse todo, le parecia un crimen emplear aquel minuto en hablar.
- El trastorno de la infeliz había llegado al último punto.
- Sus ideas eran vagas y confusas.
- Parecíale que estaba soñando.
- En su lívido rostro revelábase la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.
- Vamos, vamos, dijo.
- No pronunciaron entonces una palabra mas.
- Atravesaron algunas habitaciones, y salieron de la casa con gran extrañeza de los criados.
- Cinco minutos despues dejaban atrás los edificios de la aldea.
- Aprisa, aprisa, murmuró la infeliz.
- No andaban, corrían por el sendero que conocemos ya.
- Algunos aldeanos las habían visto y hacían comentarios como los hicieron al ver al desgraciado Andrés.
- ¿Quién era aquella mujer del negro ropón?
- ¿Por qué María con los cabellos en desórden y descom-

puesto el semblante habia salido de su casa y corria como si la persiguiese un enemigo?

Todo era incomprensible aquella tarde, todo era misterioso.

No podia ir la jóven en busca de Andrés, puesto que se alejaba en distinta direccion.

Empero con hacer estos y otros comentarios hubieron de contentarse los aldeanos curiosos.

Cuando las mujeres llegaron á la cruz de la ermita, apenas podian dar un paso.

Tuvieron que detenerse para recobrar el aliento.

—¡Dios mío! exclamó María con acento de súplica desgarradora.

—Aún no es tarde, dijo Pepa.

Arrodillóse la pobre madre, inclinándose y estampando un beso en la fria piedra de la cruz.

Tampoco entonces lloraba.

Sus ojos relumbraban como dos carbunclos.

Sentíase abrasada por la fiebre.

Un minuto despues se levantó diciendo:

—Ya estoy dispuesta.

Y volvieron á correr, perdiéndose entre los matorrales y las desigualdades del terreno.

Al cabo de media hora llegaron á las ruinas.

—¡Aquí! murmuró sorprendida la esposa de Andrés.

—Sí, dijo Pepa, porque en este sitio se consideraban mas seguros los criminales.

—Pero esa gente que habia en el Carrascal.....

—Todo ha sido una farsa para extraviar á la justicia.

—¡Miserables!.....

—Aquí está su hijo de usted.....

—¡Mi hijo! exclamó fuera de sí María.

Y sin aguardar un instante se lanzó por entre los montones de escombros, penetrando en una de las habitaciones.

No la siguió Pepa, sino que se detuvo, mirándola mientras decia:

—Ya he cumplido mi palabra; pero temo que Braulio nada consiga.

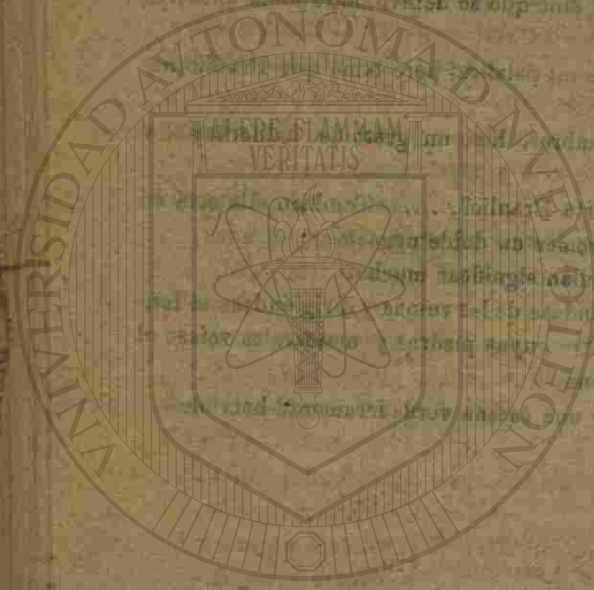
Se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia, y añadió:

—¿Qué me importa Braulio?..... También ella está en nuestro poder, y haremos un doble negocio.

Estas palabras podian significar mucho.

Pepa corrió, alejándose de las ruinas y dirigiéndose al fondo del barranco, entre cuyas piedras y matorrales veíase el bulto de otras personas.

Iba á tener lugar una escena verdaderamente horrible.



CAPITULO XV.

ALTERNATIVA.

En pie, inmóvil, y con el rostro lívido, abiertos los ojos como si fuesen á escaparse de sus órbitas, dilatadas y relumbrantes las pupilas y con las manos crispadas y oprimiéndose el pecho, encontrábase Braulio.

La figura sombría, tétrica, siniestramente horrible del sacristan fué lo único que vió María.

Los efectos de la sorpresa no pueden calcularse.

Oreia encontrar á su hijo y encontraba á su verdugo.

La infeliz dejó escapar un grito destemplado y tambien quedó inmóvil y con la mirada fija en el hipócrita como puede fijarse en un fantasma.

Instantáneamente comprendió la verdad: le habian tendido un lazo. Pepa era otra vez cómplice del miserable Braulio, porque los criminales se unen siempre que les conviene.

¿Debia retroceder?

Ya era preciso arrostrar las consecuencias de aquella situación, era absolutamente preciso morir ó triunfar.

Por algunos minutos reinó un silencio pavoroso.

Braulio sentia como nunca encendido su pecho.

Parecíale que Satanás se habia introducido en su alma para abrasarlo con el soplo de su aliento emponzoñador.

Braulio era entonces capaz de todo á trueque de satisfacer sus impuros deseos.

Si le hubiesen dicho que debia morir apenas fuese dueño de María, se le habria visto sonreír y aceptar la muerte sin vacilacion.

Cuando las pasiones llegan á cierto grado, producen el completo trastorno, la locura.

Braulio era presa de un vértigo horrible, que lo arrastraba aun contra su voluntad hasta el último extremo en todos sentidos.

¿Cederia la pobre madre?

Tal vez tendria suficiente valor para resistir y ver morir á su hijo antes que ceder; pero tan terrible golpe la haria luego sucumbir, concluyendo su existencia.

La alternativa en que la colocaban no podia ser mas espantosa.

Braulio habia sido siempre repulsivo, pero en aquellos momentos lo era mucho mas.

El fuego de todas las malas pasiones escapábase en vivos destellos por sus ojos.

María respiraba con dificultad.

El odio, el desprecio, la ira y el pavor pintábanse en su rostro, que parecia el de un cadáver.

Por fin Braulio se movió, dió un paso, acercóse á María,

y en tanto que intentaba asirla por una mano dijo con voz ronca:

—Ven.

Ella exhaló otro grito, volvió á retroceder y exclamó:

—No me toques.

Desplegó el hipócrita una sonrisa satánica, extendió un brazo, señaló hacia una ventana y dijo pausadamente:

—Por allí verás á tu hijo, contéplalo, mide tus fuerzas, y si tienes tantas como tuvo en Tarifa Guzman el Bueno, pronuncia la sentencia.

—¡Mi hijo, mi hijo! exclamó María.

Y corrió hacia la ventana.

El hipócrita se acercó á la infeliz mientras sacaba un pañuelo blanco.

Desde allí se descubria el fondo del barranco envuelto en la sombra.

—Mira aquellas piedras, aquellos espinos. ¿No ves?..... Un hombre, un verdugo y tambien tu hijo.....

—¡Andrés, hijo mío! gritó desesperadamente la pobre madre.

Braulio decia la verdad.

En el barranco habia un hombre, era Manolo.

El bandido sujetaba al niño con una mano en tanto que miraba hacia las ruinas.

Sintió María que su corazón palpitaba como si se destrozase.

Veia á su hijo.

Sufria horriblemente, y á la vez gozaba sin que hubiera podido decir si era mayor su goce que su sufrimiento.

Su voz se habia perdido en el espacio.

Nadie le contestaba, nadie acudiría en su socorro.

El criminal hipócrita, inclinándose hasta colocar sus abrasadores labios muy cerca del rostro de su víctima, prosiguió diciendo:

—Mira atentamente, no pierdas un solo detalle, porque interesa mucho lo que vas á ver.

Estas palabras llegaban á los oídos de María como un ruido confuso.

Sentía su rostro abrasado por el aliento de su verdugo.

Hizo un esfuerzo para gritar otra vez; pero su voz se ahogó en su garganta.

En aquel instante Manolo sacó un puñal en cuya hoja reflejaron algunos rayos del sol.

El puñal se levantó sobre la cabeza de la inocente criatura.

—Ahora decide, dijo Braulio, porque tu hijo morirá apenas agite yo mi pañuelo..... Y no me supliques, porque será en vano; no me hables de las consecuencias que puede producir mi crimen, porque todo lo prefiero antes que renunciar á la satisfacción del afán que me enloquece. Mucho debes sufrir pero no te compadezco, porque yo sufrí mucho mas. Tú no sabes lo que es sentir abrasado el pecho como se abrasa el mio, y contenerse, y dominarse uno y otro día y devorar silenciosamente uno y otro año la amargura que emponzoña el alma; tú no sabes, en fin, lo que es la desesperación, porque no has conocido mas que el dolor. Tú no sabes lo que se sufre cuando se vé en brazos de otro á la persona que ha encendido en nuestro pecho inextinguible hoguera, no lo sabes, porque si un día creíste que Andrés te había olvidado, no lo viste amando á otra mujer, siendo dichoso con ella como yo te veo á tí. No me amenaces con la muerte, porque mil veces peor es el tormento incesante que sufro. La muerte no

es mas que un momento de agonía y no puede hacer temblar al que ha soportado la agonía un año y otro año. Si es imposible que mi corazón se mueva al escuchar tus súplicas, imposible es tambien que mi corazón aprecie el valor de mis acciones, porque estoy loco y es locura acudir á la razón del que la ha perdido.

María escuchaba sin querer escuchar.

Permanecía inmóvil y con la mirada fija en el relumbrante puñal.

Su trastorno era cada vez mas profundo.

Semejante situación era demasiado violenta y no podia prolongarse.

Para comprender lo que la desdichada sufría es preciso ser madre.

La mirada de Braulio, penetrante, ansiosa, devoradora, seguía clavada en su víctima.

Y aquella mirada de fuego tenía entonces un poder sobrenatural, una influencia satánica.

Hay escenas que no pueden pintarse, y esto sucede con la que nos ocupa.

El tiempo pasaba.

¿Tenían conciencia del tiempo aquellas dos criaturas?

No hubieran podido decir si con rapidez ó lentitud trascurrían los instantes; pero suponemos que cada minuto era por lo menos un siglo para ambos.

Sufrían, sentían mucho, sentir es vivir, y en el espacio de una hora podían envejecer como en el espacio de medio siglo.

Empero la sensibilidad se embota, y María, dándose apenas cuenta de su honrosa situación, no sabía ya si sufría, ni siquiera si sentía.

Repentinamente, y á impulsos de una sacudida nerviosa, enderezó su tallo la infeliz.

Su lívido rostro rozó el rostro descompuesto y los lábios contraídos del hipócrita.

Este dejó escapar un ronco grito y retrocedió.

Retrocedió espantado de su propia dicha, agobiado, anegado por la inmensidad de un impuro goce.

—No lo mates, murmuró al fin María.

—¿Es esa tu resolución?

—¡Pero huye, no puedo mirarte sin horror!

—¿Aun me rechazas?

—¡Dios misericordioso!.....

—Ya te he dicho que estoy trastornado por un vértigo.

—¿Y no hay quien me socorra!.....

—No.

—Pues bien, dijo la joven con febril energía, lucharemos, te mataré, correré adonde está mi hijo, despedazaré al miserable que le amenaza.....

—Piensa, María, que enciendes mas y mas mi furor.

—¡Miserable!.....

—Me basta mover una mano para que aquel puñal se hunda en el pecho de tu hijo.

Y al decir esto Braulio agitó el pañuelo y dió un paso hacia la ventana.

María quiso detenerle.

Las fuerzas físicas no correspondían á su voluntad.

Si ella contaba con la energía de su arrebato y de sus maternales sentimientos, el criminal tenía toda la fuerza de su excitación nerviosa, la fuerza incontrastable de su pasión.

Era imposible una lucha.

No necesitaba Braulio hacer mas que mover la diestra agitando el pañuelo.

Quiso la pobre madre suplicar.

Dejóse caer de rodillas y cruzó las manos.

—¡Qué hermosa estás con tu dolor! exclamó el hipócrita.

—Braulio, en nombre de tu virtuosa madre, que en el cielo está.....

—¿Y mi pasión?

—En nombre de.....

—¿Y mis sufrimientos?

—Escucha.....

—¡Oh!..... Mi pecho se abrasa, la desesperación me enloquece, y tus súplicas son un incentivo.

María se puso en pie.

—Tu amor ó la muerte de tu hijo, gritó fuera de sí Braulio.

—Jamás, respondió la joven con energía.

Y quedó inmóvil, con la cabeza erguida y fija la mirada de profundo desden en su verdugo.

—Que morirá tu hijo.

—Que muera.

—Que también mi rival perderá la vida.

—Conservará el honor.

—Y contra tu obstinación emplearé luego la violencia.

—¿Qué podrás hacer con un cadáver?..... Si mi esposo y mi hijo mueren, yo moriré, porque si el dolor no me mata, yo misma pondré término á mi existencia. Ahora te comprendo; no has exagerado al decir que hay momentos de vértigo espantoso en que la razón se anula por completo y la criatura es capaz de todo, absolutamente de todo.

—Entonces.....

GALERIA.

—Te juro que acabaré con mi vida, y cuando mi ocazon haya dejado de latir, cuando esté mi cuerpo rígido y frío....

—Calla, calla.

—Ya lo ves, aun puedo hacerte mal, aun puedo vengarme.

Braulio lanzó un rugido.

María, con una calma verdaderamente espantosa, prosiguió diciendo:

—Sí, que muera mi hijo, que muera Andrés. Yo tambien dejaré de existir, y cuando te encuentres entre cadáveres...

—La tierra los ocultará.

—Cuando las sombras de tus víctimas se levanten ante tí....

—¡Sombras!..... No, los que mueren no salen de la sepultura.

—Pero queda el recuerdo, y el recuerdo es un fantasma aterrador que en todas partes se nos presenta, que á todas horas nos persigue, lo mismo á la luz del sol que entre las tinieblas, lo mismo cuando estamos despiertos que cuando nos entregamos al reposo.

—¿Es esa la conciencia?

—Sí.

—¡Conciencia! exclamó Braulio.

Y dejó escapar una carcajada de sarcasmo impío.

—No, dijo luego, yo no sé qué es la conciencia ni lo sabré jamás, porque hay criaturas de organizacion privilegiada para las que la conciencia no es mas que un nombre, una palabra que han inventado los pobres de espíritu.

—La conciencia despierta algun dia.....

—Tal vez; pero cuando la mia despierte la obligaré á dor-

mir, entregándome yo al descanso eterno. Tú me amenazas con el suicidio, y yo le amenazo lo mismo á mi conciencia.

—Pues bien.....

—Acabemos, interrumpió Braulio.

—He concluido, dijo con firmeza la jóven.

—Mira, tu hijo, el puñal.....

—Ya miro.

Otra vez la desdichada contempló á la inocente criatura.

—¡Dios omnipotente y justiciero, aceptad mi sacrificio! exclamó.

—Por última vez.....

—¡Cobardel!.....

—Que tu hijo va á morir.....

—Miserable asesino, concluye tu obra.

Y con tal firmeza pronunció estas palabras María, que Braulio se convenció de que todos sus esfuerzos eran inútiles.

El miserable no vió ya mas que al niño que era un testimonio el mas elocuente de la dicha de Andrés.

Sintió el hipócrita que toda su sangre afluí á su cabeza.

No le quedaba ya mas goce que el de la venganza, y á este goce no quiso renunciar.

Extendió el brazo y agitó el pañuelo.

Vió María que el puñal relumbró.

La desdichada exhaló un grito destemplado, grito que parecia llevarse tras sí el alma.

Sus negras pupilas dilatáronse instantáneamente.

Su cuerpo vaciló, y cayó sin conocimiento.

El crimen se habia consumado.

Ocultábanse los últimos rayos del sol.
Empezaba á extenderse la dorada y vaporosa faja del crepúsculo.

Otro grito resonó en el fondo del barranco.

Reinó un silencio absoluto, silencioso, lúgubre y aterrador.



Y agitó el pañuelo.

Tembló el criminal.

Su mirada se fijó con avidez espantosa en María.

—Aun está bella, murmuró el miserable.

No mentia; bella estaba aún la desgraciada madre.

Esta no habia medido bien sus fuerzas; no habia previsto que podia perder el conocimiento, quedando así á merced de la pasion repugnante de su verdugo.

—¡Oh!..... Ahora nadie me podrá estorbar, y cuando ella recobre el conocimiento y pueda apreciar su situacion....

Interrumpióse el hipócrita, porque su conmocion apenas le permitia pronunciar una palabra.

Despues de algunos momentos añadió:

—Andrés encontrará á su hijo muerto, á su esposa deshonrada, y yo entretanto..... ¡Oh!..... Podré sufrir algun dia, pero mi sufrimiento estará sobradamente compensado con mis goces de hoy. Me hablaba de la conciencia..... ¡Palabra vana!..... A despecho de mi conciencia soy feliz entre sangre y horrores, soy feliz, porque mi pasion va á verse satisfecha, y mi felicidad no puede compararse á la de ninguna criatura. ¡Ah!..... Bien puede sufrirse toda la vida por una sola hora de esta dicha, de estos goces.

Acercóse Braulio á la ventana y miró al fondo del barranco. Nada vió, porque allí se habian extendido ya las tinieblas.

—Debo aprovechar estos momentos, dijo, porque pronto deben llegar mis cómplices y María puede recobrar el sentido, y si vuelve en sí cumplirá su propósito y se matará.

La muerte era la única salvacion de María, la muerte era tambien su sola y su mas risueña esperanza, su felicidad única.

¡Esperanza horrible, felicidad espantosa!

Si Dios queria proteger á la infeliz, le devolveria el conocimiento para que acudiendo á la muerte pudiera salvar su honor, ya que no habia podido salvar al hijo de sus entrañas.

Dió un paso y otro paso el hipócrita.

Sus pequeños ojos brillaron como dos luces fosfóricas.

A favor de la débil claridad del crepúsculo, contemplaba
 á María. Y María no recobraba el conocimiento.
 Y el miserable llegó junto á ella.
 Y se arrodilló y se inclinó.

CAPITULO XVI.

EL INSTINTO DE PADRE.

Para que se comprendan las escenas tristísimas que tenemos que referir, es preciso que nos alejemos de las ruinas y vayamos en busca de Andrés.

Habia este corrido, según dijimos ya, con el propósito de reunirse al juez; pero de repente se detuvo y miró á su alrededor.

¿Le faltaban las fuerzas?

Así se hubiera creído, y sin embargo, nunca se había sentido tan vigoroso.

Una voz misteriosa le había mandado interrumpir su marcha, ó lo que es igual, su instinto le decía que no era por allí por donde debía buscar á su hijo.

Miraba Andrés hácia el Carrascal, ponía la diestra sobre su pecho y decía:

—No late mi corazón.

A favor de la débil claridad del crepúsculo, contemplaba
 á María. Y María no recobraba el conocimiento.
 Y el miserable llegó junto á ella.
 Y se arrodilló y se inclinó.

CAPITULO XVI.

EL INSTINTO DE PADRE.

Para que se comprendan las escenas tristísimas que tenemos que referir, es preciso que nos alejemos de las ruinas y vayamos en busca de Andrés.

Habia este corrido, según dijimos ya, con el propósito de reunirse al juez; pero de repente se detuvo y miró á su alrededor.

¿Le faltaban las fuerzas?

Así se hubiera creído, y sin embargo, nunca se había sentido tan vigoroso.

Una voz misteriosa le había mandado interrumpir su marcha, ó lo que es igual, su instinto le decía que no era por allí por donde debía buscar á su hijo.

Miraba Andrés hácia el Carrascal, ponía la diestra sobre su pecho y decía:

—No late mi corazón.

Luego se volvía hacia lo izquierda y con acento de extrañeza se preguntaba:

—¿Por qué me siento impulsado á dirigirme hacia esa parte?..... ¡Oh!..... Allí está la cruz de la ermita, allí están mis mas queridos recuerdos, y así explica mi deseo instintivo de acercarme al lugar donde con María he sonreído y he llorado.

Quiso Andres seguir hacia el Carrascal, pero no pudo porque apenas dió algunos pasos, sintió que las fuerzas le faltaban.

—Sea lo que Dios quiera, murmuró.

Y volviéndose tomó por distinto sendero.

Andrés corrió por terrenos desiguales, y despues de media hora se encontró al pié de la cruz.

Tambien el desgraciado padre se arrodilló estampando un beso en la fria piedra y suplicando luego al Omnipotente para que le dispensase su proteccion.

Cuando hubo recobrado el aliento y dejándose siempre llevar por su instinto, siguió su marcha.

Ocultábase ya el sol.

Y el puñal relumbraba sobre la cabeza del inocente niño.

Divisó Andrés las ruinas y el barranco en cuyo fondo iba á consumarse tan horrendo crimen.

El infeliz se detuvo.

Su corazon se oprimia.

Exhaló un grito de dolor sin igual y se cubrió el rostro con las manos.

Algunos minutos pasaron sin que Andrés pudiera moverse.

Su rostro estaba lívido como el de un cadáver.

Miró á su alrededor con espanto.

¿Qué temia?

Por fin hizo un esfuerzo sobrenatural, rugió sordamente y se lanzó hacia las ruinas como impulsado por un vértigo.

A su derecha estaba el negro fondo del barranco.

A su izquierda extendíase en ondulaciones la campiña.

Escuchó sin percibir el mas leve ruido; pero algunos momentos despues llegó á sus oídos un rumor.

Empuñó su revólver y avanzó resueltamente hacia el sitio de donde partia.

Llegó á la entrada de uno de los aposentos de la ruina: sa casa.

En aquel instante Braulio se arrodillaba y se inclinaba sobre el cuerpo inmóvil de la desdichada María.

Andrés creia encontrar á su hijo y encontraba á su esposa.

Creia tener que habérselas con gente desconocida, y quien estaba allí era Braulio, el amigo de su niñez.

No era posible que Andrés adivinase lo que había sucedido, pero tampoco pudo quedarle duda de que el verdadero criminal era el hipócrita.

El primer impulso de Andrés fué matar á Braulio; pero consiguió dominarse, y sin hacer uso de su revólver mas que para amenazar, dijo con sorda voz:

—Aun no has triunfado, miserable.

Estas palabras resonaron en los oídos de Braulio como el bramido de la tempestad.

De un salto púsose el criminal en pié, y con espanto inconcebible fijó una mirada de extravío en el esposo de María.

Le tocaba su vez, y debia quedar aturdido por la sorpresa.

Contempláronse con centellantes ojos.

No puede explicarse lo que sentían.

En aquel silencio profundo, percibíase clara y distintamente el ruido de la violenta y desigual respiración de los dos rivales.

Nunca el odio se ha encendido como se encendió en sus almas.

—¡Oh! exclamó Braulio al fin. Satanás me abandona.

—En cambio Dios ha querido protegerme, dijo Andrés.

—Pero á pesar de todo, aún puedo gozar algunos minutos, aún me considero feliz..... Te aborrezco, y si mi afán no se ve cumplido, al menos quedará satisfecha mi venganza, porque te esperan sufrimientos como no los ha experimentado ninguna criatura..... Aquí tienes á tu esposa, pero.....

Interrumpióse Braulio, desplegó una sonrisa horrible, y dijo luego:

—¿Y tu hijo?

Tembló Andrés.

Sintió como si la sangre se helase en sus venas.

Iba á replicar; pero María se estremeció convulsivamente, exhaló un penoso suspiro y abrió los ojos.

La escena cambiaba.

—¡María! exhaló el esposo infeliz.

—¡Andrés! dijo ella con voz débil.

Y haciendo un esfuerzo se incorporó.

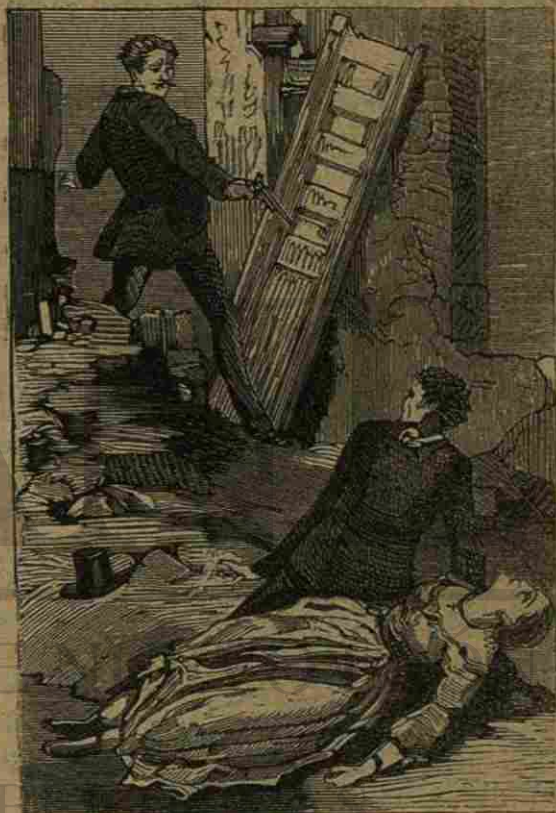
Andrés se olvidó por un momento del criminal, acercóse á la jóven y la levantó abrazándola tiernamente.

Al hacerlo así había dejado caer su revólver.

Un raudal de lágrimas corrió por las mejillas de María.

—¡Nuestro hijo, nuestro hijo! exclamó desesperadamente.

Limpio está mi honor; pero el hijo de mis entrañas ya no



Aun no has triunfado, miserable. Pág. (311.)



existe; lo he sacrificado para no hacer el sacrificio de mis deberes..... Dime que aun soy digna de tí..... He conservado la honra, pero te he privado del hijo de nuestro amor.....

—María, interrumpió Andrés con terror profundo. ¿Qué significan tus palabras?..... ¡Oh!.... Habla, disipa mis dudas horribles.....

—Mátame, Andrés, mátame si todavía me amas, porque este es el único beneficio que puedes hacerme.

Y la desdichada madre, dejándose llevar del arrebato de su dolor, retorciase los brazos, se oprimía las sienes con fuerza convulsiva y arrancaba mechones de sus negros cabellos.

—No, decía con destemplada voz, mi conciencia no puede estar tranquila, porque he dejado que asesinen á mi hijo; pero en aquellos momentos creí que antes que mis afecciones era mi deber. Yo estaba alucinada, trastornada, loca, y la mirada de ese miserable..... ¿Dónde está, dónde se oculta el asesino de mi hijo?..... Déjame que lo busque, que lo arranque el corazón y lo destroce con mis propias manos..... ¿Dónde está, dónde?

Andrés escuchaba anonadado.

No necesitaba mas explicaciones para comprender la alternativa en que habian colocado á su desgraciada esposa.

Ya no pensó mas que en la venganza.

Puesto que allí estaba el criminal, lo mataría haciéndole antes sufrir cuanto le fuese posible.

Muy poco faltaba para que cerrase completamente la noche, y entre aquellas paredes apenas se distinguían ya los bultos.

Miró Andrés á uno y otro lado.

¿Y el hipócrita?

No estaba.

GALERIA.

Había sabido aprovechar los momentos de trastorno de sus víctimas y había desaparecido.

Quiso Andrés tomar su revólver; pero no lo encontró, porque Braulio lo había cogido y se lo había llevado.

María había conseguido salvar su honor; Braulio no había podido satisfacer sus deseos; pero el desenlace del drama no podía ser mas horroroso.

—Allí, dijo María señalando hacia el barranco, allí han asesinado á nuestro hijo.

Ambos salieron de entre las ruinas y corrieron con la velocidad y las fuerzas de su desesperacion.

Las negras tinieblas los envolvían.

La joven continuaba lanzando gritos desgarradores.

No les quedaba mas consuelo que abrazar el frio cadáver de su hijo adorado.

¡Consuelo trístel

Cuando llegaban al fondo del barranco oyeron el rumor de algunas voces.

CAPITULO XVII.

DESENLAZO.

Dijimos ya que el sargento y los guardias se habian separado del juez, y añadiremos ahora que, alejándose poco á poco del Carrascal, encontráronse despues de una hora junto al barranco y cerca de las ruinas.

Soy tenaz, dijo entonces el sargento; hemos andado mucho; pero con poco mas llegaremos á la casa de las brujas.

Los guardias se dispusieron á obedecer; pero uno de ellos volviendo la cabeza hacia el fondo del barranco, dijo:

—Mire usted, mi sargento.....

—¡Mil rayos!..... Es verdad, corren dos personas..... ¿Qué harán por estos sitios?.....

Los guardias, tan pronto como les fué posible, bajaron al barranco; pero habian desaparecido los dos bultos.

Perdieron la esperanza, y ya iba el sargento á dar las órdenes oportunas para dirigirse á las ruinas, cuando se encontraron con otras dos personas.

Eran María y Andrés.

—¡Altos! dijeron los guardias.

—¡Mi hijo, el hijo de mis entrañas! gritó la joven.

Andrés corrió hacia el sargento, quedando inmóvil cuando le reconoció.

En aquel momento uno de los guardias gritó:

—¡Aquí, aquí!..... ¡Lo hemos encontrado!

Todos corrieron, y junto á unos matorrales pudieron distinguir al inocente niño.

Un grito de júbilo dejaron escapar María y Andrés.

Ambos cogieron al niño disputándose la dicha de abrazarlo.

Apenas la pobre criatura reconoció á sus padres, atrevióse á gritar y dijo:

—Ese hombre quiere matarme.....

—No te matará, hijo de mi alma, dijo María.

No pudo pronunciar una palabra mas, y mientras estrechaba contra su pecho á su hijo, volvió á perder el conocimiento.

Lo que sucedió en el alma de Andrés fué inesplicable.

Entonces pudo creerse mas que nunca que iba á perder el juicio.

El llanto brotó de sus ojos.

Quiso reanimar á su esposa á la vez que acariciaba á su hijo.

Y entretanto el sargento le pedia explicaciones.

No podia explicar Andrés lo que apenas habia comprendido, pero dijo al fin:

—Hace muy poco estaba Braulio en las ruinas y no puede haberse alejado mucho.

—Pues busquemos en todas direcciones.

Y cada uno de los guardias corrió por un lado.

Diez minutos pasaron en tan angustiosa situación.

—Aquí está, gritó uno de los guardias.

Los demas acudieron.

Andrés, sin poder contenerse, corrió tambien hacia donde resonaban las voces, encontrando á Braulio entre los agentes de la autoridad.

—No me toqueis, decia el miserable, no me toqueis y confesaré la verdad.

—¿Dónde están tus cómplices?

—Han huido, me han abandonado y no sé si me han llevado el cadáver del niño.

—Espera, dijo entonces Andrés.

Y volvió á correr, yendo á donde estaba su hijo, tomándolo en brazos y llevándolo para que lo viese el hipócrita.

Dejó este escapar un grito de desesperacion.

—¡No ha muerto! exclamó.

—Ni siquiera está herido.

—¡Aun serás dichoso!... Oh!... Para ser dichoso has nacido, y yo para ser desdichado. Si tu hijo hubiese muerto, sufririas mucho y yo querria vivir para gozar con tu sufrimiento; pero ahora tu gozarás y yo sufriré.

Por algunos momentos guardó silencio el hipócrita.

Luego añadió con el extravío de su trastorno:

—Satanas está en mi alma, y mi alma es de Satanas..... me ha protegido en este mundo, y yo le haré compañía en el infierno.

Y al decir esto sacó el revólver, y antes de que pudiesen evitarlo, lo apoyó en una de sus sienes y disparó.

Instantáneamente quedó sin vida.

Andrés huyó horrorizado.

—¡Mil centellas! exclamó desesperadamente el sargento; este miserable se habia propuesto burlarse de mí y lo ha con-

seguido. Cuando creí tenerlo entre las manos, se me escapó.... ¡Oh!.....

No se cuidaron ya de Andrés ni de María, ni del cadáver de Braulio, y mientras uno de los guardias iba á la aldea para dar aviso al juez, los demás se alejaron rápidamente con el sargento.

María recobró el sentido; pero apenas podía moverse.

Ansiosamente acarició otra vez á su hijo.

Dejó que el llanto corriese en abundancia por sus mejillas.

Andrés tomó en brazos al niño, y muy trabajosamente pudieron salir del barranco.

Una hora despues María se encontraba en el lecho abrasada por una violenta fiebre.

Al rayar el día los guardias civiles entraron en la aldea con Pepa y Manolo.

El sargento habia conseguido triunfar; pero decia que era un triunfo á medias.

Lo que despues sucedió se adivina fácilmente.

Pepa y Manolo fueron sentenciados á presidio.

A los dos meses el sargento recibia su nombramiento de alférez, y en vez de dar las gracias, dijo:

—No se hacen mas que injusticias. Esto no lo merezco, porque cometí una torpeza.

Un año pasó.

María fué madre otra vez.

Entonces el cielo quiso darle una hija.

Así se creyó la jóven sobradamente recompensada por todo lo que habia sufrido.

En cuanto á don Gaspar, no hay que decir que era el hombre mas feliz del mundo.

La señora Juana empezó á perder la esperanza de encontrar marido.

Todavía no se ha olvidado en la aldea el negro drama que acabamos de referir, y todavía se vé por las tardes junto á la cruz de la ermita á los felices esposos que hablan tranquilamente mientras don Gaspar cuida de sus nietos para que no se los roben.

FIN.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

EL RIO DE SANGRE

LEYENDA AMERICANA

POR ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

CAPITULO I

LOS INDIOS DEL GRAN CHACO.

En las comarcas septentrionales de la República Argentina, cerca de las fronteras del Paraguay, existe un río de no pequeña importancia, que formando el límite meridional del territorio conocido con el nombre de Gran Chaco, une sus aguas á las del Paraguay para engrosar con sus caudales, algunas leguas mas al Sur, la impetuosa corriente del río Parana.

Llamáse geográficamente *Rio Bermejo*, pero los habitantes de aquel territorio, especialmente los indios, le conocen con el nombre de *Rio de Sangre*. Una y otra denominación tienen origen en el color rojizo de sus aguas, y aunque las personas ilustradas atribuyen esta particularidad á la disolución de tierras arcillosas de color mas ó menos rojo, las gentes sencillas é ignorantes, refractarias siempre á las explicaciones científicas y aficionadas en extremo á creer en lo maravilloso, aseguran que las aguas del rio han tomado aquel color por disposición divina, para recordar eternamente una horrible matanza llevada á efecto en sus orillas por una de las tribus de indios del Gran Chaco.

Así como la tradición de *La Estrella del Sur* flota, por decirlo así, sobre las ruinas de Mendoza, la titulada *El Rio de Sangre* vive en las rojizas aguas del Bermejo; y si aquella es la manifestación del carácter poético y romancesco del gaucho de las Pampas, ésta pone de relieve la índole sombría, vengativa y cruel del indio de Parana.

Las márgenes del rio Bermejo estaban hace muchos años habitadas por una tribu poderosa, de la cual solo quedan hoy algunos restos; esta tribu era la de los *avipones*, la mas fuerte, la mas guerrera de todas las que poblaban el Gran Chaco. Viviendo en continua guerra con las tribus vecinas y con los blancos del Paraguay y de Buenos Aires, estos indios han sido al fin exterminados casi por completo, y si aún quedan algunos restos del antiguo y valiente pueblo indígena, no se encuentran ya en las comarcas que fueron la cuna de sus padres, sino en las regiones mas septentrionales del territorio, cerca de las fronteras de Bolivia, donde ha ido á ocultar su vergonzosa impotencia.

No se crea, sin embargo, que los blancos han podido ocu-

par por esto las comarcas del Gran Chaco. Los *tobas*, los *guaycuros*, los *lenguas* y otras tribus indias continúan defendiéndolo con un valor indomable, y aunque cuatro diferentes naciones, el Brasil, la Plata, Bolivia y el Paraguay han disputado y disputan todavía acerca de su posesión, esta disputa se hace ridícula cuando se reflexiona que ninguno de los litigantes ha podido sentar su planta en el territorio que se adjudica, ocupado aún por los indios, á quienes la posesión sirve de título.

Los indígenas del Gran Chaco, y especialmente los *avipones*, son altos, esbeltos, musculosos y muy bien formados. Sus facciones son graciosas, sus ojos negros, su nariz aguileña, su continente grave y digno y su color oscuro, aunque no mucho mas que el de los españoles y portugueses de su frontera, tan orgullosos de su blancura. Las mujeres, al contrario de lo que generalmente se vé en las indias, no tienen nada de repugnantes, y puede asegurarse, sin temor á equivocación, que son las mas hermosas del bello sexo americano indígena.

Sus trajes son extremadamente sencillos, especialmente los del hombre, que no se desfigura con adorno alguno; las mujeres se engalanan con pendientes y collares, y aunque sus ropas parezcan un tanto exiguas, pues se reducen á un tonelete ó túnica que apenas cubre el pecho y no baja de las rodillas, no por eso tienen algo de deshonesto. Algunos se pintan y graban el cuerpo, si bien esta costumbre no está generalizada; pero en cambio, los hombres se afeitan el pelo sobre la frente y al rededor de la cabeza sin dejar mas que la masa flotante de la coronilla, y se arrancan las cejas y las pestañas, creyendo que su mirada es de este modo mas fija y penetrante.

Su carácter es una mezcla de buenas y de malas cualidades. Son vengativos, sanguinarios y extremadamente aficionados á la guerra; viven del robo y del pillaje, pero en cambio son mas hospitalarios que los mismos árabes y respetan escrupulosamente los tratados y los pactos que hacen á veces con los estancieros y plantadores blancos del Paraguay y de Corrientes.

Estos indígenas son nómadas y no tienen otros medios de subsistencia que la pesca y la caza; pero antes de haber sido arrojados al corazon del desierto, cuando habitaban las margenes del rio Bermejo, vivian, bajo la autoridad de jefes reconocidos y respetados por toda la tribu, en aldeas fijas compuestas de numerosas cabañas, en torno de las cuales se veían pequeños campos cultivados.

A mas ó menos distancia de estas aldeas existian granjas y plantaciones explotadas por colonos españoles, con los cuales vivian los indios en perfecta paz; sin embargo, algunas veces ésta se alteraba, y preciso es confesarlo, nunca era el indio quien tiraba la primera piedra. Las vejaciones que sobre ellos trataban de ejercer los conquistadores españoles, la violacion de su territorio por los blancos y otros motivos de semejante índole, daban lugar á sangrientas escenas, y si es cierto que en ellas el indio hacia alarde de una ferocidad verdaderamente salvaje, mas dignos de censura nos parecen con todo los plantadores y soldados blancos que, siendo representantes de la civilizacion, olvidaban sus humanitarias leyes para oprimir y vejear á los desgraciados indígenas.

Dispénsenos el lector que tanto nos hayamos extendido en estos antecedentes, que hemos creído necesarios, atendida la índole de nuestra obra, y demos principio á la anunciada leyenda.

CAPITULO II.

LA JOVEN INDIA.

Era una hermosa tarde de verano.

El astro del dia, inclinándose hácia su ocaso, lanza oblicuamente sobre las hermosas florestas americanas la luz vivificante de sus rayos, que reflejan centellando en las intranquilas aguas del rio Bermejo.

Mécense los árboles á impulso de una brisa suave y perfumada con todos los aromas de aquella naturaleza virginal, y al monótono murmullo del follaje se mezcla el blando susurro de la corriente.

Las mas hermosas flores ostentan sus bellos matices, balanceándose graciosamente sobre sus tallos, y un mundo de diminutos y bellísimos pájaro-moscas se agita en torno de sus cálices, hundiendo en ellos su afilado pico para extraer su dulce almíbar.

Entre las cañas se escucha el trino de los jilgueros y las alondrillas, y la verde cotorra deja oír su interminable charla en lo más intrincado del bosque.

La delgada voz de la ardilla y el melancólico arrullo de la paloma contribuyen al inimitable concierto.

A lo lejos, en la espesura, se escucha el feroz rugido del jaguar, y entre los juncos de la margen del río se percibe el entrecortado y estertoso resoplido del caiman.

El ágil mono salta ligeramente de rama en rama, y desde su altura contempla descuidado á la venenosa serpiente de cascabel, que arrastra su manchado cuerpo por el césped.

Los cabiales se sumergen alegremente en el agua, y su zambullido hace levantar un bando de aves rapiferas, que huyen lanzando penetrantes graznidos.

Un estrecho sendero que sigue las desigualdades de la orilla del río conduce á un pequeño claro de la selva y se pierde luego entre la espesura; pero nadie aparece en él, ningún sér humano turba con su presencia el armónico concierto de aquella naturaleza primitiva.

De pronto aparece en escena un extraño personaje.

Es una mujer, ó por mejor decir, una niña, pues apenas cuenta quince años.

Su color fuertemente moreno, su nariz aguileña y sus largos cabellos negros que se extienden cubriendo su espalda, revelan á primera vista que pertenece á la raza india.

Y como la hermosura no es patrimonio exclusivo de ninguna raza, la jóven india es hermosa como una ilusión.

Sus ojos grandes, negros, y lánguidos, tienen una mirada tan dulce como un sueño de amores.

En sus labios, tan rojos como los pétalos de la amapola,

luce una sonrisa melancólica, suspirante, llena de hechizos y tentaciones.

Nada más seductor que la redondez de sus hombros; nada más elegante que su flexible cintura, esbelta y cimbradora como el tronco de una palmera.

Adivinanse las formas purísimas de su seno, y son admirables los contornos de sus piernas y de sus brazos, que lleva completamente desnudos.

Su traje es sencillísimo, pero sumamente pintoresco.

Cubre su cuerpo una túnica de algodón, teñida con el color del anoto, que se prende sobre los hombros y no pasa de las rodillas, careciendo de mangas.

Un plumerito hecho con las rojas plumas del cardenal adorna sus cabellos, y en sus orejas se ven pendientes formados con fibras de palmera que se arrollan en espiral.

Un collar de huesecillos pulimentados ciñe su redonda garganta, y de la misma materia son los brazaletes que luce en las muñecas y en los tobillos.

La hermosa india cruza ligera como una corza por el claro, y vá á sentarse sobre el carcomido tronco de un árbol derribado.

Apoya el brazo en una rodilla, y descansa su frente en la palma de su pequeña mano.

Parece sumergida en una profunda meditación.

Sin embargo, cuando alguno de los rumores del río ó de la selva llega á su oído, la jóven india levanta repentinamente la cabeza, un relámpago de júbilo brilla en sus negros ojos, y su mirada se fija con cierta ansiedad en la salida del sendero.

Pero aquellos rumores se desvanecen, y la hermosa niña exhalando un suspiro, vuelve á su reflexiva actitud.

¿Espera á su amante la virgen de los bosques?

No es posible dudarlo: la impaciencia que se advierte en su semblante lo revela de una manera muy clara.

Escúchase al fin el rumor de las pisadas de un caballo; la india dirige su mirada á la entrada del sendero, y sus ojos brillan con un relámpago de amoroso júbilo al ver aparecer entre los árboles un bizarro jinete.

Era el nuevo personaje un jóven como de veinticuatro años, alto, robusto y de continente altivo. Sus facciones correctas, sus cabellos castaños y su color ligeramente moreno, daba á conocer su origen español; un bigote cuidadosamente alifado sombreaba sus labios que se plegaban con expresion desdenosa, y en sus negros ojos brillaba una mirada llena de orgullo y de altanería.

Vestia una casaca de color claro al gusto de la época, pues los sucesos que referimos tuvieron lugar en el último tercio del pasado siglo, y sus solapas abiertas permitían ver una chupa de seda ligeramente bordada y una riquísima camisa con chorrera de encaje. Unas botas de campana, un calzon de punto blanco y un sombrero de fina paja completaba su traje.

Comprendíase, al ver el cuchillo de monte que pendía en su cintura, el frasco de pólvora que colgaba en su hombro y la larga escopeta que tenía en la mano, que había pasado una parte del día cazando, y así lo demostraban algunas aves que iban colgadas del arzon de la silla, unidas al cadáver de una pequeña corza.

El jóven detuvo su caballo en medio del claro, echó pié á tierra y se acercó á la india, que le enviaba una mirada y una sonrisa llenas de dulzura.



¿Me esperabas, Cora?



—¿Me esperabas, Cora? preguntó el español deteniéndose ante la india y mirándola fijamente.

—Sí, joven blanco, respondió la niña: Cora adivina cuándo corres el bosque, y sale á tu encuentro.

—¿Tienes algo que pedirme? volvió á preguntar el español.

—Oh! Sí, la virgen de los bosques tiene algo que pedir al hermoso cazador blanco; pero el hermoso cazador, en vez de preguntarlo, debiera adivinar lo que la virgen de los bosques tiene que decirle.

Don Gonzalo, que así se llamaba el joven, comprendió en el acento de tierna reconvención con que la india pronunció estas palabras, algo de lo que pasaba en el fondo de su alma y dejó ver en sus labios una orgullosa sonrisa.

Pero no dijo una palabra, y después de algunos momentos de silencio, la india, que esperaba una respuesta, repuso:

—¿No adivina el cazador blanco lo que quiere la virgen de los bosques?

—No, Cora, soy muy torpe, respondió don Gonzalo, de cuyos labios no se borraba la sonrisa.

La joven india movió lentamente la cabeza, y dejó ver en su semblante una leve expresión de pena.

—Si el joven blanco no adivina los sentimientos de Cora, dijo con un acento triste como el arrullo de la tórtola, es inútil que Cora los manifieste, porque el joven blanco no los comprenderá ó no querrá comprenderlos.

—Me tratas con demasiada severidad, Cora, respondió don Gonzalo; siempre he sido tu amigo, y si quiero escuchar de tus labios la expresión de tus sentimientos, no es porque no sea capaz de comprenderlos y hasta adivinarlos, sino porque temo equivocarme en mis juicios.

La hermosa india dejó ver en sus labios una sonrisa llena de dulzura y exclamó:

—Si el hermoso cazador quisiera permanecer algunos momentos al lado de Cora, la virgen de los bosques le daría á conocer el estado de su alma.

Don Gonzalo, sonriendo siempre, fué á su caballo, ató sus riendas á las ramas de un arbusto, y sin pronunciar una palabra volvió al lado de la india y se sentó en el tronco junto á ella.

—Ya te escucho, Cora, le dijo, hazme saber lo que deseas.

—Y no engañar al cazador blanco, la virgen india, preguntó la joven.
—Por hombre de honor, Cora, y un hombre de honor no miente nunca.
—¿Lo juras al cazador blanco por el Dios de sus padres por su Dios?

Don Gonzalo parecía vacilar un momento, como si lo repugnase á tantas empeñarse en promesas formales y solemnidades, pero al fin respondió:

CAPÍTULO III.

—Si Cora lo juró por el Dios de sus padres, la india, por tanto como todas las mujeres que aman conocen en la verdad con que don Gonzalo había producido

UN AMOR SEMI-SALVAGE.

do su juramento, la india, movió lentamente la cabeza. Aquella expresión de disgusto era tan dolorosa, que el español tuvo lástima de la bella india.

—Cora, le dijo asiendo una de sus manos y estrechándola, La hermosa india dió á su semblante una expresión dulcísima, y fijando en don Gonzalo una mirada seductora, por lo tierna, por lo profunda, por lo brillante, dijo con el tono enfático peculiar de los indígenas americanos:

—El corazón de la virgen de los bosques está herido, joven blanco, y solo tú puedes devolverle la paz y la tranquilidad que ha perdido. ¿Quiere el valiente cazador ser el arroyo de agua cristalina que calme la ardiente sed de la joven india?

El español volvió á sonreír, comprendiendo claramente lo que se ocultaba bajo las poéticas palabras de la niña, y respondió:

—Seré para tí lo que quieras que sea, bella Cora.

—¿Y no engañará el cazador blanco á la virgen india? preguntó la jóven.

—Soy hombre de honor, Cora, y un hombre de honor no miente nunca.

—¿Lo jura el cazador blanco por el Dios de sus padres, por su Dios?

Don Gonzalo pareció vacilar un momento, como si le repugnase ó temiese empeñar una promesa formal y solemne, pero al fin respondió, si bien con una expresion que demostraba que sus palabras no eran sinceras:

—Sí, Cora; lo juro por el Dios de mis padres.

La india, perspicaz como todas las mujeres que aman, conoció en la frialdad con que don Gonzalo había pronunciado su juramento, la repugnancia que había en su corazón, y movió lentamente la cabeza.

Aquella expresion de disgusto era tan dolorosa, que el español tuvo lástima de la bella india.

—Cora, la dijo asiendo una de sus manos y estrechándola con ternura, no dudes de mí; hace mucho tiempo que te amo, y mi aspiracion mas dulce, mi deseo mas ardiente es que mi amor te haga feliz.

No pareció Cora quedar muy satisfecha con esta respuesta, y despues de un momento de silencio, repuso:

—La virgen de los bosques quiere poseer por entero el corazón del cazador blanco.

—A nadie amo mas que á tí, mi adorada Cora, respondió don Gonzalo.

—¿No hay ninguna dama de blanca piel que robe á la jóven india el corazón de su cazador? preguntó la niña fijando en el rostro de don Gonzalo la penetrante mirada de sus ojos negros.

—Ninguna, respondió el español; mi corazón es tuyo, solo tuyo.....

—El cazador blanco miente, respondió Cora, en cuyos ojos brilló un relámpago sombrío; la virgen de los bosques se ha acercado muchas veces á los jardines de la granja del cazador, y ha visto á su lado una dama blanca, una hermosa jóven de quien parecia enamorado. ¿Por qué engaña el cazador blanco á la virgen de los bosques?

—Yo no te engañe, Cora, respondió don Gonzalo bajando los ojos ante la profunda mirada de la niña.

—¿Quién es entonces la jóven blanca que he visto al lado del cazador? preguntó Cora.

—Es mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Sí, Cora.

—El cazador blanco miente, volvió á decir con acento de amargura la india; el cazador blanco miente y hace mal en mentir. Cora ha preguntado á varios esclavos del cazador, y sabe que el cazador no tiene hermanas.

Don Gonzalo hizo un gesto de contrariedad, y guardó silencio.

—¿Por qué engaña el cazador blanco á la virgen de los bosques? volvió á preguntar la india con un acento de tierna severidad.

—No te engañe, Cora, respondió don Gonzalo; si tú conocieras las costumbres de mi patria, comprenderias la verdad de mis palabras. Es cierto que mis padres no han tenido otro hijo que yo; es cierto que esa jóven blanca no es sangre de mi sangre; pero hemos crecido juntos, hemos pasado juntos los primeros años de la vida, hay entre nosotros un

carillo de hermanos, y en mi patria son hermanos del corazón los que viven como nosotros hemos vivido.

—¡Ah! exclamó la india, es tu amigo.

Aquella explicación no hubiera satisfecho á una mujer que conociera las costumbres de la vida civilizada; pero don Gonzalo sabía perfectamente que con ella podía engañar á Cora.

Los indios rinden á la amistad un culto que tiene mucho de fanatismo; entre ellos, los amigos son verdaderos hermanos, mas unidos y cariliosos á veces que los hermanos de sangre, y don Gonzalo, que conocía esta buena cualidad del pueblo americano, sacó partido de ella para desvanecer las dudas de la india.

Y lo consiguió.

Cora quedó satisfecha, y si en el fondo de su alma había aún algun resto de desconfianza, la expresión de sinceridad y de franqueza que vió en los ojos de don Gonzalo bastó para disiparla.

Una sonrisa llena de voluptuosidad y de dulzura lució en los labios de la hermosa india, que dijo:

Cora ignoraba que los hombres blancos tuviesen amigos como los indios del desierto: el joven cazador debe perdonar á Cora si le ha ofendido.

Don Gonzalo sonrió, y despues de un momento de silencio preguntó á la india:

—Debe creer que me amas, Cora?

—Sí, respondió con un acento dulcísimo la india; la virgen de los bosques ama al cazador blanco como las flores aman al sol, como las aves aman el espacio. La virgen de los bosques quiere vivir al lado del cazador blanco, y vagar con él por las selvas, y correr á su lado tras la corza, y repo-

sar con él bajo los árboles despues de la caza. La joven india quiere mirarse en los ojos de su amado, y vivir enlazada á él como la liana al tronco del caobo.

—Eso es imposible, Cora, dijo don Gonzalo.

—¡Imposible! ¿Por qué? preguntó la niña.

—¿Acaso quieres abandonar la aldea de tus hermanos indios y vivir bajo el techo del hombre blanco? exclamó el español.

—¡Oh! No, respondió sonriendo la niña; yo no podría vivir, me ahogaría entre las paredes de tu granja; yo necesito la libertad de la selva, la frescura del río, el canto de los pájaros, el olor de las flores que perfumaron mi cuna. No; la virgen no abandonará sus bosques, no se alejará de sus hermanos indios; pero el cazador blanco saldrá de su granja por el amor de Cora, irá á vivir con ella en la choza de ramas de los avipones y será el guerrero mas ilustre entre los guerreros de mi tribu. ¿No quiere esto el blanco amante de Cora?

Don Gonzalo movió lentamente la cabeza en ademan negativo.

—Niña, dijo, lo que quieres es una locura; yo no puedo dejar las comodidades, el regalo; las costumbres de la vida civilizada por los trabajos y los peligros de la existencia salvaje de tus hermanos. Por el contrario, si quieres abandonar la choza india y vivir á mi lado bajo el techo de mi granja, allí encontrarás todo lo que puede hacer dulce la existencia, tendrás esclavas que te sirvan.....

—Allí seré esclava, aquí soy libre, interrumpió moviendo la cabeza la india.

—Allí serás libre tambien, replicó el español; todos mis esclavos se dedicarán á servirte, á satisfacer tus caprichos,

á llenar tus deseos; nuestra existencia se deslizará dulce y tranquila como las aguas del arroyo entre las flores, y el cazador blanco morirá de amores mirándose en los ojos de la virgen india.

Cora no respondió, y don Gonzalo creyó notar en ella una leve vacilación.

Al fin, después de algunos momentos de silencio dijo la india:

—La virgen de los bosques no está segura del amor del hombre blanco, y teme verse engañada y reducida á la esclavitud. Que el cazador blanco siga viniendo todos los días á este sitio para que Cora le vea y escuche su voz, y cuando la virgen india esté convencida de la pureza del amor del hombre blanco, entonces abandonará la toldería de sus hermanos los avipones, é irá á vivir bajo el techo de tu granja.

—¿Lo juras? exclamó con acento de júbilo el cazador.

—Lo juro por el Dios de mis padres, respondió solemnemente la india; pero si me veo engañada, si en vez de amor solo encuentro bajo tu techo esclavitud y desprecios..... ¡ay de tí y de los tuyos, cazador blanco, porque la venganza de la virgen india hará enrojecer con sangre las aguas de este riol.

Diciendo esto, Cora se levantó del tronco disponiéndose á marchar.

—¿Te alejas ya? exclamó don Gonzalo.

—Sí; el sol se oculta y mi cabaña está lejos, respondió la niña.

—¿Te veré mañana?

—Todas las tardes en este mismo sitio, Cora esperará á su amante, respondió la india.

Don Gonzalo se puso de pié, y antes de que la joven pudiera impedirlo, rodeó con uno de sus brazos su esbelta cintura, la atrajo hácia sí y la besó en la boca.

—¡Adios! murmuró la niña desprendiéndose de los brazos del español.

—¡Adios! respondió don Gonzalo.

Cora, saltando como un cervatillo, desapareció rápidamente entre la espesura; don Gonzalo se acercó á su caballo, cabalgó y penetró en el sendero, dirigiéndose lentamente á su granja.



CAPITULO IV.

LA GRANJA DE DON GONZALO.

A media legua del claro donde habia tenido lugar la conferencia de Cora con el joven español, el bosque terminaba bruscamente para dar lugar á una extensa pradera, donde pastaban algunos rebaños de bueyes y carneros, guardados por gauchos y custodiados por grandes mastines.

Al salir del bosque, don Gonzalo puso su caballo al galope, á fin de llegar á su casa antes de que cerrase la noche, y no tardó en atravesar la pradera, llegando poco despues al límite de las tierras cultivadas pertenecientes á su plantacion.

Veíase á poca distancia la granja, que era un edificio de piedra y ladrillos, blanqueado con yeso, de un solo piso, como lo son todas las casas de campo en América, y con balcones y ventanas en las cuatro fachadas, lo que la hacia asemejarse en cierto modo á una inmensa jaula.

Ante la fachada principal se extendía un magnífico jardín, dispuesto con bastante gusto, y una ancha calle flanqueada por dos filas de arbolillos conducía á una escalinata de piedra sobre la cual se abría la gran puerta de entrada.

Las otras tres fachadas daban á diversas dependencias del establecimiento.

Don Gonzalo atravesó las tierras cultivadas, adelantó por la ancha avenida y se detuvo ante la puerta de la casa.

El ruido de los pasos de su caballo hizo acudir algunos negros, uno de los cuales tomó las riendas del animal, conduciéndolo á las cuadras.

El cazador penetró en el espacioso zaguan, subió unas escaleras y penetró al fin en un gran salón, decorado con lujo y riqueza, en el cual se hallaban algunas personas.

Era la primera un hombre de cuarenta y cinco años, alto, robusto, y en cuyas facciones se advertía una gran semejanza con don Gonzalo; comprendíase sin grande esfuerzo que era su padre; llamábase don Lorenzo Acebedo, y pasaba por uno de los propietarios mas ricos del virreinato de Buenos Aires.

Los que á su lado estaban eran un caballero de su misma edad, poco mas ó menos, y un joven de unos veinte años cuyo parecido demostraba igualmente que eran padre ó hijo.

Este último estaba en traje de caza y el polvo que cubría sus altas botas acampanadas revelaba que hacia pocos instantes que habia dejado su caballo.

Un negro acababa de encender la magnífica lámpara de seis brazos que pendía del techo de la habitación.

Bajo ella, en medio de la sala, se veía una mesa espléndidamente servida.

Al mismo tiempo que entraba don Gonzalo, por otra puer-

ta entró tambien en la estancia una bella joven completamente vestida de blanco.

Su hermosura era espléndida: tenía la tez blanca, pero con ese blanco ardiente, nacarado, tentador, que solo se encuentra en las españolas; los ojos negros, rasgados, lucientes; la nariz lijera y aguileña; la boca pequeña, resada, plorada por una sonrisa desdeñosa; los cabellos negros, con reflejos azules como las alas del cuervo; la cintura esbelta y delgada, los brazos perfectamente torneados, y las manos sumamente pequeñas.

Vestia una lijera y elegante bata blanca de batista que dejaba ver su magnífica garganta y el nacimiento de un seno tentador, y entre sus cabellos, peinados en largos y flotantes rizos, llevaba una escaleta, la flor campanilla del *quamolet*, que parecia querer rivalizar con el color de sus mejillas.

—¡Ah! dijo la hermosa al ver á don Gonzalo; ya está de vuelta nuestro cazador.

Don Gonzalo arrojó sobre una silla su sombrero y su cinturón con el cuchillo de monte, y respondió sonriendo:

—Hubiera podido estar aquí hace mas de una hora, pero me ha detenido en el bosque una aventura sumamente extraña.

—¿Y os apoderásteis al fin de la corza? preguntó el otro joven que se llamaba don Francisco y era hermano de la hermosa niña.

—Ya lo creo, respondió el cazador; sería la primera vez que se escapase un animal perseguido por mí. Pero, ¿cómo no me seguisteis al bosque? Vuestros caballos no eran inferiores al mio.....

—No fué culpa de nuestros caballos si nos separamos de vos, respondió don Francisco; la verdad es que Blanca temió

internarse en la selva, creyendo sin duda que detras de cada árbol se oculta un jaguar ó un yacaré.

—¿Es cierto eso, mi querida Blanca? preguntó don Gonzalo dirigiendo á la jóven una dulce sonrisa.

—Confieso que sí, amigo mio; respondió Blanca; no hubiera temido seguirlos si se tratara de forzar un jabalí ó un venado en nuestros bosques de Estremadura; pero no llega mi valor hasta el punto de internarme en estas terribles selvas americanas, tan llenas de indios y de animales feroces.

Vagó una sonrisa en los labios de don Gonzalo.

—No creais eso, Blanca, replicó; en España se tienen, respecto de estos países, preocupaciones que no reconocen el menor fundamento. Es verdad que en nuestros bosques americanos se encuentran animales dañinos, pero no llega la cosa hasta el punto de que salten bajo los piés. Dos años hace que vivo aquí, paso en la selva la mayor parte del día, y sin embargo, puedo aseguraros que ni con los indios ni con los fieras he corrido jamas el menor peligro.

Blanca hizo un gracioso gestecillo de incredulidad y no contestó.

—Cuando lleveis algun tiempo en América, continuó don Gonzalo, os convencereis de que nuestros hermosos bosques no son mucho mas peligrosos que los montes de Galicia y Estremadura. Si se tratase de las inmensas selvas del territorio brasileño, que poseen nuestros vecinos los portugueses, nada tendria de sorprendente vuestro temor, pues son verdaderamente peligrosas; pero entre ellas y las comarcas en que nos encontramos hay una diferencia inmensa, y os lo repito, no correreis en estos bosques, al ménos en los cercanos á las

plantaciones, mas peligrosos que los que pudieran amenazaros en nuestras montañas de Asturias.

—Sin embargo, replicó Blanca, he visto en la orilla del rio lagartos de gran tamaño, á los que llamais caimanes ó yacaré, y os confieso que solo su presencia me ha hecho agonizar de terror. Tambien he oido entre la espesura los rugidos del tigre, y los gauchos me han dicho que ese terrible animal es un vecino sumamente peligroso. Ya veis, mi querido don Gonzalo, que mis temores no son vanos y están muy lejos de ser infundados.

Don Gonzalo iba á replicar; pero en aquel momento los criados sirvieron la cena y don Lorenzo dijo:

—A la mesa, señores.



REPOSICION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

UN ALMA INFAME.

Hemos presentado personajes nuevos y debemos darlos á conocer á nuestros lectores.

Empecemos por don Lorenzo Acevedo. El padre del joven cazador pertenecía á una noble familia española, aunque habia nacido en Buenos-Aires, en cuya audiencia ejercia su padre el cargo de oidor. Durante su juventud fué oficial de uno de los regimientos que guarnecian el vireinato; pero casado poco despues con una jóven, que á su regular hermosura unia una fortuna considerable, formada en su mayor parte por magnificas granjas y estancias en las fronteras del Gran Chaco, abandonó las armas para disfrutar con tranquilidad de la vida regalada del hombre rico americano.

Su mujer murió poco despues de haber dado á luz á don Gonzalo, que se educó de la peor manera posible; y como su padre le dejaba en libertad completa de satisfacer todos sus caprichos, el jóven llegó á ser un calavera de primer órden,

para quien no habia nada digne de respeto ni de consideracion.

El otro personaje se llamaba don Pánfilo Machuca, y hacia pocos meses que habia llegado á Buenos-Aires con el cargo de intendente de rentas del virreinato. Le acompañaba su hijo don Francisco, alférez de caballería, y su hija Blanca, que estaba prometida en matrimonio al jóven don Gonzalo.

Habia entre los futuros esposos grandes puntos de contacto; ambos eran altivos, orgullosos, y si Blanca no tenia los vicios que manchaban la existencia de don Gonzalo, pues la mujer, por regla general, y en razon á su diferente destino, no puede resentirse de los mismos vicios que el hombre, en cambio era frívola, vanidosa, y sobre todo, excesivamente dura de corazon.

Su hermano don Francisco no era por sus sentimientos superior á ella, y en cuanto á su padre, baste decir que no se le conocia ni una sola buena cualidad.

Habia entre las dos familias algunas relaciones de antigua amistad y aun de lejano parentesco, en virtud de las cuales, apenas llegó don Pánfilo á Buenos-Aires, invitó don Lorenzo á pasar algunos dias con sus hijos en su magnífica granja de las márgenes del rio Bermejo.

Desde el primer momento, don Gonzalo se habia mostrado extremadamente galante con Blanca; la galantería dió lugar al amor, el jóven habló del asunto con su padre, que pidió para él á don Pánfilo la mano de su hija, y se decidió realizar la boda cuando las dos familias volvieran á Buenos-Aires al concluir los meses de verano.

Tal era la situacion de nuestros personajes al empezar los sucesos que constituyen la historia que vamos refiriendo.

A la voz de don Lorenzo sentáronse todos alrededor de la mesa, y la cena dió principio.

Durante los primeros momentos versó la conversacion sobre los diversos incidentes de la caza. Blanca se manifestó muy admirada de la lozana y abundante vegetacion de los bosques americanos, de las bellísimas aves que habia visto, y su hermano no pudo ménos de confesar que América era un hermoso país.

En cuanto á don Gonzalo, por mas que al entrar hubiera indicado que una aventura extraordinaria le habia detenido en el bosque retardando su vuelta, no decia una palabra que pudiera revelar deseos de dar á conocer su entrevista con la jóven india.

Creemos que tal vez hubiera guardado sobre este asunto completo silencio, si su indicacion hubiera pasado desapercibida; pero desgraciadamente no fué así, pues tanto Blanca como su hermano la habian recogido, y al fin la jóven exclamó:

—Creo haberos oido decir, mi querido Gonzalo, que despues de separaros de nosotros os ha sucedido una aventura sorprendente.

—Así es, en efecto, amiga mia, respondió el cazador.

—¿Peligrosa tal vez? preguntó don Pánfilo.

—¡Oh! No por cierto.

—¿Desagradable acaso? interrumpió Blanca.

—Todo al contrario.

—Decid, pues, qué ha sido ello, exclamó el jóven don Francisco.

—A no ser que sea un secreto, observó sonriendo graciosamente Blanca, en cuyo caso respetaremos vuestra reserva.

—¡Oh! No hay nada de eso, respondió el cazador; pudie-

ra ser un misterio si se tratase de una persona algo respetable, pero tratándose de un individuo de piel cobriza, las consideraciones son completamente inútiles.

—¡Ah! exclamó Blanca; se trata de un indio.

—No por cierto; se trata de una india, y de una india que es indudablemente la mujer mas hermosa de su raza.

—¡Hola, hola! exclamó el joven don Francisco, ¿es acaso alguna aventura amorosa?

—Tal como lo decís, respondió don Gonzalo.

—¡Já, já, já! exclamó el viejo colono soltando una alegre carcajada; habeis galanteado á una india.....

—No señor, respondió el joven; en esta ocasion los papeles se han trocado, y el galán ha tenido que escuchar la declaracion de la dama.

Una carcajada general acogió estas palabras del joven; pero debemos hacer constar, á fuer de verídicos narradores, que la risa de Blanca no era tan franca y espontánea como la de los otros comensales.

Aunque don Gonzalo tenia muy poco de perspicaz, no dejó de reparar en esto, y temiendo que su amante empezase á concebir celos, la dijo sonriendo:

—No temais, mi querida Blanca; seria indigno de vos y de mí si me rebajase hasta el punto de aceptar de una manera formal y seria los amores de una miserable india.

—Eso quiere decir, observó la joven, que si bien en son de burla los aceptais.

—Precisamente; tengo una magnífica idea que quiero realizar, y para ello necesito engañar un poco á esa pobre muchacha.

—Veamos vuestra idea.

—¡Oh! Perdonadme si callo, respondió galantemente don

Gonzalo; revelarla seria privaros del placer de una agradable sorpresa.....

—Contengo, pues, mi curiosidad, dijo Blanca, y me cefio á suplicaros que nos relateis vuestra divertida aventura.

Don Gonzalo tomó en su silla una postura sumamente pretenciosa, y despues de apurar una copa de vino, dijo:

—Empezaré por haceros saber cómo conocí á la linda Cora, que así se llama mi enamorada india. Una tarde, hace tres meses próximamente, me interné en la selva mas de lo que acostumbraba, arrastrado por la persecucion de una cierva, llegando hasta un sitio que me era completamente desconocido y cuya apretada espesura hacia casi imposible encontrar mi camino. Renunciando á la caza, quise encontrar un sendero que me llevase á la orilla del rio, desde cuyo punto, siguiendo la direccion de la corriente, podia llegar fácilmente á la granja, y despues de dar infinitas vueltas y cansar mi caballo en inútiles pesquisas, me ví completamente desorientado y sin saber hacia qué lado dirigir mis pasos. Hallábame en un pequeño claro, completamente rodeado de maleza, y con el objeto de descansar un poco y de meditar detenidamente sobre mi posicion un tanto crítica, eché pié á tierra y me senté sobre el tronco de un árbol caído. No duraron mucho mis reflexiones: poco despues ví aparecer entre la maleza que limitaba el claro por la parte opuesta á la en que yo me encontraba, una joven india que me miró con cierta extraña expresion de interes y sorpresa; saltó ligeramente al claro, y ántes de que yo pudiera dirigirle una palabra, exclamó:

—¿Has perdido tu camino, joven pálido?

—Sí, contesté.

—Has hecho muy mal, repuso, en llegar á esta parte de la selva; pudieras haber encontrado indios hostiles que te

habrían atacado y herido. El bosque no es la morada de los hombres blancos, y el que se aventura entre sus jarales puede fácilmente encontrar la muerte.

Confieso que, en mi situación, aquellas palabras no me parecieron muy tranquilizadoras; sin embargo, como en el rostro de la india no veía la menor expresión de hostilidad ó amenaza, me animé á rogarla que me guiara hasta la orilla del río.

—Sígueme, dijo la muchacha.

—Me levanté, y llevando al caballo de las bridas, penetré con la india en un sendero estrechísimo, en cuya existencia ni siquiera había sospechado.

Después de una hora de camino, durante la cual no cambié con la india una sola palabra, llegamos á un sitio en que la senda se ensanchaba y no tardé en percibir el rumor de las aguas del río.

Continuamos andando, y al fin salimos á un pintoresco claro, situado en la misma orilla del río, donde se detuvo la india.

—Ya estás cerca de tu granja, me dijo; sigue por el sendero y no tardarás en hallarte fuera de la espesura.

Comprendí que no debía separarme de mi amable guía sin ofrecerle una recompensa por su trabajo; pero como á los ojos de los indios las monedas no tienen valor alguno, me encontraba perplejo sin saber cómo podría demostrarle mi agradecimiento.

Recordé, al fin, que los pieles rojas son extremadamente aficionados á todos los objetos brillantes, aunque no tengan algun valor real, y si bien la cadena de mi reloj es de oro, desprendíla y se la ofrecí, creyendo que la aceptaría sin replicar.

Pero me engañé; la india rechazó la cadena con un ademán



La granja.

—¡asi increíble en una mujer de su condicion y de su raza, y replicó:

—Guarda tu cadena, jóven blanco; es de oro y demasiado rica para pagar el pequeño servicio que te he prestado.

—Sin embargo, repuse, de algun modo he de recompensar tu trabajo.

—Cora nada quiere del hombre blanco, respondió la india; lo que ha hecho nada vale, y si el jóven cazador se empeña en pagárselo, solo aceptará un objeto que no tenga valor alguno, como un simple recuerdo de nuestro encuentro.

Dominado por el acento y las palabras de la india, retiré la cadena, y arrancando de mi sombrero un pequeño joyel de plata, se lo ofrecí diciendo:

—Este adorno es de valor muy escaso: tómallo y consérvalo en memoria mia.

La india tomó el joyel y lo prendió en la túnica sobre su pecho.

Tras algunas frases de despedida, monté á caballo y me alejé del claro, donde quedó Cora contemplando con una curiosidad de niña el joyel que brillaba sobre sus toscas ropas.

Desde entonces muchas veces he encontrado á Cora en el bosque; siempre que esto sucedía permanecíamos juntos algunos instantes, y como el amor no puede ser oculto, al fin y al cabo llegué á comprender que la pobre muchacha se habia enamorado de mí.

Por fin, esta tarde, habiéndola encontrado en el claro donde me separé de ella el día que nos conocimos, me retuvo á su lado, y con las frases más poéticas que podeis imaginaros, me dió á conocer su amor, acabando por ofrocarme abandonar

su cabalía para vivir á mi lado entre las paredes de la granja.

El joven calló y fijó en sus comensales una mirada de triunfador.

—¿Sabeis, don Gonzalo, exclamó Blanca, que vuestra india me inspira un gran interes? Daria cualquier cosa por conocerla.

—Y yo, repuso el joven don Francisco.

—Nada mas fácil que satisfacer vuestros deseos, respondió el cazador; mañana á media tarde encontraré á Cora en el claro donde siempre nos vemos, y si quereis, podeis presenciar nuestra entrevista.

Blanca vaciló un momento; pero al fin, dirigiéndose á su hermano, exclamó:

—¿Qué os parece la idea, hermano mio?

—Magnífica, y por mi parte la acepto desde luego.

—Yo tambien, repuso la joven; esa enamorada de piel cobriza me inspira un vivo interes, y quiero ver si es en efecto, tan bella como la pinta su blanco amante.

—Por vuestros ojos juzgareis, repuso don Gonzalo, y si no confesais que es la mas hermosa de todas las indias, os permito que me castigueis de la manera que mejor os plazca.

Blanca hizo un ademan de asentimiento, y con estas palabras terminó la conversacion.

CAPITULO VI.

INDIA Y CASTELLANA.

Al dia siguiente, poco despues de las dos de la tarde, una pequeña cabalgata bajaba por la ancha avenida de la granja, dirigiéndose á la selva.

Compañia don Gonzalo, Blanca y su hermano, y sin gran trabajo adivinarán nuestros lectores el objeto que los guiaba.

Blanca, ataviada con una amazona de seda azul y un sombrero de paja adornado con plumas y cintas del mismo color, cabalgaba en medio de los jóvenes y de vez en cuando cambiaba con don Gonzalo algunas palabras, acompañadas de una sonrisa llena de dulzura.

Pronto dejaron atras las tierras cultivadas, atravesaron la pradera donde pacian los ganados y llegaron á los límites de la selva.

Don Gonzalo se detuvo á la entrada del sendero y dijo:

—No creo conveniente que Cora nos encuentre juntos en

el punto de cita. Dejadme, pues, adelantar solo, y dentro de algun tiempo seguid por esta senda, que os conducirá á un claro, donde nos hallareis; el camino es derecho y no podeis extraviaros.

—Id, don Gonzalo, id, contestó sonriendo Blanca.

Don Francisco echó pié á tierra, ayudó á bajar á su hermana y la hermosa jóven fué á sentarse bajo las ramas de un árbol, mientras que el alférez ataba las riendas de los caballos á un arbusto.

El amante de Cora hizo entonces á sus compañeros una afectuosa señal de despedida, y apretando las espuelas á su corcel se internó rápidamente en la espesura.

Poco tardó en llegar al claro que ya conocemos, y volviendo los ojos en torno suyo, lo vió completamente desierto.

Echó pié á tierra, ató el caballo á una rama y fué á sentarse en el tronco de un árbol caído, murmurando entre dientes:

—Sentiria que esa muchacha me hiciese esperar mucho tiempo.

No hubo, por fortuna, motivo para que don Gonzalo se impacientase: no habian pasado cinco minutos desde su llegada al punto de cita, cuando la hermosa india apareció entre la espesura.

Don Fernando se puso de pié y sonrió.

—Cora, dijo con un acento lleno de dulzura.

La niña, saltado como un cervatillo, salió de entre la maleza, y se acercó al cazador.

—¡Oh, jóven blanco! exclamó con voz apasionada; ¡la virgen de los bosques vive en la luz de tus ojos!

Don Gonzalo rodeó con uno de sus brazos la esbelta cin-

ta de Cora, que se abandonó á él, la atrajo hácia sí, la estrechó sobre su pecho y la besó en la boca.

—¡Yo te adoro, cazador blanco! murmuró en medio del beso que le dió la hermosa india.

El jóven volvió á sonreír, y acercándose con la niña al tronco dorribado, se sentó junto á ella.

—¡Qué hermoso eres, jóven pálido! exclamó Cora con un acento en que vibraba el amor; tus ojos son lánguidos como los del ciervo de los bosques, y tienen tus mejillas el color de las hojas del nenúfar.

Don Gonzalo escuchaba sonriendo siempre las poéticas palabras de la india, pero no contestaba: comprendia que sus frases, por escogidas que fuesen, no podian armonizar con los romancescos sentimientos de Cora, que se manifestaba de una manera tan bella y elocuente, y para no mostrarse inferior á ella, habia tomado el partido de callar.

La india sacó del interior de su túnica un pequeño joyel de plata, que llevaba pendiente de un tosco cordoncillo de algodón, y mostrándolo al cazador, dijo sonriendo con una expresion dulcísima:

—Mira, jóven blanco; desde el día en que nos conocimos, esta joya que recibí de tus manos no se ha separado un solo momento de mi pecho.

—Tampoco tu recuerdo se ha separado de mi mente, Cora adorada; respondió al fin don Gonzalo.

—Y tu imagen ha permanecido grabada en mi alma, tu amor ha vivido siempre en mi corazón, repuso ardientemente la india.

—Jóven blanco, exclamó esta, la virgen de los bosques te ama mas que á su madre, mas que á sus hermanos de piel roja, mas que á su vida; la virgen de los bosques es tuya y

solo tuya, y quiere vivir enlazada á tí como la yedra al júb-
via, mirándose en tus ojos y aspirando el aliento de tu boca.
¿Y por qué calla el cazador blanco? Por qué no devuelve á
la virgen india sus amantes palabras y la dice que vive
con su amor? ¿Es acaso que el cazador blanco no ama á la
virgen de los bosques?

—¡Oh! no, Cora; no abrigues semejante temor, no dudes
de mí, contestó don Gonzalo; te amo todo lo que mi alma
puede amar, y si á tu lado permanezco silencioso, es porque
no quiero perder una sola de tus palabras, porque gozo una
dicha imponderable, una felicidad de los cielos escuchando tu
voz, mas dulce que el arrullo del viento entre las frondas,
mas armoniosa que el canto de las aves al amanecer el sol.
Cora, nada hay en el mundo que tenga para mí mas precio
que tu amor.....

Don Gonzalo se interrumpió, cortado por un brusco movi-
miento de la india, que despues de escuchar algunos momen-
tos con la mayor atencion, dijo:

—Alguien se acerca; oigo en el sendero pisadas de caballos.

Don Gonzalo escuchó á su vez, y percibió en efecto, un
rumor casi imperceptible, cuya causa no era posible apresar
sino poseyendo la exquisita delicadeza de oído que caracteri-
za á los indios.

Comprendió, sin embargo, que Blanca y su hermano,
guiándose por sus instrucciones, se aproximaban al claro, y
queriendo alejar las sospechas que su llegada pudiera inspi-
rar á Cora, dijo:

—Serán los indios.

—No, respondió con acento de seguridad la niña; mis her-
manos de piel roja no llegan jamas á esta parte de la selva;

y en todo caso, vendrian por el lado opuesto. Son blancos
indudablemente.....

—Desecha, en ese caso, todo temor, dijo don Gonzalo; es-
tando á mi lado y bajo mi proteccion, ninguno se atreverá
á tí; si se tratara de tus hermanos indios seria muy distinto,
pues yo no podria defenderte contra ellos si se indignaban de
encontrar una doncella de su raza en brazos de un hombre
blanco.

Cora no replicó.

Don Gonzalo volvió la vista hacia la salida del sendero,
en la cual se oian ya muy cerca las pisadas de los caballos,
y poco despues apareció en el claro la hermosa Blanca, se-
guida de su hermano don Francisco.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó la española deteniendo su caballo y
dejando ver en sus labios una alegre sonrisa; os encuentro,
mi buen don Gonzalo, muy entretenido y muy acompañado.

En el acento con que Blanca pronunció estas palabras
creyó notar don Gonzalo, en medio de una ligera ironía, una
leve expresion de despecho.

Y así era, en verdad. A pesar de su excesivo amor propio
la orgullosa española no habia podido menos de sentirse
despechada al contemplar la deslumbrante hermosura de Cora,
que la miraba con una curiosidad verdaderamente infantil.

—Celebro, amigo mio, continuó Blanca antes de que su
prometido hubiera podido responder, que en estos hermosos
bosques americanos encontreis tan buenas aventuras. He
oído decir que lo que da la selva pertenece al cazador, y
ahora veo que no se engañan los que tal dicen.

Cora no pudo comprender, en su sencillez casi salvaje, la
grosera intencion de las palabras de Blanca; pero don Gonzalo
lo comprendió y sonrió con aire de triunfador.

Por su parte, don Francisco callaba, contemplando á Cora con una cínica expresion de deseo.

—Al fin, exclamó don Gonzalo, que no sabia qué decir, os habeis atrevido á penetrar en la selva.

—Sí, respondió Blanca; pero nos hemos internado mucho, y como no conocemos estos senderos tememos extraviarnos.

—Si quereis que os sirva de guía..... exclamó el jóven.

—¡Oh! No, respondió la española, sin tratar de ocultar la ironía de su acento; sabremos volver á la granja sin peligro de perdernos, y por otra parte, no es justo que por causa mia pongais término á vuestra amante conferencia. Permaneced al lado de vuestra amante, don Gonzalo, que bien lo merece su espléndida hermosura; y no paseis cuidado por mí.

El jóven, que se habia acercado á su caballo, se detuvo, sorprendido por las sarcásticas frases de su futura, y fijó en su rostro una mirada de extrañeza.

—Adios, mi infortunado cazador, continuó la jóven sonriendo y dirigiendo á su prometido un afectuoso ademán de despedida; comprendo perfectamente que mi presencia os es inoportuna y os dejo en completa libertad: hasta luego.

Diciendo esto, Blanca sacudió un latigazo á su caballo, lo revolvió violentamente y se lanzó á galope en el sendero, seguida de su hermano.

Don Gonzalo comprendió que su futura se alejaba enojada, pero disimuló su inquietud, y volvió á sentarse al lado de la india, que no habia despegado los labios.

CAPÍTULO VIII

TAL PARA CUAL.

Poco antes de llegar el sol al horizonte, don Gonzalo se separó de Cora, prometiéndola tornar al bosque en el día siguiente, y saltando sobre su caballo, se alejó del claro, dirigiéndose á la granja, en tanto que la hermosa india se perdía entre la espesura.

Regresaba el jóven un tanto inquieto, pues conocia el carácter dominador y orgulloso de su prometida, y temía que la altiva española, arrastrada por la envidia y el despecho que en ella produjeron la deslumbrante hermosura de Cora, diese lugar á una escena enojosa.

Apenas salió del bosque, el cazador puso su caballo á galope, y salvando rápidamente la pradera y las tierras cultivadas, llegó en pocos momentos á la puerta de la granja.

Dirigíase, despues de dejar su caballo en manos de un esclavo, á la habitacion que servia de sala y comedor, cuando salió á su encuentro una linda cuarterona que estaba al in-

mediato servicio de Blanca, y le dijo que la joven le esperaba en su gabinete.

Don Gonzalo se desembarazó acto seguido de sus arreos de caza, y se dirigió á la habitacion de su futura.

La hermosa española habia cambiado su traje de montar por una lijera bata de seda blanca, cuyos anchos pliegues aumentaban poderosamente su belleza, y esperaba al joven reclinada en un pequeño confidente de damasco azul.

Veíase en su semblante una clarísima expresion de enojo, y á primera vista comprendió don Gonzalo que se preparaba una explicacion borrascosa.

Saludó á su prometida con una dulce sonrisa, y dijo:

—Me han anunciado, mi adorada Blanca, que deseábais hablarme.

—En efecto, amigo mio, respondió con severidad Blanca; hacedme, pues, el favor de sentaros.

Don Gonzalo se sentó en el confidencial lado de la joven y exclamó:

—Os encuentro muy seria, querida mia, y si hubiera de juzgar por la expresion de vuestro hermoso rostro, debería creer que estábais enojada.

—Si tal creyéseis, acertaríais, don Gonzalo, repuso Blanca mirando con severidad al joven, y por cierto que mi enojo no tiene nada de infundado: lo que esta tarde he visto en el bosque es sumamente desagradable para una mujer que ama.

—Blanca, no os comprendo, respondió don Gonzalo.

—Vos amais á Cora.

—Blanca, exclamó sonriendo el joven, ¿es posible que hayais creído tal cosa?

—No debe sorprenderos.

—Sí, me sorprende; ¡vos, tan altiva, tan noble, rebajaros

hasta el punto de tener celos de una india despreciable; de una muchacha de piel roja; vos, mi prometida, la que reina sin rivales en mi alma, juzgarme tan despreciable, tan olvidado de mí mismo que me creais enamorado de una mujer de esa especie!..... ¡Parece imposible, Blanca!

—No, no, don Gonzalo, exclamó con severidad la joven; pongamos las cosas en su verdadero lugar; la cuestion no está entre la noble dama y la india despreciable, sino entre una mujer que ama y otra mujer que ama; no soy, don Gonzalo, tan orgullosa que desconozca que ante el imperio del amor desaparecen las clases. Cora es hermosa como una ilusion, es bella como yo no creia que pudiera serlo una india, y preciso es que lo confeseis, la hermosura es tan atractiva y seductora en una mujer de piel roja, como en una dama europea. Lo que esta tarde he visto basta para creer que amais á esa india, ó por lo menos, que su belleza os causa una impresion profunda.....

—Blanca, os juro.....

—¡Oh! No me ciega el orgullo, don Gonzalo, y comprendo que Cora, á pesar de su color y de su miserable estado, no es una de esas mujeres á quienes se pueda burlar con facilidad. Tiene encantos bastantes para ser burladora y no burlada, y es probable que en vez de prenderla en vuestras redes os halleis preso en las suyas.

Don Gonzalo sonrió de una manera desdichosa.

—¡Oh! No os ríais, don Gonzalo, replicó la joven; ante la hermosura de una mujer no hay orgullo que no se doble.

—No sé cómo he de demostraros que vuestras acusaciones son infundadas, dijo el cazador.

—¿Y si yo os propusiese un medio?

- Lo aceptaré.
- ¿Fuese cual fuese?
- Sí.
- ¿Sin condiciones ni reservas?
- Sí.
- Voy, pues á sujetaros á una prueba, repuso la jóven; si respondeis á ella, os amaré mas aún de lo que os amo, pero si mis sospechas se realizan, entonces os crearé un villano indigno de mi amor, y me apartaré de vos.
- Veamos vuestra idea, contestó don Gonzalo sin hacer caso de la amenaza de Blanca.
- La bella española apoyó su hermoso brazo desnudo en los almohadones del confidente, reclinóse con una hechicera languidez, y fijando sus ojos en don Gonzalo con una expresión llena de tentaciones, dijo:
- Por lo que ayer os entendí, Cora está dispuesta á abandonar su tribu para vivir á vuestro lado.
- Así es, respondió don Gonzalo.
- Pues bien, traedla á la granja.
- El jóven miró sorprendido á Blanca, cuya intencion no podía adivinar.
- ¿Os extraña mi deseo? preguntó sonriendo la jóven.
- Confieso que sí; pero continuad.
- Cesará vuestra extrañeza cuando os diga que quiero que Cora sea mi esclava.
- ¡Vuestra esclava! exclamó don Gonzalo.
- Sí.
- Eso no puede ser, Blanca.
- ¿Por qué? preguntó con acento incisivo la jóven.
- Sabeis que las leyes nos prohiben terminantemente esclavizar á los indios.....

- También sé, respondió Blanca, que esas leyes no se cumplen y que en todas las colonias de España hay muchos millares de indios esclavos.
- Lo que Blanca acababa de decir no podía ser mas cierto. Las leyes de Indias prohibían á los plantadores y colonos españoles, bajo penas muy severas, reducir á la esclavitud á los indígenas americanos; pero estas leyes no se practicaban, y los pobres indios se veían con mucha frecuencia reducidos á la mas dura servidumbre.
- Don Gonzalo se vió cogido, pues en su misma granja había varios indios esclavizados.
- ¡Quereis vengar en esa pobre niña vuestros injustos celos! dijo á la jóven.
- Os prometo, repuso esta, que la trataré con cariño y que será para ella una buena ama.
- Sin embargo.....
- Voy convenciéndome, interrumpió con acento duro la española, de que mis sospechas nada tienen de gratuitas.
- ¡Blanca!
- Si así no fuese, no había razon para que os repugase hacer con esa muchacha lo que habeis hecho con muchos de sus hermanos.
- Don Gonzalo se movió contrariado en el confidente, y después de un instante de vacilacion, respondió:
- Será vuestra esclava; pero prometedme que no la hareis sufrir los duros tratamientos que sufren otros esclavos.
- Os lo prometo, dijo sonriendo sesgadamente Blanca; será mi doncella, mi esclava favorita, no olvidaré nunca que por vuestro amor ha perdido la libertad.
- Don Gonzalo no reparó en el ligero acento de sarcasmo con

que Blanca pronunció las últimas palabras, y quedó satisfecho.

Blanca le dirigió una mirada llena de voluptuosidad, y el joven, asiendo una de sus manos, que estrechó con ternura, murmuró inclinándose hacia ella:

—Os doy á Cera; pero vos, ¿qué me dareis en cambio?

—¿No os he dado mi alma? exclamó la española.

Y con un movimiento lleno de encanto, reclinó su cabeza sobre un hombro de don Gonzalo, que la estrechó sobre su pecho y la besó en la boca.

Blanca desprendió de sus cabellos la flor que adornaba su peinado y la presentó á su amante, diciendo con acento ardiente.

—Tomad; con ella os doy mi vida.

Luego se levantó del confidente, enlazó su brazo al de don Gonzalo, y salieron juntos de la estancia.



La estrechó sobre su pecho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO
1525

CAPITULO VIII.

LA TRAICION.

Un mes trascurrió desde que tuvieron lugar los acontecimientos que llevamos referidos, y durante él, ni una sola tarde dejó don Gonzalo de ir al claro del bosque, donde encontraba, cada día mas enamorada, á la linda Cora.

El jóven habia conseguido desvanecer, al fin, los últimos recelos de la india, que en su sencilla ignorancia no podia comprender la villana falsedad del corazon de su amante, y la pobre Cora, sacrificándolo todo á su amor, estaba ya resuelta á abandonar la tolteria de sus hermanos indios para ir á vivir con don Gonzalo bajo el techo de la granja.

El matrimonio del jóven colono con Blanca debia realizarse en un término muy breve, y don Gonzalo, cuyos últimos escrúpulos habian cedido ante las exigencias de su prometida, quiso dar á esta el placer de que fuese su rival quien la vistiese el traje de boda.

Los padres de ambos jóvenes, enterados del proyecto de estos respecto á la india, lejos de oponerse á su realizacion, aplaudieron tan ingeniosa idea, y en cuanto á don Francisco, á quien la magnífica hermosura de la india habia producido una impresion profunda, sentia un innoble gozo cuando pensaba que la desgraciada jóven iba á encontrarse por completo bajo su dominio.

Una tarde, hallándose Blanca paseando entre los cuadros de flores del jardín, don Gonzalo se aproximó á ella, y con toda la galantería de que era capaz, la dijo:

—¿Cuándo quereis, mi querida Blanca, que venga Cora á ponerse á vuestras órdenes?

—Hoy mismo si es posible, respondió la jóven dirigiendo á su amante una hechicera sonrisa: tengo ya vivísimos deseos de verla á mi lado.....

—Pues hoy mismo, como quereis, dijo don Gonzalo, vereis satisfechos vuestros deseos.

Diciendo esto, el jóven celoso hizo á su futura un cariñoso ademán de despedida, y se alejó dirigiéndose en busca de su caballo.

Poco despues galopaba en dirección al bosque.

Cora de esperaba ya en el claro, y cuando el jóven echó pié á tierra, la hermosa india se arrojó ebria de amor entre sus brazos.

—Cora, le dijo el cazador, yo no puedo vivir sin ver la hermosa luz de tus ojos; te amo mas que á mi vida y estoy resuelto á que seas mía, á que no te separes ni un solo momento de mi lado: quiero llevarte hoy mismo á mi granja.

—La vírgen de los bosques, respondió con acento apasionado la niña, cree en el amor del hombre blanco y está dispuesta á seguirle á todas partes.

Don Gonzalo estrechó sobre su pecho la hermosa cabeza de la india, que dijo sonriendo de un modo inefable.

—¡Llévame, jóven blanco, llévame al nido de nuestros amores!

El español cogió en sus brazos á la bella india, la levantó ligeramente y la puso sobre el caballo; cabalgó en seguida, sostuvo á Cora rodeando su esbelta cintura, y se dirigió á la entrada del sendero.

—¡Adios, toldería de los avipones! exclamó conmovida la hermosa niña; ¡adios, flores de la selva, cantos de las aves, murmullos de las fuentes! ¡La vírgen de los bosques no vive mas que para su amor!

Y reclinando su cabeza sobre el pecho de don Gonzalo, añadió:

—¡Oh, cazador blanco! ¡La vírgen de los bosques solo vive para tí!

Don Gonzalo sintió en el fondo de su corazón una especie de remordimiento; la voz de su conciencia murmuró en su interior que lo que estaba haciendo era una infamia horrible, una villanía incalificable; pero el jóven, para quien los deseos de Blanca eran superiores á todo, dominó sus escrúpulos, y aplicando las punzantes espuelas á los flancos de su caballo, se dirigió rápidamente á la llanura.

Atravesó como un vendabal las tierras de pasto, con no poca extrañeza de los gauchos, asombrados al ver una india entre los brazos de su amo, y tras media hora de carrera detuvo su fatigado corcel ante la puerta de la granja.

Arrojó las riendas á un esclavo, descabalgó, puso en el

suelo á Cora, y asiéndola de una mano, entró con ella en el espacioso zaguan.

—¿Dónde está tu señora? preguntó á una criada que encontró al paso.

—En el cenador del jardín, respondió la mestiza.

El jóven se dirigió con Cora á un bello cenador cubierto de enredaderas, donde encontró á su prometida, que lanzó una exclamación de alegría al ver á la hermosa india.

—No os esperaba tan pronto, exclamó dirigiendo á don Gonzalo una mirada que encerraba cien promesas.

—Esto os probará, respondió galantemente el jóven, cuánto es mi afán por satisfacer vuestros deseos.

X volviéndose á Cora, añadió señalando á Blanca:

—Hé aquí tu señora: desde hoy solo á ella perteneces; sírvela bien si no quieres que el látigo del capataz haga conocimiento con tus espaldas.

Cora, sorprendida por estas palabras, dió un paso atrás y fijó en don Gonzalo una mirada indefinible.

—Yo no soy esclava, cazador blanco, dijo con acento sombrío, te he seguido creyendo en tus palabra de amor, y no tienes derecho para robarme la libertad. Si no me amas di una palabra, y la vírgen de los bosques volverá á la toltería de sus hermanos.....

—Olvida esa locura, niña, dijo con acento duro don Gonzalo, sentándose al lado de Blanca; yo no puedo amar á una mujer de tu raza, y la esclavitud es demasiado blanda para castigar semejante presunción. No olvides que desde este momento no te perteneces, y que tu deber es servir fielmente los deseos de tu señora.

La hermosa india se mordió los labios hasta hacer saltar la sangre, y conteniendo el llanto, que pugnaba por brotar de sus ojos, dijo roncamente:

—Has mentido, cazador blanco; has mentido como un traidor, como un falso, y tu engaño ha matado el amor de Cora; la vírgen de los bosques te desprecia y te esupe al rostro.

Y separando su mirada de don Gonzalo con una expresión de soberano desden, se volvió á Blanca, se arrojó á sus pies y dijo con un acento lleno de dulce tristeza:

—Tú eres buena, jóven pálida, y protegerás á la pobre india; Cora te pertenece y te servirá de rodillas.

—Sí, te protegeré con tal que olvides ese amor que te ha traído á la esclavitud, respondió sonriendo Blanca; ese amor es una locura que sería imperdonable si no te abonase tu ignorancia.

—¡Oh! No le amo ya, respondió Cora; ninguna mujer de mi raza puede amar á quien le roba la libertad y la dicha. Pero guárdate si le amas tú, jóven pálida, porque es falso como la serpiente, traidor como el yacaré, y te engañará.

—¡Vive Dios!..... exclamó con ira don Gonzalo levantando la mano sobre Cora, que permaneció inmóvil, mirándole con expresión desdeñosa.

—Teneos, don Gonzalo, exclamó Blanca protegiendo con su mano á la india; esa acción es indigna de vos, y después de todo, lo que esta desgraciada dice nada tiene de sorprendente para quien conoce el engaño de que ha sido víctima.

Don Gonzalo no replicó.

Blanca hizo levantar á Cora, y abandonando su asiento, la dijo:

—Ven conmigo, niña.

Y salió del cenador, siguiéndole la india sin dedicar á Gonzalo una sola mirada.

CAPITULO IX.

LA SUPERFICIE Y EL FONDO.

Cora, bajo la direccion de la antigua doncella de Blanca, aprendió rápidamente los deberes que tenia que cumplir respecto de su señora.

La hermosa india parecia resignada con su suerte, y en ciertos momentos, al ver la expresion alegre y risueña de su semblante, podia creerse que se consideraba feliz con haber abandonado su salvaje existencia.

Mostrábase con Blanca fiel, sumisa y carifosa hasta el punto de ganar por completo su confianza, y aunque muchas veces presenciaba las amantes entrevistas de don Gonzalo con su ama, nunca asomó á su semblante la menor señal que pudiera indicar la existencia de los celos.

Aunque reducida á la condicion de esclava, en su calidad de doncella favorita de Blanca, era tratada con ciertas con-

sideraciones; habitaba un pequeño y alegre cuartito contiguo á las habitaciones de su señora, su túnica era de algodón fino, y llevaba en el cuello y las orejas un collar y unos pendientes de corales que le habia regalado su ama.

A pesar de la dureza de su corazón, Blanca habia llegado á tomar algun cariño á Cora, y preciso es confesar que, por lo menos en la apariencia, la pobre niña pagaba con usura el afecto de su señora.

¿Debemos creer, sin embargo, que estos eran los verdaderos sentimientos de la hermosa india?

¿Podemos asegurar que bajo aquella máscara de tranquilidad y alegría no se ocultaban deseos de una venganza terrible?

Penetren nuestros lectores en el tocador de Blanca, y tal vez allí encuentren contestacion á estas interrogaciones.

Los hermosos y dorados rayos del sol llenaban de una luz clara, diáfana el precioso aposento que servia de tocador á la española, en el cual habia reunido don Gonzalo todo lo que puede satisfacer el gusto exigente de una mujer vanidosa.

Blanca acababa de salir del lecho, y envuelta en una larga túnica de seda blanca, estaba sentada ante un espejo colossal, colocado sobre una mesita de ébano cargada con diversos objetos de tocador.

Cora, con una destreza y una paciencia admirables, deshacía las largas y gruesas trenzas de la altiva castellana, cuyos brillantes cabellos quedaron al fin tendidos por su espalda como un manto de azulados tornasoles.

—¡Qué hermosa sois, señora! exclamó Cora acariciando con una mano los largos cabellos de su ama y fijando en su

imagen, que reproducía el espejo, una mirada de admiración instintiva.

—¿De veras te parezco hermosa? preguntó la altiva castellana dirigiendo á su esclava una dulce sonrisa.

—¡Oh! sí, señora; brilláis como el sol en el cielo, y puede decirse que brotan las flores donde se posan vuestras miradas.

—Eso es muy bonito, Cora, pero no es verdad, replicó sonriendo orgullosamente Blanca; veo que te vas haciendo adúladora, y ese es un defecto que no me gusta. Tú eres tan hermosa como yo, ó tal vez mas, aunque tu belleza es de otro género: estoy segura de que en la toldería de tus hermanos indios no habia otra doncella que pudiera ponerse á tu lado.

Cora no respondió y empezó á peinarse á su señora.

—Arrégrame el cabello de la misma manera que me lo pusiste ayer, dijo Blanca: es un peinado muy bonito, que gusta mucho á don Gonzalo.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de Cora; pero afortunadamente, Blanca no reparó en ello.

—Y ahora que nombro á don Gonzalo, añadió riendo la dama, ¿has olvidado ya por completo tu desventurado amor?

—¡Oh, señora! exclamó con acento triste la niña; ¿cómo quereis que ame á quien, valiéndose de un engaño, me hizo perder la libertad?

—Eso quiere decir que no te encuentras bien á mi lado y que eras mas feliz bajo la choza salvaje de tus padres, repuso con un leve acento de reconvención Blanca.

—No creais eso, señora; no he recibido de vos mas que beneficios, y aunque no me creis, os juro que por mi gusto nunca me separaría de vos.

—¡Bah! No eres franca, Cora; si no echas de ménos la libertad que has perdido, ¿por qué, entónces, te quejas de don Gonzalo?

—Yo no me quejo, señora; tan solo siento su falsedad, y os aseguro que no la siento por mí, sino por él y por vos.

—No te comprendo.

—¡Ay señora! El que engañó á una india, bien puede engañar á una mujer de piel blanca.

—¡Cuidado, Cora, cuidado con la lengua! exclamó severamente la castellana; olvidas que don Gonzalo es tu amo, es mi prometido, y ese olvido puede hacer que el látigo del capataz te cruce las espaldas; no des lugar á que te se someta á un castigo doloroso.

Cora se mordió los labios y no replicó.

Acabó de peinar á su señora, adornó sus cabellos con una flor que aun conservaba en sus pétalos las lágrimas del rocío, y por fin la vistió una holgada túnica de seda.

Cuando terminó el atavío, Blanca se levantó del sillón, despues de contemplarse en el espejo con la expresion de la vanidad satisfecha, y salió del tocador.

Apenas desapareció la dama, el rostro de Cora; antes tan tranquilo, experimentó un cambio notable.

Sus labios se contrajeron, sus ojos lanzaron relámpagos sombríos, y en su hermoso semblante apareció una terrible expresion de venganza.

—¡El látigo, maldita castellana, el látigo! murmuró sordamente; ¡sí, tú látigo marcará las espaldas de la esclava india, pero te juro que has de pagar muy caro el vil engaño de tu infame amante!

Cora arregló sobre la mesilla los diversos objetos del toca-

dor, y cumplido este deber, salió del aposento, dirigiéndose á su pequeño cuartito.

Tenia este una gran ventana desde la cual se veian el rio y una gran parte de la selva, y á ella se asomó la jóven india.

Recorrió desde allí con una mirada los anchos horizontes que se tendian ante sus ojos, y fijándolos luego en el rio con una expresion en que brillaban mezclados un dolor espantoso y una alegría siniestra, murmuró á media voz:

—¡Juro por el Dios de mis padres, por la libertad que he perdido, por mi amor y mi desdicha, que la sangre de mis verdugos, derramada por mi venganza, ha de poner rojas las aguas de este rio!

don y en cambio, como deber, ella le ofreció, diligencia
a un pequeño detalle.

Tanto este como el resto de la familia de don Gonzalo
y una gran parte de la ciudad, y a ella se refirió la joven
Hacemos desde allí con una carta a los amigos de don
que se tenían en una casa y a la que se refirió en la carta
una expresión en que se refirió a don Gonzalo y a don
y una alusión a la familia de don Gonzalo y a don
—Pero por el Dios de mis padres, por la libertad que da
perdido, por mi amor y mi dedicación, que en nombre de mi
verdad, de la libertad, por mi voluntad, de la paz, de la
orden de la vida.



don y en cambio, como deber, ella le ofreció, diligencia
a un pequeño detalle.

CAPITULO X.

EL CASTIGO.

Después del almuerzo, Blanca y don Gonzalo se reunieron
en el cenador del jardín.

Faltaban muy pocos días para que se realizase su matri-
monio, y los dos jóvenes tenían que hablar de esas mil pe-
queñeces que constituyen, por regla general, el lenguaje de
los enamorados.

Después de una larga hora de conversacion, de castillos en
el aire, de proyectos para el porvenir, don Gonzalo dijo
sonriendo:

—Observo, mi querida Blanca, que desde ayer os peinais
de una manera bellísima y que os favorece en alto grado.

—Es un capricho de Cora, respondió la joven; esa mucha-
cha tiene un gusto exquisito... pero ahora que hablamos
de ella, tengo que daros una noticia.

—¿Agradable? preguntó don Gonzalo.

—No mucho; se reduce pura y simplemente á decirnos que mi buena india, á pesar del cariño con que la trato, y sin embargo del que ella me demuestra, no os ha perdonado el engaño de que la hicisteis víctima.

—¡Holal exclamó sonriendo el joven.

—Y no es lo malo que no os perdona, añadió Blanca, sino que, aun en presencia mia, se permite respecto de vos frases que nada tienen de laudatorias.

—Per ejemplo.....

—Falso, traidor, embustero.....

—¡Bah! ¡Eso es cosa de poca importancia!

—Es que no se detiene ahí.

—¡Holal

—Sino que llega hasta el punto de advertirme que el que ha engañado á una mujer bien puede engañar á otra.

—¡Ah, diablo! exclamó don Gonzalo; esa no se la perdono; la dispensaría que me aplicase cuantos dictados la sugiriese su cólera, por ofensivos que fueran; pero no será tan tolerante que la permita abusar de vuestra confianza hasta el extremo de atreverse á daros consejos que bien pudieran perjudicarme. Y con vos, mi querida Blanca, ¿cómo se porta?

—De la mejor manera posible, y á creer en las apariencias y en lo que ella me dice, puedo asegurar que es feliz á mi lado.

—¡Hum! no os fieis mucho de ella, mi adorada Blanca; los indios son mas falsos que el alma de Júdas.

—Sin embargo.....

—Por de pronto, bueno será aplicarle un correctivo, á fin de que en adelante contenga un poco la lengua. Si se portase mal con vos; haria que la tratasen duramente; pero no siendo así, el castigo que le impondré será una cosa muy ligera.

—¡Oh! ¡Pensais acaso!.....

—Es necesario, querida mia, y os ruego que no os opongais, porque me veria en el caso de desairaros. No conocéis á esas gentes, y no sabéis, por consecuencia cómo se las debe tratar para hacer carrera de ellas.

Blanca no replicó, pero hizo un gestecillo de disgusto.

Don Gonzalo hizo que su esclavo llamase á Cora, y algunos momentos despues, la hermosa india se encontraba en presencia de sus señores.

Apenas fijó sus ojos en el rostro de don Gonzalo, adivinó por su expresion el asunto para que era llamada, y una sonrisa casi imperceptible plegó levemente sus rojos lábios.

—Cora, la dijo el joven, tengo entendido que, abusando de la confianza de tu señora y como si no conocieras el cariño y las consideraciones con que te se trata, á diferencia de los demas esclavos, te permites palabras ofensivas para mí.

—Es verdad, respondió á media voz Cora.

—Eso está mal hecho, continuó don Gonzalo, y si no te enmiendas, me pondrás en el caso de mandar que te apliquen unos cuantos latigazos.

—Podéis mandarlo, respondió tranquilamente Cora; el castigo no podrá hacer que lo que he dicho deje de ser verdad.

Don Gonzalo hizo un movimiento de cólera.

—No seas terca, Cora, dijo Blanca; olvida lo que pasó, refrena tu lengua, continúa sirviéndome con fidelidad, y evitarás castigos dolorosos.

La hermosa india se arrodilló á los piés de Blanca, cogió una de sus manos y la besó.

—Por vos, señora, dijo, daría mi vida, porque habeis sido buena y cariñosa para vuestra pobre esclava; pero á él, que

se burló de mi amor, que me engañó, que me robó la libertad, que ha sido traidor y villano..... á él le desprecio y le escupo al rostro.

—¡Cuidado, Cora, cuidado! exclamó severamente Blanca; el hombre de quien hablas es el prometido de tu señora.

—¡Ay! replicó con acento triste la india fijando en el rostro de su ama una mirada compasiva; ¡la paloma se pone en las garras del gavilán! ¡la débil corza se abandona á los dientes del jaguar!..... Creeme, señora, creeme y huye de él, que es traidor y villano, y te engañará como á mí me engañó.

—Me pones, Cora, en la precision de dejar que te castiguen, repuso Blanca; no has hecho caso de mis reprensiones y tendrás que hacerlo de los golpes.

La india movió la cabeza sonriendo dolorosamente.

—No, replicó; aunque me castiguen, aunque me maten á latigazos, la lengua de Cora no callará y seguirá llamándole traidor y falso.

—Allá veremos, exclamó levantándose con cólera don Gonzalo; no hay fortaleza que no ceda bajo un buen látigo de cuero.

Y desde la entrada del cenador lanzó un ligero silbido, que hizo acudir á un esclavo negro.

—Un látigo, dijo don Gonzalo.

El negro fué á buscarlo, y el amante de Blanca volvió á sentarse al lado de su prometida.

Cora continuaba arrodillada al lado de su señora y la miraba sonriendo con dulzura.

—¿No me concedéis el perdón de esta infeliz? preguntó Blanca dirigiéndose á don Gonzalo.

—Dispensadme si no accedo á vuestros deseos, respondió

el joven colono; es necesario hacer un escarmiento, para que esta miserable criatura se convenza al fin de que no es mas que una esclava.

—Déjale, señora, repuso Cora; déjale y no le pidas compasion; es traidor como la serpiente, cruel como el jaguar, y nada alcanzarás de él; tanto valdría pedir al caiman que dejase la víctima que tuviera entre sus dientes.

En aquel instante volvió el esclavo con un fuerte látigo de cuero retorcido, que presentó á don Gonzalo por el puño.

El joven colono lo rechazó, y señalando á Cora, dijo al negro:

—Veinticinco.

Con una calma suprema, la hermosa india desprendió de los hombros su blanca túnica, dejando descubierta su espalda, y se inclinó para recibir los golpes.

—¡Pobre Cora! exclamó con acento compasivo Blanca.

La india envió á su señora una sonrisa de gratitud.

—Vamos, dijo don Gonzalo.

El negro levantó el brazo armado con el látigo y descargó un golpe.

Una línea amoratada cruzó la espalda de la niña.

Y con una lentitud cruel, dejando entre ellos intervalos iguales, el negro continuó descargando latigazos hasta llegar á veinticinco.

Cora permanecía inmóvil, sufriendo los golpes con tanta serenidad como si sus carnes fuesen de mármol: cerró los ojos, pero ni se escapó de sus labios un gemido ni se contrajo un músculo de su rostro.

Blanca la miraba fijamente, y á cada latigazo que descargaba el negro ejecutor, una sonrisa de gozo innoble, de

crueledad refinada, plegaba los rojos labios de la altiva castellana.

Don Gonzalo permanecía impasible.

Cuando el negro contó veinticinco golpes, Cora abrió los ojos, miró con una expresión indefinible á don Gonzalo, y cubrió con la túnica sus espaldas, en las que el látigo había impreso señales indelebiles.

Luego se acercó á Blanca, la besó la mano, dirigió á don Gonzalo una sonrisa en la que se leía el desprecio mas soberano, y salió lentamente del cenador.

Mordiéndose los labios para contener los gemidos que el dolor pugnaba por arrancarla, atravesó los jardines, entró en la casa y se dirigió á su habitación.

Una vez en ella, alzó al cielo sus brazos con una expresión desgarradora, y con acento desesperado exclamó:

—¡Venganza! ¡Venganza!.....

Luego se dejó caer sobre su lecho, ocultó su rostro entre las manos y rompió á llorar.

CAPITULO XI.

LA TOLDERIA.

Dos dias despues, á esa hora en que los últimos rayos del sol enrojecen con su postrera luz las lejanas brumas del horizonte, una partida de indios avipones, compuesta de cuatro ginetes montados en magníficos caballos, caminaban lentamente por la orilla del rio Bermejo, dirigiéndose á una tolderia cercana.

Los cuatro indios eran jóvenes y de soberbio aspecto, altos, musculosos, bien formados, mostraban á primera vista todas las señales de la fuerza y la agilidad.

Su traje se reducía á un pedazo de tela de algodón atado alrededor de sus caderas, y segun la costumbre de su pueblo, que en esto se diferenciaba de todos los demas pueblos salvajes, no mostraban en su cuerpo pintura ni grabado alguno. Carecian de barba, de pestañas y de cejas, y llevaban la

cabeza afeitada, exceptuando un mechón de largos cabellos que flotaba sobre la coronilla.

Los caballos eran magníficos animales, cuya resistencia y velocidad se apreciaban con solo mirar sus piernas delgadas como varas de acero y la anchura de su pecho. No llevaban aparejo alguno, y su brida se reducía á una fuerte correa atada al asiento de la boca.

Los cuatro indios llevaban las armas de caza usadas por los indígenas del Gran Charco, las bolas, el arco y las flechas, y cada uno mostraba sobre el caballo el producto de su caza, algunas aves ribereñas, dos pequeñas corzas, un pecarí y un magnífico *nandou*, que habia sido forzado á la carrera.

Acababan de salir de la selva, y se dirigian, como hemos dicho, á su toldería, siguiendo la margen del río, cuando un extraño grito que resonó detras de ellos les hizo volver rápidamente la cabeza.

Vieron entonces una mujer que se acercaba corriendo, y como su traje y su color denotaba que pertenecía á su misma tribu, la esperaron sin temor alguno.

De pronto, uno de los indios arrojó un grito de sorpresa y de alegría, y saliendo á escape al encuentro de la que llegaba, exclamó en lengua indígena:

—¡Coral!

—¡Guaco, hermano mío!..... respondió jadeando la hermosa niña.

El indio descabalgó de un salto, se acercó corriendo á su hermana y la abrazó cariñosamente.

Si hay algun lector á quien esto parezca extraño, debemos advertirle que entre los indios del Gran Charco, como entre otros pueblos salvajes, los lazos de familia son tan estrechos y dulces como en las sociedades civilizadas.

—¿Qué ha sido de tí? preguntó Guaco á su hermana despues de las primeras caricias; ¿cómo has estado tanto tiempo sin volver á la toldería?

Los blancos, respondió con doloroso acento la niña; los blancos me robaron, me llevaron á una plantacion, me hicieron esclava.....

—¡Esclava! rugió Guaco, cuyo salvaje espíritu de independencia se sublevó al escuchar esta palabra.

—Sí, y mira, hermano mío, mira cómo me han tratado, mira cómo han puesto á la virgen de los bosques.

Diciendo esto, la hermosa niña dejó caer la parte superior de su túnica, y mostró su espalda cruelmente lacerada y surcada de azulados cardenales.

Un relámpago de furor brilló en los ojos del indio, que rugió como un jaguar al ver el lamentable estado de su hermana.

—¡Ah! ¡Infames! ¡Verdugos! murmuraba roncamente.

Los tres compañeros, que habian reconocido á Coral, se habian acercado, y Guaco, con un ademán que revelaba la cólera que hervia en su pecho, les indicó las amoratadas espaldas de la niña.

—¡Mirad, dijo, mirad lo que han hecho los blancos!

—¡Venganza! ¡Venganza! exclamaron los tres cazadores, en cuyos morenos rostros se pintaba claramente la indignacion.

—¡Venganza, sí! rugió Guaco; venganza contra los crueles blancos!

Y saltando sobre su caballo, asió á su hermana por los hombros, la colocó delante de sí, sosteniéndola con sus bra-

zos, y seguido de sus tres compañeros, se dirigió á galope á la toldería.

No tardaron en descubrirla, situada en un recodo del río, medio oculta entre pequeños bosquecillos y rodeada de algunos campos de maíz y yuca.

Compañanla unas trescientas chozas de ramaje y esteras de palmas, construidas con bastante arte, en medio de las cuales se veían hombres, mujeres y niños, revueltos con pequeños perros, caballos y otros animales domésticos.

Los cazadores se acercaron á galope, y cuando penetraron en la toldería, un salvaje grito de júbilo saludó á la pobre Cora.

Una anciana de blancos cabellos se abrió paso hasta los cazadores, y tendiendo sus brazos á la hermosa niña, exclamó:

—¡Hija mía!

Cora se tiró del caballo, y lanzando un grito de júbilo, se arrojó en los brazos de su madre, cuyas lágrimas regaron sus negros cabellos.

Después de los primeros trasportes de alegría, Guace y la anciana condujeron á Cora á su cabaña, y la hermosa niña mostró á su madre el doloroso espectáculo de sus espaldas laceradas.

Los guerreros de la toldería, bajo la presidencia de su jefe, que era el mas anciano de la tribu, se reunieron en la plazoleta que habia en el centro de la aldea, y Cora se presentó ante ellos acompañada de su madre y de su hermano.

—Guerreros avipones, exclamó con voz firme la niña, una

doncella de vuestra tribu ha sido cruelmente insultada por los hombres blancos. Sorprendida en la selva, llevada á una plantación, reducida á la esclavitud, castigada con una ferocidad inaudita, sus carnes conservan todavía las huellas del látigo de los blancos, y estas rojas señales os piden, guerreros avipones, venganza contra los traidores.

Diciendo esto, Cora dejó caer su túnica y mostró á la asamblea su espalda cruelmente lacerada.

Un grito de cólera y de indignación resonó en los ámbitos de la plazoleta.

—¡Venganza! gritaron con furor todas las bocas.

—Guerreros avipones, continuó la niña, ¿dejaréis sin castigo este sangriento ultraje hecho á una doncella de vuestra tribu?

—¡No! ¡No! ¡Venganza! ¡Que mueran los blancos! vociferó la asamblea.

El anciano jefe hizo una señal, y cuando se restableció el silencio, se dirigió á Cora.

—Virgen de los bosques, la dijo, los guerreros avipones no pueden dejar sin venganza el ultraje que en tu cabeza han inferido los blancos á nuestra noble tribu; los guerreros avipones, que guardan en su memoria el recuerdo de las virtudes y del valor de tu padre, quieren vengar á la hija de su antiguo jefe, y la vengarán. ¿Quiénes son los blancos que han ultrajado á la virgen de los bosques?

Cora pronunció el nombre de don Gonzalo.

Los guerreros avipones deliberaron rápidamente, y al fin, el jefe volvió á dirigirse á Cora.

—La virgen de los bosques, dijo, puede retirarse tranquila: los guerreros de su tribu se hacen cargo de su venganza

y castigarán á fuego y sangre el ultraje hecho á la tribu.
¿Está satisfecha la virgen de los bosques?

Cora y su hermano hicieron presente su gratitud á la
asamblea, y seguidos de su madre se retiraron á su choza.

La reunion se disolvió, y la toldería volvió á tomar su or-
dinario aspecto.

CAPITULO XII.

LA VENGANZA DE CORA.

Se habia puesto el sol y las primeras sombras de la noche
comenzaban á tendense sobre la tierra.

En la toldería de los indios avipones reinaba una desusa-
da agitacion; los guerreros entraban y salian en las chozas,
reunian sus caballos, blandian sus largas lanzas; todo anun-
ciaba que se preparaban para una expedicion de guerra.

Al fin montaron á caballo y salieron de la toldería.

Iban completamente desnudos, á excepcion del pedazo de
tela que cubria sus caderas, y en sus pechos y en su semblan-
te se veian pinturas horribles, que les daban un aspecto
infernál.

Eran quinientos, é iban armados con sus largas lanzas,
sus mazas y sus cuchillos.

A su frente caminaba el anciano jefe de la tribu, á cuyo
lado iba una mujer, ó por mejor decir, una niña.

Era Cora.

y castigarán á fuego y sangre el ultraje hecho á la tribu.
¿Está satisfecha la virgen de los bosques?

Cora y su hermano hicieron presente su gratitud á la
asamblea, y seguidos de su madre se retiraron á su choza.

La reunion se disolvió, y la toldería volvió á tomar su or-
dinario aspecto.

CAPITULO XII.

LA VENGANZA DE CORA.

Se habia puesto el sol y las primeras sombras de la noche
comenzaban á tendense sobre la tierra.

En la toldería de los indios avipones reinaba una desusa-
da agitacion; los guerreros entraban y salian en las chozas,
reunian sus caballos, blandian sus largas lanzas; todo anun-
ciaba que se preparaban para una expedicion de guerra.

Al fin montaron á caballo y salieron de la toldería.

Iban completamente desnudos, á excepcion del pedazo de
tela que ceñia sus caderas, y en sus pechos y en su semblan-
te se veian pinturas horribles, que les daban un aspecto
infernál.

Eran quinientos, é iban armados con sus largas lanzas,
sus mazas y sus cuchillos.

A su frente caminaba el anciano jefe de la tribu, á cuyo
lado iba una mujer, ó por mejor decir, una niña.

Era Cora.

Los guerreros, formando una larga fila, se alejaron de su toldería, marchando silenciosamente por la orilla del río, y guiados por Cora, se internaron en los enmarañados senderos de la selva.

Tres horas después, un pastor que dormía envuelto en su manta al lado de su silencioso rebaño en la pradera que se extendía entre el bosque y las tierras de la granja, despertó sobresaltado al oír los sordos gruñidos de su vigilante perro.

Incorporóse con precaución, sondeando las tinieblas con su penetrante mirada para ver si estaba cerca algún rojo aguara ó manchado jaguar.

Lo que vio le hizo palidecer.

Una larga fila se movía cruzando la llanura: eran hombres á caballo que salían de la selva y adelantaban como una serpiente gigantesca hacia la granja.

Aquellos ginetes fueron desfilando á poca distancia del gaucho, y apenas se oía el apagado ruido de las pisadas de sus caballos. A la luz de la luna, distinguió que estaban desnudos, que iban horriblemente pintados y que solo llevaban sus lanzas, sus mazas y sus cuchillos: eran, pues, guerreros indios preparados para una expedición.

El gaucho adivinó que se trataba de sorprender la granja, pero comprendiendo que si daba señales de vida estaba irremisiblemente perdido, tuvo que permanecer inmóvil. Luego se arrastró silenciosamente hacia la selva y se ocultó entre la espesura.

Los indios continuaron atravesando la extensa pradera, y se detuvieron silenciosamente en el límite de las tierras cultivadas.

El jefe dió una orden, y todos los guerreros desmontaron,

reunieron los caballos en un grupo, y algunos indios quedaron custodiándolos.

El resto adelantó por la ancha avenida flanqueada de árboles con dirección á la casa, que elevaba su negra mole entre los bosquecillos del jardín, y por cuyas ventanas se veían luces.

Corca ya del edificio, los indios se detuvieron; el jefe dijo algunas palabras, y la banda se dispersó rodeando la casa.

En tanto, don Lorenzo Acevedo, su hijo y sus huéspedes estaban reunidos en la sala-comedor, en torno de una mesa sobre la cual se veían los restos de una opípara cena.

Tomaban café y charlaban.

El tema de su conversación era la desaparición de Cora.

—¿Se la ha buscado bien? preguntaba don Lorenzo.

—Sí, señor, respondió su hijo; los gauchos han explorado toda la orilla del río y una parte de la selva sin poder encontrarla, y para mí es indudable que ha vuelto á la toldería.

—Eso es, repuso Blanca, lo que habeis conseguido con vuestra crueldad.

Don Gonzalo sonrió desdeñosamente y replicó:

—¡Bahl! ¡Corta es la pérdida! No os quedareis sin doncella porque Cora haya desaparecido.

—Pero la verdad es, repuso Blanca, que nadie me atavía con tanto gusto como ella; por fortuna, en el pecado entra la penitencia: ya no podré lucir aquel precioso peinado de trenzas que ella me hacía y que tanto os gustaba.

En aquel momento resonaron en el piso bajo los furiosos ladridos de los perros, y cuando don Lorenzo se volvía para mandar á un esclavo que averiguase la causa de aquel alboroto.

otro, oyóse un terrible alarido, al que siguió inmediatamente el crugido de las puertas que saltaban en astillas.

—¡El grito de guerra de los avipones! exclamó don Lorenzo palideciendo y poniéndose de pie violentamente.

Blanca lanzó un grito de espanto; don Lorenzo y sus huéspedes corrieron á tomar sus armas.

Los indios habían empezado el ataque.

Derribadas las puertas bajo el vigoroso golpe de sus hachas, se lanzaron como un vendabal dentro del edificio, y se dispersaron por las habitaciones matando á cuantos encontraban al paso.

Don Gonzalo y don Francisco, que quisieron defender la entrada de las habitaciones de Blanca, donde la hermosa española se había refugiado, fueron muertos á pesar de sus esfuerzos desesperados, y la misma suerte tuvieron cuantos hombres había en la granja.

Solo se respetaron las mujeres y los niños.

La lucha fué corta, pero terrible y sangrienta.

Por fin terminó, y á su pavoroso estrépito sucedió un profundo silencio: todos los habitantes de la granja, gauchos, esclavos, criados, señores, habían perecido, y los indios, cesando en su salvaje grito de guerra, sacaron fuera de la casa las mujeres y los niños cautivos.

El anciano jefe dió una orden, y sus guerreros, cogiendo los mutilados cadáveres, los arrojaron á las aguas del río.

Apoderáronse luego de cuantos objetos les parecieron preciosos, de los caballos, de los ganados, y en seguida prendieron fuego á la granja.

Poco tardó en elevarse sobre el edificio un haz de rugientes llamas, y á su luz pudo verse, delante del grupo de

guerreros indios, una jóven, en cuyo hermoso semblante se pintaba una alegría feroz.

Era Cora.

Cuando las llamas envolvieron por completo la granja, los guerreros, llevándose los cautivos y el ganado, montaron á caballo, y atravesando la llanura, se dirigieron á la toldería, adonde llegaron cuando el sol aparecía sobre el horizonte.

El anciano jefe hizo reunir en la plazoleta todas las mujeres cautivas, y dirigiéndose á Cora, que se hallaba á su lado, preguntó:

—¿Cuál de estas mujeres es la que se gozó en el tormento de la virgen de los bosques?

Cora extendió el brazo, y con un movimiento lleno de orgullo, señaló á Blanca, que se hallaba en medio del grupo.

Dos guerreros cogieron por los brazos á la orgullosa española, en cuyo semblante se pintaba un terror indefinible, y la desnudaron de medio cuerpo arriba.

La hicieron hincar de rodillas, y otro guerrero, armado con un fuerte látigo de correas trenzadas, empezó á descargar fuertes y acompasados golpes en sus espaldas.

Al primer latigazo, Blanca lanzó un grito de dolor y se retorcía, fijando en Cora una mirada de súplica; el ejecutor continuó descargando golpes, y poco despues, la hermosa castellana, vencida por la vergüenza y el sufrimiento, se desplomó como una masa inerte.

Cora hizo una señal, que paró el brazo del ejecutor, y se acercó á Blanca.

El jefe y algunos guerreros se acercaron tambien, se inclinaron sobre ella y la incorporaron.

Estaba desmayada.

Un jarro de agua que se la echó al rostro y algunas gotas de aguardiente que la vertieron en los labios la hicieron volver á la vida y al sentimiento.

Miró con estupor á los que la rodeaban, fijó sus ojos en Cora con una expresion indefinible, se arrojó á sus piés, y rompió á llorar á raudales, como si su corazon se hubiera licuado en lágrimas.

Una sonrisa dolorosa arqueó los rojos labios de la india.

De repente, Blanca dejó de llorar, alzó el rostro, sacudió hácia atrás sus largos cabellos destrenzados, se puso violentamente en pié, y mirando de una manera extraña á los indios que se agrupaban en torno suyo, lanzó una larga y estridente carcajada.

La vergüenza y el sufrimiento, superiores á sus fuerzas, habian trastornado su razon: estaba loca.

El jefe se volvió hácia Cora, y le dijo con acento solemne.

—[La vírgen de los bosques está vengada]

CAPITULO XIII.

LAS AGUAS ROJAS.

Cora estaba vengada, pero su venganza, despues de consumada, la llenaba de horror.

Tenia el alma amargada, el corazon ulcerado, veia ante sus ojos un mar de sangre, y la estridente y hueca carcajada de Blanca resonaba en sus oidos haciéndola estremecer de espanto.

Cuando el sol se puso, Cora se dirigió maquinalmente á la orilla del rio.

Las ténues claridades crepusculares reemplazaban á la radiante luz del astro del dia; las aves callaban y se refugiaban en sus ocultos nidos, despues de enviar á los cielos el canto de despedia; la fresca brisa de la noche tendia sus temblorosas alas sobre la tierra, y esa languidez, esa melancolía inexplicable que parece indicar el sueño de la naturaleza, hacia ya sentir su poderoso influjo en las hermosas florestas americanas.

Cora, aterrada y triste al mismo tiempo, buscaba un consuelo á sus penas en lo que era antes causa de sus alegrías, en los cantos de las aves, en el aroma de las flores, en el murmullo de la selva..... pero los pájaros no cantaban, las flores habían cerrado sus cálices, la naturaleza dormía, y la vírgen de los bosques solo encontró en torno suyo soledad y tristeza.

Parécíale que ante ella se alzaba la sombra ensangrentada de don Gonzalo, mostrándole las terribles heridas que pusieron fin á su existencia; creía distinguir entre las espesas frondas de la selva las rugientes lenguas de llama que devoraron la quinta, y la pobre niña, aterrada por estas visiones, se tapaba los ojos, pero continuaba andando, dirigiéndose al río, como si la impulsara la fatalidad.

Llegó á la orilla, dejóse caer al pié de un árbol, y se cubrió el rostro con las manos.

¿Qué pasaba en el alma de Cora?

No es posible decirlo, no es posible comprenderlo.

El corazón humano es un abismo, y en ciertos momentos, en ciertas situaciones es un abismo insondable.

¿Sentía remordimiento la vírgen de los bosques?

Nadie podía asegurarlo.

¿Lloraba muerto al hombre á quien amara, al que, mintiéndola un amor fingido, la robó su libertad, sometiéndola al humillante látigo de la esclavitud.

No nos atrevemos á decir que sí: lo único que podemos afirmar es que Cora, que tanto había deseado su venganza, despues de realizarla sintió en el alma una amargura inmensa.

La pobre niña permanecía inmóvil con el rostro oculto entre las manos, y en tanto, las trémulas luces crepuscula-

res se desvanecieron, y la noche tendió sobre la tierra su manto de tinieblas.

¿Lloraba ó meditaba?

Ni una cosa ni otra.

Hallábase en ese estado de arrobamiento doloroso, de penosa abstraccion, en que se puede decir que la inteligencia está dormida y el sentimiento muerto, y su inmovilidad era tal, que hubiera podido creérsela un cuerpo petrificado.

Una carcajada estridente, una risa de loca que resonó junto á ella la volvió al sentimiento de la realidad.

Púsose en pié de un salto estremecida de terror, y vió ante sí á Blanca con su túnica desgarrada, con los cabellos opulantes y sueltos por la espalda, que reía de la manera incisiva y dolorosa peculiar de los dementes.

Aquellas dos mujeres se miraron cara á cara, con las señales del terror la una, con la expresion de la locura la otra.

Cora bajó la cabeza, Blanca lanzó una carcajada.

Luego cogió una mano de la india, la estrechó con una fuerza sobrenatural, con esa fuerza extraordinaria que da la demencia, y señalando las aguas del río, que se deslizaban murmurando blandamente, exclamó:

—Mira, Cora; mira, mi buena esclava: las aguas de este río han cambiado de color; ayer eran claras y transparentes como el cristal, y hoy son rojizas como si estuvieran mezcladas con sangre. ¡Ay! ¡Y es con sangre, sí, con lo que van mezcladas! ¡La sangre de don Gonzalo, la sangre de mi padre, y la del suyo, la de mi hermano, la de todos los que vivían en la granja, asesinados por tí, esclava maldita, muertos por tí, india miserable, es la que ha puesto rojizas las aguas de este río! ¡Mira, mira, vírgen de los bosques; mira las aguas del río ensangrentadas por tu venganza!.....

Como si obedeciera á una influencia magnética, como si las palabras de la loca tuvieran una fuerza sobrenatural, Cora levantó la frente, fijó en el río sus miradas y lanzó un grito horrible, un grito de espanto, uno de esos gritos que hacen estremecer de horror á quien los oye y que oídos una vez no se olvidan nunca.

Ilusion ó realidad, lo cierto es que Cora vió que las aguas del río se habían tornado rojas como si estuviesen mezcladas con sangre; creyó en el fondo de su alma, en el fondo de su conciencia, que la sangre de don Gonzalo y de las otras víctimas de su venganza les había dado aquel color, tuvo miedo, un miedo cerval, y desasiéndose violentemente de la mano de Blanca, echó á correr hácia la toldería como si fuera perseguida por las furias infernales.

Dominada por el terror no oyó una carcajada horrible, luego el ruido que produce un cuerpo al caer en el agua, y por último, algunos gritos de angustia, algunos gemidos ahogados, á los que siguió un silencio pavoroso.

Era Blanca, que arrastrada por su locura acababa de arrojar al río, en cuyas aguas encontró, al mismo tiempo que la muerte, el término de sus sufrimientos.

CONCLUSION.

Al día siguiente, los indios encontraron en la orilla del río el cuerpo de Blanca, que detenido por un grupo de cañas y juncos, no había sido arrastrado por la corriente. Los pieles rojas recogieron el cuerpo de la desgraciada jóven, y con ese respeto que aun los pueblos mas salvajes profesan á los que han dejado de existir, lo enterraron al pié de un árbol.

Cora no sobrevivió mucho tiempo á las víctimas de su venganza. Atacada de una enfermedad extraña, que á pesar de todas sus prácticas supersticiosas no pudieron combatir los pinches ó médicos de la tribu, murió poco despues, siendo enterrada por sus hermanos bajo el mismo árbol que cubria las cenizas de Blanca.

Andando el tiempo los indios avipones, á consecuencia de la continua guerra que sostenian con los españoles y las tribus vecinas, tuvieron que abandonar las tierras que ocupaban para buscar un refugio en el interior del Gran Chaco.

Hoy, como ya dijimos al principio, han desaparecido casi por completo; pero como una prueba de su existencia y de



su índole cruel y sanguinaria, quedan allí las rojizas aguas del río Bermejo, del río de sangre, cuya leyenda acabamos de referir á nuestros lectores.

FIN.

LA MARIPOSA.

Vestida de oro y zafiros
Saludando á la mañana,
Hiende los aires ufana
Veleidosa,
Bellísima mariposa
De túnica peregrina,
Que al dar un beso á la rosa
Purpurina
Nunca hasta entonces se viera,
Ni una rosa mas divina
Ni mas linda jardinera
Vertiendo vida y amores
Loca ostentando sus galas,
Estremece con sus alas
Los capullos de las flores
Y á su paso
Con rico manto de raso
Salió un clavel presumido,
Que al rendir su amor escaso
Aunque sentido,
Nunca hasta entonces se viera,
Ni un galán mas encendido,
Ni mas linda jardinera
Parada orillas de un río,
Iban bordando las ondas,
De su vestido las blondas
Con finísimo rocío
Transparente
Y al mirarse en la corriente,
Donde el sol pinta uno á uno
Sus rayos de luz ardiente,
Nunca alguno
Hasta entonces allí viera,
Ni espejo mas oportuno,
Ni mas linda jardinera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
REYES
SALVATERRA, MÉXICO

Cruzando el campo serena
 Por gozar de su tesoro,
 Tendió sus alas de oro
 Sobre una blanca azucena

Pura y llena
 De perfumes y de gualda:
 Y al reposar candorosa
 Entre su nevada falda,
 Esplendorosa,
 Nunca hasta entonces se viera,
 Ni una rama tan frondosa,
 Ni mas linda jardinera.

Viólas gritar desde el nido
 Donde cantara su amor,
 Tristísimo ruiseñor
 Con acento dolorido:

Su gemido
 Lo sofocó en su garganta;
 Y como al punto ligero
 Amantes himnos levanta

Lisonjero,
 Nunca hasta entonces se viera,
 Pájaro mas hechicero,
 Ni mas linda jardinera.

Mas ¡ay! que atrevida y vana
 Dirigió su raudó vuelo
 Enamorada del cielo
 A su pabellon de grana

Bella, ufana,
 Fingiendo alegres destellos
 Llegó hasta la lumbre pura,
 Y allí al ardor de sus rayos

¡Qué amargura!
 Prestó pábulo á la hoguera,
 Agostando la hermosura
 De la linda jardinera.

ANTONIO HURTADO.

INDICE

Pág.

Tempestades del Alma.....5

Historia de un Muerto.....85

Un Baile de Mascaras.....111

El Cochero del Capricio.....123

Un Drama Negro.....151

El Río de Sangre.....323

La Mariposa.....401

1960 1961

1962 1963

1964 1965

1966 1967

1968 1969

1970 1971

1972 1973

1974 1975

1976 1977

1978 1979

1980 1981

1982 1983

1984 1985

1986 1987

1988 1989

1990 1991

1992 1993

1994 1995

1996 1997

1998 1999

2000 2001

2002 2003

2004 2005

2006 2007

2008 2009

2010 2011

2012 2013

2014 2015

2016 2017

2018 2019

2020 2021

2022 2023

2024 2025

2026 2027

2028 2029

2030 2031

2032 2033

2034 2035

2036 2037

2038 2039

2040 2041

2042 2043

2044 2045

2046 2047

2048 2049

2050 2051

2052 2053

2054 2055

2056 2057

2058 2059

2060 2061

2062 2063

2064 2065

2066 2067

2068 2069

2070 2071

2072 2073

2074 2075

2076 2077

2078 2079

2080 2081

2082 2083

2084 2085

2086 2087

2088 2089

2090 2091

2092 2093

2094 2095

2096 2097

2098 2099

2100 2101

2102 2103

2104 2105

2106 2107

2108 2109

2110 2111

2112 2113

2114 2115

2116 2117

2118 2119

2120 2121

2122 2123

2124 2125

2126 2127

2128 2129

2130 2131

2132 2133

2134 2135

2136 2137

2138 2139

2140 2141

2142 2143

2144 2145

2146 2147

2148 2149

2150 2151

2152 2153

2154 2155

2156 2157

2158 2159

2160 2161

2162 2163

2164 2165

2166 2167

2168 2169

2170 2171

2172 2173

2174 2175

2176 2177

2178 2179

2180 2181

2182 2183

2184 2185

2186 2187

2188 2189

2190 2191

2192 2193

2194 2195

2196 2197

2198 2199

2200 2201

2202 2203

2204 2205

2206 2207

2208 2209

2210 2211

2212 2213

2214 2215

2216 2217

2218 2219

2220 2221

2222 2223

2224 2225

2226 2227

2228 2229

2230 2231

2232 2233

2234 2235

2236 2237

2238 2239

2240 2241

2242 2243

2244 2245

2246 2247

2248 2249

2250 2251

2252 2253

2254 2255

2256 2257

2258 2259

2260 2261

2262 2263

2264 2265

2266 2267

2268 2269

2270 2271

2272 2273

2274 2275

2276 2277

2278 2279

2280 2281

2282 2283

2284 2285

2286 2287

2288 2289

2290 2291

2292 2293

2294 2295

2296 2297

2298 2299

2300 2301

2302 2303

2304 2305

2306 2307

2308 2309

2310 2311

2312 2313

2314 2315

2316 2317

2318 2319

2320 2321

2322 2323

2324 2325

2326 2327

2328 2329

2330 2331

2332 2333

2334 2335

2336 2337

2338 2339

2340 2341

2342 2343

2344 2345

2346 2347

2348 2349

2350 2351

2352 2353

2354 2355

2356 2357

2358 2359

2360 2361

2362 2363

2364 2365

2366 2367

2368 2369

2370 2371

2372 2373

2374 2375

2376 2377

2378 2379

2380 2381

2382 2383

2384 2385

2386 2387

2388 2389

2390 2391

2392 2393

2394 2395

2396 2397

2398 2399

2400 2401

2402 2403

2404 2405

2406 2407

2408 2409

2410 2411

2412 2413

2414 2415

2416 2417

2418 2419

2420 2421

2422 2423

2424 2425

2426 2427

2428 2429

2430 2431

2432 2433

2434 2435

2436 2437

2438 2439

2440 2441

2442 2443

2444 2445

2446 2447

2448 2449

2450 2451

2452 2453

2454 2455

2456 2457

2458 2459

2460 2461

2462 2463

2464 2465

2466 2467

2468 2469

2470 2471

2472 2473

2474 2475

2476 2477

2478 2479

2480 2481

2482 2483

2484 2485

2486 2487

2488 2489

2490 2491

2492 2493

2494 2495

2496 2497

2498 2499

2500 2501

2502 2503

2504 2505

2506 2507

2508 2509

2510 2511

2512 2513

2514 2515

2516 2517

2518 2519

2520 2521

2522 2523